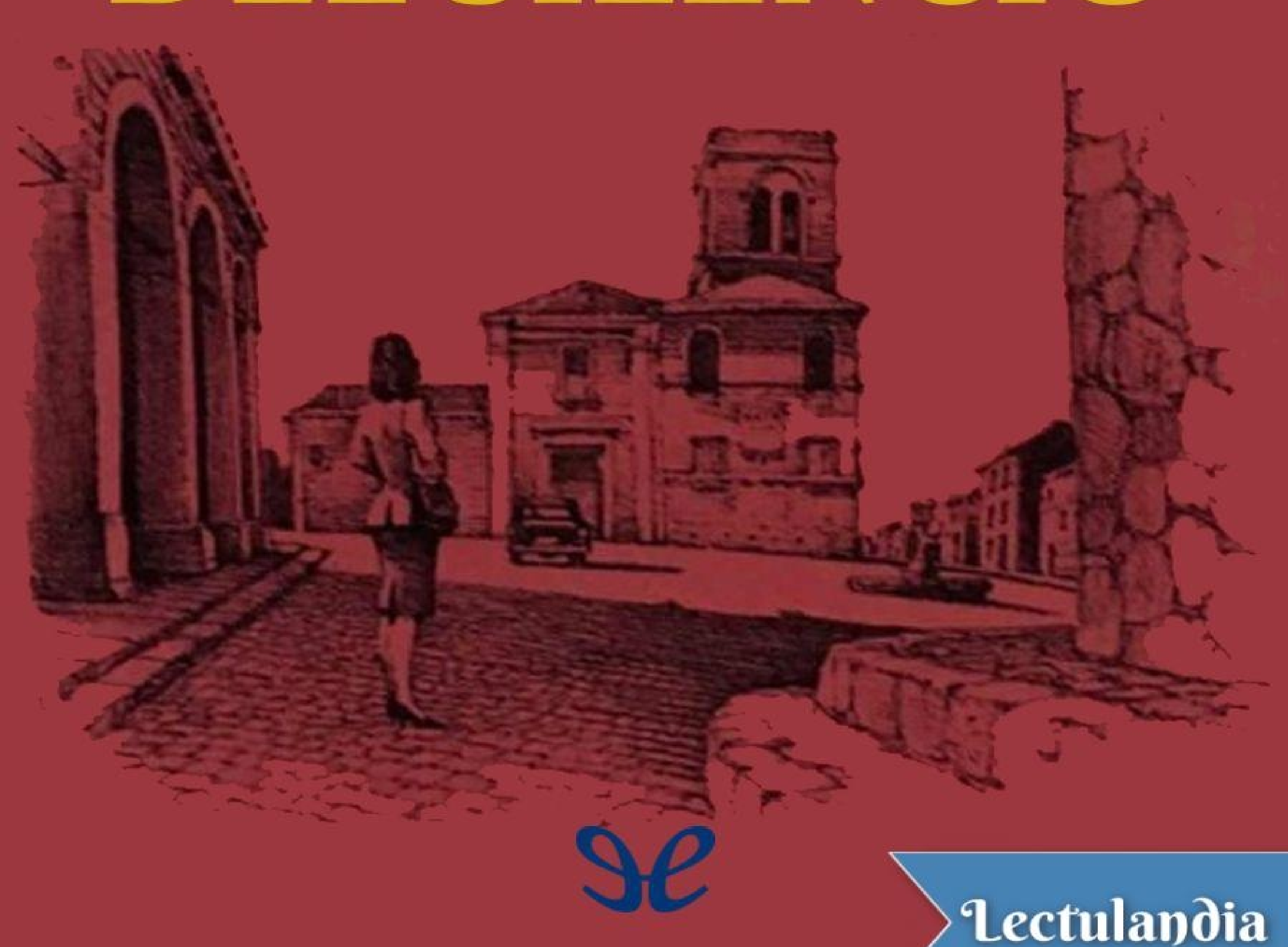
MORRIS WEST

HIJA DEL SILENCIO



Hija del Silencio se expresa, en más de una manera, como su antecesora, *El Abogado del Diablo*. Ambas novelas transcurren en Italia; ambas contienen argumentos construidos en torno a temas fundamentales: si *El Abogado del Diablo* trataba del amor y la muerte, *Hija del Silencio* trata del amor y de la justicia; ambas obras agrupan, además, un equipo de protagonistas en que se destacan italianos y anglosajones en extraña y calculada sociedad. Por último, las dos obras poseen esa misma urgencia dramática que ha hecho famoso a Morris West y que impide a sus lectores dejar el libro una vez comenzado. Pero si *El Abogado del Diablo* transcurre en Calabria, *Hija del Silencio* sucede en Toscana «donde el vino es endulzado con la sangre de antiguos sacrificios, y los cipreses se alzan como espectros de príncipes ya olvidados». Y en este paisaje cargado de dramatismo, se inicia un viaje cuya meta es el meollo del amor moderno: su dignidad, su corrupción, sus complicadas intrigas en medio de un país en que la pasión ha llegado siempre a la dimensión histórica. Un viaje en busca del significado de la justicia humana, como simple medio de mantener el orden público o como instrumento de justicia absoluta.

Lectulandia

Morris West

Hija del silencio

ePub r1.0
diegoan 20-06-2019

Título original: *Daughter of silence*
Morris West, 1962
Traducción: Valentina Gómez Muñoz

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

Índice de contenido

CAPÍTULO PRIMERO

Era un mediodía resplandeciente, de pleno verano, en los elevados valles de la Toscana; una época aletargada, una temporada de polvo y languidez, de lino deshojado, de alondras en el rastrojo del trigo, y de nuevos vinos llegando a la vendimia en el país de los Viejos Dioses. Era una hora de campanas, ondulante en el aire seco, tranquila sobre las tumbas de santos difuntos y los feudos de olvidados mercenarios. Era una invitación a la oscuridad, a las celosías cerradas, pues, ¿quién sino los perros y los americanos exponen sus cabezas insensatas al sol de un mediodía de agosto?

En la aldea de San Stefano resonaban sobre la plaza los primeros toques del Ángelus. El campanero era un viejo y el repicar de sus campanas sonaba en sordina. La aldea se hallaba adormilada y repleta de buenas cosechas; y los últimos pasajes de su vida matinal también tenían sordina.

Un anciano se detuvo, se persignó y permaneció con la cabeza inclinada, mientras en el blanco campanil repicaban los tonos triples. En la puerta del restaurante, un individuo rechoncho, con delantal blanco y una servilleta a cuadros sobre el brazo, se escarbaba los dientes con una cerilla.

Un policía con rostro de mula ensayó un paso fuera de su puerta, sus ojos bizcos recorrieron la plaza lánguidamente, escupió, se rascó y luego regresó a su vino y a su queso.

El agua fluía perezosamente de la boca de cansados delfines, cayendo en el tazón poco profundo de la fuente, mientras un muchachito escuálido hacía navegar un barco de papel en los remolinos.

Un carbonero hacía rodar su carro sobre los adoquines, cargado hasta el tope con pequeños atados de varillas y bolsas oscuras llenas de carbón. Sobre ellas iba una chicuela con el cabello enmarañado y el rostro muy serio, un verdadero duende de los bosques. Una mujer descalza con un bebé sobre la cadera salió de la taberna y se dirigió al callejón que se abría al otro extremo de la plaza. A cinco millas de distancia, las torres y los desordenados techos de Siena se alzaban brumosos y mágicos contra un cielo de cobre.

Era un cuadro plácido, curiosamente antiguo, escasamente poblado, en el que toda animación se hallaba regida por el lento ritmo de la vida campesina. Aquí el tiempo mostraba la misma pereza de la fuente; su único cambio era la mutación cíclica de la edad y de las estaciones. Era fácil comprender que este era un distrito tribal, donde la tradición tenía más importancia que el progreso, donde la costumbre conformaba las leyes, y los viejos amores eran alimentados tan asiduamente como los antiguos odios y las embrolladas lealtades de sangre y servidumbre.

Había un camino de llegada y otro de salida; uno llevaba a Arezzo, el otro a Siena, pero su tránsito era de temporada. Las principales rutas comerciales y turísticas no habían pasado jamás por San Stefano. Las granjas de los valles eran pequeñas y los campesinos propietarios de ellas las guardaban celosamente, por lo que las migraciones no eran vistas con buenos ojos. Los que partían eran los inquietos, los andariegos o los ambiciosos, y la aldea se alegraba de librarse de ellos.

Antes de que se hubiese extinguido el último eco de la campana, la plaza quedó vacía. Las celosías estaban cerradas, las cortinas corridas. El polvo se acomodó otra vez en los resquicios de los adoquines, el bote de papel navegó sin rumbo alrededor de la fuente y el canto de las cigarras se elevó estrepitoso y monótono desde los campos circundantes. La primera vigilia del día había terminado. La paz, o lo que se consideraba paz, cayó sobre la aldea.

Unos diez minutos más tarde, el campanero salió de la iglesia; era un fraile entrado en años que vestía el hábito polvoriento de San Francisco, y mostraba su blanca cabeza tonsurada y un rostro rubicundo, surcado y hendido como una manzana de invierno. Permaneció un momento bajo la sombra del pórtico, secándose la frente con un pañuelo rojo, luego se echó la capucha sobre la cabeza y avanzó penosamente a través de la plaza, mientras sus sandalias batían las piedras ardientes.

Antes de haber dado una docena de pasos, un espectáculo desusado lo detuvo en su camino. Un taxi con licencia de Siena se aproximó a la plaza y rodó hasta detenerse frente al restaurante. De él descendió una mujer, que pagó al conductor y lo observó alejarse hasta desaparecer.

Era una mujer joven, no mayor de veinticinco años. Su vestimenta la señalaba como habitante de la ciudad: vestido sastre, blusa blanca, zapatos a la moda, una cartera colgada del hombro por una correa. No llevaba sombrero y su cabello oscuro caía en ondas hasta sus hombros. Su rostro era pálido, tranquilo y extraordinariamente hermoso, como el de una Madona de cera. En la plaza vacía y alumbrada de sol, parecía indecisa y vagamente solitaria.

Permaneció unos momentos recorriendo la plaza con los ojos, como tratando de orientarse en un lugar antaño conocido; luego su paso se hizo firme y seguro, atravesó hasta la casa que quedaba entre la taberna y la panadería, e hizo sonar el timbre. Una robusta matrona vestida de negro y con un delantal blanco atado a la cintura abrió la puerta. Ambas hablaron unos momentos, y la mayor invitó a la otra con un gesto a entrar en la casa. Esta rehusó y la matrona se alejó dejando la puerta abierta. La muchacha esperó, hurgando en su cartera en busca de algo, mientras el fraile la observaba, curioso como un campesino ante la desconocida.

Pasaron unos treinta segundos y el hombre apareció en el umbral: alto, macizo, en mangas de camisa, con la cabeza canosa, rostro cetrino y surcado de pliegues, y una servilleta prendida a la pechera de la camisa. Aún masticaba un bocado, y a la clara luz del sol, el fraile alcanzó a ver unas gotas de salsa en un extremo de su boca. Miró a la muchacha sin dar muestras de reconocerla y le dirigió una pregunta.

Entonces ella disparó a quemarropa.

El impacto lo hizo girar sobre sí mismo y lo lanzó contra el dintel de la puerta: y en el estático horror del momento, el fraile la vio meterle otros cuatro balazos en el cuerpo y luego volverse y caminar sin prisa hacia el cuartel de policía. Los ecos aún gritaban en la plaza cuando el fraile comenzó a correr, tambaleándose y tropezando para ofrecer la absolución final a un hombre que ya estaba fuera de su alcance.

En Siena, a cinco millas de distancia, el doctor Alberto Ascolini posaba para su retrato; un ejercicio fútil, una ilusión de inmortalidad a la que se sometía con ironía.

Era un hombre alto, de sesenta y cinco años, con un rostro vivaz y sonrosado y una melena blanca como la nieve que caía sobre su cuello en cuidadoso desorden. Llevaba un traje de pana y una corbata de seda adornada con un alfiler de diamantes. Tanto el traje como la corbata eran de impecable confección, pero deliberadamente anticuados, como si la edad y una animación incongruente formaran parte del acervo comercial de su dueño. Parecía un actor, un actor de mucho éxito, pero en realidad era abogado, uno de los abogados más famosos de Roma.

La artista era una muchacha esbelta y morena, de menos de treinta años, con ojos color avellana, una sonrisa franca y manos elegantes y expresivas. Se llamaba Ninette Lachaise. Su departamento consistía en un altillo qué dominaba los techos de la vieja ciudad y miraba hacia el campanil de la Vergine Assunta. Un extremo de la habitación servía de estudio, y se veía

meticulosamente limpio y ordenado. El otro extremo era su hogar, y estaba amoblado con hallazgos de arte provincial, pulidos y relucientes a manos de esta dueña de casa gala. Sus pinturas eran un índice de su carácter: llenas de luz, sobrias en sus detalles, estilizadas pero amplias de movimiento, un desarrollo lineal dé la tradición toscana primitiva en el idioma del siglo veinte.

Ahora trabajaba al carbón, dibujando algunos bosquejos de su modelo mientras este posaba, iluminado en parte por el sol, parte de él en la sombra, contando historias escandalosas sobre las cortes romanas. Ambas actuaciones tenían el sello del virtuoso. Los relatos del anciano estaban llenos de ingenio y fantasía, de hábil malicia y de astuta alcahuetería. Los bosquejos de la muchacha eran vívidos y perceptivos, de manera que bajo la piel sonrosada y suave de este inteligentísimo juglar parecía vivir una docena de hombres diversos.

Ascolini observaba a la muchacha con ojos penetrantes y afectuosos, y cuando hubo llegado al fin de sus historias, sonrió y dijo con fingido patetismo:

—Cuando estoy a tu lado, Ninette, lloro por mi juventud.

—Si es este su único motivo de llanto, dottore —respondió ella con suave ironía— quiere decir que es usted un hombre afortunado.

—¿Qué podemos lamentar, querida, que no sean las locuras que somos incapaces de cometer?

Tal vez las consecuencias de las ya cometidas.

—¡Ah, Ninette! —Agitó sus manos elocuentes y rio fríamente.

—¡Nada de sermones esta mañana, por favor! Este es el comienzo de mis vacaciones; he venido hasta ti para que me distraigas.

—No, dottore —sonrió Ninette en su manera grave, y continuó bosquejando con trazos rápidos y firmes—. Lo conozco demasiado bien y desde hace demasiado tiempo. Cuando viene aquí a beber un café o a invitarme a comer al Sordello, entonces está usted satisfecho con el mundo. Cuando me encarga un retrato o me paga en exceso por un paisaje, entonces sé que tiene problemas. Este es mi salario por resolvérselos. Usted sabe que esta es una mala costumbre; no le hace honor.

El rostro suave y juvenil del abogado se nubló por un momento; luego sonrió torcidamente.

—Y sin embargo, aceptas el salario, Ninette. ¿Por qué?

—Yo le vendo a usted mis cuadros, dottore, no mi comprensión.

—Me humillas, Ninette —dijo el anciano mordazmente.

—No hay nada que pueda humillarlo, dottore —replicó ella bruscamente —. Y esta es la raíz de sus problemas; con Valeria, con Carlo y con usted mismo. ¡Y ya está dicho!

Trazó una última línea y se volvió a él, tendiéndole la mano.

—Las palabras están dichas, la sesión ha terminado. Venga y mírese.

Lo condujo hasta el caballete y le tuvo la mano, mientras el anciano examinaba los bosquejos.

Después de un largo silencio, el abogado preguntó sin rastros de burla:

—¿Son estos todos mis rostros, Ninette?

—Solo los que me ha mostrado.

—¿Crees que hay otros?

Sé que tiene que haberlos. Usted es un hombre muy complejo, dottore, y demasiado deslumbrador en todos sus aspectos.

—¿Y cuál de estos aspectos muestra al verdadero Ascolini?

—Todos y ninguno.

—Interprétalos para mí, hija mía.

—¿Este? El gran abogado. El noble defensor que domina todas las Cortes de Roma. Usted ve cómo cambia un poco. Aquí está el mimado de los salones, el hombre de ingenio que hace sonrojarse a los hombres y estremecerse a las mujeres cuando susurra en sus oídos ansiosos. ¿Ese?

Un momento en el Sordello: Ascolini bebiendo vino con los estudiantes de derecho, y deseando haber tenido un hijo. Allí se transforma en el jugador de ajedrez, que mueve a la gente como a peones, despreciándose a sí mismo más de lo que desprecia a los demás. En este otro hay un recuerdo: de su juventud, tal vez, o de un antiguo amor. Y este último es el gran abogado, tal como hubiese podido ser si un sacerdote rural no lo hubiese ayudado a salir de la zanja, desplegando el mundo ante su vista. Un campesino con una carga de leños a la espalda y la monotonía de toda una vida en los ojos.

—Esto es demasiado —dijo el anciano— y resulta aterrador de labios de una persona tan joven. ¿Cómo sabes todo esto, Ninette? ¿Cómo ves tantos secretos?

Lo miró un momento con ojos sombríos y compasivos y luego sacudió la cabeza.

—No son secretos, dottore. Nosotros somos lo que hacemos. Y esto está escrito en nuestros rostros para que el mundo lo lea. ¿En cuánto a mí? Soy una forastera. Vendo mis cuadros, y espero a alguien a quien pueda entregarme con confianza absoluta. Conozco la soledad y el miedo. Sé lo que es tender los brazos al amor y abrazar solo una ilusión. Usted ha sido

bondadoso conmigo y me ha dejado leer en usted mucho más de lo que se imagina. A menudo me he preguntado por qué.

—¡Muy simple! —había una nota dura en su voz llena de actor—. Si yo tuviese veinte años menos, Ninette, te pediría que te casaras conmigo.

—Si yo tuviese veinte años más, dottore —respondió ella dulcemente—, probablemente aceptaría, y así lograría que usted me odiase para siempre.

—Jamás podría odiarte, querida.

—Usted odia todo lo que posee, dottore. Solo ama lo que no puede poseer.

—Hoy te muestras brutal, Ninette.

—Hay hechos brutales que necesitan que se los encare, ¿verdad?

—Supongo que sí.

El abogado soltó la mano de Ninette y caminó hasta la ventana, donde permaneció en contemplación del sol que caía sobre las torres y techos de la vieja ciudad. Su alta figura pareció inclinada y disminuida y su rostro noble se contrajo como si los años se le hubiesen venido encima inadvertidamente. La muchacha lo observó, inundada de compasión ante su dilema. Esperó un momento y luego sugirió suavemente:

—Es Valeria, ¿verdad?

—Y Carlo.

—Hábleme de Valeria.

—Aún no hace dos días que llegarnos de Roma y ya tiene amores con Basilio Lazzaro.

—Ha tenido muchos amoríos, dottore. Usted era quien la alentaba a tenerlos. ¿Por qué le preocupa este, entonces?

—¡Porque ya es tarde para mí, Ninette! Porque quiero ver nietos en mi casa, y una promesa de continuidad, y porque este Lazzaro es un canalla que acabará por destruirla.

—Lo sé —dijo Ninette—. Lo sé, demasiado bien.

—¿Es que lo sabe ya todo Siena?

—No lo creo. Pero estuve enamorada de Lazzaro; fue mi gran ilusión.

—Lo siento, hijita.

—No debe sentir compasión por mí; solo debe sentirla por usted mismo y por Valeria. Y por Carlo. ¿Lo sabe él ya?

—Lo dudo.

—¿Pero supo de los otros?

—Me parece que sí.

—Recuerdo que usted se burlaba de esto, dottore. Se mofaba de los cuernos que su hija ponía a un marido estúpido. Usted decía que Valeria seguía los pasos de su padre; y se sentía orgulloso de sus conquistas.

—Carlo era un estúpido —dijo Ascolini amargamente—. Un estúpido sentimental que no sabía qué hora marcaba el reloj. Merecía que se le diese una lección.

—¿Y ahora?

—Ahora habla de abandonarme y establecerse independientemente para formarse su propia clientela legal.

—¿Y usted lo desaprueba?

—¡Por supuesto! Es demasiado joven, tiene muy poca experiencia; arruinará su carrera casi antes de haberla iniciado.

—Usted arruinó su matrimonio, dottore. ¿Qué puede importarle entonces que arruine su carrera?

—No me importa, pero está unida al porvenir de mi hija y al de los hijos que pueda tener.

—Está mintiendo, dottore —dijo Ninette tristemente.

—Me está mintiendo a mí. Se está mintiendo a usted mismo.

Sorpresivamente, el viejo abogado rio y tendió las manos en gesto casi cómico de desesperación.

—¡Por supuesto que estoy mintiendo! Conozco la verdad mejor que tú, muchacha. Hice un mundo a mi imagen y semejanza y ahora no me gusta lo que veo en él, así es que necesito a alguien que me lo rompa sobre la cabeza y me obligue a tragarme los pedazos.

—Tal vez es lo que Carlo está tratando de hacer.

—¿Carlo? —Ascolini dejó estallar su desprecio—. Es demasiado niño para controlar a su mujer. ¿Cómo puede competir con un toro viejo como yo? Me encantaría que pudiese hacerme tragar todas mis locuras, pero es demasiado caballero para intentarlo. ¡Bah!

Se encogió de hombros como finalizando la discusión y caminó hasta ella para coger sus manos.

—Olvídate de todo esto y vuelve a tus pinturas, hijita. No somos dignos de ayuda, ninguno de nosotros lo es. Pero hay una cosa.

—¿Qué cosa, dottore?

—Esta noche cenarás con nosotros en la villa.

—¡No, por favor! —su negativa fue abrupta y enfática.

—Usted es siempre bienvenido en mi casa, lo sabe bien; pero no me haga alternar con su familia.

Nuestros mundos son muy diferentes.

—No te lo pido por nosotros, sino por ti misma. Estará una persona a quien quiero que conozcas.

—¿Quién?

—Es mi huésped por una temporada. Se llama Peter Landon. Es médico y viene de Australia, vía Londres.

—Un país bárbaro, me han dicho, dottore; lleno de animales extraños y de gigantes en mangas de camisa.

Ascolini rio.

—Cuando veas a este Landon por primera vez, te sentirás inclinada a creerlo. Cuando entra en una habitación, parece llenarla. Cuando habla, resulta brusco y demasiado seguro para ser cortés.

Pero luego vemos que habla en el más puro toscano y que lo que dice tiene significado, y que ha vivido una vida más variada que la tuya o la mía. En él hay también fortaleza y tal vez una sombra de descontento.

Su mano rozó afectuosamente la mejilla de la muchacha.

—Puede hacerte bien conocerlo, querida.

Ninette se sonrojó y volvió el rostro. ¿Acaso se está transformando en un casamentero, dottore?

—Siento, por ti más afecto del que te imaginas, Ninette —respondió el abogado con seriedad—. Me gustaría verte feliz. Te ruego que vayas.

—Está bien, dottore, iré; pero antes debe prometerme algo.

—Lo que quieras, hija mía.

—No quiero verme envuelta en comedias ni tramas como las que usted urde para su familia. No se lo podría perdonar jamás.

—Tampoco me lo perdonaría yo. Créeme, Ninette.

Cogió el rostro de la joven con sus viejas manos y la besó levemente sobre la frente. Luego salió y la muchacha permaneció largo rato mirando sobre los techos hacia los desordenados montes de la Toscana, donde el vino se endulza con la sangre de antiguos sacrificios y los cipreses crecen de los ojos de príncipes muertos.

En la Villa Ascolini, posada en lo alto de un cerro cultivado en terrazas que dominaba el valle de San Stefano, Valeria Rienzi dormitaba tras las celosías cerradas. No había escuchado campanas ni tiros, ni el eco del tumulto que les siguió. Los únicos sonidos que penetraban en su cuarto era el bordón de las cigarras, el clic-clic de las tijeras del jardinero y la música pálida y plañidera que Carlo tocaba en el salón.

En este verano no pensaba en la muerte. El latido de su sangre era demasiado fuerte para tan triste incongruencia. Le bastaba flexionar su largo cuerpo en la cama, y oprimir la bata de seda contra su piel para sentir la dulzura y la comezón de vivir. Estaba pensando en el amor, al que consideraba una distracción agradable aunque transitoria, y en el matrimonio, al que reconocía como un estado permanente, aunque a veces irritante.

Matrimonio quería decir Carlo Rienzi, ese marido bien parecido y algo infantil que tocaba al piano melodías melancólicas en la planta baja. Significaba también discreción, una conducta pública conveniente y una preocupación matronil por la carrera de su esposo. Significaba el sacrificio de su libertad, un gasto de ternura que rara vez sentía, algunas exigencias sobre un cuerpo que Carlo nunca supo cómo despertar, y la exacerbación de un espíritu demasiado voluntarioso y vivaz para armonizar con el temperamento melancólico e indeciso de su marido. Matrimonio significaba Roma y una rectitud romana: banquetes legales y cócteles para los que entregaban asuntos suculentos a su padre y a su inexperto yerno.

En esas vacaciones veraniegas en la Toscana, amor significaba Basilio Lazzaro, ese hombre trigueño y apasionado que no ocultaba su afición a las casadas jóvenes. El amor era un antídoto para el fastidio, una afirmación de independencia. Era también una divertida broma para ser compartida con un padre comprensivo, un aguijón para acicatear a un marido demasiado juvenil y convertirlo en hombre.

A los treinta años, Valeria estaba dispuesta a contar sus bendiciones: buena salud, belleza, nada de hijos, un marido fácil de conducir, un amante impulsivo, un padre que lo veía todo, lo comprendía todo y lo perdonaba todo con la indulgencia de un cínico.

Sus meditaciones resultaban agradables en la media luz de su habitación, en cuyo cielo jugueteaban faunos y dríadas. Hasta ella llegaba una música cuya tristeza no la afectaba. El verano prometía mil placeres, y Basilio resultaba demasiado exigente, allí estaba también el visitante, Peter Landon. Aún no lo había aquilatado, pero tendría tiempo suficiente para examinar a este hombre del Nuevo Mundo en los juegos tortuosos y sardónicos del Viejo.

Y sin embargo… sin embargo. En esa fuente de Narciso hubo ondas inquietas y bajo las hojas acuáticas se agitaron oscuras corrientes. Sentía en ella algunos cambios que no comprendía del todo: una sensación de vacío, una necesidad de dirección, una compulsión hacia encuentros nuevos y aún más apasionados, vagos temores y, a veces, un punzante pesar. Hubo un tiempo en que la conspiración con su padre le aseguraba la absolución para

sus mayores locuras. Ahora ya no era una absolución, sino una forzada tolerancia, como si se sintiese menos desilusionado de ella que de sí mismo.

Ya no hacía misterio de sus deseos de verla asentada y criando una familia. El problema consistía en que su padre aún no sentía respeto por su yerno, al que había despreciado durante mucho tiempo; por tanto, no podía enseñar a su hija a restaurar este sentimiento. Lo que pedía ahora era una nueva conspiración, la seducción de un marido trasformado en indiferente por la indiferencia de su mujer, un apareamiento sin amor para traer amor a un viejo epicúreo que había afectado despreciarlo durante toda una vida. Era demasiado por tan poco. Demasiado poco para ella, demasiado para él; y para Carlo, una decepción más.

Hubo un tiempo en que Carlo había implorado su amor y su realización a través de los hijos.

Hubo un tiempo en que negociaba las últimas migajas de su orgullo por un beso y un minuto de unión. Pero ya no. En estos últimos meses se había hecho más frío, más maduro, menos dependiente, más dedicado a sus designios privados.

Le había comunicado parte de sus proyectos. Estaba decidido a dejar la oficina de Ascolini y establecerse como abogado independiente. Una vez hecho esto, ofrecería a Valeria un hogar propio, un ambiente doméstico separado del de su padre. ¿Y luego? Era ese luego el que la preocupaba: cuando debiese avanzar sola, sin apoyo, sin absolución, sujeta al veredicto de un marido engañado y a la determinación de sus propios deseos turbulentos.

Esta era la médula del problema. ¿Qué era lo que uno deseaba tanto, que el deseo se hacía un tormento para la carne? ¿Qué era lo que uno necesitaba tanto, que se hallaba dispuesto a rechazar todo lo demás para obtenerlo? Veinticuatro horas antes había escuchado la misma pregunta de labios de Basilio Lazzaro.

De pie en la puerta del cuarto de Lazzaro, Valeria lo había observado abotonarse la camisa sobre el amplio pecho moreno, mientras tenía en las manos guantes y cartera. Notaba sus movimientos fáciles y satisfechos, su pronta indiferencia ante su presencia, y le había preguntado:

—Basilio, ¿por qué? ¿Por qué tiene que ser siempre así?

—¿Así? —preguntó Lazzaro, de mal humor y estirando una mano para coger su corbata.

—Cuando nos encontramos es como la obertura de una ópera. Cuando nos hacemos el amor, todo es drama y música. Cuando nos separamos es… es como pagar un taxi.

El rostro moreno y bien parecido de Lazzaro se contrajo en una expresión de perplejidad.

—¿Y qué esperabas, querida? Las cosas son así. Una vez que has bebido el vino, la botella queda vacía. Cuando la ópera ha terminado, nadie espera a que lleguen los barrenderos. La diversión se ha acabado. Y todos se van a casa a esperar la próxima función.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más puede ser, querida? Te lo pregunto: ¿Qué más puede ser?

Lo que era todo un acertijo para quien no había encontrado respuesta adecuada. Meditaba aún sobre él cuando el reloj dorado dio las doce y quince, hora de bañarse y vestirse para la comida.

La plaza de San Stefano bullía, populosa como un hormiguero. La aldea entera había salido a la calle, completa con bebés y brujas, y se apretujaba alrededor de la casa del muerto, arguyendo alrededor de la fuente y discutiendo con un policía bobalicón que montaba guardia a la puerta del cuartel. La actitud de la muchedumbre era tranquila y no demostraba hostilidad. Eran solo espectadores arrastrados por la curiosidad a este drama de títeres.

Desde la ventana de su oficina, el sargento Fiorello los observaba con agudos ojos profesionales.

Hasta aquí todo iba bien. La gente estaba excitada, pero en orden, y giraba alrededor de la plaza como ovejas en el corral. No había peligro inmediato de violencia. Los detectives de Siena llegarían dentro de una hora a hacerse cargo del caso. La familia del asesinado estaba sumida en su dolor. El sargento podía relajar su vigilancia y preocuparse de su prisionero.

La muchacha se hallaba caída sobre una silla, con la cabeza inclinada y el cuerpo estremecido. El rostro descarnado y curtido de Fiorello se suavizó al mirarla; luego vertió aguardiente en una taza de arcilla y se la acercó a los labios. La prisionera se atragantó con el primer sorbo, pero luego bebió lentamente. A los pocos minutos, los estremecimientos disminuyeron y Fiorello le ofreció un cigarrillo. Ella lo rechazó y dijo con voz clara y sin inflexiones.

—No, gracias. Ya me siento mejor.

—Tengo que hacerle algunas preguntas. Usted lo sabe, ¿verdad? —Para un hombre tan rudo, su voz era singularmente suave.

La muchacha asintió con indiferencia.

—Ya lo sé.

—¿Cómo se llama usted?

—Usted lo sabe. Ana Albertini. De soltera era Ana Moschetti.

—¿De quién es este revólver?

Tomó el arma y se la mostró tendida sobre la palma de la mano. Ella no titubeó ni apartó la vista, respondiendo simplemente:

—De mi marido.

—Tendremos que ponernos en contacto con él. ¿Dónde se encuentra?

—En Florencia. Vicolo degli Angelotti número 16.

—¿Tiene teléfono?

—No.

—¿Sabe que usted está aquí?

—No.

Sus ojos estaban vidriosos y se erguía en la silla, muy pálida y con rigidez cataléptica. Su voz tenía un tono metálico y formal, que recordaba la de un ser hipnotizado. Fiorello vaciló un momento y luego hizo otra pregunta.

—¿Por qué lo hizo, Ana?

Por primera vez, en su voz y en sus ojos aparecieron destellos de vida.

—Usted sabe por qué. No tiene importancia en qué forma lo diga yo, o cómo lo anote usted.

Usted sabe por qué lo hice.

—Entonces dígame una cosa, Ana. ¿Por qué eligió este momento? ¿Por qué no un mes atrás, o cinco años atrás? ¿Por qué no esperó más?

—¿Tiene alguna importancia?

Fiorello jugueteó abstraído con el revólver que había dado muerte a Gianbattista Belloni. Su propia voz tomó un tono melancólico, pensativo, como si también estuviese reviviendo momentos muy alejados de este tiempo y lugar.

—No, no tiene importancia. Pronto se la llevarán de aquí. Será juzgada, sentenciada y enviada a la cárcel durante veinte años por haber dado muerte a un hombre a sangre fría. El único problema es ocupar ese tiempo.

—El tiempo —la muchacha se apoderó de la palabra como si fuese un talismán, la llave de los misterios de una vida—. No era como si mirase el reloj o como si arrancase páginas de un calendario. Era como caminar por un camino…, siempre el mismo camino, siempre en la misma dirección. Y el camino terminaba aquí en San Stefano, ante la puerta de Belloni. Me comprende, ¿verdad?

—Sí, comprendo.

Pero esta comprensión había llegado demasiado tarde y él lo sabía. Dieciséis años demasiado tarde. El camino había dado una vuelta completa, e

igual que su prisionera, estaba tropezando en hitos que ya consideraba olvidados. Dejó el revólver sobre el escritorio y tendió la mano para coger un cigarrillo. Al encenderlo vio que sus manos temblaban. Se puso en pie avergonzado y se ocupó en preparar pan, queso y aceitunas sobre un plato, vertiendo luego vino en un vaso y poniéndolo todo ante Ana Albertini.

—En Siena la interrogarán otra vez, probablemente durante horas —dijo ásperamente—. Debería tratar de comer algo ahora.

—No tengo apetito, gracias.

El sargento sabía que la muchacha se hallaba bajo los efectos de una reacción nerviosa, pero su pasividad lo irritó en forma irracional. ¡Madre de Dios! ¿Es que no comprende? Dos puertas más allá yace un hombre asesinado. ¡Usted lo mató! Es el alcalde de este pueblo y allí fuera hay una multitud que puede destrozarla si alguien dice la palabra precisa. Cuando los muchachos de traje oscuro lleguen de Siena, le freirán como a un pez en la sartén. Estoy tratando de ayudarla, pero no puedo obligarla a comer.

—¿Por qué está tratando de ayudarme?

En la pregunta no había malicia, solo la curiosidad plácida y vaga de los enfermos. Fiorello sabía la respuesta, pero era incapaz de darla. Dio media vuelta y se aproximó a la ventana mientras la muchacha escarbaba en el plato, con el aire patético y perdido de un pajarillo enjaulado por primera vez.

En la plaza hubo cierta agitación. El frailecillo había abandonado la casa del muerto y avanzaba apresurado hacia el cuartel de policía. Los aldeanos se apretujaban contra él, le tiraban del hábito y lo acosaban con preguntas, pero él los alejó con un gesto y entró tropezando y sin aliento a la oficina de Fiorello.

Al ver a la muchacha se detuvo en seco y sus ojos se llenaron con las lágrimas impotentes de la ancianidad.

Fiorello dijo toscamente:

—Usted sabe quién es, ¿verdad?

Fray Bonifacio asintió cansadamente.

—Creo que lo adiviné en el momento mismo de verla en la plaza. Debería haber imaginado que esto sucedería. Pero ha pasado tanto tiempo.

—Dieciséis años. ¡Y ahora viene a explotar la bomba!

—Necesita ayuda.

Fiorello se encogió de hombros y tendió las manos en un gesto de desesperanza.

—¿Qué ayuda puede prestársele? Es un caso evidente. *Vendetta*. Asesinato premeditado. La pena es de veinte años.

—Necesita un abogado.

—El Estado proporciona abogados a los necesitados.

—No basta. Necesita el mejor abogado que pueda conseguirse. ¿Quién va a pagarlo, en caso que consiga que un abogado quiera hacerse cargo de un caso desesperado?

—La familia Ascolini está pasando el verano en la villa. El viejo es uno de nuestros grandes abogados criminalistas. Por lo menos, puedo pedirle que se interese en este caso. Si no lo hace él, puede hacerlo su yerno.

—¿Qué puede importarles este caso?

—Ascolini nació en esta región. Debe de sentir alguna lealtad hacia su terruño.

—¡Lealtad! —Fiorello dejó escapar la palabra junto con una risa áspera —. Si apenas la tenemos entre nosotros mismos, ¿por qué debemos esperar que la tengan los signori?

Por un momento pareció que el sacerdote aceptaría esta afirmación, que no le era desconocida.

Su rostro perdió toda animación, sus hombros colgaron inertes. Pero un nuevo pensamiento lo invadió y al volverse hacía Fiorello, sus ojos se endurecieron.

—He aquí una pregunta para usted, mi amigo —dijo calmadamente—. ¿Cuál será su testimonio cuando Ana sea juzgada?

—Mi testimonio se basará en la evidencia —dijo Fiorello enfáticamente —. ¿De qué otro modo podría ser?

—¿Y sobre el pasado? ¿Sobre el comienzo de este asunto monstruoso?

—Lo que sé está en los archivos.

El rostro de Fiorello era impenetrable, sus ojos helados como piedras de ágata.

—¿Y si los archivos mienten?

—Eso yo no lo sé, Padre. Me pagan por mantener el orden, no para escribir de nuevo lo que es historia antigua.

—¿Es esa su última palabra?

—Tiene que serlo —dijo Fiorello, con extraño humor.

—Yo no puedo dedicarme a golpearme el pecho y a rezar novenas a Santa Catalina cada vez que las cosas no resultan conforme a mis deseos.

Este es mi mundo. Estas gentes son mi gente. Tengo que vivir entre ellos como mejor pueda. Esta —hizo un gesto vago hacia la muchacha— hagamos lo que hagamos, es un caso perdido. Me imagino que ahora eso la deja en manos de la Iglesia.

Pasaron los segundos mientras los dos hombres se encaraban; sacerdote y policía, atados ambos a sus propios rumbos, atrapados ambos en las consecuencias de una historia común, mientras Ana Albertini picoteaba su comida, remota y reconcentrada, cómo un habitante de la luna. Luego, sin decir palabra, el viejo fraile se volvió, levantó el teléfono y pidió que le comunicaran con la Villa Ascolini.

En la plácida quietud del mediodía, Carlo Rienzi tocaba Chopin para el visitante, Peter Landon.

Formaban una pareja curiosa: el macizo australiano, de rostro pecoso y astuto, con su puño inmenso afianzado alrededor de la pipa; el italiano esbelto, pálido, absurdamente hermoso, de labios sensitivos y ojos soñadores en los que se leía misterio e insatisfacción.

La obra que tocaba era uno de los primeros nocturnos, tierno, límpido, plañidero, y Rienzi lo interpretaba con fidelidad y sencillez. Las notas caían tan puras como gotas de agua; las frases eran formadas con amor y comprensión, sin alardes de virtuosismo ni de falsos sentimientos. Era la verdadera disciplina del arte: la sujeción del ejecutante al talento del compositor, la subordinación de la emoción personal a la expresada por el maestro desaparecido.

Landon lo observaba con ojos penetrantes, acostumbrados al diagnóstico, y pensaba que era muy joven, muy vulnerable, y que armonizaba poco con su esposa, fría y civilizada, y con el extravagante anciano que era su maestro en las leyes.

Y, sin embargo, no era totalmente joven, ni estaba libre de cicatrices. Sus manos eran fuertes, pero controladas sobre el teclado. Tenía líneas en la frente y arrugas junto a los ojos. Había pasado ya los treinta. Estaba casado. Tenía que haber sufrido su parte de las exacciones de la vida. Tocaba Chopin como quien comprende las frustraciones del amor.

En Landon, la música evocaba ecos de insatisfacciones personales. Hombre del Nuevo Mundo, había adoptado sin dificultad las formalidades del Viejo. Su ambición lo había llevado a abandonar una promisoria carrera en su propia patria para trepar por las escabrosas laderas de la reputación de Londres. Rebelde por naturaleza, había disciplinado su lengua y su carácter, acomodándose a las estratagemas de la profesión más celosa en la ciudad más celosa. Se había asido a los faldones de la eminencia y su laboriosidad, su talento y su diplomacia lo habían llevado hasta la categoría de consultor en siquiatría y especialista en sicopatología criminal. Era mucho para un hombre que aún no cumplía los cuarenta; pero todavía le faltaban algunos pasos para

encontrarse dentro del círculo cerrado de los grandes. Solo algunos pasos, pero era esta la distancia más difícil de recorrer. Para salvarla necesitaba el impulso preciso: un caso oportuno, un encuentro afortunado con un defensor necesitado de sus consejos, un momento de iluminación en sus investigaciones.

Hasta ahora esa oportunidad lo había eludido, y había caído gradualmente en la frustración y el descontento áspero de los que se sienten desafiados solo en la medida de su talento.

Era una especie de crisis, y su inteligencia le permitía reconocer que lo era. En toda carrera hay un período de climaterio, una temporada de resentimiento, de indecisión y de peligro. Más de un político desafortunado ha perdido su lugar en el gabinete por haber carecido de paciencia o discreción. Más de un alumno brillante ha sido postergado por haberse mostrado un poquitín brusco con sus superiores En la compacta hermandad de la Asociación Médica Británica, era preciso tragarse el orgullo y cultivar a los amigos. Y al aventurarse en la nueva ciencia del espíritu, era preciso mostrar asidua deferencia a los colegas del estetoscopio y el bisturí. Y al ser extranjero, debía redoblarse mucho más el cuidado, pues se dependía doblemente de sus actuaciones y de la validez de sus investigaciones.

Por eso había escogido esta estrategia: un retiro, un año sabático entre los expertos de Europa; tres meses con Dahlin en Estocolmo, estudiando casos de demencia criminal; un trimestre con Gutman en Viena, explorando la naturaleza de la responsabilidad, y ahora unas breves vacaciones con Ascolini, famoso por su forma de utilizar el testimonio médico-legal. ¿Y después? Este era también un interrogante, porque ahora se hallaba ante un nuevo aspecto de su crisis: el tedio de los años maduros. ¿Cuánto debía pagar un hombre por lograr la realización de sus ambiciones?, y habiéndolo pagado ¿hasta qué punto podría gozar de lo obtenido, y con quién?

Esa música triste de otras épocas se burlaba de él al hablar de esperanzas perdidas y de amores muertos y del clamor de triunfos olvidados.

Los últimos acordes murieron en un largo desmayo y Rienzi giró sobre el taburete para encarar a Landon, teniendo los labios contraídos en una sonrisa insegura de muchacho.

—¡Ahí tienes, Peter! Ya has escuchado música. Pon dinero sobre la mesa; es hora de pagar al gaitero.

Landon se quitó la pipa de la boca y le sonrió.

—¿Cuál es el precio?

—Algunos consejos. Consejos profesionales.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de mí mismo. Llevas una semana aquí y creo que nos hemos hecho amigos. Conoces algunos de mis problemas y tienes perspicacia suficiente para adivinar el resto —extendió los brazos en repentino gesto de súplica—. ¡Estoy atrapado, Peter! Soy un hombre casado en un país que no acepta el divorcio. Estoy enamorado de una esposa que no siente atracción hacia mí. Trabajo para un hombre a quien admiro enormemente. Y que no siente respeto alguno por mí. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué me sucede? ¡Tú eres siquiatra! Eres el hombre que escarba en el corazón de sus pacientes. Trata de leer en, el de mi esposa y en el de Ascolini.

Landon frunció el ceño y se llevó la pipa a los labios. Su instinto profesional le ponía en guardia contra estas intimidades intempestivas. Disponía de mil recursos par; evitarlas, pero la desesperación de Rienzi era evidente y la soledad en que se hallaba dentro de su propio hogar era singularmente conmovedora. Además, había recibido de él atenciones que sobrepasaban las exigencias de la cortesía, haciéndolo sentir una gratitud poco frecuente en él. Vaciló un momento luego dijo cuidadosamente:

—No puedes obtener dos cosas a la vez, Cado. Si lo que quieres es un siquiatra, lo que no me parece, entonces debes consultar a uno de tus compatriotas. Por lo menos ambos tendrán un idioma común y simbolismos comunes. Pero si quieres lloriquear ante un amigo, eso es algo diferente —rio ásperamente—. ¡Y frecuentemente resulta una receta más efectiva, además! ¡Pero si se lo dices a mis pacientes, me arruinarán en una semana!

—Llámalo lloriqueo, si quieres —dijo Rienzi, en el tono pensativo y melancólico que le era habitual—. Pero estoy atrapado como una ardilla en su jaula. ¿No lo ves?

—¿Atrapado por tu matrimonio?

—No. Por Ascolini.

—¿No te agrada Ascolini?

Rienzi vaciló un momento y luego respondió con un inundo de cansancio en la voz:

—Lo admiro mucho. Tiene una extraordinaria variedad de talentos y es un magnífico abogado.

—¿Pero?

—Pero supongo que lo veo demasiado. Trabajo en su oficina. Mi mujer y yo vivimos en su casa.

Y me oprime su eterna juventud.

Era una frase extraña, pero Landon comprendió. Tuvo una visión momentánea de la primera fiesta en el departamento de Ascolini en Robla, cuando padre e hija representaban su papel ante un público pequeño pero distinguido, mientras Carlo Rienzi caminaba solitario en la terraza iluminada por la luna. El recuerdo lo hizo sentirse mejor dispuesto hacia este anciano joven de boca excesivamente sensitiva y reprimidas manos de artista.

—¿Es imprescindible que vivan ustedes con él?

—Me han dicho que estoy en deuda con él —dijo Rienzi con amargura—. Que le debo Mi carrera. Italia está atestada de abogados y es difícil conseguirla protección de los eminentes.

También le debo mi esposa, así como ella le debe gratitud, por ser hija única de un hombre que le ha dado amor, seguridad y la promesa de una magnífica herencia.

—¿Y Ascolini se hace pagar?

—Por ella y por mí —hizo un leve gesto de derrota, encogiéndose de hombros—. De mí exige lealtad y conformidad con sus planes para mi carrera. De mi esposa, una… una especie de complicidad por la cual su juventud trascurra a su lado, no junto a mí.

—¿Cómo afecta todo esto a tu mujer?

—Valeria es una mujer extraña —dijo Rienzi, enfáticamente—. Comprende lo que significan el deber, la piedad filial y el pago de deudas. Y además adora a su padre y se complace en su compañía.

—¿Más que en la tuya?

Rienzi sonrió ante estas palabras, con su atrayente sonrisa infantil.

—Puede ofrecerle mucho más que yo, Peter —dijo suavemente—. Yo no soy capaz de interpretar el mundo con los ojos cerrados, no me siento seguro de mí mismo ni soy un triunfador, aunque me gustaría serlo. Amo a mi esposa, pero temo que mi necesidad de ella es mayor que la que ella tiene de mí.

—Eso puede cambiar con el Tiempo.

—Lo dudo —dijo Rienzi brevemente—. Hay otros envueltos en esta conspiración.

—¿Otros hombres?

—Varios. Pero más que ellos me preocupa mi deficiencia como marido —se puso de pie y caminó hacia las puertas de cristales que daban al balcón y a las terrazas del jardín—. Caminemos un rato ¿quieres? Resulta más privado conversar afuera.

Recorrieron en silencio una avenida de cipreses, entre cuyos verdes pilares el cielo parecía hallarse al alcance de la mano, mientras el campo se extendía en una policromía de oscuros olivos, verdes viñedos, barbechos recientes y trigo maduro estremecido por el viento. Landon meditó cínicamente que el tiempo forjaba sus cambios lentamente, y que Carlo Rienzi tenía necesidad de remedios más rápidos. Y los prescribió secamente:

—Tu esposa puede regalarte con un par de cuernos, pero eso no significa que estés obligado a llevarlos. Devuélvela a su padre y pide la separación legal. Si no estás a gusto en tu trabajo o no te agrada tu jefe, cámbialos. Dedícate a cavar zanjas, si es necesario; pero corta tus ataduras y libérate. ¡Inmediatamente!

—Es curioso que sean los sentimentales los que siempre tienen a mano la respuesta precisa —dijo Rienzi, con helado humor—. Esperaba algo mejor de ti, Peter. Eres un profesional y debes comprender mejor que los demás las complejidades del amor y de la posesión: que a veces es preferible un pedazo de pan a un cesto de pasteles y que una esperanza diferida resulta a menuda un lazo más fuerte que una conquista compartida.

Landon se sonrojó y replicó ácidamente:

—Si a un hombre le gusta rascarse, no agradecerá que se le cure la picazón.

—¿Te parece imprescindible arrancarte el corazón para curarlo? ¿O cortarle la cabeza para que aprenda a razonar?

—En absoluto. Basta con ayudarle a madurar, para que pueda elegir su propia medicina. Y si no hay remedio, para que lleve su aflicción con dignidad.

Se arrepintió de estas palabras en el momento mismo de decirlas, pues se sentía orgulloso de una tolerancia que no poseía y avergonzado de la brusquedad con que lo había dotado su práctica clínica. Este era el castigo para su ambición: no poder compadecerse de otros sin sentirse disminuido. Esta era la ironía del amor propio: no poder compadecer lo que no hubiese sentido en carne propia, el beso dado pero no devuelto, la pasión gastada sin ser correspondida.

La dulce respuesta de Rienzi le resultó el reproche más amargo:

—No debes condenarme si carezco de dignidad, Peter. El más ínfimo actor puede representar a un rey. Se necesita uno muy grande para llevar cuernos y hacer llorar al público. Si no me he rebelado antes, ha sido por falta de oportunidad, no de valor. No es tan fácil como crees esto de resolver los dilemas de la lealtad y el amor. Pero créeme cuando te digo que estoy

planeando la revuelta. Sé mejor que tú que mis esperanzas con respecto de Valeria dependen de que yo pueda derrotar a Ascolini en su propio terreno, destruyendo la leyenda que él ha forjado y que es la fuente de su poder sobre ella. Curioso ¿verdad? Para demostrar mi calidad como amante. Primero debo demostrarla como abogado. Necesito un caso, Peter, un solo caso importante. ¿Pero cómo diablos lo consigo?

Antes que Landon alcanzase a dar una respuesta o a expresar una excusa; un criado llamó a Rienzi al teléfono, y el médico de almas quedó solo, meditando en los problemas amorosos en esta antigua tierra, donde las pasiones fluían por torcidos canales y la juventud cargaba sobre sus espaldas quinientos años de violencia.

Landon se alegró de estar solo. Dedicado como estaba a la mecánica del éxito, el exceso de compañía le resultaba agotador, y el exceso de impresiones nuevas le pesaban en la mente. Sentía la necesidad de restaurar sus fuerzas antes de enfrentar una tarde en compañía de sus huéspedes, cuya misma inteligencia parecía exigir demasiado de él.

Carlo Rienzi era un hombre atrayente y era imposible negarle cierta consideración a sus dilemas e indecisiones; pero todas las amistades en Italia presentaban este mismo problema: todos esperaban que los demás se sintieran afectados por sus problemas, que tomasen partido en sus asuntos, ya fuesen triviales o grandiosos, que sintiesen dolor ante cada aflicción y que se ruborizasen con sus indiscreciones. Si no se avanzaba con mucho tiento, quedaba uno exhausto, reseco, jadeante, mientras el amor y la amistad contribuían al desenfreno de los mismos que los solicitaban.

Era un alivio, por lo tanto, el librarse de la gente y gozar del sencillo placer turístico de contemplar el paisaje desde el jardín Su primer impacto dejaba sin aliento: un aire luminoso y palpitante que desafiaba al corazón y al espíritu a remontarse; al nivel de la vista, unos cerros rígidos contra el cielo, cubiertos de pinos y castaños, escabrosos con sus antiguas rocas y con los castillos de Güelfos y Gibelinos; en el azul del cielo, un halcón que rondaba muy alto, mientras los cipreses parecían lanceros marchando cerro arriba por las laderas.

A pesar de su egoísmo y de su ambición, Landon era un hombre sutil. Es imposible recorrer los senderos secretos del espíritu humano sin sentir ciertas inquietudes, poseía la gracia mínima de la compasión y un pequeño acopio de lágrimas para el hombre, atrapado en el terror de la discontinuidad. Y ante la repentina maravilla de esta vieja tierra poblada de fantasmas del mediodía, surgieron en él las lágrimas.

Este era el verdadero clima del misticismo, salvaje, pero tierno, suave de labranzas, pero rígido de reliquias de sangrientos conflictos de otras épocas.

Aquí el pequeño Hermano Francisco unió maravillosamente su vida a la de la Señora Pobreza.

Aquí llegaron los mercenarios de Barbarroja: alabarderos de Inglaterra, arqueros de Florencia, bandidos de Albania, abigarrados neco terribles en la masacre de Montalcino. El rey poeta de Luxemburgo, Enrique, el de los cantos de amor, murió aquí bajo los cipreses. Sobre el cerro de Malmarenda, coronado por cuatro árboles se celebró esa monstruosa fiesta de paz que terminó con la masacre de los Tolomei y los Salimbeni. Y bajo los antiguos tejados de Siena, Santa Catalina reveló la dulce sustancia de su espíritu. «La caridad no se busca por sí misma, sino por Dios. La caridad debe unir y transformar a las almas. Debemos encontrar espinas entre el perfume de las rosas que están por florecer».

Era un lugar de paradoja, un campo de fusión para las contradicciones históricas: belleza y terror, éxtasis espiritual y rudas crueldades, ignorancia medieval y la fría comprensión de la edad de la sinrazón. Su pueblo era un conglomerado de diversas razas: antiguos etruscos, germanos de la Lombardía y soldados de fortuna, de Dios sabe dónde. A esta herencia habían contribuido santos medievales, humanistas florentinos y astrólogos árabes. Sus comerciantes traficaban desde la Provenza hasta el Báltico y, desde los cuatro extremos de Europa acudían los estudiantes a escuchar a Aldobrandini en sus conferencias sobre el régimen del cuerpo humano.

Todo esto formó ante Landon una extraña visión procesional, hecha de paisaje y de recuerdos, pero pasado este momento, sintió que comprendía mejor y que juzgaba con mayor tolerancia a esos seres apasionados y complejos cuyo pan había compartido. No necesitaba compartir la maldición que ellos mismos se imponían. Podía perdonarlos, siempre que no se viese forzado a vivir con ellos.

Hasta él llegó una ola de perfume y el resonar de unos pasos, y un momento después, Valeria Rienzi se hallaba a su lado en el sendero. Llevaba un vestido veraniego muy moderno, unas sandalias doradas en los pies desnudos, y el cabello atado con una cinta de seda. Parecía pálida, pensó Landon. Tenía sombras alrededor de los ojos y sus labios sugerían un vago cansancio; pero su piel era límpida como el ámbar y lo saludó con una sonrisa.

—¿Sabe, Peter? Es la primera vez que lo veo así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Desprevenido, indefenso. Casi como un niño observando a Polichinela en la plaza.

Landon sintió que se ruborizaba, pero sonrió y trató de desviar el comentario.

—Lo siento. No sabía que mi actitud era siempre defensiva, se lo aseguro. Usted debe considerarme insoportable.

—Nada de eso, Peter —entrelazó su mano con la de Landon, como si fuese el gesto más natural del mundo, y comenzó a caminar a su lado por el jardín—. Al contrario; usted es un hombre muy estimulante. Estimulante y tal vez peligroso.

Landon había vivido demasiadas escaramuzas de este tipo como para no reconocer este sencillo gambito; pero su vanidad se sintió halagada y decidió seguir el juego, preguntando inocentemente:

—¿Peligroso? No comprendo.

—Usted es tan completo, tan controlado. Vive dentro de sí mismo. En muchos aspectos se parece a mi padre. Ambos, comprenden todo, en tal forma, que nadie puede ofrecerles cosa alguna.

Ambos toman la vida cómo una especie de banquete: comen, se levantan satisfechos y continúan su camino. Me gustaría poder hacer lo mismo.

—Pues yo hubiese ficho que ya lo hace, y con mucho éxito.

Lanzó su estocada con delicadeza, como el espadachín que inicia un encuentro amistoso. Se sintió sorprendido cuando ella frunció el ceño y dijo con seriedad:

—Lo sé. Lo hago muy bien. Pero no es real. Soy una alumna que repite una lección muy bien aprendida. Mi padre es un excelente profesor. También lo es Basilio.

—¿Basilio?

—Es un hombre al que he estado viendo mucho últimamente. Ha hecho un arte de la irresponsabilidad.

El gambito no resulta tan conocido, después de todo. Landon decidió que era más prudente terminar el juego, antes de que se hiciese más serio.

—Se habla mucho del arte de vivir —dijo con cierta vacilación—. Mi experiencia me dice que generalmente es solo un artificio: polvos y tinturas y máscaras de carnaval.

—¿Y debajo?

—Hombres y mujeres.

—¿De qué tipo?

—De todos los tipos. La mayoría solitarios.

En cuanto pronunció estas palabras, comprendió que había cometido un error. Este era el comienzo de todas las aventuras amorosas: la primera intimidad, el resquicio en la cota de mallas que dejaba el corazón descubierto ante la espada. Y la espada penetró con más rapidez de lo que había esperado.

—Es eso lo que leí en su rostro ¿verdad, Peter? Usted estaba solitario. Siendo libre como ese pájaro, pudiendo volar muy alto y teniendo el mundo entero desplegado bajo sus alas, se sentía usted solo —sus dedos oprimieron su mano, y Landon sintió la tibieza de su cuerpo y el efecto enervante de su perfume—. Yo también estoy sola.

Landon era médico y conocía los usos del dolor. Fríamente, preguntó:

—¿Teniendo tanto, Valeria? ¿A su padre, a Carlo… y a Basilio para suplir lo que pueda faltarle?

Estaba preparado para un estallido de cólera y aun para un bofetón en la boca; pero Valeria solo se desasió diciendo con helado sarcasmo:

—Esperaba más de usted, Peter. Coger su mano y decirle algunas verdades sobre mí misma no me convierte en una ramera. No hago misterios de mis actos ni de mis preferencias. Pero usted… usted tiene que despreciarse demasiado. Compadezco a la mujer que trate de amarlo.

Y como si una vergüenza no fuese suficiente, a su lado apareció Rienzi, diciendo con voz fría y cortés:

—Tendrán que disculparme durante la comida. Ha habido líos en la aldea y me han pedido ayuda. No sé a qué hora volveré.

No esperó respuesta y se alejó rápidamente, dejándolos allí como actores hostiles sobre un escenario vacío sin libreto ni consueta, sin una solución previsible para su conflicto.

Landon tartamudeó una disculpa con la torpeza de un colegial.

—No sé qué decir para que usted me perdone. Solo… solo puedo tratar de explicarle. En mi profesión se adquieren malos hábitos. El siquiatra se sienta como un padre confesor a escuchar las miserias de la gente. A veces llega a sentirse un poco Dios en el sitial del juicio. Ese es uno de los problemas. El otro es que los pacientes siempre tratan de convertir al analista en otra persona: un padre, una madre, un amante. Es un síntoma patológico. Lo llamamos trasferencia. Y contra él desarrollamos defensas, entre las cuales se cuenta una especie de brutalidad clínica. Desgraciadamente, a veces empleamos esta arma contra gentes que no son nuestros pacientes. Es una especie de cobardía. Y usted tiene razón al decir que me desprecio a mí mismo por esta causa. Lo siento inmensamente, Valeria.

Valeria permaneció un rato en silencio, apoyada contra una urna de piedra y deshojando un capullo de vistaria, cuyos pétalos dejaba caer a sus pies. Tenía el rostro desviado, de manera que Landon no podía leer en sus ojos; cuando habló por fin, su voz era estudiadamente gris.

—Todos somos unos cobardes ¿verdad, Peter? Todos nos mostramos brutales cuando alguien escarba en nuestras pequeñas llagas de temores íntimos. Yo soy brutal con Carlo, lo sé. Y a su modo, él se muestra cruel conmigo. Incluso mi padre, que es valiente como un viejo león, construye un purgatorio para los que ama. Y, sin embargo, nos necesitamos unos a otros. Al no tener a quién herir, debemos herirnos a nosotros mismos, y este es el último error. ¿Pero cuánto tiempo podremos vivir así sin destruirnos?

—No lo sé —dijo Peter sombríamente. Y al mismo tiempo se preguntó cuánto tiempo podía un hombre soportar los aguijonazos de la ambición, y a qué alturas podía trepar solo, antes de caer en la desilusión y la desesperación.

CAPÍTULO SEGUNDO

El cuartel de policía de San Stefano estaba rancio de humo de cigarrillos y apestaba a vinos agrios y queso campesino. El sargento Fiorello copiaba una deposición, ostentosamente alejado del bullicio. Fray Bonifacio manoseaba su cinto, mientras Carlo Rienzi explicaba su presencia a Ana Albertini:

—Fray Bonifacio me ha contado parte de su historia, Ana. Estoy deseoso de ayudarla. Pero hay algunas cosas que usted debe comprender —su voz adoptó el paciente tono expositivo del maestro ante un alumno estúpido—. Tiene que comprender ante todo que un abogado no es un mago, y que no puede probar que lo negro es blanco. No puede agitar una varita mágica y borrar lo que ha sucedido. No puede resucitar a los muertos. Solo puede brindar su conocimiento de las leyes, y su voz para alegar su caso en la Corte. En segundo lugar, el abogado debe ser aceptado por su cliente en calidad de tal. Usted tiene que comprometer sus servicios. ¿Me explico?

Tal vez fuese una ilusión, pero por un momento pareció que el fantasma de una sonrisa temblaba en los labios pálidos de la muchacha.

—No he recibido mucha instrucción —dijo gravemente— pero comprendo bien esto de los abogados. No debe tratarme como si fuese una niña.

Rienzi se sonrojó y se mordió los labios. Se sintió joven y torpe, pero se recuperó y continuó con más seguridad:

—En ese caso, usted tiene que comprender lo que ha hecho. Y sus consecuencias.

Ana Albertini asintió con su aire plácido y remoto.

—Oh, sí. Siempre he sabido lo que iba a suceder. No me preocupa.

—En este momento, tal vez no. Pero más tarde, cuando deba comparecer en la Corte y escuchar la sentencia. Cuando se la lleven y la vistan con ropas de prisión y la encierren tras las rejas.

—No tiene importancia donde me lleven. Ahora soy libre, ¿comprende?, y feliz.

El viejo fraile terció, en la discusión por primera vez.

—Ana, hija mía —dijo suavemente—, este es un día extraño y terrible. No puedes asegurar hoy lo que sentirás mañana. En todo caso, la Corte se preocupará de que tengas un abogado, lo desees o no. Creo que es mejor que tengas a tu lado a alguien que tenga algún interés por ti, como el señor Rienzi.

—No tengo dinero para pagarle.

—Ya encontraremos el dinero.

—En ese caso, supongo que no hay ningún inconveniente.

Rienzi se sintió escandalizado por su indiferencia y dijo de mal humor:

—Necesitamos una declaración más formal. ¿Quiere decirle al sargento Fiorello que me acepta como su representante legal?

—Si usted lo quiere…

—Ya escuché —dijo Fiorello levantando la vista con la mueca de una sonrisa—. Lo pondré en los archivos. Pero creo que usted pierde su tiempo.

—Eso es lo que no comprendo —dijo Ana Albertini con singular sencillez —. Sé que ustedes no pueden hacer nada por mí. ¿Para qué se toman entonces toda esta molestia, tanto usted como el padre Bonifacio?

—Estoy tratando de pagar una deuda, Ana —dijo el fraile suavemente.

Carlo Rienzi reunió sus notas, las metió en un bolsillo y se puso de pie.

—Será llevada a Siena y acusada allí, Ana —dijo vivamente—. Y después la instalarán en las celdas para procesados de la prisión estatal o la enviarán a la casa correccional de mujeres de San Gimignano, lo que es más probable. Dondequiera que quede, yo iré a verla mañana. Trate de no atemorizarse.

—No me siento atemorizada —dijo Ana Albertini—. Creo que esta noche dormiré sin tener pesadillas.

—Que Dios te guarde, hija mía —dijo Fray Bonifacio, haciendo un gesto de bendición sobre la cabeza morena de la muchacha antes de alejarse.

Rienzi se hallaba ya ante la puerta hablando con Fiorello.

—Me gustaría conversar con usted cuando estemos preparando la defensa, sargento.

—Temo que resultará muy irregular. —El rostro de Fiorello era una máscara oficial desprovista de expresión—. Seré llamado por la acusación.

—En ese caso, nos veremos en el tribunal —dijo Rienzi brevemente, y caminó hacia la plaza bullente e iluminada de sol, con el pequeño franciscano pegado a sus talones.

La multitud se separó ante ellos. Todos los miraban, señalándolos con el dedo y cuchicheando, como si hubiesen sido monstruos de exhibición, hasta

que ambos desaparecieron en las frescas sombras confesionales de la iglesia de San Stefano.

El almuerzo en la Villa Ascolini era una lucha entre tres contrincantes, dominada por el ingenio extravagante del viejo o abogado. La ausencia de Rienzi fue aceptada con un encogimiento de hombros y tal vez con cierto alivio, como a Landon le pareció adivinar. Los incidentes de la aldea merecieron solo un gesto de desaprobación. Ni Ascolini ni Valeria parecieron sentir curiosidad, pero cuando Landon los urgió, Ascolini pronunció una irónica homilía sobre las prácticas heredadas del sistema feudal.

—Vivimos la mayor parte del año en Roma, pero por ser propietarios de la villa, somos la familia patronal. Nuestras vecinas aquí son una especie de tributo a nuestra dependencia. A veces se nos pide una contribución para la iglesia o el convento. Otras veces debemos patrocinar algún estudiante de mayor o menor talento. En ocasiones nos piden que arbitremos alguna disputa local, que seguramente es lo que ha ocurrido hoy. Pero cualesquiera que sean las circunstancias, el principio es el mismo: el señor paga un tributo a los comunes por el privilegio de la supervivencia; los comunes utilizan al señor para protegerse de una democracia que no les merece confianza y de una burocracia que les inspira desprecio. Es un trueque muy razonable. —Paladeó su vino delicadamente y agregó una idea tardía.

—Me alegra que Carlo comience a asumir su parte del tributo.

Valeria sonrió tolerantemente y palmoteó la manga del anciano.

—No le preste atención, Peter. Es un viejo malicioso. Landon sonrió y comenzó a partir un melocotón. El rostro sonrosado de Ascolini tenía una expresión de fingida inocencia.

—Es privilegio de la edad probar el temple de los jóvenes —dijo blandamente—. Además, tengo puestas grandes esperanzas en mi yerno. Es un hombre de talento, y muy culto —sus ojos agudos y jóvenes interrogaron a Landon por encima de su vaso—. Espero que lo haya atendido merecida y adecuadamente, Landon.

—Mejor de lo que merezco —Landon se sintió agradecido por el cambio de tema—. Ayer me llevó hasta Arezzo. Ascolini asintió con aprobación.

—Una noble ciudad, amigo mío. Muy olvidada por los turistas. La cuna de Petrarca y de Aretino. —Dejó escapar una risita breve y divertida—. Usted es un investigador del alma, Landon.

Aquí tiene usted una parábola: el gran amante y el gran libertino surgieron de la misma fuente; el poeta erudito y el satirista que escribía palabras

groseras en los edificios públicos; los Sonetos a Laura y los Sonnetti Lussuriosi. ¿Los ha leído, por cierto?

—He leído a Petrarca —respondió Landon con una sonrisa—, pero las obras de Aretino no se reimprimen en nuestros días.

—Le prestaré un ejemplar —Ascolini agitó una mano elocuente—. Es un clásico escatológico que no puede dejar de interesar a un siquiatra. Le ruego que haga uso de la biblioteca mientras se encuentre aquí. No es una colección muy extensa, pero en ella hay cosas interesantes y curiosas.

—Muy amable. No sabía que era usted coleccionista.

—Papá es una docena de hombres amasado en uno solo —dijo Valeria secamente.

Ascolini hizo oír otra vez el vivo eco de su risa.

—Colecciono experiencias, señor Landon, como antaño coleccioné mujeres, que son la llave de la experiencia. Pero ya estoy viejo para eso. Por eso tengo libros, algunas pinturas y el drama legal, como sustituto.

—Usted es un hombre afortunado, dottore.

Ascolini fijó en él sus ojos brillantes e irónicos.

—La juventud es la época afortunada, mi querido Landon. El mejor patrimonio de la edad es la sabiduría necesaria para apreciar lo que queda: el buen vino, la riqueza de los recuerdos, el esplendor de las estaciones. Es algo que he tratado de explicar a Carlo, y a mi hija: que es mejor ser el árbol que crece calladamente al sol, que el mono que trepa locamente tras el fruto.

—¿Siempre se contentó usted con ser el árbol, dottore? —preguntó Landon con fingida inocencia.

—Ya sabía que no me equivocaba al juzgarlo, amigo mío. Usted ha tenido contacto con la ley durante demasiado tiempo para dejarse engatusar por las triquiñuelas de un viejo abogado. Por supuesto, que no me satisfacía con eso; mientras más alto se hallaba el fruto, más rápido deseaba trepar. Pero el hecho subsiste. Es mejor ser el árbol que ser el mono. ¿Pero cómo puede inculcarse una vieja verdad a una cabeza joven?

—No hay que intentarlo —dijo Landon con cierta aspereza—. Las cabezas jóvenes están hechas para golpearse contra las murallas. La mayoría sobrevive a esta experiencia.

Sorpresivamente, Ascolini aprobó con un gesto y dijo con un aire de pesar:

—Tiene usted razón, por supuesto. Temo haberme entrometido excesivamente en la vida de estos muchachos. No siempre comprenden el afecto que les tengo.

—Nosotros no comprendemos, dices —la voz de Valeria era aguda y tensa como cuerda de violín—. Lo que tú tampoco comprendes es el precio que exiges por él.

Al ponerse en pie, su manga rozó el borde de la copa, y el cristal se estrelló contra el suelo, mientras el vino teñía de rojo las piedras grises. Landon se dedicó a terminar su melocotón con fingida abstracción, hasta que el anciano lo desafió con sardónico humor.

No se sienta incómodo, amigo. No trate de comportarse como un educado anglosajón ante gente como nosotros. Somos así. Así hemos vivido durante mil años. Trasformamos nuestro libertinaje en cuadros magníficos y hacemos óperas de nuestras tragedias más sangrientas. Usted es un observador del drama humano. Si a nosotros no nos importa exhibir nuestras flaquezas, usted tiene derecho a aplaudir la comedia. Vamos, muchacho; déjeme servirle una copita de licor. Y si le cuesta disculparme, recuerde que soy un campesino que se sirvió de la ley para convertirse en caballero.

Era imposible resistir a tanta cortesía y, a su pesar, Landon se encontró riendo ante los modales encantadores del anciano. Pero más tarde, mientras se tendía en la inmensa cama florentina para hacer la siesta ritual, se sintió impulsado a elaborar su propia versión de la crónica de Rienzi.

El anciano abogado era una personalidad demasiado compleja para ser definida mediante las afectaciones algo ingenuas de una sociedad aún feudal. Tal vez era un campesino, con la astucia y la ruda ambición de los campesinos, pero no era un mendigo encaramado sobre un caballo. Tal vez había sido forjado de material tosco, pero era duro como el granito y estaba pulido por las disciplinas de un mundo atestado. Su carrera estaba basada en las flaquezas de los hombres, y si sus pasiones hubiesen sido innobles, lo hubiesen destruido tiempo atrás. Landon concluyó que Ascolini tenía mayor estatura que la que Valeria y Rienzi le asignaban. Podía imaginárselo fuerte en el amor, en el odio, o en una perversión de ambos, pero en él no había nada que fuese mezquino. ¿Valeria? Su versión sobre ella era también diferente de la de Rienzi. La veía como a una especie de princesa intransigente, despierta a medias para el amor, encadenada aún a la magia tiránica de su niñez. Rienzi veía cierta inocencia aun en sus aventuras amorosas. Pero Landon la comparaba a esas muchachas que Lippi empleaba como modelos para sus ángeles y vírgenes, con las mejillas suaves y los ojos límpidos y en la boca el recuerdo de mil noches. Era un pensamiento desagradable, pero no pudo librarse de él. Junto al diván de su estudio, veía a las mujeres con ojos calculadores, aprendiendo, dolorosamente a veces, que la inocencia es poco

frecuente y muchas veces fraudulenta. Tal vez Valeria no era una libertina, pero se sentía inclinada a buscar otras satisfacciones que las ofrecidas por un marido joven e inseguro. Landon la veía maternal, sin embargo, sin hijos; fría, pero no desprovista de pasiones; no dominada por su padre, sino sostenida, como él, por ciertas reservas íntimas, de manera que necesitaba menos que la mayoría de las mujeres, pero podía dar mucho más que ellas en el momento oportuno.

Cayó en una lánguida contemplación de lo que podría ser tal momento, y se encontró mirando dentro del pozo de su propio vacío.

Siempre había evitado todo lo que veía en estos seres: el fraude amoroso, la crueldad, la comezón de la carne, el temor de perder lo que solo es posible fingir que se posee, la tiranía vampiresca de la edad, la pervertida rendición de la juventud. Se había fijado un fin y ahora se hallaba a corta distancia de él. Había gozado de las mujeres sin someterse jamás a ellas. Había preservado la ética de un arte curativo, mientras usaba de este arte para promover su propio avance.

Tenía dinero, posición, horas de ocio. No estaba atado a esposa o amante. Era libre, disciplinado, y estaba vacío del vino de la vida que estos seres derramaban con apasionada indiscreción.

De pronto fueron ellos los ricos y él el mendigo a sus puertas; y se preguntó, cómo hacen los mendigos, si no se habría perdido la capacidad de gozar del festín, si este se le ofrecía.

El calor de la tarde caía como lava sobre la tierra; los Campesinos y los ciudadanos escapaban hacia sus madrigueras como topos temerosos del sol y Ninette Lachaise metía pinturas y telas en su destartalado automóvil, dirigiéndose luego al campo abierto.

Era un peregrinaje de artista, apenas menos doloroso que el efectuado por los peregrinos de antaño. La tierra escaldaba como fuente saliendo del horno; los caminos eran un polvoriento calvario; los cerros parduscos recogían el calor y lo lanzaban en quemantes oleadas sobre las tierras bajas, donde los viñedos languidecían y los arroyuelos se secaban y las ramas de los olivos colgaban lacias en el aire quieto. El ganado abandonaba sus pastos y se apiñaba en los escasos lugares sombríos, con los ojos vidriosos y las lenguas resecas. Y los seres humanos atrapados en la huella de las carretas o en el cultivo, parecían encogidos y disecados como gnomos de un paisaje lunar.

Y sobre todo esto caía el milagro penetrante de la luz: el resplandor de los cielos del sur, el brillo blando del estuco y del afloramiento de la tufa, las sombras broncíneas de las hendiduras de las montañas, el viso del agua de las

lagunas, el ocre de los tejados, el fuego enjoyado del ala de un pájaro o del vuelo de una langosta. Esta era la justificación del peregrinaje: la ruda novedad del paisaje, la repentina extensión de espacio y la separación de masa y contorno, de manera que la vista penetraba hasta los huesos de la creación y divisaba las gigantescas articulaciones de sus partes.

Para Ninette Lachaise había también otras justificaciones. Por definición, cada peregrinaje era una disciplina para el espíritu, un tentar lo desconocido; una aproximación a lo inalcanzable.

Cuatro años antes había llegado huyendo a esta ciudad, llamada por sus devotos «El hogar de las almas». Había escapado de un hogar parisiense dominado por una madre doliente y un padre ya viejo, cuyo mayor entretenimiento era recordar las glorias desvanecidas de la vida militar. Había escapado a la esterilidad de los talleres de posguerra y a una juventud que era un anticipo de la vejez y dos cosas sucedieron rápidamente: su pintura estalló en una sorprendente madurez, y una semana después de su primera exposición, cayó en los brazos de Basilio Lazzaro.

Lazzaro era un amante profesional, indiferente como un toro, y la aventura había durado seis tormentosos meses. Se habían separado sin pesar; y Ninette había emergido lastimada, pero despierta, conociendo su capacidad de pasión, pero desconfiando de otra entrega total y además, había aprendido otra cosa: este era un país de hombres, y no había salvación para la mujer en el amor promiscuo o imprudente. Por eso, había hecho de las disciplinas del arte, una disciplina para la carne, mientras esperaba con un exceso de cautela el encuentro afortunado.

Pero no era suficiente esperar, sin otra base que la promesa de los cuentos de hadas, la llegada del amor, del Príncipe Encantador y de la felicidad para siempre jamás. En su naturaleza y en su situación había elementos que todavía no comprendía del todo. ¿Hasta dónde la llevaría su talento? ¿Cuándo podría desafiar la leyenda de la incapacidad femenina para la creación realmente grandiosa? ¿Cuánto equilibrio necesitaría para sobrevivir al primer relámpago de una aventura amorosa? ¿Por qué se sentía atraída por hombres como Ascolini, hacia los cínicos y los prudentes, mientras desconfiaba de los jóvenes, hechos de ardor y desprovistos de comprensión? ¿Qué ganaba con retratar visiones para deleite de los demás, mientras los años jóvenes se desvanecían en la soledad del otoño?

Desde la visita de Ascolini, todas estas preguntas y una docena más se alzaban ante su mente, tan visibles como las grietas y almenas de los cerros toscanos. La medida de su inquietud la daba el que hubiese aceptado esta

invitación a cenar en la villa, junto a Valeria, que jugaba al amor con Basilio Lazzaro, y a un extranjero desconocido a quien debería inspeccionar como a ganado en la feria.

De pronto, la comicidad de la situación ganó campo en su mente y comenzó a reír, con una risa clara y libre que resonó en el valle, inquietando a las cabras que ramoneaban y haciendo remontarse a una alondra en el candente aire veraniego.

En la biblioteca de la villa, Alberto Ascolini, abogado y actor, ponía en escena una reconciliación con su hija. Era una escena que había representado a menudo y su actuación tenía la pátina de la costumbre. Estaba de pie, apoyado en la chimenea, acicalado, apuesto e imponente, con una copa de coñac en la mano y una sonrisilla de complicidad crispando levemente sus labios.

Valeria estaba acurrucada en un sillón, con la barbilla apoyada en la mano y las piernas recogidas bajo su cuerpo, como una niña. Ascolini se encogió de hombros elocuentemente, y dijo:

—No debes irritarte demasiado conmigo, hija mía. Soy un viejo perverso que se ríe de sus propios chistes.

Pero te quiero tiernamente. No es fácil para un hombre ser padre y madre para una joven. Conozco mis fracasos mejor que tú. Pero que yo parezca estar vendiendo mi ternura, esto sí que me resulta nuevo. Y doloroso, también. Creo que debes explicarte un poco.

Valeria Rienzi rehusó con la cabeza.

—No estás en la Corte, papá. Y yo no estoy en la tarima de los testigos.

—Tal vez no, querida —su tono era sereno, con un leve toque de tristeza —. Pero tú me has sometido a juicio y creo que tengo el derecho de escuchar la acusación. ¿En qué forma te hago pagar mi cariño?

—Tomando parte en todo lo que hago.

—¿Tomando? ¿Tomando? —La perplejidad surcó de arrugas su frente noble y su mano alisó la blanca melena—. Me haces sentirme como un recolector de impuestos. Me preocupo por ti. Eso es verdad. Tengo interés en verte feliz. ¿Es esta una exacción? ¿Te he negado algo, te he negado incluso el derecho a ser joven y alocada?

Por primera vez, Valeria levantó la cabeza hacia él, con expresión mezcla de hostilidad y súplica. ¿Pero no comprendes que en parte todo esto ha sido siempre por ti mismo? Incluso Carlo. Tú lo creaste. Tú lo formaste, lo educaste y me lo entregaste, como si fuese un petizo favorito. Pero siempre mantuviste una mano en la brida. ¿Los otros? También eran tuyos,

diversiones para la esposa desdichada, cavalieri sirventi proporcionados por el padre indulgente. Pero eran amoríos para hacerte recordar tu propia juventud.

—Y tú los aceptaste, querida; y te sentiste agradecida, si mal no recuerdo.

—Eso también me lo enseñaste tú —las palabras surgieron en un estallido de amargura—. «Da las gracias por los dulces, como una niña bien educada». Pero cuando yo elegí y torné algo sin tu ayuda. Basilio, por ejemplo. ¡Ah, eso fue diferente!

La cólera sonrojó por primera vez las mejillas sonrosadas y lustrosas del anciano.

—¡Lazzaro es una basura! ¡No es compañía adecuada para una mujer de casta!

—¿De casta, papá? ¿Cuál es nuestra casta? Tú fuiste hijo de un campesino. Te casaste pobre y lo lamentaste cuando lograste una reputación. Despreciabas a mi madre y te alegraste de su muerte. ¿Yo? ¿Sabes lo que debía ser yo? El prototipo de la mujer que deseaste, pero que no tuviste. ¿Sabes por qué no volviste a casarte? Para que nadie pudiese igualarte. ¡Para poder despreciar siempre lo que necesitabas y poseer lo que amabas!

—¿Amor? —Ascolini dejó caer la palabra con helado desprecio—. Háblame de amor, Valeria. ¿Has amado a Carlo, tal vez? ¿O a Sebastián? ¿O al sudamericano? ¿O al hijo del griego, ese que tenía dinero hasta en las orejas? ¿O has encontrado el amor revolcándote con ese Lazzaro en un departamento del piso tercero?

Valeria lloraba con la cabeza enterrada en las manos y su padre creyó que había vencido.

—No debemos herirnos, hija mía —dijo gentilmente—. Debemos ser honestos y admitir que el sentimiento que existe entre nosotros es lo mejor que conocemos del amor. Para mí representa lo único digno de conservarse de todo lo que he conocido. Para ti habrá más, mucho más, porque tu mundo es todavía joven. Incluso Carlo puede darte algo, pero eres tú quien debe acercarse a él.

Carlo es un muchacho; pero tú eres una mujer y has atesorado experiencias. Tienes que comenzar a prepararte como mujer para un hogar, para los hijos. En uno o dos años más desearé retirarme; naturalmente, Carlo deberá tomar mi lugar. Ustedes tendrán entonces una situación estable. Y es necesario que haya hijos con quienes puedan gozar de ella. Los arios de langostas llegarán para ti también, querida, como han llegado para mí. Será entonces cuando tendrás necesidad de los pequeños.

Valeria se alzó lentamente de su sillón y de pie ante él le lanzó brutalmente la pregunta:

—¿Y de quién serán esos hijos, padre? ¿De Carlo? ¿Míos? ¿O tuyos?

Se volvió bruscamente, y lo dejó solo en la biblioteca abovedada, con dos mil años de sabiduría en los estantes y ninguna medicina contra el invierno y la desilusión.

En San Stefano existía la leyenda de que el Pequeño Hermano Francisco había construido la primera capilla con sus propias manos. Los frescos de la iglesia conmemoraban el hecho y en los claustros de los frailes había un jardín con un santuario en el cual el Poverello tendía sus brazos a los pajarillos que se bañaban en la pileta con los pececillos que había a sus pies. El aire estaba fresco, la luz suave y el único sonido era la salpicadura de agua en la pileta y el golpeteo de sandalias por los arcos del peristilo. Allí, sentado en un banco de piedra, Carlo Rienzi escuchaba la confesión de Fray Bonifacio.

Era una experiencia depuradora, como escuchar a un hombre leyendo su propia acusación ante una Corte, o a un médico diagnosticando su propio cáncer. El rostro del anciano estaba contraído y surcado de arrugas, y su espalda se doblaba bajo el peso de su carga. Mientras balbuceaba su historia, sus dedos nudosos ataban y desataban la cuerda de su cinto.

—Ya le dije que lo sucedido hoy es el último capítulo de una historia muy larga, hijo mío. Hay mucha gente comprometida en ella. También lo estoy yo. Cada uno de nosotros tiene una parte de culpa en lo sucedido hoy.

Rienzi lo detuvo con un gesto de advertencia.

—Un momento, padre. Déjeme explicarle primero algunos puntos legales. Hoy se cometió aquí un asesinato. Las primeras pruebas hacen aparecer el crimen como una venganza premeditada por un daño inferido años atrás a Ana Albertini. No hay discusión posible sobre el acto, sus circunstancias o su causa. La acusación tiene en sus manos un caso seguro. La defensa solo puede alegar dos cosas: demencia o circunstancias atenuantes. Si nos decidimos por la demencia, debemos probarla mediante testimonio siquiátrico, y la suerte de la muchacha será muy poco mejor que si sufre la pena normal por asesinato. Si alegamos que hubo circunstancias atenuantes, podemos elegir dos caminos: provocación, o debilidad mental parcial. El tribunal no es un confesionario. La ley toma solo un conocimiento relativo de la culpa moral del acto que juzga. Se preocupa de la responsabilidad, pero en el orden social, no el moral —sonrió y extendió los brazos, reprochándose—. Le he dado una conferencia,

padre. Perdóneme. Pero esta vez nuestros papeles están invertidos. Y por el bien de mi clienta, no debe usted arrastrarme a materias irrelevantes.

El anciano digirió lentamente estas ideas y luego aprobó con la cabeza.

Todo acto de violencia es una especie de locura, hijo mío; pero dudo mucho que Ana Albertini pueda ser declarada loca legalmente. En cuanto a circunstancias atenuantes. En esto creo que puedo ayudarle, aunque no sé en qué forma podrá utilizar usted lo que yo le diga —se detuvo un momento y luego continuó lentamente—. Hay dos versiones de esta historia. La primera es la que será expuesta ante d tribunal, porque es la oficial. La segunda… —se interrumpió y esperó largo rato, contemplando el dorso de sus manos nudosas y cubiertas de pecas—. Yo conozco la segunda versión, pero no puedo dársela, porque llegó hasta mí bajo el secreto de la confesión. Solo puedo decirle que existe y que usted tendrá que indagar por su cuenta. Existe también el problema de que pueda probarla. Y aun así no sé si tendrá validez en un tribunal —su voz tembló y sus ojos se llenaron de las lágrimas reumáticas de la vejez—. ¡La justicia, hijo mío! ¿Cuántas veces se ve desvirtuada por los procedimientos y las personas que deben resguardarla? Usted vio a Ana. Tiene veinticuatro años. La última vez que la vi fue hace dieciséis años: una niña de ocho, colocando flores sobre la tumba de su madre y rasguñando una inscripción en el muro del cementerio con un trozo de hojalata. Todavía está allí. Se la mostraré después.

A pesar de su indiferencia profesional y de sus propios problemas, Rienzi se sintió conmovido por la patética situación del anciano. Él también se hallaba familiarizado con el sentimiento de culpa y con la impotencia para purgarla. Era esta la tragedia de la condición humana: que cada acción estaba relacionada con otras anteriores y creaba una carnada de consecuencias para el futuro.

Aunque se expiara un pecado, aunque se concediera el perdón, las consecuencias se esparcían como rizos de agua en una laguna sin límites, como corrientes moviéndose eternamente en la oscuridad del mar.

Suavemente, Rienzi sugirió al fraile:

—La historia oficial, padre… ¿Dónde comienza? ¿Dónde está escrita? ¿Quién la cuenta?

—Todos los de San Stefano. El informe está entre los archivos del sargento Fiorello, atestiguado por media docena de hombres. La historia comienza durante el último año de la guerra, cuando los alemanes controlaban esta región y Gianbattista Belloni era el jefe de una banda de guerrilleros que operaba en los cerros. Usted sabe que ese período fue confuso, teñido de

sospechas y de sangrientos feudos. Ana vivía en la aldea con su madre, Agnese Moschetti, que era viuda de un hombre que había perecido en la campaña de Libia. Un pequeño destacamento alemán estuvo acuartelado en la aldea durante un tiempo, y algunos de ellos debieron hospedarse en casa de Agnese Moschetti.

Cuando partieron, Agnese fue acusada de colaborar con ellos y de traicionar el movimiento de guerrillas y a sus hombres. Fue procesada por una corte marcial de guerrilleros, declarada culpable y ejecutada por un pelotón de fusileros. Gianbattista Belloni presidió el tribunal y firmó la orden de ejecución. Después del armisticio, los procedimientos de esta corte marcial fueron atestiguados e incluidos en los archivos policiales de la aldea. Pocos años más tarde, Belloni fue designado alcalde de la aldea y condecorado por el presidente con una medalla de oro, por valor demostrado en el servicio de la patria.

Fray Bonifacio se interrumpió, y se limpió los labios, como borrando un gusto desagradable.

—¿Y qué dicen los archivos sobre Ana Albertini? —preguntó Rienzi.

—Dejan constancia de su existencia —respondió el anciano con aspereza —. Y añaden que fue entregada al cuidado de Fray Bonifacio, de la Orden de los Frailes Menores, quién la envió a Florencia, a casa de unos parientes.

—¿Dónde se hallaba ella mientras juzgaban y ejecutaban a su madre?

—Los archivos no lo mencionan.

—¿Pero usted lo sabe?

—Bajo secreto de confesión.

—¿Nunca se lo dijo Ana?

—Desde la muerte de su madre hasta hoy, jamás escuché una palabra de sus labios. Tampoco le ha ocurrido a persona alguna en esta aldea. Ni siquiera lloró sobre la tumba de su madre.

—Ahora está casada. ¿Sabe usted algo sobre su marido?

—Nada. La policía ha enviado por él, por supuesto.

—¿Otros parientes?

—La tía que la recibió en Florencia. Ni siquiera sé si está viva —sus viejos hombros colgaron desesperanzados—. Han pasado dieciséis años, hijo. Dieciséis años.

—Usted me dijo que había algo escrito en el muro del cementerio. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto.

Guio a Rienzi alrededor del círculo de claustros, a través de una crujiente poterna y dentro del recinto amurallado del Camposanto, donde querubines de mármol, columnas enroscadas y raídos inmortales daban mudo testimonio de mortalidad. La tumba de Agnese Moschetti estaba señalada por una lápida tosca que informaba solo de la fecha de su nacimiento, la de su muerte y del último patetismo de un «Requiescat in Pace». Entre la lápida y la ruinosa muralla del cementerio había un espacio pequeñísimo, en el que se introdujeron trabajosamente, inclinándose casi al nivel del suelo, para leer los inseguros trazos infantiles:

«Belloni, algún día te mataré».

Rienzi contempló estas palabras con fijeza, y luego dijo lacónicamente.

—¿Alguien más ha visto esto?

—¿Cómo saberlo? —El anciano se encogió de hombros, impotente—. Han trascurrido tantos años.

—Si se presenta ante el tribunal, estaremos derrotados antes de comenzar. Búsqueme un martillo y un cincel, hombre. ¡De prisa!

Landon despertó de una siesta intranquila a las tres y media de la tarde, encontrando a su lado a Rienzi, que fumaba y hojeaba distraídamente una revista, sentado en un sillón contiguo. Llevaba los zapatos cubiertos de polvo y la camisa arrugada. Su rostro parecía tenso y fatigado. Hizo a Landon un relato telegráfico de los sucesos de San Stefano y terminó con este acre resumen:

—Eso es todo, Peter. Los dados están echados. He aceptado el caso, ya tengo dos abogados que actuarán conmigo y me darán entrada a los tribunales de Siena. Ya tengo mi primer caso.

—¿Se lo has dicho a tu mujer, o a Ascolini?

—Aún no. —Sonrió en una torcida mueca—. Todo esto me ha excitado demasiado. Dejaré el anuncio para después de cenar. Además, quería hablar contigo antes. ¿Querrás hacerme un favor?

—¿Qué clase de favor?

—Un favor profesional. Quisiera contar con tus servicios extraoficiales como consejero siquiátrico. Me gustaría que examinaras a la muchacha, que hicieras tu diagnóstico y me indicaras en qué forma puedo utilizar las pruebas médicas.

—No es poco lo que pides —Landon frunció el ceño, meditando—. Presenta algunos problemas de ética y de cortesía médicas y no deja en claro mi papel ante la ley.

—¿Y si se te asegurara que tu intervención extraoficial no iba a ser mal interpretada?

—En ese caso, lo pensaría. Pero aun así, debería a tu suegro la cortesía de una explicación.

Después de todo, estoy en su casa.

—¿Esperarás hasta que yo haya hablado con él?

—Naturalmente. Pero hay algo que desearía preguntarte, Carlo… —vaciló un momento y luego formuló la pregunta bruscamente—: ¿Por qué este caso? A simple vista, tienes los dados en contra.

Es tu primer caso y no veo que tengas la menor esperanza de ganarlo.

El rostro de Rienzi se relajó en una sonrisa juvenil y recuperó su gravedad, diciendo serenamente:

—Es una pregunta muy justa, Peter, y trataré de darte la respuesta que me di a mí mismo. Es una ingenuidad creer que la reputación legal se basa solo en los triunfos. La causa perdida resulta a veces más conveniente que el caso seguro. Nuevas visiones de antinomias clásicas, aplicaciones contenciosas de principios establecidos, una estrategia que se valga de la paradoja perenne entre la justicia y la legalidad, estos son los cimientos para una reputación como abogado. Es lo mismo que en medicina, Peter. ¿Quién obtiene renombre? ¿El que cura un cólico o el que masajea diez segundos de vida en un corazón agotado? No hay cura para la muerte, Peter, pero existe el arte magnífico de diferirla. En la ley existe el arte correlativo de ilustrarla: en esto se basan las grandes carreras. La de Ascolini, por ejemplo y espero que la mía.

Landon se sintió horrorizado por el frío cinismo de esta exposición. No podía creer que este era el poeta nostálgico que interpretaba a Chopin, el enamorado dolorido que veía desintegrarse el mundo ante sus ojos. Sus labios parecían demasiado jóvenes para haber dado forma al argumento; su corazón demasiado joven para haber sucumbido a tan helada ambición. Y sin embargo, en justicia, Landon tenía que estar de acuerdo con él. Rienzi se había comprometido a derrotar a Ascolini en su propio campo, ese estrecho campo de batalla en el que la ley se define en contradicción como un instrumento de gobierno o un instrumento de justicia. Carlo Rienzi solo podía combatir en la forma tradicional, despojándose de sus sentimientos en la misma forma en que se despojaba de sus vestimentas habituales y adoptaba el hábito negro e inhumano del inquisidor.

Pero Landon había aceptado su amistad y tenía que saber hasta qué punto Rienzi comprendía el alcance del compromiso que contraía. Así es que lo

enfrentó ásperamente con la pregunta:

—¿Comprendes lo que estás diciendo, Carlo? Te has comprometido con una clienta, y sobre la base de una esperanza. Una esperanza pequeña, tal vez, pero esperanza al fin. Esta es una relación personal que va más allá de la legal.

—¡No, Peter! —la negativa fue rápida y enfática—. Se basa sola y exclusivamente en la legalidad. No puedo hacer juicios morales sobre el estado del alma de mi clienta. No puedo comprometerme a tener hacia ella sentimientos de conmiseración. Mi labor consiste en provocar estos sentimientos en los demás, en buscar el juicio favorable de los otros, en inclinar toda disposición de la ley en su favor. Estos son sus derechos sobre mí. No puedo aceptar otros. No soy sacerdote ni médico, ni custodio de mentes enfermas.

Si Rienzi se mostraba así de elocuente y preciso ante la Corte, sus esperanzas tal vez podrían materializarse. Pero Landon se preguntó cuántas de estas palabras pertenecían al alumno y cuántas al maestro. Se preguntó también hasta qué punto comprendía Rienzi que la retracción de sentimientos del gran abogado o del gran cirujano era el resultado de una amarga experiencia, de la convención madura de su futilidad ulterior. Se preguntó si no sería para Rienzi un error tan grave el encerrarse en el desapego de la vejez, como el sucumbir demasiado pronto a las compasiones de la juventud. Pero Landon era el espectador y Rienzi el actor, por lo que se encogió de hombros y dijo con buen humor:

—Es mejor que me dedique a mis Zapatos. Y si tu clienta es tan hermosa como dices, ambos formarán una pareja imponente en el tribunal.

El rostro de Rienzi se nubló y dijo pensativamente:

—Parece una niña, Peter. Tiene veinticuatro años, pero habla y piensa como un niño, con sencillez, inexplicablemente. Creo que no resultará gran ayuda para mí o para ella misma.

—¿Alegarás demencia?

Rienzi frunció el ceño, pensativo.

—No soy un experto, pero no creo que pueda hacerlo. Es por eso que necesito tus consejos profesionales. Te confieso que confío más en las circunstancias atenuantes que pueda sacar a luz en San Stefano.

—Esas investigaciones pueden resultar muy caras.

—Fray Bonifacio se ha comprometido a reunir el dinero para los gastos. Pero no me extrañaría que finalmente ese dinero tuviese que salir de mi bolsillo.

—Es mucho lo que arriesgas, ¿verdad?

—El riesgo mayor es Valeria —dijo Rienzi gravemente—. Pero estoy resignado incluso a perderla; así es que lo demás son meras bagatelas. —Tendió la mano—. Deséame suerte, Peter.

—Toda la suerte del mundo, Carlo. Ve con Dios. Rienzi le lanzó una mirada rápida y penetrante.

—Creo que lo dice de corazón.

—Así es. No soy un modelo de devoción, pero sé que por lejos que llegues, nunca estarás fuera del alcance de la mano de Dios. Tal vez necesites recordarlo alguna vez.

—Lo sé —dijo Rienzi melancólicamente—. Y creo que será esta noche.

Se alejó y Landon sintió un dolor punzante por él. Tenía espadas a su espalda y una batalla ante sus ojos; pero Landon no pudo desprenderse de la triste convicción de que Carlo luchaba con armas erradas y por una causa errada, y que tal vez la victoria resultase para Carlo Rienzi la más sutil de todas las derrotas.

La cena en casa de Ascolini comenzó agradablemente con cócteles en la biblioteca. El anciano se mostraba cortés y elocuente; Valeria, afectuosa con su padre y atenta con sus invitados, aunque parecía un poquitín más reservada de lo que pedía la ocasión. La nueva invitada fue una sorpresa agradable para Landon. Le pareció decorativa, entretenida y muy femenina. No tenía nada de la estudiada languidez de sus primas italianas, nada de su voluble coquetería, que prometía mucho pero mezquinaba el cumplimiento. Sabía conversar y escuchaba con interés muy halagador, y era digna adversaria del ingenio del abogado.

Ascolini estaba haciendo una comedia manifiesta de su papel de casamentero.

—Tenernos que proporcionarle algunas distracciones, Landon —dijo cordialmente—. Es una lástima que no se halle usted disponible en el mercado matrimonial. Haría furor en la ciudad.

—¿Es que no se proporciona distracciones a los solteros de Siena?

Ascolini rio y traspasó la pregunta a Ninette Lachaise.

—¿Qué responderías a eso, Ninette?

—Diría que los solteros generalmente se las arreglan para proporcionárselas sin ayuda.

—Esa es una leyenda —dijo Landon sonriendo—. La mayoría de los solteros encuentran lo que buscan y terminan por descubrir que no era lo que deseaban.

—Nosotros también tenemos nuestras leyendas —dijo Ascolini, con ácido humor—. Nuestras vírgenes son virtuosas, nuestras esposas, satisfechas, y nuestras viudas, discretas. Pero el amor es siempre una lotería. Se compra un boleto y se espera confiando en la suerte.

—No seas vulgar, padre —dijo Valeria tranquilamente.

—El amor es un asunto muy vulgar —dijo el doctor Ascolini.

Ninette Lachaise alzó su copa en un brindis.

—A su conquista de Siena, señor Landon.

Landon bebió cautelosamente. En los ojos francos de Ninette no había coquetería, pero sus labios insinuaban una leve sonrisa. Eran pocas las mujeres con sentido del humor que pasaban por su vida, y las inteligentes eran o fatigosas o feas. Acarició el pensamiento de que con esta mujer se atrevería a arriesgar más de lo que había arriesgado hasta entonces en confianza, en intimidad y tal vez en amor. Vio que Ascolini lo observaba con una fina sonrisa, y se preguntó si sus pensamientos resultarían manifiestos para el anciano. En ese momento, Rienzi entró en la habitación, inmaculado y aparentemente de muy buen humor, y se unió a la charla después de servirse una copa.

El cambio en el ambiente fue instantáneo y sorprendente, pero singularmente difícil de definir.

Fue como si la mitad de las luces se hubiesen apagado, dejándolos a todos en un sonrosado resplandor de afabilidad. Ascolini se tornó benigno y Valeria se rodeó de un aura de ternura prosaica. La conversación perdió su filo y cayó en amables digresiones. Parecía una de esas conspiraciones que se practican alrededor de los enfermos; esa vaga euforia que se impone a aquellos para quienes el impacto del mundo ha resultado excesivamente rudo.

Rienzi parecía no percibirlo y Landon estuvo dispuesto a admitir que su percepción podía estar agudizada por la fatiga y por la sospecha cautelosa que uno aporta a una situación nueva. Pero era un hecho que desde el último cóctel hasta la primera taza de café, no recordaba un solo gesto o una palabra de significación. Pero cuando se hubo servido el coñac y el criado hubo desaparecido, Carlo Rienzi ocupó el escenario y la luz se hizo otra vez fulgurante.

—Con el permiso de nuestros invitados, quisiera hacer un anuncio de familia.

Valeria y su padre cambiaron una mirada rápida, interrogativa, y Valeria se encogió de hombros indicando su ignorancia. Rienzi continuó serenamente:

—No he discutido esto con ustedes porque lo consideré una decisión totalmente personal. Ya la he tomado y espero que la acepten. Ustedes saben que hoy fui llamado a la aldea. El alcalde fue asesinado por una muchacha oriunda de esta aldea, Ana Albertini. Es una historia muy larga y no quiero molestarlos ahora contándosela. Lo importante está en que Fray Bonifacio me pidió que asumiera la defensa de la muchacha. He aceptado.

Ascolini y Valeria lo miraban sin expresión alguna. Carlo esperó un momento y luego se volvió hacia Ascolini Con un fino cumplido:

—He hecho un largo aprendizaje junto a un gran maestro. Ahora es tiempo de que me abra camino sin ayuda. Maestro, estoy renunciando, para esperar mis propios casos y alegar mis propias causas —hurgó en sus bolsillos y extrajo un pequeño envoltorio que entregó al anciano—. Del alumno al maestro, un presente que expresa su agradecimiento. Deséeme suerte, dottore.

Landon sintió en ese momento un curioso respeto hacia Rienzi y oró por que se mostrasen bondadosos con él. Cualesquiera que fuesen sus defectos, cualesquiera que fuese la base de la tácita unión de Valeria y su padre contra él, se había comportado como un hombre.

Rienzi esperó, de pie en una laguna de silencio, mientras su esposa y su suegro permanecían con las cabezas bajas y los ojos fijos en la mesa. Entonces Carlo se sentó también y Ascolini comenzó a abrir el paquete con cuidadosa deliberación.

Finalmente apareció el regalo: un pequeño reloj de bolsillo de exquisito diseño florentino, pendiente de una cadena de apretados eslabones. Ascolini no dio muestras de placer o de pesar, sino que mantuvo el reloj en las manos y tradujo al italiano el latín clásico de la inscripción: «A mi ilustre maestro, de su alumno agradecido, dedico este presente y mi primer caso».

Ascolini dejó caer el reloj de manera que colgara como un péndulo de su intrincada cadena. Sus ojos estaban velados y su voz empolvada de desprecio:

—Guárdalo, muchacho. O envíalo al Monte de Piedad. Puedes necesitarlo antes de lo que te imaginas. Puso cuidadosamente el reloj sobre la mesa, empujó atrás su silla y salió de la habitación.

Rienzi lo observó alejarse; luego se volvió a Valeria y dijo con bastante calma:

—¿Y tú, cara? ¿Qué me dices?

Valeria alzó lentamente la cabeza y lo miró con ojos que lo condenaban. Dijo suavemente:

—Soy tu esposa, Carlo. Dondequiera que tú vayas, caminaré yo también. Pero esta noche has hecho algo terrible. No sé si podré perdonarte alguna vez.

Salió de la habitación, y Landon, Ninette y Rienzi permanecieron sentados ante las ruinas de esa cena. Rienzi rodeó con sus manos la tibia burbuja de la copa de coñac y la alzó hasta sus labios. Les dirigió una sonrisa leve y torcida y dijo:

—Lamento que hayamos tenido que presenciar esta escena, pero era la única forma de reafirmar mi valor, —luego añadió las palabras más tristes que se hayan escuchado—. Es curioso. Toda mi vida había temido estar solo y toda mi vida estuve solo y nunca lo supe. ¡Curioso!

—He tratado una vida entera con mentes enfermas —dijo Peter Landon melancólicamente— pero no creo haber presenciado jamás una escena más chocante.

Ninette Lachaise puso una mano fresca sobre su brazo y dijo serenamente:

—Creo que está en un error, Peter. Estos seres no son enfermos, son solo egoístas. Su vida es una continua batalla del uno contra el otro. Todos quieren conseguir mucho a cambio de muy poco.

Se hallan atrincherados como enemigos en su propio egoísmo.

—Usted es una mujer muy sabia, Ninette.

—Tal vez sea demasiado sabia para mi bien.

Se hallaban sentados en el automóvil de Ninette, a media milla de las verjas de la villa, donde ardían separadamente tres luces amarillas sobre las murallas lisas y la luna brillaba helada sobre las puntas de lanza de los cipreses. Cuando Rienzi abandonó el comedor, Landon se había sentido repentinamente sofocado por la atmósfera de hostilidad y había rogado a Ninette, con desacostumbrada humildad, que le brindase su compañía hasta la hora de irse a la cama. Ella había aceptado serenamente, y lo había llevado por el camino serpenteante hasta un lugar en que la tierra desaparecía en una laguna 4 oscuridad y los cerros trepaban escarpadamente hacia las últimas estrellas desvanecidas.

No sentía necesidad de cautela junto a esta mujer, y ella no hizo un drama de esta primera intimidad nocturna. Le estaba agradecido y en su charla tranquila creyó notar que ella también respondía con la gratitud de los solitarios. Se sintió complacido a exponerle una idea que lo tenía perplejo hacía mucho tiempo.

—¿Sabe usted qué es lo menos frecuente en el mundo, Ninette? Encontrar a un hombre o a una mujer con suficiente sabiduría para mirar al mundo de frente y aceptarlo tal como es en el momento, bueno o malo. Cuando la gente

acude a mí o se me llama a su lado en la prisión o en el hospital, es porque soy el último hito en su larga fuga de la realidad. Su fuga es un síntoma de enfermedad, y su enfermedad es la más sutil de todas, ¡miedo! Tienen miedo a las pérdidas, al dolor, a la soledad, a sus propias naturalezas, a las obligaciones que les impone una vida normal.

—¿Y cuál es su tratamiento, Peter?

—A veces no lo hay. A veces los mecanismos de la mente rehúsan funcionar, excepto por surcos sicopáticos. A los demás, trato de cogerlos de la mano y hacerlos retroceder paso a paso al momento de su primer terror y mientras lo hago, trato de reconstruir su coraje para enfrentarlo. Si tengo éxito, comienzan a mejorar. Si fracaso… —vaciló un momento y contempló el oscuro valle—. Si fracaso, la fuga comienza otra vez.

—¿Y dónde termina?

—En la nada. En la negación última del ser, cuando el mundo se contrae a la dimensión del propio ombligo, cuando no hay esplendor, ni profusión y desaparece aun la capacidad de amar.

Hay ocasiones —añadió quedamente— en que me pregunto si no estoy destruyendo en mí lo que trato de construir en otros.

—¡No, Peter! —el calor de su voz lo sorprendió—. Hoy estuve observando su actitud respecto de Carlo. Usted sintió compasión y tuvo la delicadeza de mostrarse bondadoso. Mientras sienta usted así, no hay peligro.

—¿Pero cómo podemos renovar en nosotros lo que usamos en los demás?

—Si supiese la respuesta a esa pregunta —dijo Ninette— me sentiría mucho más tranquila de lo que estoy ahora. Pero creo, sí, creo que lo que damos crece en nosotros; que las flores caen para que crezca el fruto, y que así está dispuesto desde los comienzos del mundo. —Rio levemente y retiró su mano—. Es tarde y me estoy poniendo sentimental. Váyase a la cama, Peter. Es usted un hombre perturbador.

—¿Puedo verla otra vez?

—Cuando quiera, aparezco en la guía telefónica.

—Tal vez abandone la villa mañana.

—¿Dónde irá?

—Si no fuese por Carlo, volvería a Roma. Pero le he prometido ayudarle en este caso y ya no puedo retractarme. Seguramente alquilaré una habitación en Siena.

—Me alegro —dijo Ninette Lachaise sencillamente—. Eso me da alguna esperanza también a mí.

Se volvió y lo besó ligeramente en los labios, alejándose dulcemente cuando él quiso atraerla hacia sí.

—Ve a casa, Peter. Felices sueños.

Landon permaneció contemplando el destartalado automóvil mientras matraqueaba cerro abajo; luego dio la vuelta y caminó de regreso hasta las verjas de hierro de la villa, donde un portero adormecido le deseó las buenas noches en tono truculento.

Esa noche durmió muy mal y despertó agrio y fatigado en el crudo verano toscano. Una rasurada y un baño lo refrescaron un poco, pero no pudo desprenderse del peso de sentirse huésped de una casa hostil. Deseó fervientemente no haberse comprometido con Ascolini ni con Carlo; pero el daño ya estaba hecho y no le quedaba más recurso que una retirada parcial. Empacó para partir inmediatamente después del desayuno, y se dirigió a la terraza para respirar el aire mañanero.

Le sorprendió encontrar ya allí a Valeria Rienzi. Su saludo demostró que se sentía bastante confundida.

—Se ha levantado temprano, Peter.

—Pasé mala noche. Y la mañana está deliciosa. Valeria hizo un mohín de desagrado y dijo:

—Me alegro de haberlo encontrado aquí. Quiero pedirle disculpas por lo sucedido anoche. Nos comportamos en forma inexcusable.

Peter no se sentía de humor para duelos verbales, de manera que se encogió de hombros y dijo crudamente:

—No necesito disculpas. Esta es su casa y usted puede comportarse como quiera en ella. Pero Carlo merecía algo mejor.

—Lo sé. —Aceptó el reproche sin una protesta—. Lo herí profundamente. Ya le he dicho que lo lamento.

—Entonces no hay nada más que decir. El resto es cosa de ustedes dos.

Está usted muy enfadado, ¿verdad? —Su mano aprisionó la de Peter contra la balaustrada de piedra y derramó sobre él el encanto de una sonrisa contrita—. No me extraña. Pero Carlo me tomó desprevenida. Siento mucho que usted se haya visto inmiscuido en esto.

—No estoy inmiscuido ni estoy enfadado. Ya no. Pero creo que es mejor que me vaya después del desayuno: Valeria no intentó disuadirlo, sino que asintió.

—Carlo me lo dijo. Comprendo lo que siente. También me contó que usted le había prometido quedarse algunos días en Siena. Se lo agradezco. En estos momentos necesita un amigo.

—Me parece que necesita más una esposa.

Valeria se sonrojó ante el reproche y volvió el rostro, cubriéndoselo con las manos. Landon esperó, sintiéndose culpable, pero satisfecho también, con la vista fija en los lejanos riscos de Amiata que se destacaban sobre las copas de los cipreses. Valeria se dominó, rápidamente, pero en su voz había invierno y su mirada era sombría.

—Tal vez merezco ese reproche. ¿Pero me hará ahora un favor?

—¿Qué favor?

—Camine conmigo por el jardín. Hábleme un rato.

—Por supuesto.

—Gracias.

Valeria cogió su mano y le hizo descender por las amplias gradas de piedra que llevaban a las murallas del jardín. El clásico trazado de los viejos jardineros los hizo seguir el contorno del terreno, serpenteando imperceptiblemente cerro abajo, entre hileras de pinos, glorietas de rosales, prados de arbustos floridos y pérgolas cubiertas por los capullos púrpura de la vistaria. Según el ángulo, desaparecía de pronto la casa o se ocultaba el sendero, pero el valle estaba siempre a la vista. No había más sonido que el zumbar de los insectos, el trino aislado de algún pájaro y el rápido roce de un lagarto que se deslizaba desde las hojas hacia la tibieza de alguna roca.

—Por las noches se escucha a veces el canto del ruiseñor en el jardín —dijo Valeria—. Papá y yo venimos entonces hasta aquí y escuchamos. Primero comienza uno, luego otro, hasta que el valle entero se llena de trinos. Es algo hermosísimo.

—Y solitario también.

—¿Solitario? —Valeria lo miró algo perpleja.

—Para el que se sienta en el interior interpretando a Chopin en la oscuridad.

—¿Carlo?

—¿Quién otro?

—Usted no comprende, ¿verdad?

—Desearía comprender, pero no es imprescindible. Después de todo, no es asunto mío.

—Carlo ha hecho que las cosas estén así. Me gustaría explicarle.

—¡Escúcheme, Valeria! —Peter dejó de pasear y la encaró bajo las ramas de una higuera grisácea, desde la cual un petirrojo los observaba con ojos críticos—. Comprenda quién soy y lo que soy. Soy un hombre que cura mentes enfermas. Paso la mayor parte de mi vida escuchando los problemas

de los demás y obteniendo dinero por ello. Si extiendo esta actividad fuera del consultorio, pierdo toda posibilidad de llevar una vida normal. A menudo me conmueven las desgracias de los demás, pero no puedo dejar que me afecten porque tengo muy poco que dar. Por la misma razón, usted no me debe explicación alguna, aunque decida hacer acrobacias sobre el techo del Duomo. Si esto está entendido, entonces la escucharé. Si puedo ayudarla, lo haré. Pero no iré más allá. Es bastante para usted, y bastante para mí.

Desearía tener parte de su capacidad para aislarse —la amargura de su voz sorprendió a Landon—. Pero, tiene razón. No tengo derecho sobre sus sentimientos. Yo hablo, usted escucha; y luego parte. ¡Y basta! Pero usted es menos frío de lo que quiere hacer creer a los demás —tomó otra vez su mano y lo hizo caminar a su lado mientras el petirrojo flirteaba descaradamente junto a ellos. Landon no pudo dejar de admirar la seguridad— con que Valeria abordaba temas que no le hacían ningún favor. No disminuía los hechos ni trataba de dramatizarlos. Había en ella una sencillez esencial que era endiabladamente desconcertante. Ahora decía:

—Sé que usted ve elementos antinaturales en mis relaciones con mi padre. Y esto tiñe sus opiniones sobre mi matrimonio con Carlo.

—Empleemos otra palabra. Digamos «elementos desusados» y partamos de aquí.

—Muy bien. Desusados. Es usted más cortés que algunos de mis amigos.

—Así es el mundo. La gente chismorrea siempre. Adora el olor al escándalo.

Las palabras de Peter eran banales, pero Valeria las consideró gravemente durante algunos minutos, preguntando después:

—¿Le parece escandaloso, Peter?

Landon sonrió y meneó la cabeza.

—Soy un médico, no un censor moral. Mi punto de vista es clínico. Necesito todos los datos antes de hacer un diagnóstico.

—Entonces aquí va el primer dato. Durante largo tiempo viví en un solo mundo, encontrándolo muy satisfactorio. No tenía madre, pero mi padre me amaba tiernamente y me abría las puertas del mundo una a una. Cada nueva revelación me maravillaba. No me negaba nada, pero de alguna manera se las arregló para enseñarme las disciplinas del goce. Hizo lo que la mayoría de los padres no pueden hacer: me enseñó a comprender lo que es ser mujer. Respondió siempre a todas mis preguntas y jamás lo descubrí en una mentira. ¿Resulta antinatural que yo lo amase y quisiese tenerlo siempre cerca?

—Antinatural, no. Pero tal vez desafortunado.

—¿Por qué me dice eso?

—Por primera vez, —la voz de Valeria traslució un matiz de ansiedad.

—Porque generalmente son las fallas de los padres las que obligan a los hijos a buscar integridad en otros: en un mundo más amplio, con otras gentes, con otros tipos de amor. Su relación con su padre no es antinatural en sí. Lo antinatural es que usted pueda sentirla completa y suficiente. Su padre es un hombre notable, pero no es todos los hombres, ni es todo el mundo.

—Es lo que he comprendido —dijo Valeria Rienzi quedamente—. ¿Le sorprende?

—Algo.

—Ya le dije que nunca lo descubrí en una mentira. Eso fue la verdad hasta hace muy poco. Fui comprendiendo gradualmente. Siempre me había dicho que sus desvelos y sus consejos estaban orientados a mi propio bien. Pero descubrí que mi bienestar era un fondo establecido para su propio beneficio. Yo era solo un capital que él había creado para revivir su juventud perdida. —Su rostro se nubló mientras tartamudeaba la vergonzosa confesión—. Desea que yo represente todas las cosas que no puedo ser: esposa, amante, hijo. ¡Y la imagen de Alberto Ascolini en el espejo!

—¿Y qué desea usted ser, Valeria?

—¡Una mujer! Una mujer de mi exclusiva propiedad.

—¿No de Carlo?

—¡De quienquiera que pueda devolverme la identidad que mi padre me ha quitado!

—¿Y Carlo es incapaz de hacerlo?

Landon escuchó la risa de Valeria por primera vez; pero en ella no había humor, solo una ironía desdichada. ¡Usted se preocupa tanto de Carlo! ¿No es así, Peter? ¡Carlo es un niño! ¡Un niño apasionado! Y cuando se ha vivido la vida entera junto a un hombre, eso no satisface.

—Anoche se pareció mucho a un hombre —dijo Meter Landon rudamente.

—Usted no se acostó después con él —dijo Valeria Rienzi. Landon digería aún este bocado amargo cuando Valeria ofreció otro—. ¿Cuál es su receta, doctor, cuando una mujer quiere que la besen y la tumben sobre el heno, y todo lo que recibe es chocolate para el desayuno?

Y entonces, porque se sintió desafiado en su propia virilidad, porque estaba harto de jugar a la lechuza sabia mientras los otros jugaban al «baciami» entre los arbustos, la tomó en sus brazos y la besó y saboreó la dulzura de su boca mezclada con el dejo salino de la sangre.

—¡Un espectáculo encantador! —dijo el doctor Ascolini con ácido humor —. Realmente encantador, aunque algo imprudente.

Landon se apartó bruscamente y vio al anciano de pie en medio del sendero, con el rostro sonrosado y una expresión regocijada.

—Me veo obligado a desaprobar por principio, pero las circunstancias hacen de esto un pasatiempo muy recomendable para ambos.

—¡Váyase al diablo!

Enfermo de cólera y humillación, Landon apartó a Ascolini y se alejó rápidamente. Una sonora risa de actor siguió sus pasos, como la de un niño fascinado por las cabriolas de un payaso pintado.

CAPÍTULO TERCERO

Cuando Landon llegó a la terraza, el desayuno estaba ya en la mesa y Carlo atacaba su café y un montón de periódicos de la mañana. Saludó a Landon con cortés gravedad, le pasó una taza de café y una fuente con pan de campo aún tibio, y luego le dijo serenamente:

—Vi lo sucedido, Peter. Fue casi como si alguien hubiese dispuesto que yo lo viese. —Señaló hacia el jardín en el que un claro de los arbustos dejaba ver a Ascolini y a su hija—. Tal vez ahora comprendas lo que tengo que combatir.

Landon se sintió enrojecer bajo esta nueva humillación. Dijo torpemente:

—Yo tuve la culpa. Lamento que haya sucedido. Rienzi acalló sus excusas con un gesto.

—¿Para qué culparte? Ha sucedido antes. Volverá a suceder.

Landon se sintió irracionalmente irritado contra Rienzi.

—¿Por qué te muestras tan endiabladamente complaciente? ¿Por qué no me rompes la nariz? ¡Si mi esposa me fuese infiel, le rompería el cuello o la abandonaría!

—Pero no es tu esposa, Peter —dijo Rienzi con voz enfática—. Es la mía y soy responsable en parte de lo que es. Tú la conoces desde hace unos días. Yo he vivido con ella durante años. Tú la juzgas como juzgarás a cualquiera otra esposa que busque diversiones veraniegas. Pero en ella esto es una especie de obstinación infantil que su padre ha alentado con fines propios. Con él Valeria no es nunca obstinada, aunque esto la molesta a veces. Sus moldes de conducta y de autoridad le fueron impuestos desde niña y los acepta; en un matrimonio normal, tendríamos también moldes establecidos. Pero fuera de los de su padre, Valeria no reconoce derechos ni deberes. El mundo y sus criaturas fueron hechas para uso y beneficio de la familia Ascolini.

—¿Crees que puedes romper esos moldes y establecer otros?

—Sé que debo tratar de hacerlo.

—¡Buena suerte!

Rienzi sonrió y sacudió la cabeza.

—No te finjas cínico ante mí, Peter, amigo mío. Sé lo que eres y lo que sientes. Este es un matrimonio; no muy satisfactorio, es verdad, pero implica un contrato que nos obliga hasta la muerte y tengo que hacerlo marchar lo mejor posible. Al comienzo cometí un grave error. Tenía demasiado amor y muy poca experiencia. Ahora sé más y creo que aún me queda amor suficiente.

No debes despreciar a Valeria porque nunca se le ha enseñado lo que es el bien.

La dignidad del hombre, el patetismo de su situación, avergonzaron a Landon más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero debía hacer aún una advertencia:

—Se necesitan dos para mantener un contrato, Carlo. Puede que hagas todo lo que esperas hacer, y más aún, pero, aun así y todo, fracasar respecto de Valeria. Debes estar preparado.

Rienzi se encogió de hombros despreciándose.

—¿Qué puedo perder, Peter?

—La esperanza.

Rienzi lo miró fijamente un momento y luego asintió sombríamente:

—Ese es el último terror. No me pidas que lo encare desde ya. Comienza con tu desayuno y déjame ver lo que dice la prensa sobre mi clienta.

El suceso de San Stefano ocupaba la primera plana de todos los periódicos. Sus relatos eran espeluznantes, plagados de macabra retórica y de detalles sadistas. Las fotografías recorrían toda la gama de la vulgaridad, desde una terrible del muerto tendido en medio de gran pompa en su salón, hasta una instantánea de Ana Albertini siendo introducida en el automóvil policial, con la falda arrollada hasta el muslo. Pero de ese diluvio de palabrería mal escogida, las líneas básicas de la historia emergían con claridad.

El muerto era Gianbattista Belloni, que fuera primero granjero, luego jefe de guerrilleros y más tarde alcalde de San Stefano y terrateniente de fortuna. Después de la guerra había sido condecorado con una medalla de oro concedida por el Presidente por servicios militares distinguidos. Era casado y dejaba dos hijos ya adultos. Su esposa se llamaba María. El testimonio local lo declaraba un hombre de buena reputación, de buenas costumbres y de cierta importancia en la región. Su asesinato había despertado un apasionado resentimiento en la aldea.

Ana Albertini, a quien la prensa llamaba «la joven asesina», la «asesina hermosa pero sanguinaria», la «criminal de satánica belleza», llevaba de soltera el nombre de Ana Moschetti, hija de un conscripto muerto en la campaña de Libia y de una madre ejecutada por los guerrilleros por colaborar con los alemanes. Tenía veinticuatro años y había vivido dieciséis rejos de San Stefano. A los veinte había contraído matrimonio con un joven florentino llamado Luigi Albertini, que trabajaba como sereno.

El día del asesinato, Ana Albertini preparó el desayuno para su marido y, cuando este se quedó dormido, tomó su pistola y abandonó la casa. Había trepado a un tren que llegaba a Siena antes del mediodía, llamó a un taxi desde la estación y se había dirigido a San Stefano para asesinar a Belloni. El motivo de su crimen era evidente: *vendetta*; represalia por la muerte de la madre en la persona del hombre que había presidido el tribunal de guerra que la condenó.

Los periódicos se extendían sobre este motivo. La mayoría lo discutía con singular sobriedad, y uno de los matutinos más importantes se refería a él en su editorial, condenando enfáticamente «todo recrudecimiento de esta antiquísima y malévola costumbre» y pidiendo «el mayor cuidado de parte de la policía y de los círculos judiciales, para impedir que la falsa benevolencia pareciera justificar la barbarie de estos feudos sangrientos que han desfigurado tantas páginas de nuestra historia».

Lo que pareció bastante justo a Landon. La Ley de Talión marcaba el punto más mísero de las relaciones humanas. Era un culto sangriento, rebelde, inútil; un culto que no tenía parangón ni siquiera en la selva. Dondequiera que se le practicara, las comunidades vivían en un terror cotidiano, a un paso del descalabro y del caos. Landon tuvo que admitir que en este caso, sus opiniones estaban de parte de los periodistas y cualquiera que fuese la forma en que Carlo presentara su apelación, los periodistas le darían trabajo en el tribunal.

En el último de los periódicos se encontró de pronto ante una sorprendente fotografía de Ana Albertini: una placa a dos columnas, algo borrosa por haber sido desarrollada apresuradamente, pero mostrando así y todo una imagen de belleza trágica y de terrible inocencia. En los labios de suaves curvas no había malicia; no había odio en sus ojos; solo un matiz de admiración ante algún portento invisible para los demás. Si los antiguos moralistas tenían razón al decir que los ojos son las ventanas del alma, el alma de Ana Albertini era un espejo de pureza primitiva.

Carlo Rienzi se inclinó sobre la mesa y golpeó la fotografía con la cucharilla.

—Ese es exactamente su aspecto, y tú deberás decirme lo que hay tras ese rostro.

—Necesitaré tiempo —dijo Landon con sequedad profesional—. Tiempo y cierta libertad para examinarla. Eso depende de ti.

—Tendré que hablar con Galuzzi. Es el consejero siquiátrico del Departamento de Justicia. Si él accede, no tendremos problemas con las autoridades de la prisión. Tal vez tarde un poco en obtener una audiencia, pero lo haré lo antes posible. Te he conseguido alojamiento en Siena. Te comunicaré allí los resultados.

—La situación es molesta para todos —dijo Landon, agrio e incómodo—. Es mejor que yo deje la villa.

—Me dijiste que querías hablar con Ascolini antes de trabajar para mí.

—Suprimiré esa cortesía. No creo que tenga mayor importancia ahora.

—Bien —dijo Carlo vivamente—. Vamos en busca de tus maletas y nos pondremos en marcha.

El viaje hasta Siena fue corto y estéril para ambos. Rienzi estaba preocupado y Landon melancólico y exasperado. El magnífico paisaje pasó sin ser visto y Rienzi abandonó muy pronto sus esfuerzos semindiferentes por mostrarse atento. Al llegar a la ciudad, instaló a Landon en una pensione sorprendente, que tenía sobre el portal el escudo de armas de los Salimbeni, inmensas habitaciones con techos artesonados y una fuente del siglo XIII jugueteando en el jardín. Al despedirse, hizo el anuncio de que la habitación estaba pagada por una semana.

—Landon se sonrojó ante tanta generosidad, y Rienzi se echó a reír.

—Llámale soborno, Peter. Te necesito aquí. Ya has visto nuestro aspecto peor; ahora quiero que conozcas el mejor. Hoy necesitas disponer de tu tiempo y yo también. Te pasaré a buscar aquí mañana a las nueve de la mañana. ¡No te metas en líos!

Landon no estaba en ánimo para buscarse líos, pero se alegró de quedarse solo. Necesitaba tiempo y soledad para librarse de la depresión que le había sido impuesta. Era temprano aún, y decidió recorrer la ciudad. Sus enamorados la habían llamado «El Hogar de las Almas», y Peter esperaba que pudiese hacer algo por la suya, que en ese momento se hallaba en estado lamentable.

Pero la ciudad no logró otra cosa que deprimirlo aún más.

Hay una enfermedad que aqueja a muchos viajeros: un malestar endémico cuyos síntomas son una aguda melancolía, y una especie de opresión causada por todo lo viejo y disgusto ante lo nuevo.

Los rostros que se ven toman caracteres siniestros, como los bocetos de Da Vinci. La vistosa cabalgata de la historia se trasforma en una procesión de caricaturas grotescas, bamboleándose al son de las campanas del miserere. Se tiene conciencia de la soledad, de hallarse en tierras ajenas. El esfuerzo de expresarse en un idioma extraño resulta una carga intolerable. Los alimentos parecen restos de comistrajos y se siente la nostalgia del vino más mísero del país natal.

No hay medicina para esta enfermedad. Se soporta como un brote recurrente de malaria; y luego desaparece sin haber dañado perceptiblemente el cuerpo o el alma. El mejor tratamiento consiste en no darle importancia y mantenerse en movimiento; es necesario continuar ejecutando los gestos del interés y de la actividad. Una hermosa muchacha resulta muy útil. Una media botella de coñac es un sustituto en el que no se puede confiar demasiado.

Pero Landon había bebido demasiado coñac la noche anterior y estaba demasiado fatigado para andar en busca de muchachas por la ciudad; así es que después de dos horas de vagabundeo, se sentó ante una comida poco apetitosa, durmió una siesta y telefoneó a Ninette Lachaise. Su reacción fue instantánea y cordial. Se sentiría muy complacida de verlo. Podrían ir a cenar al Sordello, un lugar animado y cavernoso, vecino al Campo y frecuentado por artistas y estudiantes universitarios.

Cuando se encontraron allí, Ninette lo saludó afectuosamente. Al entrar en los subterráneos llenos de humo, se elevó un coro de silbidos de aprobación que hicieron que Landon se sintiese más alto y singularmente agradecido a Ninette Lachaise.

Para el viajero impenitente, como para el soltero impenitente, no hay tiempo para los preliminares de la amistad. O se consigue un acercamiento rápido o se abandona el esfuerzo. El tiempo se hace precioso, porque gran parte de él se emplea en el mecanismo de trasladarse de un lugar a otro. Incluso el billete del ferrocarril representa un decreto de muerte, de una pequeña muerte que es la separación. Al subir a un avión, se permanece en un estado de suspensión que es una inquietante imagen de la eternidad. Por eso se siente disgusto ante los que piden pruebas de identidad, o complicadas demostraciones de aptitud para brindar su compañía. Se siente impaciente ante las mujeres que racionan sus sonrisas y hacen una ópera de una

invitación a cenar y a veces se siente desprecio para uno mismo, al necesitar tanto de compañía en el camino de los peregrinos.

Cuando Landon explicó esto a Ninette Lachaise, ella lo aceptó como un cumplido, dándole su propia versión del tema con palabras llenas de humor.

—Es el inconveniente de la libertad, Peter. El impuesto que pagamos por ser solteros o artistas.

Cuando los cómicos ambulantes llegan a la ciudad, los maridos no quitan el ojo a sus esposas.

Cuando los mercaderes ambulantes aparecen con sus despliegues de novedades, los honestos comerciantes aseguran bolsa y encierran a sus hijas en casa. Tú eres todavía Scaramouche, chéri, y yo aún soy Pierrette, ligera en el amor y dispuesta a seducir a sus hijos hasta el altar. Solo cuando llegamos a ser viejos y famosos desean invitarnos a cenar a su mesa.

—Y sin embargo nos necesitan, Ninette. Son los seres como tú y yo los que les enseñan a sujetar al mundo por los talones y a escupirle en los ojos.

Ninette rio alegremente y mordisqueó una aceituna.

—Por supuesto que nos necesitan, Peter. Pero no exactamente en la forma en que nosotros deseamos que nos necesiten. Los muros se ven vacíos sin uno o, dos cuadros. Es de buen tono tener un siquiatra, como antes lo era tener un profesor personal. En cuanto al resto. —Sus hermosas manos incluyeron a la parlanchina concurrencia—. Preferirían que permaneciéramos en Bohemia y apareciésemos solo durante el Carnaval. Así y todo, creo que somos más felices aquí.

—Se encogió de hombros e hizo un mohín muy parisién.

—Si somos viejos y estúpidos, nos dedicamos a la calle y a la botella. Si somos viejos e inteligentes, volvemos de vez en cuando aquí, viejos maestros, a recibir el homenaje de la juventud.

Como ese, por ejemplo.

Señaló a través de la habitación hacia un rincón sombrío en el que se sentaba un anciano rodeado de media docena de universitarios que lo escuchaban con febril atención. En los colgadores junto a ellos pendían tres o cuatro de esas curiosas capas medievales, cuyo color indicaba que pertenecían a la facultad de leyes. En ese momento, el anciano volvió la cabeza y Landon vio con asombro que se trataba del doctor Ascolini. Estaba demasiado lejos y demasiado absorto en su charla para reparar en Landon, pero este sintió que sus mejillas enrojecían.

Ninette lo interrogó sonriendo:

—No me has contado lo que sucedió esta mañana, Peter. ¿Quieres hablar de ello?

Sí, quería hacerlo. Y habló durante el caldo, las pastas y una primera botella de vino. Pidió otra y continué hablando, mientras Ascolini, elocuente y venerado, permanecía rodeado de su corte de estudiantes y, las ocasionales preguntas de Ninette sondeaban el corazón de este drama provinciano.

Cuando Landon hubo terminado de hablar, Ninette puso una de sus manos delicadas sobre la de él.

—¿Quiere saber mi opinión, Peter?

—Sí.

—Creo que Valeria está enamorándose de ti, que Carlo se apoya demasiado en tu amistad, y que Ascolini te respeta más de lo que tú imaginas —antes de que pudiese contradecirla, Ninette continuó—. También creo que todo esto te ha afectado mucho más profundamente de lo que demuestras. Te gusta jugar al misántropo, pero la máscara se desprende de vez en cuando, porque no te ajusta bien. En el fondo eres un hombre blando, a quien la malicia y la desconfianza hieren fácilmente. Juzgas a estas gentes con demasiada simplicidad. Todos tus retratos son en blanco y negro, sin lugar para las medias tintas.

—¿Te refieres a Ascolini?

—A todos. Pero especialmente a Ascolini, si lo quieres.

De la mesa del anciano surgió un estallido de risas y Landon vio al abogado palmoteando el hombro del muchacho que la había provocado. Lo vio pedir al mozo otra botella de vino e inclinarse luego a escuchar atentamente la pregunta de un estudiante.

Ninette Lachaise preguntó otra vez.

—¿Cómo interpretas eso, Peter? ¿Qué crees que lo trae aquí?

—Ya lo dijiste: ¡El anciano maestro recibe el homenaje de la juventud!

—¿Es eso todo, chéri? ¿No hay aquí bondad? ¿O miedo? ¿O soledad?

Landon se sometió pesaroso.

—Está bien, Ninette. Tú ganas. El demonio tiene un corazón bondadoso, pero no para los suyos.

—¿Te ha mostrado su corazón, Peter? ¿O lo has visto solo a través de otros ojos?

El reproche era tan suave que tuvo que aceptarlo. Le miró y dijo:

—Tú eres la artista. Tus ojos son más agudos que los míos. Tal vez puedas decirme lo que ves en él.

—Yo lo conozco, Peter —dijo Ninette lentamente—. Lo conozco desde hace largo tiempo.

Compra mis cuadros y a menudo viene a ver lo que estoy pintando, a beber una taza de café, a conversar.

Landon sintió súbitos celos al pensar que este anciano malévolo había gozado de la intimidad de la casa de Ninette. Pero Siena era una ciudad pequeña y sus derechos sobre la muchacha eran menores que los de Ascolini. Se encogió de hombros y dijo:

—Ya sé que es un hombre encantador.

Ninette llenó el vaso de Peter y se lo entregó con una sonrisa.

—Bebe tu vino, chéri. Eres tú quien me llevará a casa, no el venerable doctor. Pero hablando seriamente, hay una tragedia en su vida. Tiene una hija que lo desilusiona y un yerno cuya presencia le disgusta.

Landon rio a su vez.

—¿Valeria lo desilusiona? ¿Y de qué se queja? La hizo a su imagen y semejanza.

Los autorretratos no son siempre arte, Peter. —Sus hermosas manos avanzaron hacia él y le obligaron a mirarla. Sus ojos lo desafiaban, con humor y también con gravedad—. Todos, nos amamos a nosotros mismos, Peter, pero no siempre estamos satisfechos de lo que vemos en el espejo. ¿Lo estás tú?

Landon capituló tan graciosamente como pudo. Le tomó las manos y se las besó, diciendo alegremente:

—Tú ganas, Ninette. Eres mejor abogado que Ascolini.

Reservaré mi juicio.

—¿Me harías un favor?

—Pídelo.

—Permíteme invitar a Ascolini a nuestra mesa.

Rehusar hubiese sido una grosería. Además, Landon deseaba seguir viendo a esta mujer y unos segundos de confusión eran un bajo precio por tal privilegio. Ninette le lanzó una rápida mirada de agradecimiento y atravesó la habitación en medio de otro coro de silbidos y aplausos. Ascolini la recibió con efusiva cortesía y después de unos momentos de charla, la acompañó hasta la mesa de Landon. Tendió la mano y dijo con su deliberada ironía de antes:

—Veo que está usted en mejor compañía, mi amigo.

Me alegro.

—Tenemos mucho en común —dijo Ninette.

—Tiene usted suerte, Landon. Si yo tuviese veinte años menos, se la quitaría.

Suspiró teatralmente y se instaló en su silla.

—¡Ah, juventud, juventud! ¡Una época tan fugaz!

Solo la apreciamos cuando la hemos perdido. Cada uno de esos muchachos desea saber tanto como yo. ¿Cómo decirles que todo lo que deseo es ser tan vigoroso como ellos?

Landon le escanció vino y bebió el brindis que Ascolini dedicó a Ninette. Charlaron intrascendentemente por unos minutos y de pronto el abogado dijo abruptamente:

—¿Ha estado hoy con Carlo, Landon?

—Sí.

—Así es que usted también se halla embrollado en este asunto.

—Embrollado no es la palabra —el tono de Landon era quisquillosa—. He ofrecido a Carlo mis servicios profesionales para la defensa.

—Carlo es hombre afortunado en sus amigos —dijo Ascolini secamente.

—Tal vez más afortunado que en su familia.

Antes de que el anciano tuviese tiempo de responder, Ninette Lachaise intervino en la discusión.

—Ustedes son mis amigos y no quiero verlos disputar en mi presencia. Peter, tienes el genio demasiado vivo y usted, dottore —puso una mano apaciguadora sobre su brazo—, ¿por qué trata de aparecer como un monstruo con cuernos y cola y echando fuego por las orejas? Aunque no quiera admitirlo, tiene usted las mismas lealtades que Peter.

Para Landon, estas palabras fueron un llamado a mejores modales de una persona cuyo respeto quería obtener. Trató de reparar la brecha torpemente:

—¡Por favor, dottore! Soy un forastero cazado contra su voluntad en un asunto de familia.

Estoy confundido e irritable. Carlo fue quien primero me hizo confidencias, y esto naturalmente, me predispuso en su favor. Pero en el fondo, nada de esto me concierne. Solo un estúpido puede querer arbitrar en un conflicto de familia, anciano lo observó con ojos brillantes e irónicos.

—Desgraciadamente, Landon, lo que necesitamos no es arbitraje, sino perdón para nuestros pecados y gracia para enmendarlos. Soy demasiado viejo y demasiado orgulloso para pedirlos.

Carlos es demasiado joven para admitir su necesidad y Valeria —se interrumpió para paladear su vino y buscar expresión a sus ideas—. He abierto el mundo para ella. Y le he robado la inocencia para comprenderlo. Tú

eres la mujer sabia, Ninette. ¿Qué prescribes para una enfermedad como la nuestra?

—Tal vez no me compre más cuadros si se lo digo.

—Al contrario. Es posible que los compre todos.

—Entonces, dottore mio, he aquí mi receta. A menos que quieran concluir matándose unos a otros, alguien tiene que decir la primera palabra afectuosa. Y es a usted a quien le queda menos tiempo para hacerlo.

Ascolini permaneció largo rato en silencio. Desapareció el fulgor de sus ojos, sus mejillas colgaron fláccidas y Landon vio por primera vez lo viejo que era. Finalmente se puso de pie tomó la mano de la muchacha y la llevó a los labios.

—Buenas noches, hija mía. Duerme en paz.

Se dirigió a Landon con formalidad:

—Si consiente en comer conmigo mañana, en el Luca, me gustaría charlar un rato con usted.

—Allí estaré.

—A la una, entonces. Diviértase con mi bendición.

Lo observaron cruzar la habitación, buscando su camino entre las mesas atestadas, hasta que los estudiantes se pusieron de pie para recibirlo, como hijos solícitos de un padre venerado.

Landon sintió los ojos de Ninette sobre él, pero no tuvo nada que decir y permaneció con los ojos fijos en el mantel a cuadros, abatido y vagamente avergonzado.

Finalmente, Ninette habló con cierto matiz de ternura.

—Hay otros lugares, otras gentes, Peter. Vamos en su busca.

No hubo silbidos al salir. Aun el Sordello tenía sus propias hidalguías, pero Landon no pudo saber si los protegía la presencia de Ascolini o si él mismo ostentaba el rostro de un hombre que se había enamorado, momento solemne en la Toscana; apenas un poco menos solemne que un funeral o la coronación de un Papa.

Eran las tres de la mañana cuando la acompañó a casa, después de despedirse del último lugar, de la última gente. En las sombras de la puerta de Ninette, se besaron y se estrecharon, soñolientos y apasionados, hasta que ella lo apartó susurrando:

—No me hagas precipitarme, Peter. Prométemelo. No somos niños y sabemos dónde lleva este camino.

—Quiero que nos lleve muy lejos.

—También yo. Pero necesito tiempo para pensar.

—¿Puedo venir mañana?

—¡Mañana y todos los días!

—Te fastidiarías de verme y me cerrarás la puerta.

—¡Y me arrepentiré amargamente y la abriré otra vez! Y ahora vete a casa, chéri, por favor.

La antigua ciudad mostraba su magia bajo la luna de verano, con sus plateadas columnas, sus torres serenas, sus fuentes cuajadas de pálidas estrellas. Sus campanas estaban silenciosas, pero en sus plazas murmuraban fantasmas antiguos y amistosos. Uno de ellos le hizo una pregunta que le pareció haber escuchado antes: ¿Qué sucede, amigo, cuando el mundo estalla ante nuestros ojos?

En una habitación de un tercer piso, cerca de la Puerta Tufi, Valeria Rienzi yacía despierta, observando las sombras que la luna alargaba sobre los tejados. A su lado en el lecho revuelto, dormía y roncaba. Basilio Lazzaro, cuyo rostro hermoso, de rasgos gruesos, parecía laxo de satisfacción. Aun en reposo, emanaba de él una vitalidad grosera, animal, que era manifiesta en su amplio pecho empenachado de vellosidad oscura, en su vientre plano y en sus hombros musculosos.

Era un potro de caballería, criado para el apareo, orgulloso de su potencia, desgarbado pero dominante en el acto de unión.

Pero aun despreciándolo, Valeria no podía lamentar sus relaciones. Su violencia la lastimaba, su egoísmo la irritaba, pero nunca dejaba de llevarla hasta una especie de culminación. No le pedía que fuera más que lo que era: una mujer hermosa, apta para las relaciones amorosas, y dispuesta a jugar juegos de enamorados sin preguntar demasiado sobre el amor. En los requerimientos de Lazzaro había un elemento de urgencia, de apremio, casi de pánico, que la excitaba rápidamente. Lazzaro se satisfacía con su sometimiento, pero se deleitaba en su cooperación.

No pedía, como Rienzi, que ella hiciera el papel de seductora, ni como su padre, que reviviera un episodio de voluptuosa ficción. Lazzaro era tan simple como la bestia a la que se parecía y para Valeria, esta simplicidad era una garantía de libertad. Podía irse o quedarse. Si se quedaba, había un precio que pagar. Si se iba, había otras veinte mujeres esperando un gesto de esas manos fuertes. La trataba como a una prostituta y la hacía sentirse como si lo fuera, pero al menos no la ataba a él más que el contrato de una noche.

Era una purga para sus confusiones, compañero y símbolo de su rebelión y sin embargo, jamás podría ser suficiente ni permanente en su vida. Lo que

la hacía volver otra vez a la pregunta sin respuesta: ¿Qué queda una vez que la ópera ha terminado?

Su padre tenía una respuesta: un matrimonio conveniente y un racimo de niños junto a los cuales pudiese declinar graciosamente hacia su madurez. Pero esta respuesta se hallaba condicionada por el deseo de continuidad y posesión del anciano. Cuando hubiese niños, los ataría a él por el afecto y los suspendería sobre Valeria como un reproche. ¿Rienzi? Su respuesta era también diferente. El matrimonio era un contrato; el amor, un pacto.

Exhibía su amor como un ramo de flores y pedía un beso a cambio de este ofrecimiento. Si lograba una victoria en este caso, o en otro, se haría más arrogante, pero sus exigencias serían las mismas, al ponerla a sus pies como el precio del amor. En cierto sentido, sus demandas eran más brutales que las de Lazzaro, que daba y tomaba y seguía su camino. Rienzi se amaba en ella, como el niño se ama en su madre; y concentrado en sí mismo como un niño, exigía el don gratuito del afecto.

Rienzi estaba lleno de vacilaciones, pero no las toleraba en ella. Se había sometido a su modo a la tiranía de Ascolini; pero rehusaba comprender cuánto más sometida estaba ella. Exigía lealtad a su propia rebelión, pero era incapaz de comprender que la rebelión de su esposa se expresaba en otros campos y en forma más sutil. También él quería niños. Pero los quería como prueba de amor, no como su fruto.

Pero estas no eran las únicas respuestas y Valeria lo sabía. Era voluntariosa y necesitaba ser dominada; apasionada y necesitaba satisfacción. En lo más profundo de su ser llevaba escondido temores que deseaba compartir con alguien sereno y experimentado que no la viese con ojos paternales. Había vergüenzas de las que deseaba hablar y recuerdos que debían ser aceptados sin reproches; de manera que cuando llegase la hora de dar, pudiese hacerlo agradecida, libremente, ya como esposa o como amante.

Mientras la luna palidecía y sus sombras difusas trepaban desde el piso hasta el techo, Valeria pensó en Peter Landon y en su breve y apasionado interludio en el jardín. El correr del tiempo y la ocasión propicia le permitirían atraerlo otra vez hacia ella, a menos que… y este pensamiento le trajo un aguijonazo de celos. A menos que Ninette Lachaise lo atrajera primero.

Peter Landon no era el único motivo de disputa entre Valeria y esa entrometida del otro lado de la frontera. Durante mucho tiempo había observado el afecto de Ascolini hacia ella, percibiendo su mudo dolor al comparar a su hija con la muchacha bohemia que vivía en un altillo. Incluso

Lazzaro hablaba de ella con vago pesar y esta noche, con perverso regocijo, lo había hecho hablar de ella otra vez.

Lo había halagado y había exacerbado su sensualidad, hasta que al fin, con la vanidad del hombre ruin, le había revelado los detalles íntimos de su aventura con Ninette. Fue una victoria vergonzosa en todo sentido, pero una Valeria inteligente podría transformarla en algo más noble. El amor era una guerra en la cual los despojos pertenecían a los más sutiles, a los más hábiles. Y un hombre a quien se ha besado una vez está a medias desarmado.

La leche derramada no puede recogerse otra vez en la jarra, la inocencia perdida no puede recuperarse. Pero Landon tampoco era inocente y tal vez… tal vez.

El frío gris de la aurora comenzaba a cubrir el cielo oriental mientras Valeria se vestía apresuradamente y se deslizaba por las escaleras hasta su automóvil estacionado en un callejón.

Basilio Lazzaro despertaría y no la encontraría. Y sonreiría aliviado al haber encontrado una mujer que conocía las reglas de este juego.

A las nueve de la mañana siguiente, Carlo Rienzi apareció puntualmente en la pensione para informar a Landon sobre los resultados del primer día de actividades. A primera vista eran poco promisorios. Ana Albertini había sido acusada de asesinato premeditado y se hallaba en la casa correccional de mujeres de San Gimignano. Carlo la había entrevistado, sin encontrar cooperación alguna en ella. Lo hecho, hecho estaba. Se sentía satisfecha. No quería hablar más del asunto. Su marido había sido citado como testigo por la acusación y en San Stefano no había nadie que quisiese decir palabra que no fuese en apoyo de la versión oficial. Las esperanzas de reunir dinero de Fray Bonifacio habían sido demasiado optimistas y Rienzi debería hacer frente a los gastos de sus colegas de su propio bolsillo.

Había una circunstancia favorable. El profesor Galuzzi se había declarado encantado de la oportunidad de recibir a su distinguido colega londinense y de discutir con él, extraoficialmente, los aspectos siquiátricos del caso. Rienzi y Landon fueron invitados a una taza de café en sus habitaciones de la Universidad.

Landon simpatizó con él desde el primer momento. Era un individuo alto y delgado, cercano a los cincuenta, de perilla y cabellos, grises, gafas con montura de oro sujetas a la nariz y trato levemente pedante. Pero las gafas ocultaban ojos vivos y penetrantes, y su pedantería cubría un ingenio veloz y una pronta comprensión. Landon tuvo la sensación de que Galuzzi podría ser

un adversario formidable y experto ante los tribunales. El resumen que hizo de la situación fue enérgico pero Muy afable.

—Existe una fórmula que permitirá al doctor Landon declarar como experto médico a favor de la defensa ante una Corte italiana. Personalmente, y por favor no interprete mal mis intenciones, yo no lo aconsejaría. Las simpatías locales, incluso entre los jueces, pueden inclinarse en contra de un experto extranjero. Por otra parte, yo me sentiría muy complacido de que mi distinguido colega trabajase junto a mí como observador clínico del caso —se inclinó estudiadamente sobre su café—. Es claro, que si mi distinguido colega decide prestar sus servicios profesionales a la defensa en forma privada, está en su derecho.

—Usted nos ofrece más de lo que me había atrevido a esperar, profesor —dijo Rienzi cautelosamente.

—¿Pero usted no comprende la razón, no es eso? —Galuzzi lo observó con sus ojillos brillantes—. Tal vez el señor Landon pueda comprenderme mejor. Ambos somos médicos. Nuestro primer deber es para la salud de la mente humana, y al encontrarnos ante la ley, el mitigar las consecuencias de cualquiera debilidad mental que pueda existir. ¡Pero no me interprete mal! —Alzó una mano en advertencia—. Cuando me encuentro en la tarima de los testigos, debo responder sinceramente y en su totalidad todas las preguntas que se me formulen sobre mis conocimientos médicos en relación con el caso. Yo no soy juez. No puedo saber qué uso hará la Corte de mi testimonio. Si ustedes consideran necesario llamar a otros expertos para contradecir mi diagnóstico, por supuesto que se les darán todas las oportunidades para examinar a la acusada.

—Es una oferta muy justa, Carlo —dijo Landon cordialmente—. Me siento halagado. Creo que debes estar agradecido del doctor Galuzzi. Dígame, profesor, ¿ha visto usted ya a Ana Albertini?

—Aún no. Esta tarde la visitaré por primera vez. Y esa visita me gustaría hacerla solo. Luego será más fácil presentarlo a usted como un observador médico visitante. Sin embargo, tengo ya un dato interesante. Como ustedes saben, todas las prisioneras que ingresan son sometidas a un examen por el médico de la cárcel. El propósito de es te examen es descubrir cualquier enfermedad infecciosa que pueda trasmitirse al resto de las asiladas. Ana Albertini goza de perfecta salud y también consta en el informe que está virgo intacta.

Rienzi lo miró estupefacto.

—¡Pero si está casada desde hace cuatro años!

—Interesante, ¿verdad? —Los lentes de Galuzzi subían y bajaban al reír —. Ahí tiene algo para que le quite el sueño esta noche, señor Landon y hay algo más. No muestra síntomas de depresión ni de manía. No se muestra violenta ni histérica. Mi colega de la prisión la describe como serena, de buen humor y aparentemente satisfecha. Pero ya veremos —vaciló un momento y luego preguntó—: ¿Me haría usted un favor, señor Landon?

—Por supuesto.

—Sus investigaciones no nos son desconocidas, y usted habla italiano perfectamente. Desearía que nuestras relaciones no se limitasen solo a este caso profesional, y si no fuese demasiado pedir, le agradecería enormemente que dictase usted una conferencia ante mis alumnos más avanzados.

—Con mucho gusto. Estaré en la Pensione della Fontana. Allí puede ubicarme cuando lo desee.

—Así lo haré —anotó la dirección y se puso de pie—. Y ahora, señores, les pido que me excusen, pero debo dictar una conferencia dentro de cinco minutos.

Mientras regresaban al centro de la ciudad por calles tortuosas, Carlo hablaba con volubilidad de la satisfacción que le había producido la reunión, pero Landon le hizo una o dos observaciones cautelosas.

—No confíes demasiado en este tipo de cosas, Carlo. Me gustó Galuzzi. Es un hombre agradable y más espontáneo que la mayoría de los médicos en su trato profesional. Pero su cortesía no le cuesta nada, y como testigo, en cambio, será firme como una roca, pues allí está en juego su reputación.

—Me olvido constantemente de que tú has debido pasar muchas veces por esto mismo —dijo Rienzi con acritud—. Pero dime una cosa: ¿te parece probable que tu diagnóstico del caso pueda diferir mucho del de Galuzzi?

—No lo creo. Puede haber divergencias de opinión en alteraciones producidas por complejos.

Puede haber una mayor divergencia en cuanto a tratamientos. Pero me parece que me has hecho esa pregunta en tono de súplica. Das por sentado que toda conducta anormal es un síntoma de enfermedad mental. Hay algunos médicos extremistas que sustentan esta opinión. Pero no es la mía, y estoy seguro de que tampoco es la de Galuzzi. Si tu clienta está loca, ambos estaremos de acuerdo, te lo aseguro, y tu caso habrá terminado en veinte minutos. Si no lo está, te encontrarás otra vez ante el recurso de las circunstancias atenuantes.

—Estoy trabajando en ellas. Pero hasta el momento solo encuentro puertas cerradas.

—Hay una que puede abrirse.

—¿Cuál?

—El marido de Ana Albertini.

—Ha rehusado hablar, excepto con la policía y ya regresó a Florencia.

—Coge tu automóvil y ve a preguntarle por qué su esposa está virgen después de cuatro años de matrimonio.

—¡Dios mío! —susurró Rienzi quedamente—. ¡Dios mío, puede dar resultado!

—Generalmente lo da. Pon en duda la virilidad de un hombre y siempre lo hallarás dispuesto a justificarse. La veracidad de sus palabras es asunto aparte, por supuesto.

—Si descubrimos lo que inhibía este matrimonio, tendremos algunas preguntas claves para formular a Ana. Y desde allí.

—Desde allí en adelante —dijo Landon con una sonrisa— deberás elaborar tus propias conclusiones, Carlo. Yo puedo ayudarte a revolver el caldo, pero a fin de cuentas serás tú quien deba probarlo. Y hablando de caldos, Ascolini me invitó a comer con él hoy. Lo encontré anoche, cuando salí en compañía de Ninette Lachaise.

—¡Y puso en juego su eterna simpatía! —dijo Carlo con resentimiento—. Miel para las moscas.

Si fueras mujer, te tendría en la cama antes del atardecer. ¡Espero que no me traiciones, Peter!

Lo dijo sonriendo, pero Landon sintió una irritación amarga e instantánea.

—¡Vete al diablo, Carlo! Si es así como interpretas una simple cortesía, puedes irte al diablo.

Desatendiendo las protestas de Rienzi, se alejó apresuradamente, perdiéndose en un laberinto de callejas, tropezando en montones de basura y pisando en aguas inmundas hasta emerger furioso y sin aliento bajo el sol enceguecedor del Campo. En su reloj era aún mediodía, así es que entró en un bar, bebió dos coñacs y fumó media docena de insípidos cigarrillos, hasta que llegó la hora de su comida con Alberto Ascolini.

El anciano se hallaba en su rincón favorito del Luca, entronizado en una silla de felpa roja bajo un desnudo renacentista. A su alrededor zumbaba un enjambre de mozos atentos y solícitos, mientras Ascolini paladeaba un vermut muy claro y tomaba notas en una libreta con tapas de piel marroquí, Landon no pudo reprimir una sonrisa ante el cuidado con que el abogado ponía en escena cada ocasión. Había sido un campesino, pero tenía el don de imponer distinción incluso al barroco esplendor del Luca, que es en parte restaurante,

en parte club y en parte monumento a las desaparecidas pompas del siglo diecinueve.

Ascolini saludó a Landon distraídamente, le puso un aperitivo en la mano y luego le preguntó bruscamente:

—¿Ha leído los periódicos, Landon?

—Sí.

—¿Qué opina del caso?

—Apartando la posibilidad de demencia, no puedo imaginarme un caso más sencillo para la acusación.

—¿Y la defensa?

—Tiene por delante una tarea desesperada. Se lo he dicho a Carlo.

—¿Está de acuerdo?

—No del todo.

—Entonces tendrá datos que desconozco.

—Así parece.

Ascolini no insistió y sonrió como un espadachín experimentado y astuto que se retira después de los primeros pases de rutina.

—Declaremos una tregua, Landon. Créame que no tengo intenciones de colocarlo en una situación molesta. Y me agradaría mucho que confiase un poco en mí. Tal vez le parezca a usted difícil de comprender, pero tengo un sincero interés en el bienestar de Carlo.

Landon digirió esas palabras durante algunos instantes y luego dijo cuidadosamente:

—Tal vez sea útil para ambos que me explique usted ese interés.

Ascolini se echó atrás en su silla, extendiendo sus manos suaves y uniéndolas por los extremos de los dedos en un gesto episcopal. Sus ojos se velaron como los de un pájaro adormilado y su voz adquirió un tono didáctico.

—Uno de los escritores ingleses ha dicho que la juventud está desperdiciada en los jóvenes, Landon. Cuando se llega a viejo, ese desperdicio causa resentimiento. Y generalmente, se tienen los medios para dar rienda suelta a ese resentimiento, como he hecho yo en el caso de Carlo. Este es el problema de la vejez, mi amigo, y usted deberá encararlo antes de lo que se imagina: el catálogo de los placeres posibles se reduce de tal manera, que nos aferramos incluso a nuestras bajezas, a falta de diversiones más excitantes. No me siento orgulloso de esto. Tampoco puedo decir que lo lamento. Simplemente lo expongo ante usted como una experiencia. Soy un hombre celoso, amigo mío; celoso de lo que he perdido, celoso de las

extravagancias con que los jóvenes miman sus conciencias o sus ilusiones. Mire usted a Carlo, por ejemplo. En su matrimonio es el marido paciente. Esa es una locura con la mayoría de las mujeres. Y más locura aún con Valeria. Ante mí, es el alumno respetuoso, el yerno solícito. No quiere comprender que soy un viejo obstinado que necesita que lo hagan morder el polvo. ¡Los toros viejos, Landon! Permanecen desafiantes, esperando el último combate que los ennoblecerá aun destruyéndolos y despreciando a los jóvenes, que rehúyen indecisos la pelea. No sé si usted puede comprenderlo. Pero es usted el más indicado para hacerlo.

—Lo comprendo —dijo Landon sobriamente—, le agradezco que me lo haya explicado. Pero hay otra cosa que debe comprender usted. Carlo ha comenzado a luchar. Lo que ha hecho hasta ahora es su desafío contra usted. No debe despreciarlo, su forma de luchar es diferente.

—¿Despreciarlo? —el anciano se mostró repentinamente vehemente—. ¡Por primera vez comienzo a respetarlo!

—¿Para qué humillarlo entonces, como cuando le ofreció su reloj y su agradecimiento?

Ascolini le dedicó una sonrisa invernal y sacudió la cabeza.

—Usted también es aún joven, mi querido Landon. Cuando los toros viejos luchan, emplean todas las tretas.

Se encogió de hombros, dando la discusión por terminada, Como si hubiese perdido todo interés.

—Y ahora, permítame pedir la cena y un vino que le ponga sangre en las venas. Le hará falta ante una mujer como Ninette Lachaise.

A una señal suya, los mozos acudieron presurosos y los sirvieron como a príncipes de épocas más nobles. Mientras comían, el anciano charlaba suave y persuasivamente sobre su juventud campesina en el Val d’Orcia, de su educación a manos del cura párroco, de sus días de estudiante en la Universidad de Siena, de su lucha para surgir en Roma, de sus primeros triunfos, de su eclipse bajo el régimen fascista, de su resurgimiento después de la guerra.

La narración era viva y audaz, a veces sardónica, a veces impregnada de una nostalgia punzante por la sencillez de los tiempos idos. Ascolini habló sin rencores del fracaso de su matrimonio, de su anhelo de tener un hijo, de sus esperanzas para la hija que recibió en cambio.

Al tiempo del queso y la fruta, Landon se había formado la imagen de un hombre que había conseguido mucho, pero que en algún lugar del camino

había perdido la llave de la felicidad de sí mismo, Ascolini dijo sardónicamente:

—He probado las manzanas de Sodoma, amigo mío; pero no puedo arrepentirme demasiado, porque todavía puedo recordar el sabor de la buena fruta y de los vinos más nobles.

De Valeria dijo con voz helada:

—Traté de armarla de sabiduría para el día en que el amor pudiese faltarle. He comprendido demasiado tarde que lo que le faltó primero fue mi amor. Quise tener en ella lo que su madre no había podido darme. Sin embargo, lo que tuve fue una réplica de mí mismo. Pero —se encogió de hombros y barrió su pesadumbre con las migajas del mantel—. Así es la vida. Hay que vivirla con donaire o abandonarla con dignidad. Yo he elegido vivida, Landon no tuvo nada que decir. No podía reconfortar a Ascolini ni juzgarlo, de manera que le hizo una pregunta: —¿Cree usted que Carlo puede reconquistar a Valeria? ¿Se sentirá alguna vez satisfecha a su lado?

—No lo sé. Tal como están las cosas, Carlo es el que ama, Valeria la que acepta este amor, sin darle valor alguno. Es posible que si el amor de Carlo le faltase, sintiese temor y tendiese la mano para sujetarlo. Si no es así… ¿chi sa? Hay mujeres que juegan con su corazón y parecen vivir satisfechas. —¿Le afectará a usted de algún modo la forma en que esto se resuelva?

—Me afectará enormemente; aunque no por la razón que usted tal vez imagina. Quiero que este matrimonio sea permanente. Y que su permanencia sea feliz. No por Carlo. No por Valeria. Sino porque quiero tener nietos, que son al menos una promesa de continuidad.

Antes de que Landon pudiese comentar sus palabras, continuó apresuradamente:

—Es por eso que lo invité aquí hoy. Quiero que Carlo sepa que cuenta con mi apoyo en este caso y en sus relaciones con Valeria.

Landon lo miró con incredulidad. Todo lo sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas parecía desmentir las palabras del anciano. Como si este leyese los pensamientos de Landon, sacó del bolsillo un sobre y lo empujó hacia él sobre la mesa.

—Le agradecería que hiciese llegar esto a Carlo. Contiene un cheque por un millón de liras y algunas notas sobre el caso. Me gustaría que usted explicara mi actitud a Carlo y lo instara a aceptar este dinero y mis consejos para promover la causa de su cliente. ¿Lo hará usted?

—¡No!

—¿No me cree? ¿Es por eso?

—Me parece que usted está cometiendo un error.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no creo que Carlo acepte en segundo lugar, si aceptase, estaría otra vez en deuda con usted. Si triunfa, usted habrá tenido parte en ese triunfo.

—¿Usted cree que esas son mis intenciones?

—No. Pero según su propia confesión, podría valerse de este recurso más tarde. Los toros viejos, ¿recuerda?

Ascolini permaneció largo rato en silencio, con los ojos sobre la mesa, trazando líneas sin sentido con el tenedor. Luego tomó el sobre, lo puso otra vez en su bolsillo y dijo lentamente:

—Tal vez tenga razón, Landon. No hay motivo para que usted confíe en mí, y yo no tengo derecho de salvaguardar mi dignidad empleándolo de mensajero. Pero por lo menos puede hacerme un favor.

—Si es posible, con mucho gusto.

—Dígale a Carlo lo que le he dicho a usted y lo que le he ofrecido.

—Usted lo ve todos los días. ¿Por qué no se lo dice usted mismo?

—Tengo la esperanza de que usted pueda explicar mis reacciones mejor de lo que lo haría yo.

—Trataré; pero no sé cómo lo juzgará Carlo.

—Por supuesto que no. ¿Quién puede garantizar incluso que sus juicios sobre sí mismo no sean solo una mentira para hacer la vida soportable? —Lanzó a Landon una sonrisa fría e irónica—. Usted, Landon, por ejemplo. Puede desarmar la mente humana y volverla a armar como un reloj. ¿Se ha explicado ya por qué se halla tan profundamente implicado en nuestros asuntos?

Fue una jugada maestra y Landon tuvo que reír ante el virtuosismo del abogado. Además, la pregunta era razonable y era tiempo de que le diese una respuesta razonable. Pensó un momento y luego dijo con sobriedad:

—En parte, por simpatía. Siento afecto por Carlo y creo que merece lo que busca. En parte, también por ambición. Usted sabe que he estado buscando un tema original de investigación con el que pueda anunciar mi regreso a Londres. Este caso puede brindármelo. Pero más que todo esto —extendió las manos con las palmas sobre el mantel y las estudió intensamente durante unos segundos—. En cierto sentido, yo también estoy pasando por una crisis, una crisis que usted seguramente puede comprender. He vivido demasiado tiempo solo y bastándome a mí mismo. Creo que mi participación

profunda en este caso es parte de un impulso subconsciente hacia la vida de comunidad y competencia.

Ascolini asintió con un gesto.

—Aprecio su franqueza, Landon. Déjeme hacerle aún otra pregunta: ¿qué opina de mí?

—Siento por usted un respeto singular.

—Gracias. Creo que es usted sincero. —Esperó una fracción de segundo y sondeó a fondo—: ¿Qué opina de Valeria?

Landon sintió que la cólera subía hasta sus labios, pero la combatió y dijo:

—Es una mujer atrayente que tiene sus propios problemas.

—No.

—¿Pero ella puede creárselos a usted?

—Todas las mujeres pueden crear problemas a todos los hombres.

Landon sonrió de soslayo en su vaso de vino. Ascolini frunció el ceño y volvió a sus trazos sobre el mantel. Luego levantó la vista.

—Por extraño que le parezca, Landon en otra oportunidad no me hubiese opuesto a una asociación entre usted y Valeria. Me parece que es el tipo de hombre que necesita. Pero ahora, y por las razones que le he dado, me opondría tenazmente.

—También yo —dijo Landon en tono intrascendente—. Tengo mis esperanzas puestas en otra parte.

El anciano se animó inmediatamente.

—¿Ninette Lachaise?

—Sí.

—Me alegro de oírlo —dijo Ascolini, con satisfacción y gravedad—. Siento un gran afecto por Ninette. Daría mucho por verla feliz y es por esta razón que le digo que se asegure usted bien de sus sentimientos y que no trate de imponer sus condiciones. Gracias por su paciencia, señor Landon, y por su compañía.

A pesar de la firmeza de Ascolini, Landon salió del restaurante sintiéndose enfadado y amargamente resentido. Si no hubiese sido por Ninette Lachaise, los hubiese enviado a todos al diablo, tomando el primer tren de vuelta a Roma. Estaba harto de sus intrigas. Los odiaba de todo corazón por haberlo seducido hasta obtener su amistad, cargándolo luego con todas las culpas de que se acusaban mutuamente. Era una situación de esas que había evitado cuidadosamente durante toda la vida, considerando que un hombre sufría suficientes incomodidades buscando su propia salvación, sin necesidad de actuar de juez, jurado y nodriza para el resto del mundo. ¡Y verse atrapado

así, como un jovenzuelo con su primera viuda! ¡Era demasiado! Instantáneamente decidió poner fin a sus cuentas con ellos, y comenzó a caminar para espantar su mal humor, atravesando las estrechas callejuelas hasta llegar al taller de Ninette.

En el momento mismo que la tuvo otra vez entre sus brazos, comprendió que la amaba. En ella parecía florecer todo lo que siempre había deseado en la mujer: sencillez, pasión, valor. No empleaba esas tretas que otras mujeres usaban para evocar ternura mientras rehusaban corresponderla. Lo que poseía lo brindaba libremente, sin usureras demandas de pago. Miraba al mundo con los ojos serenos, agradecidos y misericordiosos del artista. Por primera vez en su vida, abandonó la cautela del solterón y le dijo la verdad:

—Tuve que venir, Ninette. Tenía que decírtelo. Te amo.

—También te amo yo, Peter —se estrechó un momento contra él y luego se apartó dulcemente y caminó hasta la ventana, desde donde contempló los rojos tejados de la antigua ciudad—. Ahora que ya lo hemos dicho, Peter, guardémoslo un tiempo. No nos comprometamos; esperemos, disfrutemos de lo que tenemos. Si esto crece, será algo bueno para ambos. Si muere, no nos hará sufrir demasiado.

—Yo quiero que crezca, Ninette.

—También yo. Pero ambos hemos dicho antes lo que estamos diciendo ahora y no duró.

—Sé que por mi parte esto durará.

—Dilo a menudo, chéri. Dio todo el tiempo. Hasta que estés convencido de lo que dices desde el fondo de tu corazón.

—¿Y tú?

—Yo haré lo mismo.

Permanecieron de pie frente la ventana, muy juntos, con las manos enlazadas, saboreando las primeras dulzuras de la confesión, viendo caer desde el cielo toscano una luz dorada y tierna. Luego Ninette lo hizo sentarse, se quitó el delantal de trabajo y revoloteó como una esposa para prepararle el café. Peter le contó de su comida con Ascolini y su enfado con Rienzi; le habló de su decisión de retirarse en cuanto le fuera posible de este sórdido asunto. Ninette escuchó en silencio mientras la cafetera burbujeaba un contrapunto cómico al relato. Finalmente se sentó, tomó sus manos y dijo con su franqueza habitual:

—Comprendo lo que sientes, Peter. No se te puede reprochar. Estas gentes no son las tuyas, ni las mías. Sus vidas están retorcidas y distorsionadas en forma que ni tú ni yo resistiríamos. Llevan, como no lo

llevamos nosotros, el peso de historias muy antiguas y amargas y sin embargo, en cierto extraño modo, nos necesitan a ti más que a mí.

—¿Cómo puedes decir eso, Ninette?

—Porque yo te necesito casi tanto como ellos, Peter. Tú no estás satisfecho de ti mismo, lo sé; pero para nosotros eres el hombre del Nuevo Mundo, una prueba de que es posible vivir sin historia, de que se puede comenzar con la tela en blanco en una tierra iluminada por nueva luz. Es un símbolo que representa la única solución para esta gente y para muchos otros. Alguien tiene que decir «Lo siento», y comenzar otra vez, de lo contrario, la historia anterior corrompe la nueva y finalmente muere toda esperanza —vaciló y se interrumpió como buscando palabras para definir un pensamiento inquietante—. Es como nosotros, ¿comprendes? Ambos hemos conocido otras gentes, hemos amado a algunas y odiado a las demás; pero si seguimos viviendo en el pasado, no hay esperanza para nosotros. Tenemos que aceptar que el presente es importante y que el mañana es un signo de interrogación. Te quiero porque eres capaz de hacerlo. Rienzi y Ascolini te necesitan por la misma razón. Puedes ser generoso con ellos.

Landon sacudió la cabeza. Lo inquietaba un vago sentimiento de culpabilidad que ni aun entonces pudo definir a Ninette.

—No exageres mis merecimientos, querida. Hay muchas ocasiones en que me siento totalmente vacío.

—Das mucho más de lo que imaginas, chéri. Es por eso que te quiero tanto.

Con sorpresa, Landon se encontró de pronto expresando un pensamiento que durante largo tiempo había ocultado a su propia conciencia.

—Tengo miedo de esta gente, Ninette. No puedo explicarte por qué; pero me aterra su capacidad para el mal. Saben lo que hacen, lo confiesan, y algo de su vergüenza se nos adhiere. Es como escuchar a un hombre que cuenta historias groseras sobre su esposa.

Se interrumpió con una risa corta, dura.

—Debería haberme habituado a estas cosas. Las veo todos los días en mis pacientes. Pero aquí soy más vulnerable.

—Lo sé —dijo Ninette suavemente—. He vivido aquí más tiempo que tú. Estos seres se atormentan porque no saben amar. Pero nosotros sabemos. De manera que no pueden herirnos… y tal vez nosotros podamos ayudarlos.

—¿Es eso lo que deseas, Ninette?

—Soy tan rica, Peter; en este momento me siento tan rica, que quisiera gastar algo de lo que tengo en el resto del mundo.

La tomó en sus brazos y la besó. La cafetera hirvió y continuó hirviendo hasta derramarse y ellos rieron con la alegría necia y simple de sentirse vivos, Al caer la tarde se dirigieron a San Gimignano en el maltratado Citroën de Ninette: San Gimignano de Torres Doradas, esa ciudad en miniatura donde la Edad Media se conserva casi inalterada, envuelta en el siglo XX.

La tierra yacía plácida bajo las largas sombras de los cipreses y de los olivos, oscura en los surcos del arado, gris bajo las ramas de los viñedos, verde donde escondidos manantiales regaban el césped naciente. La luz era suave; el aire, tranquilo pero tibio con el aliento de una tierra que aún vivía, que aún era fértil después del paso de siglos hambrientos. Los campesinos, recién despiertos de sus siestas, trabajaban en las terrazas y parcelas: hombres, mujeres y niños, inclinados sobre la piqueta o la pala. La paz ambiental penetró en el alma de Landon y lo llevó a esa agradable dicotomía en que el cuerpo concentra en la mecánica de su avance y la mente vaga libremente sobre el eterno panorama del hombre.

Ninette también guardaba silencio, absorta en una contemplación de artista, observando colores, contornos y masas. Estaban separados, pero unidos; en mundos privados, pero armónicos, como notas de un acorde, como colores felizmente combinados. No tenían necesidades que no pudiesen ser satisfechas mutuamente por su simple presencia, ni temores que no pudiesen ser acallados por el contacto de sus manos o una sonrisa reconfortante. Si esto no era amor, entonces Landon era realmente ignorante. Y si el amor es una locura, se sentía satisfecho de estar loco.

Al llegar ante el viejo y sombrío monasterio que era ahora la casa correccional, Ninette se estremeció. Se estrechó contra Landon y dijo en voz baja:

—A veces, Peter. A veces, yo también siento miedo.

—¿De qué, mi amor?

—De todo esto… —Su ademán abarcó la soleada campiña y las torres de ensueño del distante San Gimignano—. Todo parece tan apacible, ya lo ves. Los campesinos son gente simple, de criterio estrecho como los campesinos de todo el mundo, pero son bondadosos y muy afectuosos con sus hijos. Sin embargo, cada cierto tiempo algo explota y vemos violencia, odio y una crueldad casi animal.

—¿Como en el asunto de San Stefano?

—Justamente. Esa muchacha, Peter. Antes de que tú llegaras, dibujé su rostro de las fotografías en el periódico. Traté de analizarlo, como hacernos

los pintores, y no pude encontrar en él nada que no fuese infantil. Y sin embargo, a pesar de todo ese candor, ya ves lo que sucedió.

—He estado pensando en lo mismo desde que vi los periódicos está mañana. Es difícil creer en la maldad de los niños. Pero existe.

—A veces la heredan, como las espiroquetas de la sangre. A veces la aceptan como un sustituto del amor. Nadie puede vivir con el corazón vacío.

—Y sin embargo, esta muchacha está casada. Tiene que haber sabido algo del amor.

—No necesariamente, Peter. A veces la capacidad de amar aparece destruida. Una hierba de los pantanos muere en tierras mejores. Un animal criado en la oscuridad resulta ciego ante la luz.

Piensa en la hija de Ascolini. ¿Le ha faltado alguna vez el amor?

—¿Qué te hizo pensar en ella?

La respuesta de ella lo tomó de sorpresa:

—Anoche soñé con ella, Peter. Y también contigo. Estaban ambos en el jardín, con las manos entrelazadas como dos enamorados. Te llamé, pero no quisiste escucharme. Traté de acercarme a ti, pero algo me retenía. Desperté llamándote y llorando.

—Querida, estás celosa.

—Ya lo sé. Una estupidez, ¿verdad?

—Y muy grande. Valeria no significa nada para mí.

—Pero yo me pregunto constantemente si no significas algo para ella.

—¿Qué puedo significar para Valeria? —Peter sintió un pinchazo de vergüenza y confusión.

—¡Besos y «ven a mi lado»! ¿Qué han significado todos? —Se interrumpió y dejó escapar una breve carcajada—. Ten paciencia, querido. Todas las mujeres tienen sus manías y la mía es sentir celos del hombre que amo. Olvidémoslo y hablemos de nosotros.

Y hablaron con la alegría extravagante de los enamorados, mientras los tejados y los campaniles de San Gimignano se endurecían contra el cielo. Finalmente, Landon dijo a Ninette que permanecería en Siena hasta el fin del proceso, y que entonces le pediría que se casara con él.

La mención del matrimonio pareció turbarla curiosamente, como si fuese pedir demasiado y muy precipitadamente, tentando a los dioses de Etruria a practicar en ellos sus traviesas jugarretas.

Landon trató de disipar este estado de ánimo con buen humor, pero fue inútil. Como muchos otros seres valerosos que aceptan la vida tal como es,

Ninette tenía un temor profundo e irracional de esperar demasiado del futuro, de vender las aceitunas antes de que hubiesen madurado.

Al llegar a la ciudad, se detuvieron a beber una copa de vino en la vieja plaza llamada el lugar de la Cisterna. Landon parodió una absurda ceremonia derramando algo del vino para aplacar las deidades. Ninette frunció el ceño y dijo con acento levemente irritado:

—¡No hagas esas cosas, Peter!

—Es una broma, querida. No significa nada.

—Ya lo sé, Peter, pero no me gusta hacer pactos con el mañana. Quiero tener el presente, tal como es, bueno o malo. Así me siento a salvo. No quiero encarar los grandes «tal vez».

—¿Tal vez qué?

—Tal vez me muera. Tal vez te canses de mí y me dejes. Tal vez quede ciega y no pueda seguir pintando.

—Esas son necedades, querida.

—Lo sé, chéri. Todo lo que no ha sucedido es necedad. Pero cuando sucede, es preferible, estar preparado. No quiero contar con el futuro antes que el sol se levante sobre un nuevo día.

—Pero alguien tiene que planear el futuro. La vida no es solo un accidente, o un juego de ajedrez dispuesto por un destino dominante.

—Entonces deberás planear por los dos, Peter. Yo solo me ocuparé dé mantener nuestra felicidad de hora en hora —se puso de pie y tiró de él—. Y ahora ven. ¡Tengo tanto que mostrarte antes de la puesta del sol!

Exploraron la diminuta ciudad durante las próximas dos horas, siendo cada paso una regresión en la violenta historia de la provincia. En el siglo XII, los ciudadanos habían rendido a Florencia, desangrada por los banqueros Medicis y por las sangrientas facciones acampadas a sus puertas.

Aquí había pintado Benozzo Gozzoli, aquí también fue condenado al infierno de Dante ese hijo del poeta, Folgore, junto a los once grandes derrochadores de Siena. Cuando una torre se derrumbaba, se construía otra «provista de flechas y catapultas y de todo lo necesario para la guerra». Junto a las murallas de Siena, Niccolo Machiavelli hizo marchar a sus milicias, y el mismo Dante encabezó una embajada de la Liga Güelfa ante el Gran Consejo. Exteriormente, el lugar no había sido alterado por los siglos, y al caer las sombras, se esperaba escuchar la marcha de los hombres de armas, y los cascos de los caballos de mercaderes, caballeros y frailes ambulantes que se apretujaban al cruzar las verjas antes de la puesta del sol.

Cuando terminaron su recorrido, estaban acalorados, polvorientos y ansiosos de beber algo.

Ninette sugirió detenerse en un pequeño restaurante contiguo al camino a Siena, que brindaba comida, vinos rústicos y refugio para los amantes campesinos. Estacionaron el automóvil a la orilla del camino y al entrar en el patio sombreado, vieron demasiado tarde que una de las mesitas de mármol estaba ocupada por Valeria Rienzi, acompañada de un varón. Landon vio que Ninette se ruborizaba, endureciéndose su expresión, en el mismo momento en que Valeria los invitaba a su mesa con un ademán. No les quedaba más remedio que ser corteses. Valeria presentó a su compañero:

—Peter, quiero que conozca a un amigo mío, Basilio. Basilio, Peter Landon. Tú conoces a Ninette, Basilio, por supuesto.

—Por supuesto. Somos antiguos amigos —dijo Basilio blandamente—. Me alegro de conocerlo, señor Landon.

Ninette no pronunció palabra. Valeria la observaba con alegría felina mientras Landon y Lazzaro se medían mutuamente y admitían su mutua antipatía. Hubo tina pausa incómoda y luego Valeria dijo:

—Estuve tratando de telefonearle en la mañana, Peter. Quería charlar un rato con usted mañana.

—He estado fuera la mayor parte del día —dijo Landon desgarbadamente — y no estoy muy seguro de lo que deberé hacer mañana.

—¿Puedo telefonearle? Se trata de algo de cierta importancia.

No le quedó más que acceder. Landon y Ninette se desembarazaron de ellos en cuanto les fue posible, bebieron en silencio y volvieron apresuradamente al automóvil. Un minuto después, Ninette dijo con irritación:

—Te lo dije, Peter, ¿recuerdas? Está interesada en ti y no renunciará a sus propósitos sin luchar.

—A mí me pareció —dijo Landon ácidamente— que ese Basilio No-Sé-Cuánto estaba interesado en ti.

La conversación terminó bruscamente. Un leve viento helado arremolinó la campiña y luego amainó. A pesar de la profundidad de su amor, no podían encontrar palabras para tranquilizar sus corazones y regresaron a Siena melancólicos y lejanos, mientras el gris de la tarde caía sobre los olivos y sobre los cipreses de tristeza fúnebre.

En toda relación amorosa, por intensa que sea, hay momentos en que la comunión intuitiva se rompe y el hombre y la mujer recaen en esa soledad que los impulsó primitivamente a amarse. La visión que cada uno sustenta del

otro es demasiado perfecta; el equilibrio de sus sentimientos demasiado precario para soportar el menor defecto o la más leve desilusión. Su primera entrega les parece tan completa, que les resulta difícil reconocer que aún existen reservas. Sus sentimientos son tan tiernos, que no pueden creer que se están mostrando intolerantes. Los resentimientos estallan rápidamente en las querellas de enamorados: cólera, separación y el regreso a sus mundos privados, que pronto se les hacen intolerables y los empujan a buscarse otra vez con renovado ardor.

Esta es la verdadera anatomía del amor: simple y evidente para los que lo han sobrevivido, pero complejo y doloroso para los que como Ninette y Landon, debían sufrir aún esta disección.

Esta tarde no disputaron, pero se mostraron reservados. Los celos de Ninette hacia Valeria Rienzi parecían a Landon infantiles, mezquinos y contradictorios, además de resultar poco halagadores para un hombre que estaba dispuesto a firmar el contrato de matrimonio en cuanto ella hiciese un gesto. Fue Ninette quien insistió en que Mantuviera su compromiso con los Rienzi. Fue ella quien lo persuadió de que su amistad les era necesaria. Si estaba arrepentida de su decisión, no tenía por qué hacerle pagar su error.

Por su parte, Ninette pedía que Peter acallara sus temores y se mostrase indulgente ante su capricho. Como todas las mujeres, necesitaba de un compañero en la aparente insensatez del juego amoroso, hiriéndola igualmente el que Peter respondiera a esta necesidad con burla o con acritud.

No quedaba más que un recurso: arrojar lejos el libro, olvidar las palabras y recurrir a los besos.

Pero ambos rehusaron la simplicidad de este camino. Esa noche se tenían miedo. Hablaban a contrapelo. Sabían que la verdad estaba a un paso de distancia: la gran casa florentina con sus sombríos cortinajes y el recuerdo de otros amores. Ninguno estaba inocente de pasión; ninguno carecía de experiencia o de deseo. Pero ambos sentían, sin poder expresarlo en palabras, que las disciplinas de la continencia les prometían mayor felicidad que la entrega intemperada de otra época. Tal vez fuese una locura. La vida es demasiado corta para desperdiciar tanto de ella en estériles enfados. Pero en el amor todo es locura, y se separaron reconciliados a medias, con la esperanza de que las cosas les pareciesen mejores en la mañana.

CAPÍTULO CUARTO

A las diez y media de la mañana siguiente, el profesor Galuzzi celebraba una reunión privada con su colega inglés. Sus modales habían experimentado un leve cambio, como si al encontrarse sin testigos pudiese explayarse más libremente ante un miembro de la hermandad esotérica de la medicina.

—Creo que convendrá usted conmigo, Landon, en que somos los pioneros de una ciencia inexacta. Nuestros métodos a menudo resultan torpes y como a ciegas. Nuestras definiciones son muchas veces poco exactas. Hemos tenido grandes maestros, como Freud, Jung, Adler y otros, pero sabemos que aun sus investigaciones más significativas se ven a menudo inhibidas por la sujeción dogmática a una hipótesis que no ha sido probada. En cuanto a mí, me considero un ecléctico. Me gusta conservar el derecho a elegir cuando alguno de los maestros parece señalar un camino más claro hacia la verdad. Por lo que conozco de sus trabajos, creo que su actitud es muy similar.

—Muy cierto. —Landon hizo un además de asentimiento—. Creo que de todas las ciencias puede decirse que los grandes avances y descubrimientos han sido provocados por audaces especuladores cuyos mismos errores han servido para extraer una fracción más de la verdad. La ciencia de la mente es aún inexacta, pero hemos avanzado mucho desde los tiempos de Bedlam y de las nociones primitivas sobre la posesión diabólica o la locura divina.

—Bien, entonces. —Galuzzi pareció aliviado—. Desde este punto podemos empezar a cooperar.

Se encogió de hombros e hizo un leve gesto despectivo.

—Me he visto atormentado a menudo por colegas que parecen creer que poseen la respuesta al enigma último de la mente humana. No podemos permitirnos tanta arrogancia. No somos dioses ni adivinos de modo que, en fin, volvamos a nuestra paciente, Ana Albertini. Ayer estuve con ella durante varias horas. Grabé nuestra entrevista en cinta magnética y me gustaría que usted la escuchara. Pero antes deseo dejar en claro un aspecto de la legislación criminal tal como está expresada hoy en este país. Igual que

ustedes, nosotros tenemos el recurso de la demencia cuya definición se aproxima mucho a la que se acepta de ordinario en las Cortes Inglesas. También tenemos otro recurso, menos definido, que se llama «semiinfirmitá mentale», es decir, enfermedad mental parcial. En un extremo de la balanza, esta definición tiene algo del «impulso incontrolable» en que se basan algunas defensas en los Estados Unidos. En el otro extremo descansa la aceptación del principio de que ciertos estados mentales disminuyen la responsabilidad legal del individuo sin anularla totalmente… ¿Me explico?

—Maravillosamente —dijo Landon con una sonrisa—. No me gustaría tener que hacerle frente en un tribunal sin tener el caso perfectamente estudiado.

—Rienzi tendrá que hacerme frente —dijo Galuzzi secamente— y me parece que este deberá ser el fundamento de su defensa.

—Entonces usted descarta totalmente la demencia.

—Así es. —La respuesta fue enfática—. Creo que estará de acuerdo conmigo cuando examine a la muchacha. Considero que según todas las normas legales, es una persona cuerda. No encontré síntomas de manías, esquizofrenia o tendencias paranoicas. Tampoco descubrí seña les de histeria.

Sufre cierta conmoción residual, pero duerme tranquilamente, come normalmente, se preocupa de su persona y parece aceptar su situación con razonable resignación. Existe un trauma, por supuesto, relacionado con la muerte de su madre, y también una obsesión, reducida pero no eliminada por el efecto catártico de su acto de venganza. Los grados y ramificaciones de estos desórdenes deberán investigarse con más detención.

—Constituyen enfermedad mental ante la ley Italia —Galuzzi rio y abrió los brazos con exuberancia latina.

—¡Ah, este es el problema! Es muy difícil pronunciarse. La definición es ambigua. Y a menudo, la mente judicial italiana reacciona fuertemente contra la noción de que una persona legalmente cuerda pueda no ser totalmente responsable de sus actos. Usted sabe tan bien como yo, Landon, que sobre este punto no marchan al mismo paso el desarrollo de la ciencia y la evolución de la ley. A menudo la decisión favorable depende exclusivamente de la habilidad del abogado. Y frecuentemente, la justicia se ve inhibida por la falta de definición de los códigos. Hombres como usted y como yo podemos prestar este servicio a la ley: Exponer los resultados de nuestras investigaciones con tal claridad, que puedan ser aceptados como base para futuras legislaciones.

Pero en este caso, tenemos que aceptar la situación tal como se presenta. No podemos hacer más que explorar la mente de la acusada y determinar con la mayor claridad posible el límite de su responsabilidad legal. Pero antes de escuchar la cinta magnética. ¿Me dice usted que no ha visto a la muchacha?

—Aún no. Rienzi me hizo una descripción muy vívida.

Galuzzi rio.

—No puedo culparlo. Soy mucho mayor que él, pero debo confesar que también me produjo una curiosa impresión. Posee una belleza realmente extraordinaria, un encanto casi monjil. Las visten como monjas, además, en San Gimignano: alcohólicas, ladronas, abortistas, y prostitutas que se venden en las esquinas. ¡Pero esta! Podría pintarse una aureola alrededor de su cabeza y ponerla sobre un pedestal en la iglesia. Pero escuchémosla.

Atravesó hasta el pupitre y conectó la grabadora, y al momento Landon se encontró sumido en el diálogo.

La voz de Galuzzi tomó el tono frío e informal del analista. La voz de la muchacha era agradable, pero remota e indiferente; ni opaca ni aburrida, pero curiosamente disociada, como la de un actor que hablase a través de una máscara griega: ¿Usted sabe, Ana, que soy médico y que he venido para ayudarla?

—Sí, lo sé.

—Dígame, ¿durmió anoche?

—Muy bien, gracias.

—¿No sintió temor?

—No. Me hallaba cansada por todas esas preguntas. Pero todos fueron amables conmigo. No tuve miedo.

—¿Cuántos años tiene, Ana?

—Veinticuatro.

—¿Cuántos años hace que contrajo matrimonio?

—Cuatro años.

—¿Cómo es su casa?

—No es una casa. Es un departamento. No es muy grande, pero es suficiente para Luigi y para mí.

—¿Qué edad tiene Luigi?

—Veintiséis.

—¿Qué hicieron ustedes después de casarse?

Lo que hacen todos los matrimonios. Yo aseaba la casa y hacía las compras y cuidaba de Luigi.

—¿En Florencia?

—Sí.

—¿Tenían amigos en Florencia?

—Luigi tenía amigos de su trabajo, y tenía a su familia. Yo no conocía a nadie, fuera de mi tía.

—¿No se sentía sola?

—No.

—¿Luigi era bueno con usted?

—Sí. Algunas veces se enfadaba conmigo, pero era bueno.

—¿Por qué se enfadaba?

—Decía que yo no lo quería como debía.

—¿Pero usted lo quería?

—En el fondo, sí.

—¿En el fondo de qué?

—En el fondo de mí misma. Usted comprende. En mi corazón, en mi mente.

—¿Se lo dijo a Luigi?

—Sí. Pero eso no impidió que siguiera enfadándose.

—¿Por qué?

—Porque decía que eso no era suficiente. Que los casados hacían cosas para probar que se amaban.

—¿Sabía usted a qué se refería Luigi?

—Oh, sí.

—¿Pero usted no quería hacerlas?

—No.

—¿Por qué no?

—Pensaba que Luigi me haría daño.

—¿Qué más pensaba?

—Pensaba en su pistola.

—Hábleme de esa pistola.

—Luigi la llevaba todas las noches a su trabajo. Era su obligación. Tenía que cuidar de la fábrica durante la noche. Cuando volvía a casa, la guardaba en el cajón del escritorio.

—¿Sentía usted temor de esa pistola?

—Solo cuándo soñaba con ella. Durante el día, la sacaba del cajón, la sujetaba en la mano y la miraba. Era dura y helada.

—¿Qué soñaba de la pistola?

—Que Luigi la tenía en la mano y apuntaba a mi madre y luego no era Luigi. Era otro. No podía ver su rostro, pero yo sabía que era Belloni.

Entonces yo trataba de llegar hasta él, pero no podía y despertaba.

—¿Belloni es el hombre a quien usted dio muerte?

—Sí.

—¿Por qué lo mató?

—Porque mató a mi madre.

—Hábleme de eso, Ana.

—Prefiero no hacerlo. Ya pasó todo. Belloni está muerto.

—¿Le asusta pensar en aquello?

—No. Pero no quiero hablar de eso.

—Está bien. Hábleme de su padre.

—No lo recuerdo muy bien. Partió con el ejército cuando yo tenía cinco años. Luego supimos que había muerto. Mamá lloró mucho. Después se sobrepuso. Me trasladó a su cuarto y yo dormí con ella.

—¿Hasta que llegaron los alemanes?

—No, todo el tiempo.

—¿También durmió usted con su madre mientras los alemanes estaban en su casa?

—Sí, le echaba llave a la puerta por las noches.

—¿A qué colegio iba usted?

—Al de las Hermanas Carmelitas de San Stefano. ¿Qué le enseñaron allí?

—A leer y a escribir y los números y el catecismo.

—¿No dice el catecismo que es pecado matar a alguien, Ana?

—Sí.

—Pero usted mató a Belloni. ¿No es eso un pecado?

—Supongo que sí.

—¿No le importa?

—Nunca pensé en eso. Solo sabía que tenía que matarlo porque había muerto a mi madre.

—¿Lo supo siempre?

—Sí.

—¿Cómo lo sabía?

—Lo sabía, eso era todo. Al despertar por la mañana, mientras cocinaba la cena o lavaba los pisos o salía de compras; lo sabía todo el tiempo.

—¿Cómo se decidió a matarlo?

—Fue la pistola.

—Pero usted me ha dicho que la pistola estaba todo el tiempo allí. Luigi la llevaba al trabajo durante la noche y la colocaba en el cajón del escritorio por

la mañana. Usted me dijo que a menudo la tomaba y la miraba. ¿Por qué esperó todo ese tiempo?

—Porque fue diferente. Esa mañana, Luigi no puso la pistola en el cajón. Vació sus bolsillos y dejó la pistola sobre la mesa junto a la cama. Cuando se quedó dormido, la tomé y fui a San Stefano y maté a Belloni. Por favor, ¿podemos detenernos un instante?

—Por supuesto.

Galuzzi se puso de pie y desconectó el aparato. Luego se volvió a Landon, que se hallaba sentado ante el pupitre, garabateando notas en el reverso de un sobre.

—Y bien, Landon, esa es la primera parte. ¿Qué le parece?

Hasta aquí, es de una sencillez casi clásica. Conmoción y trauma causados por las circunstancias de la muerte de su madre: incapacidad de la niña para dominar la situación, y la consiguiente obstrucción de las funciones del ego. De aquí las obsesiones, las pesadillas, la incapacidad sexual, la trasferencia de símbolos —se encogió de hombros y sonrió—. Esta es una primera impresión, por supuesto. No debería dar tan pronto una opinión. Es interesante la aparición de los vestigios de una conciencia primitiva bajo el barniz de educación conventual: la violencia debe ser purgada mediante la violencia. Es el intento arcaico de dominar una situación incontrolable por los medios usuales. Y se repite en la aceptación de un momento mágico, el encuentro de la pistola sobre la mesa, como motivo para el acto final de venganza. Pero estoy dándole conferencias, profesor. Usted sabe esto tan bien como yo.

Galuzzi asintió y dijo sobriamente:

—Como dice usted bien, amigo mío, parece un caso sacado de un texto de siquiatría. Tendremos que indagar más, por supuesto, y tarde o temprano llegaremos a una descripción a la que ahora se niega: el momento de la muerte de su madre. Estoy seguro de que encontraremos muchas complejidades que no aparecen en esta primera discusión del caso. Pero si nuestras primeras impresiones se ven confirmadas y nos encontramos ante un conjunto de síntomas clásicos y la perfecta patología de una sicosis traumática, ¿dónde nos lleva todo esto?

—A los códigos —dijo Landon gravemente—. A la naturaleza y a los factores determinantes de la responsabilidad humana. Los antiguos moralistas tenían cierta razón al no querer desvirtuar la doctrina del libre albedrío.

Galuzzi asintió y abordó el tema con su dejo habitual de pedantería:

—Esa es precisamente mi opinión, Landon. No puedo creer con los deterministas que no existe la responsabilidad y que cada acto humano es la consecuencia inevitable de mil otros… como una pelota que rebotara en una pared invisible. La pregunta que deberemos responder, la que hará el tribunal, es si en esta muchacha queda albedrío e inteligencia suficientes para juzgar la naturaleza de su acción y para haber podido elegir no cometerla.

Landon se encogió de hombros, impotente.

—¿Quién puede responder a esa pregunta que no sea Dios Todopoderoso?

—Y sin embargo —dijo Galuzzi sombríamente— cada vez que constituimos un tribunal, nos arrogamos una función divina, el ejercicio del poder de vida, muerte y juicio final. Hay ocasiones en que me pongo de pie en la tarima de los testigos y tiemblo por mi cordura. ¿Desea escuchar más o prefiere examinar primero a la muchacha?

—Me gustaría verla con usted —dijo Landon—. Pregunte usted y yo escucharé. Ya es difícil conducir una investigación en el propio idioma, sin tratar además de interpretar los matices de otra lengua.

—Permítame invitarlo a comer junto a una botella de vino —dijo Emilio Galuzzi—. Creo que tendremos una tarde muy ardua.

La penumbra del atardecer caía sobre la vieja ciudad cuando Landon regresó a la Pensione della Fontana. Se sentía cansado y desanimado, oprimido por el recuerdo de la torva prisión y los rostros de las desdichadas allí confinadas.

La entrevista con Ana Albertini había sido larga y tediosa y, a pesar de la habilidad de Galuzzi y de las sugerencias de Landon, no habían logrado inducirla a revelar cosa alguna sobre las circunstancias que rodearon la muerte de su madre ni sobre su propia participación en ella, y Landon se había sentido frustrado al tener que observar a otro profesional controlando una situación que habitualmente quedaba en sus manos.

Su depresión aumentó al ver que no había mensaje alguno de Ninette. Pero había otros dos mensajes: un telegrama de Carlo Rienzi desde Florencia y una nota rogándole que telefoneara a Valeria Rienzi antes de las ocho de la noche a un número de Siena.

El telegrama de Rienzi era breve y críptico: «Era una broma, pero pido excusas. Algunos progresos. Otras entrevistas esta noche San Stefano. Con clienta mañana. Favor visitarme Hotel Continental mañana mediodía».

Landon se metió el telegrama en el bolsillo y llamó a la camarera para que le preparara el baño.

Mientras se sumergía en la ornamentada bañera de mármol, pasó revista a la situación. Para un hombre que se hallaba disfrutando de su año de descanso, había comprometido demasiado su libertad y su interés personal ante un grupo de personas que no significaban nada para él. Si el caso de Ana Albertini era lo que parecía, un caso clásico, no añadiría nada a su experiencia ni a su reputación. Podía cumplir su promesa a Carlo Rienzi escribiendo para él un resumen del asunto, con las conclusiones de Galuzzi y algunas sugerencias para los interrogatorios de la defensa. A Ascolini solo le debía la gratitud del invitado. Una nota cortés y un presente delicado la expresarían convenientemente. A Valeria le debía lo poco o lo mucho que podía valer un beso de verano.

A Ninette… Esto era diferente. Estaba enamorado. Le había dicho que quería casarse con ella.

Ninette había evitado una respuesta; le había contestado que lo dejaba en libertad de esperar o de alejarse. De manera que ahora la pregunta tomaba otra forma: ¿Qué deseaba Peter Landon? ¿Cuánto estaba dispuesto a pagar? ¿Por qué rutas caminaría bajo el doble arnés?

Aún estaba enfadado porque Ninette no lo había llamado. Sabía que sus demandas eran poco razonables, que pedía demasiado de ella, pero cuando un hombre ha tenido mujeres esperando un gesto suyo durante años, es difícil romper el hábito. También existían otros temores. Si el laúd desafinaba tan pronto y con tanta facilidad, ¿qué clase de música tocaría después de un par de años de matrimonio? Después de todo, tal vez era preferible empacar y partir, resignándose a un contentamiento que era una garantía. La felicidad era un haber dudoso. ¿Quién podía saberlo mejor que un médico de almas enfermas?

En rápida reacción, su estado de ánimo saltó de la irritación a la temeridad. ¡Al diablo con todos!

Era libre y había pasado tiempo atrás la edad del consentimiento. Ya había dado demasiado.

Merecía una noche en la ciudad, y si una muchacha o una dama deseaba ser besada, ¿por qué no complacerla, gozando también él? De pronto pensó divertido que Ascolini aprobaría su actual estado de ánimo. Salió de la bañera, se secó con viva satisfacción, se vistió con minucioso cuidado y se sentó a telefonear a Valeria.

Después de un discreto intervalo, Valeria respondió agradecida pero prudente:

—¿Peter? Muy amable de su parte el llamarme. ¿Puede usted dedicarme un tiempo esta tarde?

—Sí, sí, puedo.

—¿Puede llevarme a cenar?

—Por cierto. ¿Dónde nos encontraremos?

Valeria le explicó que estaría en casa de unos amigos, en la Via del Capitano. Propuso que pasara allí por ella a las ocho y media y la llevara a cenar a un restaurante vecino. Landon pensó que sería conveniente estar acompañado en ese primer encuentro, de manera que accedió. Valeria le dio las gracias con encantadora cortesía y colgó.

Movido por un vago impulso de culpa, trató de telefonear a Ninette, pero nadie respondió al teléfono. Esto lo molestó, y se dijo, con ingenuidad masculina, que una pequeña separación les haría bien a ambos. Aún eran las siete y media, de manera que teniendo una hora por delante, decidió dedicarla a su correspondencia, muy descuidada.

Mientras disponía del montón de cartas, se sintió bañado en un aura sonrosada de rectitud. Era un hombre sensato que sabía donde iba, un ciudadano responsable con una sólida cuenta bancaria, un profesional que servía noblemente a sus semejantes. El resto, con la excepción de Ninette Lachaise, era solo una excursión provinciana, un interludio pastoral que quedaría olvidado en cuanto concluyese.

De pronto, sin nada que lo anunciara, se sintió proyectado en uno de esos estados de ánimo en los cuales el terror y el misterio de la vida se hacen presentes en toda su magnitud, y las acciones más triviales revisten caracteres de consecuencias cósmicas.

Había entregado una carta de presentación en Roma y ahora actuaba de catalizador involuntario en un drama de intrigas familiares. Había sido hechizado por un abogado en embrión y ahora debía aconsejarlo sobre la suerte de su clienta. Había cenado con una mujer nueva, lo que había hecho mil veces anteriormente, y ahora se hallaba frente a una resolución de matrimonio, a la promesa de hijos y a la cadena infinita de la continuidad humana, y ahora cenaría con otra, con audacia, pero sabiendo que este encuentro podría iniciar otra cadena de consecuencias.

Era una experiencia curiosa, como la de estar sobre una alta montaña contemplando el valle sumido en la oscuridad. El valle estaba solo y silencioso. Y uno se sentía solitario en las alturas, una criatura salida de la nada, yendo a ninguna parte. Y entonces se encendía una luz, y otra y otra. La luna se elevaba y el valle cobraba vida bruscamente en el hombre y sus

realizaciones y uno debía descender forzosamente para unirse a la multitud, o morir vacío y desnudo al elegir la frialdad del orgullo.

Estar solo no es bueno para el hombre. Pero para unirse al desfile de los peregrinos hay que pagar un precio, y un tributo por cada día de viaje. Hay que viajar con rufianes, rateros y nobles matronas. Hay que partir el pan con lágrimas y beber el mal vino con gratitud. Hay que aceptar ser odiado y envidiado tanto como amado. Y si la caravana no llega al lugar que el maestro prometió, hay que soportar con resignación ya que no con alegría la permanencia en el desierto. Este es el verdadero horror de la condición humana: los hombres están atados unos a otros en ineludible servidumbre, y la enfermedad de uno puede ser una plaga que afecte a toda la fraternidad, y la culpa de unos pocos trasformará a los demás en víctimas propiciatorias. La más pequeña compasión puede ser una gran afirmación, y una injusticia mezquina puede llevar a la corrupción general.

Pensamiento inquietante para un atardecer de verano en Toscana, de manera que lo desterró de su mente y partió en busca de Valeria Rienzi.

Valeria era una mujer muy atrayente y podía prodigar su encanto cuando así lo deseaba. Lo halagó ante sus amigos, pero no le dio tiempo para aburrirse con ellos. Luego le entregó las llaves de su automóvil y le pidió que la llevara fuera de las murallas de la ciudad antigua hasta un restaurante de campo, donde cenaron bajo un parrón y bebieron vino de los viñedos de lugar. El vino era potente, un trío de músicos tocaba melodías sentimentales, y al cabo de veinte minutos, Landon se sintió libre de tensiones y cautelas.

Valeria también parecía agradecer la ocasión y lo hizo blanco de su buen humor.

—Parece que comienza a divertirse, Peter: un poco de drama, un poco de comedia, un poco de romance.

—Ya era tiempo, ¿no cree?

—Por supuesto. Pero hasta esta noche no me he atrevido a decirlo —hizo un mohín y frunció el ceño en graciosa pantomima—. Cada vez que hablaba con usted me sentía como una joven ante su confesor.

—Esta noche no, espero —Landon rio y le tendió una mano por encima de la mesa—. Bailemos y me confesaré con usted.

Fue dicho en forma intrascendente, pero Valeria le tomó la palabra en el mismo espíritu.

Mientras bailaban, juntos y armoniosos, mientras paladeaban el vino bajo la luz pálida de las lámparas, Valeria lo hizo hablar libremente sobre sí mismo, sobre su familia, su carrera y la situación que produjo su retirada de la

escena londinense. Sabía escuchar, y cuando no se hallaba empeñada en coqueterías emanaba una cordialidad y una sencillez que Landon no hubiese imaginado jamás en ella. Luego hablaron de Rienzi y Valeria preguntó:

—¿Todavía cree usted que Carlo está haciendo lo que debe, Peter?

—Creo que está haciendo lo que se debe a sí mismo: aunque obtenga menos de lo que espera, creo sinceramente que está muy bien que usted y su padre hayan decidido apoyarlo.

Valeria le lanzó una larga mirada de soslayo.

—¿Cree usted que en este momento le importa que nosotros lo apoyemos o no?

—Creo que le importa mucho, aunque no lo admitiría por miedo a parecer débil.

—¿Ha visto usted a su clienta?

—Sí, tuve una larga sesión con ella esta tarde.

—¿Cómo es?

—Joven, hermosa. Y totalmente desorientada, me parece.

Valeria rio con risa seca.

—Sería divertido que Carlo se enamorara de ella. Los abogados y los médicos se enamoran de sus clientes ¿no es así?

—Me parece que Carlo está enamorado de usted, Valeria.

Ella negó con la cabeza.

—No en esa forma, Peter. Tal vez lo estuviese si yo fuese un cachorrillo cojo. Ya sé que Carlo cree que lo que siente por mí es amor. Pero no es la clase de amor que yo quiero. ¿Y usted, Peter? ¿Está enamorado de Ninette Lachaise?

Perfecto como truco de prestidigitador. Un revuelo de pañuelos de seda y del sombrero salta un conejo blanco, mientras el ilusionista sonríe a su público inocente. Y Landon, tomado por sorpresa, era tan inocente como las mariposas que aleteaban alrededor de las lámparas. Trató de escabullirse diciendo:

—No me ponga en aprietos, Valeria. Como usted misma lo dijo, estoy comenzando a divertirme.

Valeria le palmoteó la mano con aprobación fraternal.

—Me alegro, Peter. Me alegro por usted. Siempre resulta mejor con una mujer de experiencia. Si algo anda mal, no hay complicaciones, ni remordimientos. Bailemos otra vez. Luego deberemos partir.

Después todo resultó demasiado fácil. La languidez de la noche hizo presa de ellos y, al volver a Siena, Valeria dormitó sobre su hombro. Al llegar a la

Pensione della Fontana, la invitó a entrar para una última copa. Valeria aceptó adormilada. Pero cuando se encontraron solos en la antigua habitación de altísimos: techos artesonados y perfumada de antiguos amores, la pasión los elevó como una ola y los dejó caer luego en oscuridad tumultuosa sobre las sábanas desordenadas.

Landon despertó pasada la medianoche, encontrándola ya vestida y sentada en el borde de la cama. Valeria rodeó su rostro con las manos y lo besó en los labios. Luego sonrió, y su sonrisa estaba llena de la vieja sabiduría de las mujeres.

—Ahora me siento feliz, Peter. Quería tenerte primero, ¿sabes? Y ya nunca podrás volver a despreciarme. No, no digas nada. Me hizo bien, y creo que también puede haberte hecho bien a ti.

Tenía necesidad de herirte, pero ahora ya no puedo hacerlo. No debes sentir temor alguno Carlo no lo sabrá jamás, tampoco Ninette. Pero tú y yo no lo olvidaremos. Buenas noches, querido. Que duermas bien.

Lo besó otra vez y lo dejó. Peter permaneció despierto hasta el alba, recorriendo el diccionario de su profesión para encontrar palabras con qué describir lo que le había sucedido.

Tenía demasiados años como para aterrarse como un muchacho después de su primera aventura con una mujer casada; pero tenía demasiada experiencia como para engañarse sobre las consecuencias de su acción. Había culpa en lo que había hecho; una culpa personal, una injusticia para Ninette, una mayor para Carlo. No podía culpar a nadie sino a sí mismo. Y no podía permitirse el lujo de la confesión, de manera que con ironía consumada se vio forzado a regresar a la receta que imponía a sus pacientes: aceptar la culpa, conocerse a sí mismo, vivir con este conocimiento como con un cilicio y soportarlo con toda la dignidad de que fuese capaz.

Vivió con él toda la mañana. Caminó sin rumbo por la ciudad, cruzando plazas resecas de sol y avenidas malolientes. Bebió demasiado café y fumó demasiados cigarrillos. Maldijo su propia estupidez, pero descubrió que no podía maldecir a Valeria. Una hora antes del mediodía, terminó su caminata en un café al aire libre, solo, exhausto y humillado por el convencimiento de que esta era una crisis en su vida y de que se hallaba mal preparado para encararla.

Había vivido lo suficiente para saber que había veinte sustitutos agradables para la gran pasión.

Era posible sobrevivir satisfactoriamente con cualquiera de ellos, así como la mayoría de la gente sobrevivía sin trufas al desayuno ni champaña a

la cena. El viajero abrasado queda satisfecho con una jarra de agua de la fuente de la aldea, sin pedir manantiales más dulces o más milagrosos. Su vida podía trascurrir en una larga sucesión de episodios como el de Valeria, haciéndose más y más inconsecuentes a medida que la vitalidad disminuía con los años. Y si en ellos no había éxtasis, tampoco había dolorosos compromisos de amor.

El amor es un estado exótico, cercano a la agonía, pero cuando un hombre lo ha experimentado una vez, se ve perseguido siempre por el recuerdo y la amarga nostalgia por el paraíso perdido. ¿Cuántas veces puede estallar el mundo?, y después de este único y salvaje esplendor, ¿quién puede aplaudir los fuegos artificiales de una sensualidad accesoria?

Un romántico podría trasformar este momento en un relato de visión espiritual y de nobles resoluciones. Pero Landon se sentía desprovisto de estas cualidades, como de tantas otras.

Sencillamente, esperó, fatigado y tenso, hasta recuperar la calma y sentirse preparado para encarar a Ninette Lachaise.

Al subir por la escalera que llevaba a su taller, sentía batir su corazón y la mano con que golpeó a su puerta estaba sudorosa. Diez segundos más tarde, Ninette estaba en sus brazos, ansiosa y llena de reproches.

—¡Chéri! ¿Dónde estuviste todo el día de ayer? ¿Por qué no me llamaste? Esta mañana telefoneé una docena de veces a la Pensione, pero nadie sabía tu paradero. ¡No debemos hacernos cosas como esta! ¡Nunca más! ¡Prométemelo! —Entonces, sintiéndolo alejado, lo apartó un poco para mirarlo en el rostro—. Ha sucedido algo, Peter. ¿Qué es?

La mentira subió a sus labios con más facilidad de lo que hubiera creído posible.

—No ha sucedido nada. Solo que he sido un estúpido. Ayer estaba ocupado todo el día. Te telefoneé en la noche, pero tú no estabas en casa. Salí a recorrer la ciudad. Estaba enfadado y no debería haberlo estado. ¿Me perdonas?

La cogió entre sus brazos para besarla, pero ella se alejó, pálida y fría como una estatua, y caminó hasta la ventana. Cuando finalmente habló, su voz sonaba tensa y hueca a través de la inmensa habitación.

—Eso es lo que he temido, Peter: el momento en que lo que hemos sido amenaza lo que queremos ser. Es por esto que quería esperar y dar a nuestro amor la oportunidad de crecer.

—¿Todavía lo deseas? —su voz era uniforme y reservada, mientras se mantenía estudiadamente alejado de ella.

—Sí, Peter. Pero solo si tú lo deseas tanto como yo. Y no debes mentirme, nunca, jamás. Si hay algo que no quieras decirme, guárdalo, pero no mientas. Y yo te prometo hacer lo mismo.

—¿Algo más?

—Todavía quiero tiempo antes de decidirnos por el matrimonio.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta el fin del proceso.

—Tenía la esperanza de que pudiésemos partir antes de eso.

—No, Peter. No me hagas darte una conferencia. Pero creo que a estas alturas ya sabes que tienes una deuda con Carlo y que no estarás satisfecho hasta que la hayas pagado. Sé que yo tampoco lo estaré.

Peter no tuvo nada que decir y permaneció avergonzado e indeciso hasta que Ninette se acercó a él, le rodeó con sus brazos, y le hizo sentir por primera vez la promesa de una muda absolución.

Eran las doce y cuarto cuando Landon llegó al Hotel Continentale. Allí encontró a Rienzi en mangas de camisa, trabajando entre innumerables notas ante un escritorio atestado de libros de consulta. Tenía el rostro grisáceo, los ojos pesados de cansancio, y se mantenía despierto con coñac y café, combinación venenosa para un hombre ya intoxicado por la fatiga. Landon también estaba fatigado, incómodo y malhumorado, de manera que decidió compartir el veneno. Se sirvió una taza de café, dos dedos de coñac, y se extendió sobre la cama mientras Rienzi hablaba.

—Hemos hecho progresos, Peter. Lentos, pero que indican que vamos por buen camino. Fui a Florencia, como sabes. Hablé con Luigi Albertini. Es un hombrecillo insignificante y se hallaba aleccionado por la policía. Pero tal como tú dijiste, habló un poco cuando le pregunté por qué su esposa era todavía virgen después de cuatro años de matrimonio —Rienzi sonrió parodiando el dialecto de los barrios bajos de Florencia—: «Ana no quería. Creía que yo le haría daño. La llevé donde un médico, pero no consiguió nada. ¿Qué puede hacer un hombre con una mujer así?».

Después se cerró como una ostra. Tuve la sensación de que ocultaba algo más. Pero no hubo tiempo de averiguar lo que era. Sin embargo, quiero mantenerlo preocupado, así es que contraté a un detective privado para que se informe sobre él. Me escribirá si logra algún resultado.

—Me decías en tu telegrama que irías a San Stefano. ¿Descubriste algo nuevo allí?

—Algo, muy poco. Fray Bonifacio deseaba verme. Uno de sus feligreses había acudido a él con un problema de conciencia. No quiso decirme su

nombre, pero parece que se trata de un hombre que colaboró con Belloni en las guerrillas. Fray Bonifacio le dijo que tenía el deber de conciencia de revelar cualquier cosa que, pudiese ayudar a la muchacha. El hombre le pidió tiempo para pensarlo. Si decide hablar, Fray Bonifacio me lo comunicará inmediatamente. Traté de hablar otra vez con el sargento Fiorello, pero no conseguí nada. He contratado otro detective para investigar en el pueblo y ver lo que pueda desenterrar de las actividades de Belloni durante la guerra. Un hombre como él tiene que haber tenido enemigos.

Y esta mañana, también estuve con Ana Albertini.

—Yo la visité ayer.

—Lo sé. Me lo dijo. Estaba muy agradecida de la gentileza tuya y de Galuzzi.

—Parece que fue más comunicativa contigo que con nosotros —Landon sonrió y llevó coñac a sus labios.

Rienzi se aproximó y se sentó en el borde de la cama. Ansiosamente, le dirigió una pregunta:

—¿Qué opinas tú, Peter? ¿Qué opina Galuzzi?

—Tendrás que descartar la demencia —dijo Landon en tono definitivo—. Hay pruebas de trauma, obsesión y de otros síntomas sicóticos. Galuzzi desea tomarse más tiempo antes de determinar hasta qué punto su condición reduce la responsabilidad legal. Y yo estoy de acuerdo.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres?

Rienzi comenzó a recorrer la habitación, pasando los dedos por sus cabellos y hablando con frases rápidas e incisivas.

—Estoy buscando un fundamento para mi defensa, Peter. Una posición desde la cual pueda luchar. Estoy horrorizado por lo que se ha hecho. ¿Sabes qué clase de persona es esta muchacha? Es una persona que ha vivido toda la vida dentro de un solo cuarto, mirando por la misma ventana hacia el mismo jardincillo. ¿Sabes lo que me dijo ayer? «Ahora podré hacer el amor. Ahora podré comenzar a hacer feliz a Luigi». ¿Cómo puede haber sabido lo que estaba haciendo? ¡Es como una criatura que acaba de ser depositada en un nuevo planeta!

—El tribunal tendrá otro punto de vista, Carlo —dijo Landon sobriamente —. Es mejor que tengas siempre presente este hecho. Ana sabía lo que era una pistola. Tuvo inteligencia suficiente para planear un viaje en tren y en taxi. Sabía que un asesinato es un asunto, policial. Comprendía sus consecuencias. Vivía en una gran ciudad. Llevaba la casa de su marido. Tiene

una educación básica y se viste como una muchacha crecida. No es tonta ni demente, y esperó dieciséis años para matar a un hombre. No digo que esta sea la historia completa. Sé que no lo es. Pero de aquí partirá el tribunal. Y sabes tan bien como yo que los jueces tendrán muy presente el problema del orden público y el temor de que su clemencia pueda revivir la práctica de la *vendetta* en las montañas.

Esta última consideración impresionó inmediatamente a Rienzi, que meditó un momento y luego dijo con voz pausada:

—Ya he pensado en lo que tú me dices y en otras cosas más. Pero hay algo que me perturba profundamente y que tal vez pueda darnos un punto de partida para la defensa. Este asesinato fue premeditado durante dieciséis años. Si esto es verdad, quiere decir que Ana Albertini lo decidió cuando tenía ocho años de edad, época en la cual no tenía responsabilidad legal. Fue entonces cuando tomó la decisión, aunque la acción fue ejecutada tiempo después. ¿Qué sucedió durante esos dieciséis años, Peter? ¿Cuál era el estado de la muchacha durante todo este tiempo? ¿Cuál fue el choque emocional que la llevó a él?

—Estás expresando en otras palabras lo que nos estamos preguntando Galuzzi y yo.

—En ese caso, y a menos que tú me des la respuesta, Peter, no podrá hacerse justicia.

Landon dejó su taza de café, se incorporó del lecho y comenzó a pasearse a su vez, mientras construía su tesis:

—La ley hace justicia solo accidentalmente, Carlo. Cualquier ley. Porque la ley es por todo y ante todo un código de orden público: un elemento disuasivo, un arma punitiva. La justicia está todavía en manos de Dios, y ¡él tarda mucho en expresar su veredicto!

—Tal vez en esta ocasión logremos persuadirlo de que obre con más rapidez —dijo Carlo Rienzi. Vaciló un segundo y luego se volvió hacia Peter con súbita determinación—. No tengo derecho de pedirte lo que voy a pedirte, Peter. A cambio de tus servicios solo puedo ofrecerte mi gratitud, pero quiero que te quedes en Siena para ayudarme. A pesar de lo que dijo Galuzzi, si logro que la Corte lo apruebe, quiero que seas testigo de la defensa.

—Como quieras.

Landon lo dijo con tanta indiferencia que creyó haberse traicionado; pero no se sentía con fuerzas para fingir, y cuando el rostro de Rienzi demostró placer y asombro, dijo mordazmente:

—¡Por el amor de Dios, hombre, sabías perfectamente que diría que sí! No trasformemos esto en un drama. Y tampoco esperes milagros. Lo más que puedo ofrecerte es experiencia profesional a la altura de la de Galuzzi.

Rienzi rio. Una risa sonora y juvenil que expresaba su alivio y su satisfacción.

—¿Milagros, Peter? Esto ya es un milagro.

—Hay otro —dijo Peter, malhumorado y deseoso de abandonar el tema —. Ya sabes que ayer comí con Ascolini. Quiere ayudarte. Te ofrece un millón de liras y una colección de apuntes sobre el caso.

—No puedo aceptar —dijo Carlo con enfática frialdad.

—Le dije que probablemente esta sería tu respuesta, pero creo que no sería mala idea hacerle llegar una nota de agradecimiento.

—Lo haré —y añadió pausadamente:

—Es curioso, Peter, pero en este momento me siento mejor dispuesto hacia Valeria y su padre. ¿Sabes por qué? Porque te tengo por amigo y porque hay alguien que me necesita mucho más que ellos: Ana Albertini. He encontrado de pronto un interés en mi vida, un motivo de ansiedad… y esto me hace feliz. ¿Feliz? La voz de Carlo sonó en los oídos de Landon como la del condenado que hace un chiste hueco mientras le ajustan el nudo al cuello. Pero ¿qué podía decir? Cuando se ha dormido con la esposa de un hombre, ¿es posible robarle también sus ilusiones? Era la posición más amarga que Landon había saboreado en su vida. La bebió con una sonrisa, pero su sabor le quedó en la boca, cada hora de cada día, hasta que Ana Albertini fue juzgada.

CAPÍTULO QUINTO

La apertura de un juicio criminal es una ocasión extraordinariamente teatral. La tradición y la opinión pública piden, no solo que parezca hacerse justicia sino también que al dispensarla se brinde una diversión dramática: una purga de las pasiones que el acto criminal ha excitado, mediante la compasión y el horror.

Hay algunos que opinan que los procedimientos legales británicos procuran mejor teatro que los del continente; pero es mejor que el delincuente desprevenido no subestime directamente del primitivo sistema germano del juicio por combate. La Corte es un lugar de contienda y de pugna, arbitradas por un juez y un jurado. La acusación y la defensa exponen sus pruebas por medio de interrogatorios y contrainterrogatorios. Discuten los hechos y su interpretación. Y se traban en batallas verbales como los caballeros en las antiguas justas.

La fórmula latina, por el contrario, es de inquisición, basada en la ley romana y modificada por el método de los Canonistas. Consiste en una investigación preliminar, a cargo de un magistrado, de todas las pruebas a su alcance, que luego son sometidas al tribunal, siendo la base del juicio.

El acusado no se declara culpable o inocente. No hay debate; solo una revelación pública de los hechos, un alegato de la defensa y otro de la acusación, no el veredicto, expresada por el presidente del tribunal de acuerdo con los votos de cinco jueces: dos por el poder judicial y tres representando al pueblo.

Para el que se ha criado en la tradición británica, hay algo de siniestro en este método inquisitorial, ya que parece negar el principio reconocido de que es la Corona quien debe probar que hay culpa y que un hombre es inocente hasta que se le declare culpable. En la práctica, el método latino presume que la verdad yace en el fondo de un pozo profundo y que el acusado es culpable hasta que el tribunal reúna suficientes pruebas de su inocencia. De hecho,

parece que la justicia se ve igualmente bien o mal administrada en ambos métodos.

Todas las Cortes tienen cierta semejanza con un teatro. Hay un escenario en el que los personajes actúan los ritos de la revelación, el conflicto y la resolución. Hay un montaje simbólico: el escudo de armas de la república sobre la tarima de los jueces, la silla tallada en la que el presidente se eleva sobre los jueces que le ayudan, la tribuna que los separa de los oficiales de la Corte.

Hay butacas para el público, que debe conducirse con decoro mientras trasfiere sus simpatías y antipatías a los actores en el escenario. Hay una galería para los críticos y censores de la prensa. Los protagonistas visten disfraces. El movimiento es estilizado. El diálogo es formal y tradicional, de modo que, igual que en el teatro, la realidad se revela a través de lo irreal, y la verdad, a través de la ficción de las máscaras.

Landon y Ninette llegaron temprano y encontraron la antecámara atestada de gente: reporteros, fotógrafos, testigos, espectadores, extenuados oficiales de Corte, hablando todos a la vez y también representando cada uno su propio drama antes de que comenzara el programa oficial.

Ascolini hendió la multitud para saludarlos. Landon pensó que parecía cansado. Sus mejillas sonrosadas se hallaban más pálidas, su piel era trasparente, como si su espíritu vivaz intentase atravesar los tejidos de su cuerpo; pero los saludó con su caprichoso buen humor de antes:

—¡De manera que los enamorados se dejan ver por fin! Déjame contemplarte, muchacha. ¡Bien, bien! El amor ha resultado hasta ahora un agradable pasatiempo ¿no es así? Tal vez pronto puedas terminar mi retrato. Y usted, Landon, prestará testimonio como experto, ¿verdad? ¡Es usted un hombre muy obstinado! Nos sorprendió usted a todos… especialmente a Valeria, creo yo.

—¿Está aquí hoy? —fue Ninette quien hizo la pregunta.

—Allí, en ese rincón, y de mal humor. La he visto muy poco estas últimas semanas. Tiene sus propios problemas, supongo. Y yo no logro leer en su mente.

Era un tema escabroso y Landon trató de desviarlo.

—¿Cómo se siente Carlo esta mañana?

—Algo nervioso, supongo —Ascolini le dirigió una sonrisa sardónica—. Usted debe saberlo mejor que yo, Landon. Ha estado trabajando con él.

Landon prefirió ignorar el alfilerazo y preguntó con calma:

—¿Qué opinión se ha formado usted del juicio, doctor?

Ascolini alargó los brazos en un gesto de pesadumbre.

—Es lo que yo esperaba. Un clima hostil y vagos rumores de que habrá sorpresas. Carlo me ha contado algo. Pero si usted tiene algún momento libre, Landon, me gustaría beber una copa de vino con ustedes.

—Cuando usted guste, dottore —dijo Ninette con una sonrisa—. Basta con que golpee a mi puerta.

—Cuando se trata de jóvenes enamorados, es más prudente telefonear. Pero ya los veré.

La multitud se agitó al abrirse las puertas y fueron arrastrados dentro de la sala. Fueron necesarios cinco minutos para trasformar a la turba en un público susurrante; y los actores comenzaron a entrar en escena.

Primero entró el Fiscal, que debía presentar la acusación: un hombre alto, con rostro de halcón y cabellos grises. Tomó asiento a la derecha de la tribuna de los jueces y comenzó a discutir en voz baja con sus ayudantes. Luego entraron el Relator y el Oficial de la Corte, hombres indiferentes y algo pomposos, que se instalaron en una mesa cercana a la tarima de los acusados, cara a cara con el Fiscal a través de la sala.

Luego entró Rienzi con dos colegas de aspecto desaliñado y tomaron asiento ante una mesa que enfrentaba a la tribuna. Carlo había envejecido en las últimas semanas. Había adelgazado bastante y las ropas colgaban de sus hombros. Su rostro estaba tenso y amarillento, y mostraba arrugas alrededor de los ojos y de la boca. Ataviado con la toga negra y la blanca pechera almidonada, parecía un monje acosado por la conciencia y por las prácticas ascéticas.

Ninette tocó el brazo de Landon y susurró:

—Tenemos que cuidar de él, Peter. Estoy segura de que nos necesita. Parece estar tan terriblemente solo.

Landon asintió distraídamente. No había sido esa la intención de Ninette, pero sus palabras le recordaron bruscamente que aun después de semanas de trabajo en común su deuda con Rienzi no estaba cancelada.

Hugo una conmoción y un murmullo de conversaciones al aparecer Ana Albertini y ocupar su lugar en el banquillo de los acusados. El Oficial acalló rápidamente el bullicio, pero la muchacha no dio señales de haberse percatado de él. Permaneció totalmente inmóvil, aferrada a la barandilla de bronce, con los ojos bajos y el rostro muy pálido, pero siempre hermoso bajo la luz amarilla de la sala.

Finalmente, se pidió orden en la sala para la entrada de los jueces y del Presidente, y la multitud se alzó en silencio hasta que los magistrados se

hubieron instalado, extendiendo sus papeles.

El Presidente era un personaje imponente: un hombre alto y encorvado, de cabellos blancos y un viejo rostro lleno de sabiduría, en el cual la comprensión y la majestad impersonal de la ley parecían hallarse constantemente en pugna. Frunció el ceño ante el ruido producido por el público al sentarse, pero no hizo comentarios. Entonces el Relator se adelantó y anunció:

—Con el permiso del Presidente y de los miembros de la Corte. La República contra Ana Albertini. Se le acusa de asesinato premeditado.

Landon sintió que la mano de Ninette oprimía su brazo y percibió el aleteo del miedo en la boca del estómago. Las varillas de la ley comenzaban a azotar las mieses y no cesarían hasta haber aventado la paja y separado los últimos granos de verdad.

Las primeras palabras del Presidente fueron para la acusada en el banquillo:

—¿Es usted Ana Albertini, de soltera Ana Moschetti, oriunda de la aldea de San Stefano y actual residente de Florencia?

Su respuesta llegó clara, firme, sin inflexiones.

—Sí, lo soy.

—Ana Albertini, usted está acusada ante este tribunal del asesinato premeditado de Gianbattista Belloni, alcalde de San Stefano, el día catorce de agosto del presente año. ¿Está usted representada por un abogado o requiere usted la presencia de un abogado público?

Carlo Rienzi se puso de pie e hizo el anuncio de rigor:

—La acusada está representada, señor Presidente. Carlo Rienzi, abogado.

Se sentó y el Presidente se inclinó unos segundos sobre sus papeles. Luego se dirigió otra vez a la prisionera:

—Según el sumario que tengo ante mí, Ana Albertini, llegó en un taxi a San Stefano al mediodía de la fecha indicada. Caminó hasta la casa del alcalde y pidió verlo. Fue invitada a entrar. Pero usted rehusó y esperó en la puerta. Cuando el alcalde salió, usted le disparó cinco balazos y luego se dirigió al cuartel de policía, donde entregó el arma, fue arrestada y más tarde acusada. Usted hizo una declaración: «Belloni mató a mi Madre durante la guerra. Yo juré que lo mataría. Lo he hecho». ¿Desea usted retirar o modificar esta declaración?

Carlo Rienzi respondió por ella.

—No deseamos retirar ni modificar la declaración hecha por la acusada. Fue expresada libremente y sin coerción.

El Presidente lo miró frunciendo el ceño con perplejidad.

—¿El abogado defensor ha leído la declaración?

—Sí, señor Presidente.

—¿Comprende perfectamente que incrimina a su defendida?

—Perfectamente, señor Presidente. Pero deseamos que esta declaración sea leída a la luz de ciertas pruebas que presentaremos a la Corte.

—Su petición es válida, señor Rienzi. Mis colegas y yo tomaremos nota de ella a su debido tiempo —se volvió al Fiscal—. El Fiscal puede presentar la acusación.

El hombre alto con rostro de halcón se puso de pie y anunció suavemente:

—Señor Presidente, señores del tribunal. Los hechos en este crimen son tan simples, tan claros y brutales, que no requieren de mayor oratoria para que ustedes lleguen a condenarlos. Con el permiso del Presidente, propongo simplemente presentar a mis testigos.

—Concedido.

El primer testigo fue el macizo sargento Fiorello. A pesar de su rostro curtido y de su acento campesino, parecía imponente en la tarima de los testigos. Sus respuestas eran concisas, su narración fluida. Se identificó como Enzo Fiorello, sargento del Servicio de Seguridad Pública. Había vivido veinticinco años en San Stefano y ahora estaba a cargo del cuartel de policía. Identificó a la prisionera y el arma que empleó. Describió las circunstancias y las consecuencias del asesinato, y recibió encomios del Presidente por su eficiente actuación. También fueron elogiados su moderado interrogatorio de la prisionera y su rápida supresión de cualquier desorden en la aldea. Cuando el Fiscal terminó de interrogarlo, se puso de pie trasformado en un Hampden local. Un campeón del orden, pero también guardián comprensivo de su gente.

Entonces Carlos Rienzi produjo la primera de las sorpresas menores. Rehusó examinar al testigo, pero pidió que se le permitiese llamarlo más tarde para ser interrogado por la defensa.

El Presidente alzó las cejas en señal de duda.

—Es una petición desusada, señor Rienzi. Deberá usted justificarla ante la Corte.

—Es una cuestión de claridad en nuestra presentación, señor Presidente. Tenemos el propósito de obtener cierta información de testigos que no han declarado aún, y sobre esa información necesitaremos interrogar al sargento Fiorello. Si lo examinamos ahora, las preguntas no serían pertinentes —se

inclinó ceremoniosamente ante el Fiscal—. En este momento nos hallamos en manos del Fiscal y debemos seguir su secuencia de testigos.

Hubo un momento de consultas en voz baja en el tribunal; luego el Presidente accedió. Rienzi le agradeció y se sentó.

Landon atravesó la sala con la vista para averiguar lo que Ascolini opinaba de esta táctica, pero el rostro del anciano le quedaba oculto y solo pudo descubrir el perfil clásico y sereno de Valeria.

Era tan difícil descubrir maldad en el rostro de Valeria como asesinato en la muchacha pálida y virginal que ocupaba el banquillo. Ambas le recordaron la leyenda japonesa de esas hermosas mujeres enmascaradas a quienes una magia maligna trasformaba en zorros cuando la luna estaba llena. Y sin embargo, Valeria había cumplido su promesa, Ninette podía haber adivinado la verdad, pero Valeria no le había dicho nada. Y se había mostrado discreta cada vez que se había encontrado en presencia de Carlo. Una vez tan solo, acercándosele en un cuarto vacío, le había enmarañado el cabello, diciendo:

—Te echo de menos, Peter. ¿Por qué será que las mujeres como yo siempre eligen a los hombres que, no deben?

En lo demás, Landon confiaba en ella y se había visto obligado a reconocer que le merecía cierto respeto.

Un nuevo testigo subía al estrado: María Belloni, esposa del muerto, la mujer maciza y maternal que había salido a la puerta y había saludado a Ana Albertini. Envuelta ahora en sus velos de viuda, parecía vieja y encogida, incapaz de soportar la carga de su dolor y de su soledad. Cuando hubo prestado juramento, el Fiscal se acercó a ella, solícito como empresario de pompas fúnebres. Su voz magnífica entonó las palabras como si fuesen las sílabas de un salmo:

—*Signora* Belloni, compartimos su dolor. Lamentamos tener que someterla a la tortura de más interrogatorios, pero quiero rogarle que trate de dominar su aflicción para responder a las preguntas del Presidente.

—Yo. Trataré.

—Es usted una mujer muy valerosa. Gracias.

Permaneció junto a ella mientras el Presidente formulaba las preguntas de rigor:

—¿Su nombre es María Alessandra Belloni y es usted la esposa de la víctima?

—Sí.

El Tribunal desearía escuchar en sus propias palabras lo que sucedió inmediatamente antes de la muerte de su esposo.

Por un momento, la mujer pareció a punto de desfallecer. Pero se dominó y comenzó a exponer su testimonio, vacilante al comienzo, y luego con una nota creciente de pasión y de histeria:

—Estábamos sentados a la mesa como siempre, mi marido, los muchachos y yo. Había vino y pastas y un risotto especial. Estábamos celebrando. Era el cumpleaños de mi marido y estábamos alegres, como debe estarlo una familia. Entonces suena el timbre. Yo salgo a abrir. Esa está en la puerta —tendió un dedo acusador hacia Ana Albertini—. Dice que quiere ver a mi marido. Se ve tan pequeña y tan sola, que decido hacerle una caridad. Le digo que pase y que coma con nosotros.

Dice que no; es un asunto particular; solo tomará un momento. Yo… Yo voy adentro y llamo a mi marido. Él se levanta de la mesa. Todavía tiene la servilleta amarrada al cuello y un poco de salsa alrededor de la boca. Yo… yo… todavía recuerdo eso… la salsa alrededor de la boca. Mi marido sale. Entonces… entonces escuchamos los disparos. Corremos… lo encontramos tendido en el dintel con el pecho cubierto de sangre. ¡Esa lo mató! —Las palabras surgieron en un salvaje alarido—. Lo mató como a un animal… esa lo mató…

Los alaridos cesaron bruscamente y la mujer enterró el rostro entre las manos, sollozando.

Landon miró a Ana Albertini. Tenía los ojos cerrados y se tambaleaba como si estuviese a punto de desmayarse. Instantáneamente, Rienzi se puso de pie. Su voz se hizo aguda al protestar.

—¡Señor Presidente! Mi clienta está sufriendo una aguda tensión emocional. Debo pedir que se le facilite una silla y un vaso de agua.

El Presidente asintió.

—La acusada puede sentarse durante la prueba de los testigos. Y que se le traiga algo para beber.

Uno de los guardias salió y trajo una silla. El Oficial de la Corte le ofreció un vaso de agua de su propia mesa. La muchacha bebió agradecida y se sentó. Durante todo este tiempo, el Fiscal se mantuvo junto a María Belloni con estudiada solicitud. Trascurrieron tres o cuatro minutos antes de que el Presidente pudiese reanudar su interrogatorio.

—*Signora* Belloni, ¿había visto usted alguna vez a la prisionera antes de que fuese a su casa?

—Solo cuando era una niña, durante la guerra.

—¿La reconoció usted?

—En ese momento, no. Después.

—¿Sabe por qué mató a su esposo?

—Porque cumplió con su deber.

—¿Quiere explicarnos eso, por favor?

—Durante la guerra, mi marido fue el jefe de los guerrilleros de esta región. Tenía muchas vidas en sus manos. También había muchos traidores que vendían informaciones a los alemanes y a los fascistas. La madre de esa muchacha era uno de ellos. Por su culpa, muchos de nuestros hombres fueron arrestados, torturados y aun fusilados. De manera que los guerrilleros la cogieron. Hubo un juicio y fue condenada a muerte. Mi marido presidió el tribunal y luego la ejecución. Pero estábamos en guerra. Tenía que proteger a sus hombres. Y también a sus mujeres —de pronto pareció alejarse de la realidad de la Corte hacia una intimidad de terror y sufrimiento—. Pero eso fue hace mucho tiempo, terminó, pasó ya, como todas las otras cosas que sucedieron durante la guerra. Y entonces. Entonces sucede esto. Es como una pesadilla absurda. Todo el tiempo pienso que voy a despertar y a encontrar a mi hombre junto a mí. ¡Pero no viene, no viene! —su voz se prolongó en sollozos entrecortados.

Un murmullo de piedad recorrió la sala como la brisa recorre los trigales, pero el Presidente lo silenció instantáneamente. Dijo:

—¿Desea la defensa formular algunas preguntas a este testigo?

—Tres preguntas, señor Presidente. La primera es esta: ¿Cómo supo la *Signora* Belloni de los cargos contra la madre de Ana Albertini, de su juicio y de su ejecución?

—¿Quiere hacer el favor de responder?

María Belloni alzó el rostro y miró vagamente al tribunal.

—Me lo dijo mi marido, por supuesto. Y los demás que estuvieron presentes. ¿En qué otra forma podía saberlo? Tenía niños que debía cuidar… una casa que mantener…

—Gracias. ¿La próxima pregunta, señor Rienzi?

—Con el permiso de la Corte, quisiera formularla directamente a la testigo.

—Concedido.

Rienzi se levantó y se acercó lentamente al estrado. Sus modales eran tan suaves y solícitos como los del Fiscal.

—*Signora* Belloni: ¿Era su esposo un buen marido? Su respuesta fue rápida y amarga.

—¡Un buen marido! ¡Y un buen padre! Nos quería, se preocupaba de nuestro bienestar. Aun en los días peores, siempre tuvimos alimento y fuego.

Nunca le hizo daño a nadie. El Presidente de la República le envió una medalla de oro y dijo que era un héroe. Así era mi marido… ¡Y entonces llegó esa y le mató como a un perro!

Rienzi esperó a que se tranquilizara y le preguntó con engañosa suavidad:

—¿Su marido le fue siempre fiel?

El Fiscal se puso en pie de un salto.

—¡Me opongo, señor Presidente!

El Presidente sacudió la cabeza:

—Estimamos que la pregunta tiene relación con el sumario.

Deberá responder.

—Repito mi pregunta, *signora* —dijo Rienzi pacientemente—. ¿Su marido le era fiel?

—¡Por supuesto que sí! Una mujer siempre se da cuenta de esas cosas. Era un buen marido y un buen padre. No había otras mujeres.

—Gracias, *signora*. Eso es todo.

Por mucho que se esforzó, Landon no pudo ver el objeto de la pregunta. Los espectadores tampoco vieron en ella elementos dramáticos. Con vaga desilusión, Peter creyó adivinar que Rienzi se estaba lanzando a ciegas contra testigos in objetables.

Mientras María Belloni abandonaba el estrado, el Presidente y los jueces se consultaban en voz baja. Luego el Presidente se dirigió al Fiscal:

—Mis colegas opinan, muy justificadamente, que dadas las pruebas presentadas hasta el momento, y dada también la declaración firmada de la acusada, que la defensa acepta como verídica y voluntaria, no cabe duda sobre el hecho y las circunstancias del asesinato de Gianbattista Belloni.

Sin embargo, me indican que el Fiscal debe probar el segundo de sus cargos: es decir, que el asesinato fue Voluntario y premeditado.

El acusador sonrió. Podía permitirse cierta indulgencia, teniendo en sus manos un caso que se hallaba ya parcialmente probado. Dijo amablemente:

—Ya hemos establecido el hecho y el motivo, señor Presidente. El testimonio de los próximos testigos probará la premeditación. El primero es Giorgio Belloni, hijo de la Víctima.

Giorgio Belloni resultó ser un joven delgado, de manos inquietas y un estridente acento campesino. Su declaración fue simple y condenatoria. Había sido careado dos veces con Ana Albertini: primero el día del asesinato, luego en la investigación, preliminar. Habían sido compañeros de escuela y la había reconocido instantáneamente. En ambas ocasiones le había preguntado por qué había dado muerte a su padre, y ambas respuestas, dadas ante testigos,

fueron idénticas: «No tengo nada contra ti, Giorgio, solo contra él». Tuve que esperar largo tiempo, pero ya todo termino Cuando Rienzi declinó impugnar el testimonio e interrogar al testigo, el Presidente frunció el ceño y los jueces cuchichearon entre ellos.

Ninette se volvió a Peter con una ansiosa pregunta.

—¿Qué está tratando de hacer, Peter? ¿Cómo podrá luchar ahora?

—Dale tiempo, querida. Estamos comenzando.

—Mira al doctor Ascolini.

Miró a través de la sala y vio que el anciano se inclinaba hacia adelante con la cabeza entre las manos, mientras Valeria permanecía muy erguida a su lado, con una leve sonrisa de ironía en los labios.

El Fiscal anunció su próximo testigo con untuosa satisfacción.

—Luigi Albertini, esposo de la acusada.

Un grito ahogado de Ana hizo volver todas las cabezas:

—¡No, Luigi, no!

Era la primera señal de emoción que manifestaba desde el comienzo del proceso. Sus ojos miraron muy fijos, se llevó a la boca una mano en la que apretaba un pañuelo y por un momento pareció que estaba a punto de precipitarse desde el banquillo hacia el joven bien parecido que subía al estrado. Uno de los guardias puso la mano sobre su hombro y Ana volvió a sentarse rígidamente, cerrando los ojos como para no ver un horror inminente. El joven prestó juramento y el Presidente lo interrogó con voz pareja:

—¿Su nombre es Luigi Albertini y es usted marido de la acusada?

—Sí.

La respuesta se escuchó apenas y el Presidente lo reprendió severamente:

—Este es un momento doloroso, joven, pero usted está aquí para que la Corte lo escuche. ¡Alce la voz, por favor! ¿Cuánto tiempo hace que está casado?

Cuatro años.

—¿Ha vivido con su esposa todo este tiempo?

—Sí.

—¿En qué trabaja usted?

—Soy sereno nocturno en la Fábrica Textil Elena, en Florencia.

—¿Cuál es su horario de trabajo?

—Desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana.

—¿Usa usted una pistola durante esas horas?

—Sí.

A una señal del Presidente, el Oficial de la Corte se acercó al testigo y alzó un arma.

El Presidente preguntó otra vez.

—¿Reconoce esa pistola?

—Sí, es la mía.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Después de terminar mi turno en la mañana del 14 de agosto. La puse sobre la mesita de noche. Generalmente la guardaba en el cajón del escritorio, pero esa vez estaba cansado y me olvidé de hacerlo.

—¿La pistola estaba cargada?

—Sí.

—¿Qué hace usted de ordinario cuando vuelve del trabajo?

—Como algo y me acuesto.

—¿Es lo que hizo la mañana del 14 de agosto?

—Sí.

—¿A qué hora despertó?

—A las tres de la tarde.

—¿Estaba su esposa en casa?

—No.

—¿Dónde se hallaba?

—No lo supe. Dejó una nota diciendo que no me preocupara por ella y que regresaría dentro de dos días.

—¿Cuándo advirtió que su pistola había desaparecido?

—En cuanto encontré la nota.

—¿Cuándo volvió a ver el arma?

—Cuando la policía me trajo a Siena para que viera a mi esposa.

—Gracias.

El Presidente interrogó a Rienzi con la mirada. Este, se alzó lentamente, y dijo:

—Señor Presidente, una vez más debemos recurrir a la indulgencia del tribunal. Quisiera que este testigo pueda ser interrogado por la defensa en una ocasión próxima.

El Presidente frunció el ceño y dijo mordazmente:

—Deseo hacer presente al abogado defensor que el juicio del tribunal se basará en los hechos sostenidos en el sumario e interpretados según las pruebas. Sería conveniente que no confiara en maniobras tácticas.

—Con todo respeto, señor Presidente —dijo Rienzi firmemente—, esta Corte existe para dispensar justicia y será un triste día aquel en que un

procedimiento demasiado rígido inhiba sus funciones.

Hasta los ojos más inexpertos vieron que esta era una jugada llena de riesgos. Los jueces auxiliares alzaron la vista disgustados y se volvieron hacia el Presidente para seguir su ejemplo. El anciano permaneció silencioso unos segundos, jugueteando con una estilográfica. Finalmente frunció el ceño y dijo:

—En vista de la dudosa posición de la defensa, nos inclinarnos a acceder a su petición. El testigo puede retirarse, pero será llamado más tarde.

—Gracias, señor Presidente.

Rienzi se sentó y el Fiscal entró en escena con la placidez del triunfo:

—Con la venia del Presidente y de los miembros del tribunal. La acusación considera que sin necesidad de más testimonios, están ya probados el asesinato y la premeditación. Sin embargo, y para anticipar cualquier moción que pueda presentar la defensa sobre la base de demencia o de incapacidad mental, quiero llamar al estrado a mi último testigo, el Profesor Emilio Galuzzi.

El Profesor Galuzzi avanzó imponente hacia el estrado. Habló lentamente; pedantemente, pero sin que fuera posible poner en duda su autoridad ni sus conocimientos. Con el consentimiento del Presidente, el Fiscal condujo personalmente el interrogatorio.

—Profesor Galuzzi: ¿Cuáles son sus cargos oficiales?

—Soy catedrático de medicina; Siquiatra en la Universidad de Siena; Director de tratamiento siquiátrico en el hospital Santa Catarina, de esta ciudad. Ejerzo las funciones de consejero sobre salud mental y sicología criminal en el Departamento de Justicia.

—¿Ha examinado usted a la prisionera, Ana Albertini?

—Sí. Siguiendo las instrucciones del Relator de esta Corte, hice diversos exámenes médicos y siquiátricos de la acusada.

—¿Puede usted exponer a la Corte sus conclusiones?

—No encontré síntomas de desórdenes físicos ni de histeria. Había señales residuales de choque emocional, pero esto estaba en consonancia con la reacción normal ante un crimen de esta naturaleza y con los procesos de arresto, prisión e interrogatorios a los que la acusada estuvo sometida. Sin embargo, encontré pruebas de trauma síquico relacionado directamente con las circunstancias de la muerte de su madre. Esto se hacía manifiesto en los síntomas clásicos de obsesión, incapacidad emocional y una aparente perversión del sentido moral con respecto del crimen.

—¿Diría usted, Profesor, que la acusada es una persona cuerda en el sentido legal?

—Sí.

—¿Y por este motivo usted consideró que podía ser sometida a juicio ante este tribunal?

—Usted me está pidiendo que me repita —dijo Galuzzi suavemente—. La cordura legal implica responsabilidad legal.

El Fiscal aceptó el reproche con una fina sonrisa.

—Una pregunta más, Profesor. En su opinión, y siempre en el sentido legal, ¿Ana Albertini era una persona responsable en el momento del crimen?

—Yo diría que sí.

—Eso es todo. Gracias.

Carlo Rienzi se puso de pie.

—Con el permiso del presidente, desearía hacer algunas preguntas al testigo.

El Presidente miró hacia un reloj que indicaba cinco minutos para el mediodía. Y luego dijo con humor mordaz:

—El tribunal aprecia todo despliegue de actividades de parte de la defensa, pero estamos cerca del descanso de mediodía. ¿Será muy largo el interrogatorio de la defensa?

—Es posible que tome algún tiempo, señor Presidente.

—Entonces es mejor interrumpir la sesión. La defensa puede comenzar su interrogatorio cuando se reinicie. La audiencia se suspende hasta las tres de la tarde.

Reunió sus papeles y salió de la sala, seguido por sus colegas. El guardia condujo a Ana Albertini fuera de la Corte y el público estalló en bulliciosa charla. Landon y Ninette trataron de abrirse paso hasta donde se hallaba Rienzi; pero antes que ellos llegó Valeria, y ambos alcanzaron a escuchar su tenso diálogo:

—¿Vienes a comer ya, Carlo? —preguntó Valeria con irritación—. No quiero esperar aquí mucho tiempo.

Rienzi la miró distraídamente.

—No, no me esperes. Quiero hablar con Ana. He pedido que nos lleven comida a su celda.

—¡Encantador! —dijo Valeria—. ¡Realmente encantador! Aunque un tanto pintoresco. ¿Te importa si Basilio me lleva a comer?

Rienzi se encogió de hombros cansadamente y se apartó de ella, diciendo:

—Haz lo que quieras, Valeria. No puedo luchar en dos batallas a la vez.

—Y no lo estás haciendo demasiado bien en esta, ¿no es así, querido?

—Estoy haciendo lo que puedo —dijo Carlo pensativamente—, y aún falta mucho camino por recorrer.

—¡Toda una vida, para tu virgencilla blanca!

Dio media vuelta para salir de la sala con la multitud, pero Landon se interpuso con amarga indignación.

—¡Basta, Valeria! ¡Deja de conducirte como una mujerzuela! ¡Ningún hombre merece lo que estás tratando de hacerle a Carlo!

—Deberías ser más cortés, querido. Puedo conducirme mucho peor aún si se me antoja.

Le dio un golpecito indulgente en la mejilla y lo dejó, sofocado e impotente, considerando una vez más el precio de una noche de imprudencia. Afortunadamente, Ninette hablaba con Carlo ante la mesa de la defensa, y se acercó a ella.

—Te ves cansado, Carlo —decía Ninette—. Tienes que cuidarte.

Rienzi sonrió con melancolía.

—Han sido días duros. Exceptuando a Peter, he estado muy solo. Y Valeria está jugando a hacerlo todo más difícil —se dirigió a Landon—. ¿Cómo suena desde la platea, Peter?

—Tal como lo habíamos planeado: una escaramuza preliminar.

Una mueca juvenil iluminó el rostro tenso de Rienzi.

—Creo que esta tarde nos irá mejor. Y ahora, les ruego que me disculpen; quiero ver a mi clienta.

Necesita apoyo en estos momentos.

—¿Por qué no cenas con nosotros esta noche?

Carlo vaciló, pero Ninette le dirigió su mejor sonrisa.

—¡Por favor, Carlo! Nos debes un poco de tu compañía. Te esperaremos al final de la audiencia y cenaremos en mi departamento. Allí podrás relajar los nervios y tal vez hacer un poco de música.

—Me agradaría mucho. Gracias.

Reunió sus papeles y caminó hacia la puerta que daba a las celdas de los procesados, una figura triste y desgarbada. Landon y Ninette lo miraron alejarse y se sintieron inundados de la misma piedad hacia tanto talento solitario, tanta genuina bonhomía. Ninette estalló en una indignada exclamación.

—¡Valeria es un monstruo! Si no puede destruirlo de una manera, empleará otra. ¿Qué le dijiste, Peter?

—Le dije que era una mujerzuela. Y que dejara en paz a Carlo.

—No temes a Valeria, ¿no es así, Peter?

La pregunta lo tomó desprevenido y por un momento no supo qué contestar. Ante su sorpresa, Ninette rio calladamente.

—Nunca permitas que una mujer te extorsione, Peter. Ni siquiera yo. Te quiero, chéri, y yo también soy capaz de luchar por lograr lo que deseo. ¡Ven! Puedes invitarme a beber algo y a comer un bocado.

La antecámara de la Corte estaba vacía, pero el doctor Ascolini los esperaba cerca de la puerta exterior. Sin decir palabra, tomó el brazo de Ninette y luego anunció enfáticamente:

—Me niego a comer solo. Ustedes comerán conmigo en el Luca. Quiero que hablemos un poco.

Poco tiempo tuvieron para charlar mientras avanzaban trabajosamente a lo largo de las aceras estrechas y abarrotadas de gente. Pero cuando se instalaron en el ambiente confortable y barroco del Luca, Ascolini desafió inmediatamente a Landon:

—Y bien, mi amigo, ¿qué opina usted de las posibilidades de Carlo?

—Es demasiado pronto para decirlo.

—¿Y tú, Ninette?

—Francamente, dottore, no sé qué pensar. No puedo creer que sea tan inepto como ha aparecido hasta ahora. Pero no me ha impresionado en absoluto, y creo que lo mismo ha sucedido a los miembros del tribunal.

El anciano rio satisfecho.

—¿De manera que ahora estás dispuesta a admitir que yo hubiese obrado bien al disuadirlo de aceptar este caso? Ninette Lachaise negó con la cabeza.

—No del todo. Aun si fracasa, y Peter cree que las probabilidades son mayores en ese sentido, por lo menos habrá probado sus propias fuerzas. No puede dejar de ganar algo con ello.

—¿Aun si arruina su carrera?

—Una carrera tiene menos importancia que el propio respeto. Usted lo sabe, dottore.

—¡Touché! —exclamó Ascolini sonriendo—. Ninette es una mujer formidable, Landon. Y ahora debo decirles algo que les sorprenderá. Creo que Carlo está desempeñándose en magnífica forma.

Se detuvo un momento, saboreando la sorpresa que había producido.

—Usted, mi querido Landon, está acostumbrado a presenciar los fuegos artificiales del procedimiento forense británico. Su mente compara un juicio con un juicio entre abogados contrarios. Usted desea ver que un hecho equilibre a otro, que cada argumento provoque uno opuesto. Usted espera ver

reacciones de simpatía y el choque de personalidades. Por eso, le es imposible comprender el tipo de estrategia que exige nuestro sistema legal —bebió un sorbo de vino y se enjugó delicadamente los labios con un pañuelo de seda—. Considere lo que Carlo ha conseguido hasta este momento. Se ha disminuido a sí mismo ante los ojos de los jueces, en forma que los ha dejado preocupados, por la suerte de la acusada y por sus propias posibilidades de juzgar adecuadamente. Por lo tanto, se sienten inclinados a mostrarse más tolerantes que de costumbre.

Carlo ha permitido también que la acusación agote sus argumentos en una sola audiencia. Su distribución del tiempo le permitirá, además, interrogar a uno de los testigos clave del Fiscal al comenzar una nueva audiencia, y a interrogar a otros a la luz de las pruebas de la defensa. Es una estrategia magnífica. Y más magnífica aún con un caso tan difícil.

—Carlo se sentiría muy reconfortado si escuchara sus palabras.

El viejo frunció el ceño y dijo tristemente:

—No lo creo. Nuestras relaciones son ahora más tensas que nunca. Valeria está haciendo ostentación de ese Lazzaro ante las mismas narices de Carlo. Y Carlo seguramente cree que cuenta con mi aprobación.

—Valeria se está destruyendo —dijo Ninette con repentina indignación—. ¿No es capaz de verlo?

—Creo que lo ve con más claridad que tú —dijo el anciano con voz sombría—. Pero hay naturalezas que no tienen aptitudes para la felicidad. Soy una de ellas. Valeria también lo es.

Nuestra única satisfacción consiste en extraer de cada momento lo que contiene de dulce o de amargo. Es un impulso de conquista, dirán ustedes, y no de placer. Tratamos de dominar, y si no somos capaces de hacerlo, preferimos destruir. Carlo se ha alejado de nosotros. Ha centrado todos sus intereses en este caso. Y temo que también en su clienta.

—Tengo el mismo temor —dijo Landon, vivamente interesado—. Lo he estado observando durante estas últimas semanas. He tratado de hacerle ver donde le lleva ese camino. Le he señalado los peligros a que se expone, exponiendo también a su clienta. Desgraciadamente, temo que no está en condiciones para aquilatarlos. Me preocupa Carlo. En esta profesión, como en otra cualquiera, el hombre necesita un refugio de las exigencias que pesan sobre él. Si no lo encuentra en su hogar, puede volcarse en una dedicación incompatible con su labor, o en una peligrosa identificación con su clienta.

Ascolini asintió y preguntó gravemente:

—¿Y cuál de estos caminos está tomando Carlo?

—Él estima que es dedicación, pero a mí me parece lo otro. No oculta su compasión hacia Ana Albertini. Se agota tratando de asegurar su bienestar y tranquilizar su mente. Por su parte, la muchacha ha llegado a depender de él para todo. Lo que hace esta relación doblemente peligrosa.

—Ya lo sé —dijo Ascolini—. Valeria hace chistes groseros sobre todo esto, lo que es poca ayuda para un hombre que está trabajando con los nervios en tensión. Pero ahora Carlo no rehúye la brega. Ya no nos deja conducirlo a nuestro arbitrio; como hacíamos antes. El muchacho se ha hecho hombre, y hay en él un fondo de ira.

Se interrumpió, como cansado de tanta pesadumbre, e hizo señas a un camarero para que los atendiera. Mientras comían, conversaron de temas más agradables; pero junto con el café, volvieron al juicio y el anciano expuso en forma sobria sus opiniones sobre el problema de la defensa.

—… En un caso de esta naturaleza, en que el hecho y las circunstancias del crimen no dejan lugar a dudas, no hay esperanzas de una absolución. La sociedad no puede condonar un asesinato.

Usted y Carlo han ideado una defensa basada en ciertas circunstancias atenuantes, que son la provocación y la debilidad mental parcial. El problema estriba en que eso los lleva inmediatamente a regiones de dudosa definición en que el éxito depende tanto de la habilidad del abogado como de la legalidad de su tesis. Aquí es donde la experiencia juega un papel preponderante. Y Carlo carece de experiencia.

—Me parece que usted sigue subestimándolo, dottore —dijo Ninette dulcemente.

—Es posible —respondió. Ascolini—. Pero aun así, hija mía, temo que el tribunal se muestre más severo de lo que ustedes esperan, ya que una decisión demasiado liberal puede dar lugar a desórdenes públicos.

—¿La *vendetta*?

—La *vendetta*, el crimen pasional… cualquier circunstancia en la cual la ley fracasa en la prevención o el castigo de la injusticia, y el individuo se hace justicia por su propia mano. Ninguna sociedad puede permitir esto, por grande que haya sido el mal original, porque la sociedad no se atreve a exponer su propia supervivencia… —Sus manos finas descartaron el tema como si fuese un enigma sin solución—. Esta es la razón de que la justicia sea representada por una mujer. Como la mujer, es inconstante, paradojal, inexorable pero no pierde de vista lo que le resulta más útil.

Landon y Ninette rieron ante su cinismo y el abogado se sintió complacido. Y sin embargo, Landon sintió de pronto una gran compasión: un

hombre que tenía toques de grandeza, agudo analista, luchador denodado, humorista estoico, y sin embargo se veía privado del reposo de la vejez por las pasiones desatadas por él en los que lo rodeaban. No les correspondía a ellos juzgarlo, pero Landon comprendió claramente el dilema, que lo atormentaba. Había menospreciado durante demasiado tiempo al hombre que ahora necesitaba como hijo. Había amado con demasiado egoísmo a la hija que ahora usaba el amor como un arma contra él. Sus ambiciones estaban satisfechas y sus pasiones gastadas. Solo le quedaba su fiero orgullo de campesino, débil baluarte contra el asedio de los años y de la soledad.

Landon se alegró al escuchar que Ninette le decía con su callada percepción habitual:

—Carlo comerá esta noche con nosotros. ¿Por qué no viene usted también, dottore? Así ambos podrían relajar conjuntamente los nervios.

Ascolini sonrió y sacudió la cabeza.

—Tienes un corazón bondadoso, muchacha, pero no le permitas que te guíe. Es Carlo quien necesita de la compañía de ustedes. Y yo soy un viejo malintencionado que seguramente dirá lo que no debe por mera perversidad. —Empujó la silla y se puso de pie—. Vamos a respirar aire puro antes de la próxima audiencia.

A veinte pasos de la sala del juicio, en una celda estrecha, de paredes blanqueadas, el abogado Carlo Rienzi servía una comida a su clienta. Había pedido las viandas a un restaurante cercano, con vino, cuchillería de plata y servilleta de hilo. Ahora estaba ocupado Como un ama de casa, extendiendo el mantel, colocando los platos y sirviendo la comida, mientras la muchacha miraba por la única ventana enrejada hacia un retazo de cielo azul.

La celda era austera como la de un monje, con un camastro, un crucifijo en la muralla, un par de taburetes y una tosca mesa de madera; pero Carlo Rienzi respiraba en ella un aire de cómoda intimidad.

Durante las últimas semanas había visitado casi diariamente a Ana Albertini, pero nunca se había hallado a solas con ella. Cerca de ellos se hallaba siempre un guardia, cuya presencia amenazadora imponía formalidad a sus palabras. Hoy, por primera vez, estaban realmente solos. La pesada puerta tenía echado el cerrojo y la mirilla se hallaba cerrada y el lánguido guardián engullía su comida y la regaba abundantemente con el vino que Rienzi le había traído.

Sin embargo, Ana Albertini no dio muestras de satisfacción o de sorpresa ante la nueva situación. Le había agradecido gravemente cuando trajeron las viandas, y le había dejado el cuidado de servirlas.

Cuando Carlo tuvo todo dispuesto, la llamó:

—Venga a comer algo, Ana.

—No tengo apetito, gracias.

Lo dijo sin mirarlo, dirigiéndose al cielo con voz opaca y pareja.

—Está todo muy bueno —dijo Carlo con forzada animación—. Lo escogí yo mismo.

Ana se volvió hacia él y contestó con un leve matiz de cordialidad:

—No debería haberse tomado todas estas molestias. Rienzi sonrió, sirvió dos copas de vino y le alcanzó una.

—Usted no tiene apetito, pero yo sí. ¿No quiere acompañarme?

—Si usted lo desea.

Remota y plácida, se acercó a la mesa y se sentó frente a él. Rienzi comenzó a comer inmediatamente, interrogándola entre bocado y bocado.

—¿Cómo se siente, Ana?

—Muy bien, gracias.

—La mañana fue muy dura. Y temo que en la tarde las cosas sean aún peores.

—No tengo miedo.

—Debería tenerlo —dijo Rienzi con dureza—. Y ahora déjese de tonterías y coma.

Obediente como un niño, la muchacha comenzó a picotear en el plato, mientras Rienzi se llevaba la copa a los labios y la observaba, sorprendiéndose como siempre sobre su aspecto misteriosamente inocente y lejano. Después de una pausa, Ana preguntó con serenidad:

—¿Por qué debería sentir temor?

A pesar del conocimiento que había adquirido sobre su personalidad, Rienzi quedó estupefacto.

—¿No comprende, Ana? ¿Ni siquiera ahora? Usted vio a los jueces. Escuchó los testimonios. Si el Fiscal consigue lo que desea, significa que usted pasará veinte años en una prisión. ¿No la asusta esa posibilidad?

Su mano pequeña, pálida como la cera, mostró la habitación.

—¿No es esta una prisión?

—Sí.

—Esto no me asusta —lo miró con los ojos muy abiertos ante su torpeza para comprenderla—. La gente aquí es amable y considerada. Me siento perfectamente dichosa. En San Gimignano me he sentido feliz. Más feliz de lo que he sido nunca.

—¿Porque mató a un hombre? —la voz de Rienzi se hizo aguda de irritación.

—No, ese no es el verdadero motivo. Es porque ahora duermo apaciblemente, ¿sabe? No tengo pesadillas. Despierto en la mañana y me siento nueva. Una persona nueva en un mundo nuevo. No siento dolor ni temor. Por primera vez siento que soy realmente yo.

Rienzi fijó los ojos en ella, sobrecogido de piedad, asombro y un vago temor inexpresable.

—¿Y quién era usted antes?

Su rostro se nubló y sus ojos se hicieron vagos.

—Nunca lo supe. Ese era el problema: nunca lo supe. Entonces, y como siempre, Carlo se sintió estremecer de piedad por ella. Se inclinó sobre su plato y comió un rato en silencio. Luego dijo con mayor gentileza:

—Tenemos una posibilidad, Ana. Es una muy pequeña. Pero es posible que logremos que la pena se reduzca a una sentencia muy corta.

—Así lo espero —dijo Ana—. Por su bien.

Rienzi la miró estupefacto.

—¿Por mi bien?

—Sí. Sé que este caso significa mucho para usted. Si usted gana, se hará famoso. Y será el abogado que siempre ha querido ser.

—¿Cómo lo sabe?

—Recuerde que no soy una niña —dijo Ana Albertini. Rienzi digirió este amargo bocado durante unos momentos y luego intentó otro camino.

—Dígame, Ana, si nosotros ganamos el juicio y conseguimos una sentencia corta, ¿qué hará cuando salga de la prisión?

—Lo que he deseado hacer siempre: regresar al lado de mi marido, ser una buena esposa, darle hijos.

—¿Está usted segura de poder hacerlo?

—¿Por qué no? Ya le dije que soy una persona nueva. Las pesadillas terminaron.

—Tal vez la esperen otras peores —dijo Rienzi con dureza. Echó atrás su silla y se alejó de la mesa, contemplando un cielo del tamaño de su pañuelo a través de las barras de hierro, tal como había hecho Ana anteriormente.

La muchacha lo miró con perplejidad infantil.

—No comprendo en absoluto —dijo tristemente.

Rienzi se volvió bruscamente, la miró por un momento y luego se lanzó en una súplica apasionada y simple:

—Ana, estoy tratando de hacerla comprender algo. En este momento, y hasta el fin, del juicio, usted está en mis manos. Yo actúo por usted, pienso por usted, hablo por usted. Pero sea cual sea el resultado, cuando esto haya terminado, usted tendrá que hacer todo eso por sí sola. Tendrá que construir una vida nueva, dentro o fuera de los muros de la prisión, en un inundo de hombres y mujeres. Tiene que empezar a prepararse desde ya para lo que pueda suceder. Porque usted se hallará sola, ¿comprende?

—¿Por qué sola? Tengo un marido. Y además, usted me ayudará, ¿no es así?

Rienzi esquivó la respuesta.

—Los abogados prudentes solo se interesan en sus casos, Ana, no en la vida privada de sus clientes.

—Pero usted está interesado en mí, ¿verdad? Privadamente, quiero decir.

—¿Que la hace creerlo?

—Tengo esa sensación. Cuando estoy frente al tribunal, me digo que mientras mantenga mi mente fija en usted, todo irá bien.

—Eso no es efectivo, Ana. Soy solo un abogado con un mal caso. No puedo hacer milagros. Ni usted debe esperarlos.

Ana pareció no escucharlo y apenas verlo. Continuó hablando con la ansiedad patética del niño que trata de explicarse.

—Para mí, usted es la única persona en la sala. Apenas veo a los demás. Los escucho apenas y no sé bien lo que dicen. Es como si… como si…

Rienzi la apremió vivamente.

—¿Como si qué?

—Como si usted me tuviese tomada de la mano, como lo hacía mi madre.

—¡Dios Todopoderoso, eso no!

La muchacha lo miró consternada.

—¿Dije algo malo?

—Coma, Ana —dijo Rienzi con voz opaca—. Su comida se enfría.

Se alejó de ella y paseó pensativo por la estrecha habitación, mientras la muchacha jugueteaba indiferentemente con la comida. Después de algunos minutos, pareció asaltarla un nuevo pensamiento, y preguntó: ¿Dónde está Luigi? ¿Por qué no ha venido a verme?

—No lo sé, Ana.

Pareció aceptar la respuesta con su característica abstracción. Rienzi vaciló un momento y luego, dijo:

—Dígame, Ana, ¿por qué se casó con Luigi?

—Mi tía dijo que ya era tiempo de que yo tuviera mi propio hogar. Yo también lo deseaba. Luigi era un muchacho simpático, amable y bondadoso. Parecía que podríamos ser felices juntos.

—¿Pero no lo fueron?

—Mientras estábamos comprometidos, sí. Yo me sentía orgullosa de él y él parecía enorgullecerse de mí. Salíamos a caminar, nos cogíamos las manos, hablábamos y nos besábamos.

Hacíamos planes para el futuro. Nombres para nuestros hijos, el departamento que deseábamos tener.

—¿Pero después?

Ana Albertini lo miró extrañamente y por primera vez Carlo creyó vislumbrar una brecha en su compostura.

—Después fue culpa mía. No pude evitarlo. Cada vez que me tomaba en sus brazos, yo. —Se interrumpió y tendió las manos en un gesto de súplica—. ¡Por favor! No quiero hablar de eso. Ya ha pasado. He cambiado. Sé que seré una buena esposa para Luigi.

—¿Todavía significa mucho para usted?

—Es lo único que tengo.

—¿Qué le dijo cuándo lo trajeron a verla en la prisión?

—Nada. Solo me miró. Traté de explicarle, pero no me dejaron hablarle. Y después se fue. No lo culpo. Estoy segura de que por fin lo comprenderá todo. ¿No le parece?

—Así lo espero —dijo Rienzi deliberadamente—. Pero yo no confiaría demasiado en que así fuera.

El objeto de su interrogatorio apareció por primera vez ante los ojos de Ana. Se llevó la mano a la boca y su rostro se contrajo en una máscara de horror.

—¿Ya no me quiere?

—No, Ana. Y lo llamaré a declarar otra vez esta tarde. Tal vez no le agrade a usted lo que deberá escuchar.

La muchacha no lloró; solo se levantó lentamente y se dirigió a la ventana, donde permaneció tensa y temblorosa, con las palmas de las manos oprimidas contra la blanca muralla de piedra.

Rienzi le preguntó:

—¿Estuvo realmente enamorada de él, Ana?

—No lo sé. —Su voz era opaca y sin matices—. Ese es mi problema. Hasta ahora jamás había sabido nada sobre las cosas, ni sobre mí misma. Mientras Belloni estuvo vivo, todo parecía tener un sentido. Solo existía una

senda larga y recta con Belloni en un extremo y yo en otro. Si yo continuaba caminando, tarde o temprano llegaría a él. Y ahora está muerto, y no hay nada, no hay senda; no hay nada.

—Entonces debe encontrar una senda nueva, Ana. Su respuesta fue infinitamente patética:

—Pero las sendas llevan siempre a alguna parte. Y yo no sé donde quiero ir. Ni siquiera sé si existo, si hay un yo. Solo hay un nombre, Ana Albertini, pero no hay yo. ¿Ve usted algún yo?

—Sí, Ana. —Se acercó a ella y estrechó sus manos frías entre las suyas—. Puedo verlo, puedo tocarlo. Y ese ser que es usted está hecho para tener sus propios hijos, y acunarlos en sus brazos. Es un ser hermoso, que puede amar y ser amado.

—La única persona que me amó fue mi madre.

—Está muerta, Ana.

—Lo sé.

Carlo habló apasionadamente.

—Pero usted está viva, Ana. Usted seguirá viviendo. Tiene que tener algo por qué vivir.

—Antes tenía a Belloni. Pero ahora también está muerto.

—Eso era odio. ¡No puede seguir odiando a un muerto!

—Yo quería a Luigi. Pero él no me quiere. ¿Dónde puedo comenzar? ¿Dónde puedo ir?

Rienzi habló con voz sombría:

—Si perdemos el caso, irá a prisión por veinte años.

—Usted sabe que eso no me asusta. Casi resulta agradable. ¡Me dicen lo que debo hacer, cómo debo hacerlo, dónde debo ir!

—Pero eso no es vivir. —Carlo estaba irritado y hablaba con vehemencia —. ¡Eso es una muerte!

Es como la princesa en el bosque encantado. ¡Usted no tendrá pesadillas, pero tampoco tendrá vida!

La harán moverse en tal o cual sentido, como figura de relojería, hasta que muera la belleza y muera el amor y muera toda esperanza para usted.

—No se enfade conmigo, por favor.

Carlo la tomó por los hombros salvajemente y la sacudió:

—¿Por qué no? Usted es una mujer, no una muñeca de trapo. No puede continuar descargando sobre otros la responsabilidad de su propia vida. Fue usted quien hizo desdichado a Luigi. Él quería amor y usted no pudo dárselo. Y ahora yo quiero algo de usted: ¡Ayuda, cooperación! ¡Y usted rehúsa

dármela! —La soltó y Ana se frotó los hombros doloridos mientras sus ojos se llenaban de las primeras lágrimas que Carlo había visto en ella. Su cólera se desvaneció en un instante y se sintió sobrecogido de ternura. La rodeó con sus brazos y atrajo su cabeza oscura contra su pecho—. No estoy juzgándola, Ana. No soy Dios. Estoy tratando de que se juzgue a sí misma.

Entonces, y por primera vez, Ana comenzó a sollozar, aferrándose a él desesperadamente, mientras su cuerpo se estremecía convulsivamente:

—No me abandone. No me deje, por favor. Con usted me siento a salvo.

Brutalmente, Carlo la apartó y dejó estallar su furia otra vez contra ella:

—¡No tiene derecho a sentirse a salvo! ¡Debe sentirse aterrada y sola y desnuda! ¡Tiene que desear algo con tanta intensidad que le haga sangrar el corazón! ¡Usted es una mujer, Ana, no una niña!

La muchacha suplicó con voz lastimera:

—Quiero ser una mujer. ¿No comprende que quiero serlo, pero no sé cómo? ¡Ayúdeme! ¡Por el amor de Dios, ayúdeme!

Se aferró a él, con la cabeza oscura contra su hombro, el cabello rozándole los labios. Rienzi trató de reconfortarla torpemente, mientras miraba a lo lejos, contemplando toda la esterilidad que esta dependencia implicaba. Luego se desasió dulcemente.

—Ahora debo irme, Ana. Tenemos que estar ante el tribunal en algunos minutos más.

—No se vaya. ¡No me deje!

—Tengo que hacerlo, Ana —dijo Rienzi con sobria piedad—. Tengo que dejarla.

Se alejó de ella, caminó hasta la puerta y llamó al guardia para que lo dejase salir. Ana Albertini contempló un momento la mirilla de la puerta que se golpeaba tras ellos y, presa de repentino terror, se arrojó sobre la cama, sollozando como un niño perdido.

CAPÍTULO SEXTO

La sesión de la tarde comenzó mansamente, con una calma académica. El Profesor Galuzzi juró como testigo y Carlo Rienzi lo hizo resumir el testimonio que había prestado en la mañana. Luego, Rienzi comenzó a pedirle definiciones:

—Profesor, ¿sería usted tan amable de explicar a la Corte el significado de las palabras «trauma» y «sicosis traumática»?

Galuzzi sonrió, tosió, se ajustó los lentes y explicó:

—Literalmente, la palabra «trauma» significa herida. En lenguaje médico, significa una condición morbosa del cuerpo causada por algún desorden externo. En sentido siquiátrico, su significado es el mismo: una cicatriz, causada por un choque emocional o mental. Las palabras «sicosis traumática» describen un estado mental alterado por un trauma. Si me permiten explicarlo más claramente: una cicatriz en un dedo es un trauma; uno de poca gravedad. Las cicatrices producidas por una intervención quirúrgica son también traumas. Los mismos grados existen en las cicatrices de la siquis humana.

—¿Y los traumas más graves son siempre persistentes?

—Siempre. Aunque el tiempo y el tratamiento pueden disminuir sus efectos.

—Corríjame si me equivoco, profesor, pero la palabra «sicosis», ¿describe siempre una alteración mental grave, de raíces profundas y con caracteres más o menos permanentes?

—En líneas generales, sí.

—¿De manera que un paciente sicótico está siempre impedido en mayor o menor grado?

—Sí.

—Examinemos algunos ejemplos simples, profesor. —El tono de Rienzi era suave, casi deferente—. Un niño pierde a un padre muy querido. ¿Llamaría usted a esto un choque emocional?

—Ciertamente.

—¿Y dejaría una cicatriz?

—Sí.

—¿Qué se manifestaría a través de alguna enfermedad mental en su vida posterior?

—Es posible, sí.

Hubo un instante de silencio en la sala. Todos los ojos siguieron a Rienzi mientras caminaba hasta su mesa, tomaba unos papeles y volvía al lado de Galuzzi. En él se produjo un cambio: sus hombros se irguieron, su voz se hizo incisiva, el ritmo de sus preguntas se hizo más rápido.

—Consideremos el caso de Ana Albertini. Había perdido a sus padres a la edad de ocho años.

Según las pruebas presentadas por la acusación, su madre fue ejecutada por los guerrilleros. ¿Cómo juzgaría usted la cicatriz a su mente infantil?

—Cono muy grave.

—Otra preguntó, profesor. Usted dice que sometió a la prisionera a diversos exámenes. ¿Cuál fue la naturaleza de estos exámenes?

—En líneas generales, fueron exámenes médicos, estudios neurológicos y análisis siquiátricos algo modificados.

—Entonces usted está al tanto de que aunque la acusada se encuentra casada desde hace cuatro años, todavía es virgen.

—Sí.

—¿Está usted de acuerdo en que esto indica una anormalidad en sus relaciones con su esposo?

—Sí.

—¿Cómo diagnosticó usted esta anormalidad?

—Como un estado de incapacidad sexual de la acusada, relacionado probablemente con sus experiencias infantiles.

—En otras palabras, con el trauma, o cicatriz, de que hablábamos recientemente.

—Sí.

—¿Diría usted que Ana Albertini es un sujeto sicótico?

—Sí.

—¿En otras palabras, profesor, lo que usted está diciendo es que está enferma mentalmente?

El Fiscal se puso de pie protestando.

—Me opongo, señor Presidente. La pregunta lleva al testigo a una conclusión, función que es privativa del tribunal.

—Se acepta la objeción. El abogado defensor deberá limitarse a obtener información pertinente al sumario.

—Con todo respeto, señor Presidente —dijo Carlo Rienzi firmemente—. Es mi intención definir claramente al tribunal la naturaleza de la información obtenida embargo, por deferencia a los deseos del Presidente, dar, otra forma a la pregunta. Díganos, profesor, ¿es verdad o no lo es que todo paciente sicótico es un enfermo mental?

—Es verdad…

—No tengo más preguntas que hacer.

—Puede usted retirarse, profesor.

En el tribunal se produjeron algunas consultas en voz baja y Ascolini se volvió hacia Landon y Ninette Lachaise exhibiendo una amplia sonrisa de triunfo.

—¿Lo ven? ¡Les dije que tenía algunos ases escondidos! Esto está bien… muy bien.

A juzgar por los murmullos que recorrían la sala, la mayoría de los espectadores habían comprendido también. Los periodistas tomaban notas y el acusador conferenciaba con sus ayudantes. En toda la sala, solo Ana Albertini permanecía tranquila e inmóvil, como una sacerdotisa presidiendo algún antiguo rito cuyo significado e importancia se hubiese perdido en el tiempo.

El Presidente golpeó con su mazo y se hizo el silencio, mientras el Fiscal se ponía de pie y se dirigía al tribunal:

—Señor Presidente, señores del tribunal, la acusación que tenemos a nuestro cargo es tan clara y simple, el testimonio de los testigos tan conciso y unánime, que no deseo quitar más tiempo a la Corte llamando a otros testigos. Hemos presentado las pruebas del crimen, hemos presentado prueba de premeditación. Todas ellas están confirmadas por la declaración voluntaria de la acusada.

No me corresponde comentar la nueva línea tomada por la defensa, pero sí deseamos hacer notar que ha aceptado o dejado de impugnar todo nuestro testimonio. Apreciaríamos mucho sus instrucciones, señor Presidente.

Por motivos que Landon no comprendió, el Presidente pareció molesto ante esta insinuación.

Dijo ácidamente:

—No veo razón alguna para variar el rumbo de este caso. Si la acusación no tiene más testigos que presentar, la defensa puede presentar su propio testimonio. ¿Señor Rienzi?

—Con el permiso de la Corte, desearía llamar primero a Luigi Albertini.

Al oír este nombre, la muchacha del banquillo pareció despertar. Sus manos se movieron inquietas sobre la barandilla de bronce y sus ojos atribulados y muy abiertos siguieron cada paso del muchacho perplejo y vacilante que se dirigía al estrado. Rienzi lo hizo esperar allí, de pie, unos momentos y luego comenzó a interrogarlo con fría deliberación.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted casado, señor Albertini?

El muchacho alzó la vista, sorprendido e irritado.

—Ya lo dije antes: cuatro años.

—¿Su matrimonio ha sido siempre feliz?

Una pausa, una mirada avergonzada a su esposa y luego una respuesta mascullada de mala gana:

—Nunca ha sido feliz.

—¿Por qué no?

—Yo prefiero no decirlo.

—Debe decirlo —afirmó Rienzi enfáticamente—. Su esposa está siendo juzgada por asesinato.

Albertini enrojeció y tartamudeó lamentablemente:

—Yo… no sé como decirlo.

—Dígalo sin rodeos… sencillamente, sin delicadezas. ¿Por qué no fue feliz su matrimonio?

—Nunca, nunca nos hicimos el amor como deben hacerlo los casados.

—¿Por qué no?

—Porque cada vez que tomaba a Ana en mis brazos comenzaba a gritar: «¡La están matando! ¡Están matando a mi madre!».

—¿Comprende usted por qué lo hacía?

—¡Por supuesto que lo comprendo! —Su cólera estalló débilmente y se desvaneció—. Ana también lo comprendía, pero eso no nos ayudaba en absoluto. Y lo mismo sucedió durante cuatro años.

—Durante esos cuatro años, años difíciles, lo admite. ¿Buscó usted alguna vez ayuda médica?

—Muchas veces y con muchos médicos. Pero siempre, todos esos médicos, dijeron lo mismo.

—¿Qué le decían?

—Que con tiempo y paciencia podría mejorar. —Su amargura estalló bruscamente—. ¡Pero no se puso mejor! ¿Qué clase de vida es esta?

—¿Y ahora, señor Albertini?

El muchacho pareció perplejo.

—No sé lo que quiere decir.

Con la frialdad del espadachín, Rienzi tomó posiciones para la estocada final.

—Yo creo que sí lo sabe. ¿No es efectivo que diez días después del arresto de su esposa, presentó usted una solicitud al Arzobispo de Florencia y luego a las autoridades civiles, pidiendo la anulación de su matrimonio por no hallarse consumado?

Hubo un momento de silencio total y luego un grito de horror de la muchacha en el banquillo.

—¡No, Luigi, no!

Al minuto siguiente, Ana Albertini luchaba con los guardias, aullando en un lamento prolongado:

—¡No lo hagas, Luigi! ¡No me abandones! ¡No me abandones!

La voz del Presidente cruzó el tumulto.

—Saquen a la prisionera de la sala.

El Profesor Galuzzi saltó sobre sus pies.

—Con el debido respeto, señor Presidente, sugiero que se dé atención médica inmediata a la acusada.

—Gracias, Profesor. La Corte agradecerá sus servicios a la acusada y su opinión sobre si se encuentra en condiciones de continuar la audiencia.

Mientras Ana era sacada de la sala, luchando y gimiendo, su marido permanecía en el estrado, totalmente abatido, y Carlo Rienzi volvía un rostro pálido pero compuesto hacia los jueces.

—He terminado con el testigo, señor Presidente. Lamento haber provocado este disturbio, pero no tuve otra alternativa.

Una sonrisa de aprobación iluminó por primera vez el rostro invernal del anciano.

—Es la primera vez que lo vemos ante esta Corte, señor Rienzi. Espero que no sea la última —alzó su mano—. La audiencia se suspende por treinta minutos o hasta que la procesada se halle en condiciones de asistir a ella.

En medio del desorden que siguió a su salida, Ninette y Landon se sentaron junto al doctor Ascolini y esperaron que la bulliciosa multitud se dispersara. Rienzi cogió sus papeles y salió de la sala en dirección a las celdas de los procesados.

Ascolini se hallaba excitado como un colegial, rebotando en su silla y elaborando toda una pantomima en beneficio de Ninette.

—¿Ves cómo se demuestra el instinto legal, muchacha? Es el método, en el sentido de lo dramático. Este es el verdadero talento de los grandes

abogados. Ustedes vieron lo que hizo Carlo.

Primero interroga a un testigo hostil y obtiene de él la paja necesaria para sus propios ladrillos. Se apodera de la palabra especializada «trauma». Y de pronto la tiene trasformada en una nueva: enfermedad mental. Ya tenemos colocada la primera piedra. Pero Carlo sabe, como lo sabemos todos, que cada uno de nosotros está enfermo en algún sentido. De manera que prepara una gran escena dramática: lágrimas, alaridos y desorden, para demostrar lo que puede significar «enfermedad mental». Una hermosa muchacha que no puede gozar de los placeres del lecho. Esta es otra piedra: compasión y simpatía. Y todos nos preguntábamos lo mismo: ¿cómo puede sucederle una cosa así a una hermosa muchacha con la que todos desearíamos dormir? Por el momento, olvidamos que ha dado muerte a un hombre y que otra mujer tendrá que dormir sola por su causa. ¡Dos piedras! Todavía no es el fundamento para la defensa. ¡Pero lo que promete, muchacha! ¡Lo que promete este hombre! ¡Me siento orgulloso de él!

—Entonces vaya a decírselo, dottore —dijo Ninette con firmeza—. Una docena de pasos, una docena de palabras, y estará hecho. Vaya ahora.

—Aún no es tiempo.

—No habrá nunca una oportunidad mejor, dottore. Tráguese el orgullo.

Vaciló un momento; luego se puso de pie, alisó su chaqueta y caminó con paso firme hacia la puerta más alejada de la sala. Landon se mostró dubitativo, pero Ninette se sintió dichosa del éxito de su maniobra.

—Es importante, Peter. ¿No lo ves? Importante para Carlo, si puede contar con el apoyo y los consejos de Ascolini durante el resto del juicio. Importante para Ascolini, que ha llegado a su propia crisis. Lo mejor que hacemos es lo que se hace rápidamente, desde el fondo del corazón.

—Nosotros sabemos lo que llevamos dentro, querida; no estoy muy seguro de comprender lo que puedan llevar ellos.

—Ves misterios donde no los hay, Peter. Esos dos están preparados para la amistad. Ahora se respetan mutuamente. Si se deja pasar una oportunidad, tal vez no vuelva a presentarse otra.

Landon no tuvo respuesta adecuada, y además era más fácil besarla que discutir con ella. Se rindió con una sonrisa y salieron cogidos de la mano al estrépito del vestíbulo. Las conversaciones eran ensordecedoras. Se elevaban como las olas en estruendosa algarabía y luego caían en espumante confusión. Las palabras, frases y retazos de interpretaciones eran lanzados al aire como copos de espuma, desvaneciéndose luego. Los hombres parecían sutiles y

conocedores. Y los tópicos más secretos se debatían libremente, como chismorreos tras bastidores de una ópera.

El espectáculo brindaba un amargo comentario a la necesidad de la naturaleza humana de trasformar a la muerte en circo, y en atracción a la víctima empujada hacia el desierto. La piedad es un lujo muy cómodo, que puede cambiarse fácilmente en desprecio o en burlas, pero la compasión es una rara virtud basada en el reconocimiento de que cada cual esconde en su corazón las debilidades que condena en sus semejantes, y de que el dolor o los deseos contrariados pueden llevarlo a excesos mayores de los que aquellos han cometido. La crueldad de una multitud es menos aterradora que el temor que oculta, la imposibilidad del propio perdón, que inhibe el perdón de los otros.

—¡Peter, mira!

Los dedos de Ninette se enterraron en la mano de Landon, quien alzó la vista, viendo que Valeria Rienzi se abría camino hacia ellos. Su rostro estaba pálido y tenso y los abordó bruscamente:

—Quiero hablar con ustedes. Vengan a beber una taza de café.

Sin esperar respuesta, los tomó del brazo y los condujo, apresuradamente a un pequeño bar, algunos metros calle abajo. Aún no habían terminado de sentarse, cuando estalló:

—Pensé que les gustaría saberlo. Basilio me ha abandonado. Me lo dijo mientras comíamos. Así, sencillamente. ¡La comedia ha terminado! —Dejó escapar una breve risa histérica—. ¡Oh, ya sé lo que están pensando! Que lo hubiese hecho tarde o temprano. Como lo hizo contigo, Ninette. Pero no fue así. No fue así en absoluto. ¿Saben quién lo organizó todo? Mi padre amante y sabio. Le gusta la gente de raza, ustedes saben. ¡Solo los mejores potros llegan a las caballerizas de Ascolini! De manera que telefoneó a Basilio y amenazó con provocarle molestias en sus negocios si no dejaba de verme… ¡Hábil!, ¿verdad?, y ahora todos se hallan emparejados, excepto mi padre y yo. Carlo tiene su virgencita, ustedes se tienen el uno al otro. Eso nos deja solos a mi padre y a mí. ¿Qué hago ahora, Peter? ¿Hacia dónde vuelvo los ojos? —Su voz se alzó y varias cabezas se volvieron a mirarla—. Tú ya sabes cómo soy en la cama. ¿Cuál es tu receta?

Ante los ojos asombrados de los bebedores, Landon se inclinó sobre la mesa y la abofeteó con fuerza en ambas mejillas, de manera que la creciente ola de histeria se disolvió en llanto. Y le dijo calmadamente:

—Sécate los ojos, muchacha. Te estás poniendo en ridículo.

Su tono la serenó y comenzó a enjugarse las mejillas, mientras Ninette y Landon se miraban, contemplando la desnuda revelación, que se interponía entre ellos. Landon habló primero y dijo lentamente:

—Creo que ya lo habías adivinado, Ninette. Lamento que hayas tenido que escucharlo así.

Ninette sacudió la cabeza, sin atreverse a hablar. Pero tendió impulsivamente la mano y la puso sobre la de Peter.

Con la misma voz serena, Landon se dirigió otra vez a Valeria.

—¿Por qué no continúas? Lo que quieres es venganza. Y sabes cómo conseguirla. Cuéntale la historia a tu padre. Y luego díselo a Carlo. Es el momento más oportuno, ¿no es así?, en el medio del proceso.

—Es lo que deseo hacer —la voz de Valeria era un susurro—. No sabes hasta qué punto deseo hacerlo.

—Pero no lo harás —dijo Ninette con voz incisiva.

—¿Por qué no?

Se enfrentaron a través de la mesa como dos duelistas y Landon se sintió tan excluido como si se encontrase en otro planeta. Ninette Lachaise dijo con calma:

—No lo harás, Valeria, porque, lo sepas o no, Carlo es tu última esperanza. Lo sé porque yo he recorrido parte del camino que tú estás recorriendo. No puedes sobrevivir a muchos hombres como Lazzaro, y después de unos años, es todo lo que tendrías. Que Carlo gane o que pierda, no tiene mayor importancia, pero si lo quebrantas antes de haber podido tener su oportunidad, te estarás destruyendo tú junto con destruirlo a él. —Sin tomar aliento, se volvió a Landon con una leve sonrisa—. Vuelve a la sala del Tribunal, Peter. Esto es asunto de mujeres.

Al salir al resplandor del sol de mediodía, Landon se sintió como el condenado a quien suspenden la sentencia. Cinco minutos después se hallaba de regreso en la Corte, con Ascolini a su lado, esperando que la prisionera fuese traída ante el tribunal y que los jueces hicieran su entrada. El anciano se mostraba extrañamente sumiso. Cuando Landon lo interrogó sobre su encuentro con Rienzi, respondió distraídamente:

—Hablamos unos minutos. Se mostró muy amable. Le hice algunas indicaciones y pareció agradecerlas.

—¿Pero fue un progreso?

—Oh, sí. Fue un progreso. —Hizo una pausa—. Carlo me llevó a la celda a ver a la muchacha.

Conversé con ella y con Galuzzi.

—¿Qué impresión le causó?

—Una niña patética, una mujer trágica. ¿Qué más puede decirse?

Landon podía decir que el anciano tenía en la mente cosas que no deseaba comentar, pero guardó silencio y pocos minutos más tarde, Ana Albertini fue traída hasta el banquillo y los jueces entraron en fila para reanudar la audiencia.

La muchacha presentaba un aspecto lamentable. Se sentó muy erguida, con las manos aferradas a la barandilla de bronce. Su rostro estaba contraído y parecía más delgado, tenía los ojos rodeados de profundas ojeras y el cabello húmedo y pegado a sus sienes y sus mejillas. Pero cuando el Presidente le preguntó si se sentía con fuerzas suficientes para continuar, respondió con voz firme y opaca:

—Sí, gracias.

Rienzi confirmó su afirmación y luego llamó al primer testigo de la defensa: una mujer cercana a los cuarenta, con un encanto sensual y marchito que contrastaba vagamente con su vestimenta de matrona campesina. Subió al estrado serenamente y sonrió con cortedad al Oficial que le tomó juramento. El Presidente la interrogó con voz ágil:

—Dé su nombre a la Corte, por favor.

—Magdalena Barone.

—¿Dónde vive?

—En Pietradura, a diez kilómetros al norte de San Stefano.

—¿Es usted casada?

—No.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí. Uno.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis años.

—¿Quién es su padre?

—Gianbattista Belloni.

María Belloni dejó escapar un grito angustiado.

—¡Es mentira, una sucia mentira!

El Presidente golpeó la mesa.

—¡Si vuelve a perturbar el orden, la haré sacar de la sala!

El Fiscal saltó sobre sus pies.

—Señor Presidente: protesto. ¡Ese hombre está muerto, asesinado! Sus pecados pasados no vienen al caso. El Presidente meneó la cabeza:

La objeción es denegada. El Fiscal se ha preocupado de presentar datos sobre el carácter y la reputación del muerto. La defensa gozará del mismo privilegio.

—Continúo interrogando a la testigo: ¿Contribuyó el padre a la manutención de su hijo?

—Sí. Pagaba todos los meses. No era mucho, pero resultaba útil.

—¿Cómo se le pagaba este dinero?

—Por intermedio del sargento Fiorello.

—¿Se lo entregaba él personalmente?

—No, me llegaba por correo.

—¿Cómo sabe usted que se lo enviaba el sargento Fiorello?

—Después del nacimiento de mi hijo, escribí a su padre pidiéndole ayuda. No me respondió, pero el sargento Fiorello vino a verme.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que recibiría una suma de dinero regularmente. Me lo enviaría por correo todos los meses. Pero que estos envíos cesarían si yo abría la boca para decir el nombre del padre.

—¿Por qué estuvo dispuesta hoy a revelar este hecho al tribunal?

—Fray Bonifacio vino a verme y me dijo que yo tenía el deber de decir la verdad.

—Gracias. Puede retirarse.

En la pausa breve y tensa que siguió a esta declaración, solo se escuchaba el sollozar ahogado de María Belloni.

El Fiscal hizo otra petición, más moderada que las anteriores.

—Señor Presidente, quiero hacer notar a la Corte que el pago de esa mantención a través de canales oficiales y discretos hablan en honor y no en contra de la memoria de Gianbattista Belloni.

El Presidente asintió cortésmente.

—No dudo de que mis colegas considerarán esta circunstancia en el momento oportuno. ¿Señor Rienzi?

—Con el permiso de la Corte, quisiera contrainterrogar al sargento Fiorello.

—Concedido.

El macizo sargento subió al estrado y Landon se sintió otra vez impresionado por su aire de eficiencia y su compostura. Parpadeó un poco cuando Rienzi pidió autorización para interrogarlo personalmente, pero no dio otra señal de emoción. El interrogatorio de Rienzi comenzó en estilo monótono y prosaico:

—Sargento Fiorello, quiero recordarle algunos detalles de su carrera como oficial de policía.

Usted entró en servicio hace veinte años bajo la administración fascista y, después de concluir su entrenamiento, fue enviado a San Stefano. Permaneció allí durante toda la guerra. Y al término de ella, fue promovido al rango de sargento y el cuartel quedó a su cargo. ¿Correcto?

—Sí.

—Después de la guerra, muchos de sus colegas del Servicio fueron dados de baja por simpatías fascistas o bajo cargos de crueldad y opresión.

—Así fue.

—Y durante la guerra, otros fueron muertos por los guerrilleros por la misma causa.

—Sí.

—¿Cómo escapó usted a esa suerte? ¿Cómo consiguió su ascenso?

—El sumario oficial estableció que yo había participado activamente en el movimiento subterráneo y que había trabajado secretamente con los cabecillas locales de los guerrilleros.

—¿Especialmente con Gianbattista Belloni?

—Sí.

—¿Y los archivos de este sumario contienen una carta oficial de recomendación de Gianbattista Belloni?

—Así es.

—¿Qué opinión tenía usted de él?

—Era un patriota y un hombre valeroso.

—¿Desde entonces no ha tenido motivos para variar esa opinión?

—No.

—Quiero fijar su atención, sargento, y también la del tribunal, en el ítem número 75 del expediente de pruebas entregado a este tribunal después de la investigación judicial.

Esperó un momento mientras los jueces hojeaban sus papeles, y luego continuó:

—Este ítem es una copia fotostática de un documento incluido en los archivos de la División de Seguridad Pública de San Stefano. El documento es un informe del proceso, sentencia y ejecución de Agnese Moschetti, madre de Ana Moschetti, en noviembre de 1944. El informe está firmado por Gianbattista Belloni y otros cinco miembros de la corte marcial que la juzgó. Notarán ustedes que la fecha de este informe es la del 16 de noviembre de 1944, tres días después de la muerte de Agnese Moschetti. Pero no fue

incluido en los archivos policiales hasta el 25 de octubre de 1946, largo tiempo después del armisticio, un mes después del ascenso del sargento Fiorello a comandante de ese puesto. ¿Puede usted explicar estas fechas al tribunal, sargento?

—Sí. El informe del proceso fue redactado y firmado mientras la administración fascista se hallaba en el poder, y los alemanes ocupaban el país. Por lo tanto, era un documento comprometedor. Belloni lo guardó hasta el fin de la guerra y luego me lo entregó para que lo incluyese en los archivos oficiales.

—Considera usted que este era un documento desusado.

—¿En qué sentido?

—En ese tiempo y en las condiciones que predominaban entonces en la región, el proceso y la ejecución de Agnese Moschetti eran actos de guerra. ¿Por qué consideró Belloni que era necesario incluirlo en los archivos? ¿Puede usted mencionar otros actos de los guerrilleros que hayan sido archivados en la misma forma?

—No, no conozco otros.

—Entonces, ¿por qué dio Belloni este paso tan desusado?

—Como me lo explicó él mismo, la ejecución de una mujer era un asunto amargo… esas fueron sus palabras, un asunto amargo…, y deseaba que los hechos fuesen conocidos, y quedase constancia de ellos.

—¿Fue esa la única razón?

—No conozco otras.

—¿No había habido, por ejemplo, peticiones para que se llevase a cabo una investigación pública?

—No, que yo sepa.

—¿Ni rumores, o dudas, o preguntas sobre la verdadera naturaleza del caso Moschetti?

—No, ninguno.

—Como dato interesante, sargento, ¿dónde tuvo lugar el juicio?

—Eso aparece en la declaración. En la casa de Ana Moschetti en San Stefano.

—¿En la misma aldea?

—Sí.

—¿Dónde se hallaba la policía esa noche, y específicamente, dónde se hallaba usted?

—Nos hallábamos patrullando a millas de distancia. Belloni había fingido un llamado telefónico, informando de un atentado de los guerrilleros contra la

línea ferroviaria.

—¿Sabía usted lo que se estaba planeando?

—No.

—Creí que usted contaba con su entera confianza y que también cooperaba ampliamente con él.

—Era el sistema: nadie sabía más de lo que le era imprescindible. Así había menos riesgo. Yo hice lo que se me ordenó y no pregunté más.

—Sargento: ¿Tiene usted presente que está prestando declaración bajo juramento?

—Sí.

—Entonces déjeme repetirle una pregunta anterior: después de ser designado jefe de policía de San Stefano, ¿le pidió alguien en algún momento, que abriese una investigación sobre la muerte de Agnese Moschetti?

—No.

El dedo de Rienzi lo clavó como un puñal.

—¡Miente, sargento! ¡Está mintiendo bajo juramento solemne, y yo lo probaré ante esta Corte!

Volvió el rostro a los jueces y les dedicó una leve inclinación, excusándose.

—He terminado con este testigo, señor Presidente.

—¡Pero la Corte no ha terminado con él! —El Presidente fijó fríamente sus ojos en el individuo macizo e impasible que esperaba en el estrado—. Todavía es tiempo de que usted enmiende su testimonio, sargento. Si los testimonios posteriores prueban qué usted se ha hecho castigo de perjurio, puede tener que encarar un grave Durante unos instantes, Landon creyó que el sargento se mantendría firme, pero en el último momento, vaciló y tartamudeó:

—Y yo respondí a las preguntas tal como me las hicieron. No hubo petición para hacer una investigación; pero hubo algunas conversaciones referentes a hacerla. No llegaron a nada.

Rienzi se puso de pie precipitadamente.

—Señor Presidente, deseo, si usted lo permite, que el Oficial lea la trascripción de mi pregunta anterior que especificaba «rumores, dudas o preguntas».

—No es necesario —dijo el Presidente con firmeza—. Recordamos la pregunta perfectamente.

El Relator y el Fiscal tomarán nota de la conducta de este testigo, y de que eventualmente pueden hacerle cargos de perjurio, obstrucción de la justicia y

conspiración. Retírese, por favor.

Mientras Fiorello regresaba a su lugar, pareció encogerse varias pulgadas. Por el contrario, Rienzi parecía alcanzar mayor estatura con cada momento que pasaba. A pesar de su cutis grisáceo de insomnios y de su rostro tenso y aguzado, de él emanaban fortaleza y autoridad cada vez mayores. En los intervalos entre interrogatorios o mientras los jueces conferenciaban, como lo hacían ahora, parecía desvanecerse de la mente de los que lo rodeaban, de manera que cada intervención hacía un nuevo impacto y cada interrogatorio mostraba un nuevo aspecto del drama.

Terminada su breve discusión, el Presidente llamó al orden a la sala e hizo una nueva pregunta a Rienzi.

—Mis colegas señalan, y con cierta justicia, que el testimonio de la defensa parece dar gran importancia al carácter de la víctima y a un hecho acaecido dieciséis años atrás: la ejecución de Agnese Moschetti. Opinan ellos, y es también mi opinión, que la defensa debería ayudarnos estableciendo la pertinencia de este testimonio.

—Señor Presidente; consideramos que el testimonio es pertinente a todos los aspectos de este caso; a la naturaleza del crimen, a su motivo, a la provocación, a la premeditación; a la responsabilidad moral y legal de la acusada y a la pregunta que está siempre presente en la mente de cada miembro del poder judicial y de cada miembro del cuerpo legislativo: en qué forma puede hacerse justicia dentro de las limitaciones de la ley.

Una levé sonrisa de aprobación tembló en los labios del viejo jurista.

—Si las pruebas de la defensa están a la altura de la elocuencia del defensor, el tribunal será bien servido. Su próximo testigo, por favor.

—Llamaré a Fray Bonifacio, de la Orden de los Frailes Menores, cura párroco de San Stefano.

Había cierto curioso patetismo en el espectáculo del fraile encorvado y curtido por el sol, que avanzaba por la sala arrastrando sus sandalias. A pesar de su tonsura y del hábito de una antigua orden, parecía exactamente lo que era: un pastor ya viejo de un rebaño indómito, que había encontrado el mundo demasiado grande para él.

El Oficial se adelantó para tomarle juramento.

—¿Jura ante Dios decir la verdad simple y total, sin ocultar ni agregar nada?

El fraile vaciló un momento y luego se volvió a los jueces.

—¿Si el señor Presidente me permite?

—Sí, Padre. ¿Qué sucede?

—No puedo jurar decir toda la verdad. Solo puedo decir la parte de ella que quedó fuera del secreto de confesión, la que ha llegado a mi conocimiento como ciudadano.

—Aceptamos su juramento en esos términos.

—Con la limitación del secreto de la confesión, lo juro.

—La defensa puede interrogar a este testigo.

El método de Rienzi frente al viejo sacerdote fue diferente, casi humilde. Una vez más, Landon se sintió admirado ante su talento de camaleón para adaptarse a las diversas situaciones y personas.

Ahora preguntaba suavemente:

—¿Cuánto tiempo ha vivido en San Stefano?

—Treinta y dos años.

—¿Conoce a todos en la aldea?

—A todos.

—¿Conocía usted a la madre de la acusada, Agnese Moschetti?

—Sí.

—¿Conoció usted a la acusada de niña?

—Sí.

—Después de la muerte de su madre, ¿fue usted quien cuidó de ella y luego la envió a Florencia donde unos parientes?

—Sí, fui yo…

—Durante la guerra, ¿formó usted parte de un grupo de guerrilleros que luchaban contra los fascistas y contra los alemanes?

—Eso no es totalmente exacto. El primer deber fue siempre el de sacerdote preocupado de las necesidades espirituales de mis feligreses. Sin embargo en muchas ocasiones colaboré con guerrilleros locales.

—¿Colaboró usted con Gianbattista Belloni?

—Sí.

—¿Qué involucraba esta colaboración?

—Llevaba informaciones…, ocultaba fugitivos…, cuidaba de los heridos…, trasportaba armas, alimentos y municiones.

—¿Usted hizo todas estas cosas hasta el día del armisticio?

—No.

—¿Puede explicar sus razones a la Corte, por favor?

—En la última etapa de la guerra me sentí obligado, en conciencia, a alejarme de Belloni, e incluso a amonestarlo abiertamente.

—¿Por qué?

—Porque estimé que muchas de sus acciones no eran dictadas por las necesidades de la guerra, sino por afanes personales de venganza o de lucha.

—¿Puede usted citar algún ejemplo?

—Belloni y sus hombres se apoderaron del médico de la aldea y lo mataron, solo porque había prestado atención médica a un alemán herido. Ordenó la ejecución de un campesino y de su esposa, cuyas tierras colindaban con las suyas. Más tarde compró esas tierras a un precio ínfimo.

Inmediatamente después del armisticio dirigió el proceso sumario y la ejecución de siete personas de esta aldea. Y a mis oídos llegaban continuamente las quejas de mujeres y muchachas que habían sido asediadas por él o por sus hombres.

En la Corte estalló un murmullo de comentarios y el Fiscal se puso de pie.

—¡Señor Presidente! Debo protestar enérgicamente contra la irregularidad de estos procedimientos. Belloni está muerto y fuera de la jurisdicción de esta corte. Estarnos considerando una acusación contra Ana Albertini, que ya ha sido probada más allá de toda duda. Belloni no puede responder, y no estamos juzgándolo a él, sino a Ana Albertini.

Por primera vez, Rienzi expresó un rechazo categórico:

—¡Señor Presidente, señores de la Corte! Nuestro deber es hacer justicia y aquilatar el grado de culpabilidad. Nuestro sistema judicial define y gradúa el crimen de asesinato, no solo en cuanto al acto mismo, no solo en cuanto a provocación o premeditación, sino también en cuanto al motivo y a las circunstancias atenuantes. Con todo respeto, estimo que ustedes no pueden llegar a una decisión justa sin conocer todas las circunstancias y todos los personajes relacionados con el crimen, incluyendo la personalidad del muerto.

El Presidente aprobó con la cabeza.

—El abogado defensor puede continuar su interrogatorio.

—Gracias, señor Presidente. —Se volvió hacia el testigo—. Y ahora, Padre, la Corte desea escuchar lo que usted sabe de la muerte de Agnese Moschetti, madre de la acusada.

—Lo lamento. —El anciano se irguió y respondió con firmeza—. No puedo responder a esa pregunta. No fui testigo presencial. Gran parte de lo que sé llegó hasta mí bajo el secreto de la confesión. Por lo tanto, no me siento en libertad para declarar sobre este punto.

—¿Sería verídico afirmar que la gente le trasmitió esta información bajo el secreto de la confesión porque temían hacerlo públicamente?

—Tampoco puedo responder a eso.

Rienzi aceptó la respuesta respetuosamente. Esperó un momento y luego buscó otro camino:

—Permítame hacerle una pregunta personal, Fray Bonifacio: ¿hizo usted alguna protesta pública sobre el juicio y la ejecución de Agnese Moschetti?

—Sí. Los condené desde el púlpito enérgicamente. Mencioné además otros actos de violencia que habían sido cometidos no solo por los guerrilleros, sino también por los que detentaban el poder. Traté de iniciar una acción punitiva a través del representante policial anterior, el sargento Lopinto.

—Pero después del armisticio, cuando el sargento Lopinto había muerto y el sargento Fiorello ocupaba su lugar, y Belloni era el alcalde y el amo de la aldea: ¿hizo usted algo entonces?

—Sí. Pedí al sargento Fiorello que reabriera el caso y decretara una investigación pública. Él se negó.

—¿Dio alguna razón?

—Sí. Dijo que durante la guerra habían sucedido muchas cosas, que era mejor olvidar. La gente tenía que comenzar a vivir normalmente otra vez. No tenía objeto alimentar antiguos odios.

—¿Y usted estuvo de acuerdo?

Por primera vez el anciano vaciló. Su rostro se nubló, sus labios temblaron y pareció encorvarse aún más bajo el peso de la culpa y el recuerdo.

—No supe qué pensar. Había mucho en favor de esta opinión. Es la tragedia de la guerra: que los hombres de buena voluntad se ven forzados a seguir torcidos caminos y que se hacen muchas cosas perversas en nombre del bien. Además, teníamos que reconstruir nuestras vidas y no podíamos hacerlo con amarguras.

—¿De manera que no hizo más acerca de esta investigación?

—Hasta la muerte de Gianbattista Belloni, no.

—En resumen, Padre —dijo Rienzi con fría precisión—, usted se prestó también a esta conspiración de silencio.

—El hombre solo puede caminar por el sendero que ve a sus pies. Parece que elegí la senda equivocada. Ahora lo lamento. ¡Un sacerdote tiene una responsabilidad tanto mayor!

No hubo en la sala quién no se compadeciera del anciano en este momento de amarga admisión.

Pero Rienzi no había terminado con él aún. Caminó de vuelta a su mesa y con dramática deliberación desenvolvió un pequeño paquete envuelto en

papel marrón. Luego regresó al estrado de los testigos, llevando en la mano lo que parecía ser un fragmento de albañilería. Lo mostró al sacerdote.

—¿Reconoce esto?

—Sí. Es un trozo de piedra del muro del cementerio de San Stefano.

—En este trozo hay escritas algunas palabras. No le pido que las lea, solo que me diga quién las escribió.

—Ana Albertini, la acusada.

—¿Sabe usted cuándo las escribió?

—El día siguiente a la muerte de su madre.

—¿La vio usted escribirlas?

—Sí. Llegué a ese lugar cuando las grababa en la muralla con un trozo de hojalata.

—Gracias, padre. Eso es todo.

Mientras el sacerdote descendía del estrado, encorvado y bamboleante. Rienzi encaró a los jueces.

—Con el permiso de la Corte, tengo la intención de volver más tarde a este objeto, presentándole como prueba e identificándolo detalladamente. Pero ahora deseo dirigir la atención de la Corte al estado en que se encuentra mi defendida. Como ustedes saben, ha estado sometida a una fuerte tensión nerviosa. Es evidente que se halla extenuada y que necesita reposo y atención médica. Pido clemencia a la Corte, y que esta audiencia se suspenda hasta mañana, día en que presentaremos las últimas pruebas de la defensa.

El Presidente alzó la vista vivamente.

—La Corte ha mostrado ya gran indulgencia hacia el abogado defensor en la presentación de su caso. Debo advertirle que no debe confiar demasiado en tácticas estratagemas.

—Esta no es una estratagema, señor Presidente —dijo Rienzi acaloradamente—. Es una petición causada por la consideración que debo a mi clienta, que se halla procesada por la más grave de todas las acusaciones. Estamos dispuestos a aceptar la decisión del tribunal, pero creemos que sería conveniente consultar una opinión médica.

El Presidente se inclinó para hablar con sus colegas y dijo después de un momento:

—Profesor Galuzzi, ¿puede acercarse, por favor?

La sala murmuró incontroladamente mientras Galuzzi conferenciaba con el Presidente y con los otros miembros del tribunal. Finalmente, el Presidente anunció formalmente:

—Accediendo a la petición de la defensa, esta sesión se suspende hasta mañana a las diez de la mañana.

—Gracias, señor Presidente —dijo Carlo Rienzi, y regresó a su mesa como un hombre que ha apostado los ahorros de toda su vida a un último pase de dados.

—Espero que tenga buenas cartas que mostrar mañana —dijo Ascolini—. O lo crucificarán.

Calló y luego dijo abruptamente:

—Carlo cenará con ustedes esta noche. Quiero conversar con ustedes antes de entonces.

Landon frunció el ceño dubitativamente.

—No creo que tenga tiempo. Ninette no está aquí, y prometí esperar a Carlo después de la audiencia.

—Entonces envíele una nota —la voz del anciano era quisquillosa—. Dígale que vaya directamente al departamento de Ninette dentro de una hora.

—¿Pero, por qué, doctor? —Había un toque de irritación en la voz de Landon. Su paciencia comenzaba a agotarse ante las exigencias de esta gente.

Ascolini tuvo sutileza suficiente para comprenderlo. Extendió las manos disculpándose:

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Pedimos mucho y damos muy poco. Lo arrastramos a nuestras intrigas y lo herimos porque usted es un amigo. Lo siento. Le prometo que será la última vez.

Del bolsillo extrajo una libreta y un lapicero de plata.

—Haga lo que le pido, por favor. Escriba una nota a Carlo y haga que uno de los oficiales se la lleve.

Landon escribió la nota de mala gana y el anciano la entregó a un oficial para que la hiciese llegar a Rienzi. Luego condujo a Landon fuera de la sala, entre el clamor de los espectadores que se dispersaban, llevándolo hacia la pálida luz del atardecer en la ciudad.

Tras caminar algunos minutos, se encontraron en una pequeña plaza con una antiquísima fuente en el centro, y un sorprendente café que ofrecía té helado y pasteles. La plaza estaba todavía calurosa y húmeda; pero dentro del pequeño café había sombras y una agradable frescura. Fueron servidos rápidamente y Ascolini comenzó a exponer sus pensamientos en forma brusca y grave:

—Carlo se ha desempeñado mucho mejor de lo que yo esperaba. Es claro que no puede ganar.

Mañana será un día de peligro para él; pero si lo supera, habrá obtenido un gran triunfo profesional.

Antes de terminar la semana tendrá diez casos sobre su escritorio. Y esto será solo un pequeño presagio del porvenir. Su primera batalla para probar su capacidad como abogado y su espíritu independiente, estará ganada; ya la está. Pero una batalla no es toda la campaña y le quedan otras muy amargas por pelear. Para esta batalla está armado mediante la instrucción y el entrenamiento. Para las otras temo que no esté preparado.

—Le di mis consejos hace semanas —dijo Peter bruscamente—. Solo puede ganarlas alejándose.

Valeria solo puede hacerle daño. Lo recibirá todo sin dar nada. Y Carlo pasará el resto de su vida tratando de domesticarla para terminar sus días junto a una arpía:

Se detuvo y agregó pesaroso:

—Lo siento, doctor. Siento gran respeto por usted y Valeria es su hija, pero no puedo seguir siendo cortés.

—No necesita serlo —dijo Ascolini suavemente—. Sé que mi hija está celosa de usted y de Ninette y que desea crearles problemas. Pero parte de esos problemas los creó usted mismo al dormir con ella.

Avergonzado y escandalizado, Landon lo miró estupefacto.

—¿Cómo lo supo?

Ascolini indicó con un ademán, que esto no tenía importancia.

—Valeria me lo dijo al día siguiente de su pequeña escapada. —Rio agriamente—. Me imagino que le prometió discreción y guardar el secreto. Pero usted tiene experiencia suficiente para no confiar en ese tipo de promesas.

—Tiene usted razón —dijo Landon—. Pero confié en ella. ¿Con qué objeto se lo dijo?

—Como una amenaza —dijo Ascolini lentamente—. Una afirmación de poder de una mujer celosa. Si yo continuaba interfiriendo en sus relaciones con Basilio Lazzaro, le contaría esto a Carlo y a Ninette.

—Se lo contó a Ninette durante la comida.

Ascolini asintió sin sorprenderse.

—Ya me parecía que iba a hacerlo. ¿Cómo lo tomó Ninette?

—Mejor de lo que yo merecía —dijo Landon—. Las dejé juntas. No sé lo que puede ocurrir ahora. ¿Por qué no me lo dijo, doctor, cuando supo todo esto?

—Ascolini se encogió de hombros elocuentemente.

—Me convenía más no decírselo. Pensé, y no me equivoqué, que usted se sentiría en deuda con Carlo y que se quedaría para ayudarlo. En cuanto a los demás. —Rio otra vez burlándose de sí mismo—. Me es fácil comprenderlo. Yo mismo lo he hecho con las esposas y las hijas de otros hombres. Y me produciría cierta satisfacción ver a un hombre como usted en estos aprietos. Ya sé que le causo horror, Landon. Pero hace tiempo que le dije que esta es la clase de seres que somos.

Solo tengo a mi favor mi sinceridad al admitirlo. No soy un padre noble que pone precio a su hija virgen. He urdido demasiadas locuras y puedo aceptar esta con ecuanimidad.

Landon barbotó entonces amargamente:

—En ese caso, ¿por qué diablos provocó tanto alboroto acerca de Basilio Lazzaro?

Ascolini respondió en el mismo tono equilibrado:

—Hasta en una sociedad como la nuestra, Landon, sofisticada, vieja y a veces corrompida, hay límites que una mujer no puede traspasar sin perder su posición. Nos divierten las desviaciones de un matrimonio de conveniencia. Nos oponernos a seres vulgares como Lazzaro. Esta relación tenía que terminar tarde o temprano, o Valeria se hubiese hundido para siempre, sin posibilidades de salvación.

—¿Cree usted que ahora tiene alguna?

—Solo una: Carlo.

—Ninette dijo lo mismo. Pero no estoy totalmente de acuerdo. El camino puede estar cerrado ya.

—¿Cree que no lo sé? —Por primera vez hubo un relámpago de cólera en la voz del viejo abogado—. ¿Por qué cree usted que le estoy haciendo estas confidencias? Lo necesito, Landon. ¡Escúcheme! Esta mañana vi a Carlo. Hablé con él y con Galuzzi. Tengo edad suficiente para comprender como están las cosas entre Carlo y su clienta. Usted es un profesional. Sabe bien lo que esto significa. Yo mismo he tenido clientas hacia las cuales me he sentido atraído, en circunstancias mucho menos favorables. Pero yo tenía el cinismo de aprovechar la oportunidad. Carlo no es un cínico, y ha estado demasiado tiempo hambriento de amor.

Landon sacudió la cabeza y se apartó del café que aún no había probado.

—Lo siento, doctor. Yo puedo dar una receta a Carlo, y ya lo he hecho, pero no puedo obligarlo a beber la medicina. Por lo demás, no creo que este asunto pueda llegar muy lejos. ¡La muchacha es una enferma mental!

—¿Nunca ha conocido usted a seres que necesitan de alguna enfermedad en la persona amada?

—A veces —Landon se impacientaba por momentos—. ¿Pero qué diablos espera que haga yo? ¿Que le dé una conferencia y lo envíe dé vuelta a los brazos de la amante Valeria?

—Discúlpeme, Landon —dijo Ascolini con dignidad—. Hemos tejido nuestras telas y usted se halla tan atrapado en ellas como nosotros. Tal vez algún día podamos ofrecerle alguna compensación, pero usted me ha hecho una pregunta y aquí tiene mi respuesta.

Hizo una pausa y luego habló con sencillez casi conmovedora:

—Dígale a Carlo, de parte de un hombre que lo sabe, que a veces es mejor contentarse con una manzana agria, y no comer frutas extrañas en un país ajeno.

Cuando Landon llegó al departamento, encontró a Ninette sola y ocupada en preparar la cena de esa noche. Se besaron, pero sin pasión, y luego Ninette dijo:

—Conversé muy largo con Valeria. La comprendo, Peter, y me inspira compasión. Todos sus apoyos han sido destruidos de un golpe, y Ascolini es el responsable. Ya sabes que le tengo mucho afecto, pero en este asunto, como en tantos otros, ha sido brutalmente egoísta. Toda su vida ha tratado de concentrar el afecto de Valeria en sí mismo. Y ahora, porque desea nietos, porque Carlo empieza a parecerse de pronto al hijo que le hubiese gustado tener, se aparta de ella. Valeria se siente perdida, Peter. Perdida, amargada y celosa. De manera que trató de herir al que se pusiese a su alcance.

—Y todavía puede herir a Carlo —dijo Landon—. Es mejor que se lo diga yo antes que lo haga.

—¡No, Peter! —La voz de Ninette era decidida—. Mientras exista la posibilidad de que no se entere, creo que debemos aguardar. Y después de mi conversación con Valeria, creo que esa posibilidad existe. Por lo menos ya sabe que no siento rencor alguno contra ella. Y que tampoco lo sientes tú.

—Creo que me sentiría mejor si hablara con Carlo.

—¿Y cómo se sentiría él, Peter?

—No lo sé.

Entonces Ninette lo encaró con la pregunta que Landon había estado temiendo toda la tarde:

—¿Y qué sientes ahora, Peter, quiero decir respecto de nosotros?

—Me siento avergonzado, si eso sirve de algo.

—¿Por qué te sientes avergonzado, Peter: porque no eres el hombre que creías ser?

—En parte. Ya sabes que todos tenemos nuestros orgullos. Y en parte porque merecías algo mejor.

—¿Lo dices sinceramente, Peter? ¿Aun sabiendo lo de Lazzaro?

—Lazzato fue para ti un episodio antiguo. Lo mío fue diferente. No tiene excusa.

—Siempre hay una excusa, Peter. Eso es lo que me preocupa. Dios sabe que no soy perfecta. Si nos casamos, seguramente te daré veinte excusas en un mes. Pero si te aprovechas de ellas, llegaría a odiarte. No quiero esa clase de matrimonio, Peter. No quiero una unión que haga florecer inevitablemente el tipo de crueldad que hemos estado observando estas últimas semanas. No estoy hecha para soportarle, y me marchitaría rápidamente bajo su influjo. Te quiero, chéri, pero deseo verte satisfecho. Te quiero lo suficiente como para desear que te alejes si no puedes ser feliz conmigo.

—También yo te quiero, Ninette, con una intensidad que nunca creí posible —se acercó a ella, pero Ninette se alejó. Continuó lentamente, elaborando su pensamiento con dificultad—: Por mil y un motivos, durante toda la vida he tratado de bastarme a mí mismo, de no depender de nadie, de situarme fuera del alcance del dolor que los demás pueden infligir. Así es cómo me conocen en mi profesión: el hombre de empuje, el ambicioso a quien desearían echar la zancadilla, sin poder hacerlo porque sabe demasiado y siente muy poco. Puedo volver a eso; pero ya no podré sentirme satisfecho. Sé lo que necesito. Sé que te necesito a ti. Quiero decirte algo, mi amor. Jamás le he dicho esto a nadie, pero en este momento me siento casi como Corlo Rienzi. Cualquiera que sea el precio que fijes a tu amor, creo que estaré dispuesto a pagarlo.

Ninette permaneció irresoluta un larguísimo momento, midiendo a Peter, midiendo el riesgo a que ella misma se exponía. Luego meneó la cabeza y dijo en un susurro:

—No tiene precio, Peter. Amaine, eso es todo. Por el amor de Dios, ámame.

Corrió hasta él y se estrechó contra su pecho y se besaron y se sintieron felices y casi pareció posible que la juventud y todas sus más bellas ilusiones renaciesen en ellos.

Cuando Rienzi llegó, los encontró felices como pajarillos en un manzano. Lo condujeron al taller y comenzaron a echar los cimientos para una agradable velada. El Chianti, el Barolo y el coñac de la Toscana son burdas

medicinas para la melancolía, pero esta tarde dieron resultado. Bebieron abundante y rieron sin moderación y trasformaron la cena de Ninette en un festín y luego se sumergieron gradualmente en una dulce modorra, mientras Rienzi se sentaba al piano y tocaba Scarlatti y Brahms y antiguas y plañideras melodías montañesas.

Fueron horas buenas, horas amables: algo así como un revivir de la juventud y de las esperanzas inmaculadas de la inocencia. Sus puertas se hallaban cerradas a toda intrusión. Sus ventanas se abrían sobre techos plateados y un cielo cuajado de estrellas. Los recuerdos más duros se desvanecían en tonos intermedios. La música era un bálsamo para las heridas recientes y un lenitivo para los antiguos pesares. Cuando Carlo hubo terminado, permanecieron sentados en la penumbra, mientras las palabras flotaban entre ellos como leves pajuelas en aguas estancadas.

Rienzi dijo suavemente:

—Les estoy agradecido por estas horas, más agradecido de lo que puedo expresar. Mañana será un día crítico para mí y ustedes me han preparado para encararlo.

—¿Cómo crees que irá todo mañana, Carlo? —preguntó Ninette.

—¿Cómo saberlo? Estamos en manos de la diosa ciega. No me atrevo a esperar demasiado.

—¿Estás realmente satisfecho con lo que has hecho hasta ahora?

—En cuanto a mí mismo, sí. Creo que nos ha ido mejor de lo que se creía posible. Ahora puedo mirarme al espejo y saber que he probado lo que me propuse probar. Al comienzo pensé que esto me bastaría. Ahora me parece demasiado poco —se interrumpió para encender un cigarrillo y el resplandor de la cerilla iluminó su rostro, demacrado y pálido, pero dotado de la nueva madurez de la experiencia—. Es Ana la que me preocupa ahora. Confía demasiado en mí. Teme tan poco, comprende tan poco lo que mi fracaso puede significar para ella. Para mí, es una verdadera pesadilla.

—Tal vez para ella sea una merced —sugirió Ninette.

—¡Oh, no! —su reacción fue rápida y apasionada—. No comprendes, Ninette. Al comienzo fue una merced, pero no ahora. ¿Cómo puedo explicarlo mejor? Cuando la conocí, Ana era una niña pequeña, no era una mujer que ha abandonado un mundo para despertar en otro, desconocido, pero mucho más hermoso, en el cual no hay nada que odiar, nada que temer, nada que desear. Incluso hasta la prisión le parecía un lugar agradable. Creí yo primero que no comprendía su situación, pero la comprendía perfectamente y podía encarar veinte años de confinamiento sin temores. Su único interés en la defensa

parecía estribar en no traerme descrédito. Te hablé de esto, Peter, y me explicaste que se trataba de la euforia de la reacción nerviosa, del bienestar de los que han sobrevivido a un ataque contra sus tejidos físicos o mentales y han caído bajo los efectos de esa anestesia que la naturaleza proporciona y que está fuera del alcance de los médicos. Luego, lentamente, comenzó a tomar conciencia de lo que la rodeaba. Comenzó a hablarme de su marido, del fracaso de su vida con él, de su esperanza de llegar ahora a la consumación del amor, de darle hijos. Hice una cosa terrible al llamarlo a declarar; pero era necesario. Y tuvo un efecto extraño. Por primera vez, Ana ha empezado a tomar conciencia, no solo de su tragedia, sino también de sus esperanzas.

Si se las quitan ahora, ¡solo Dios sabe lo que será de ella!

Su voz se apagó y fumaron en silencio mientras las sombras los cercaban y el humo de los cigarrillos ascendía, gris y fantasmal, hacia la oscuridad del cielo raso.

Después de algunos momentos, Ninette preguntó:

—¿Cómo la ves tú, Peter? ¿Qué clase de persona es? Landon meditó un momento y luego dijo pensativamente:

—Creo que la respuesta está en que aún no es una persona. Tiene veinticuatro años, está familiarizada con las actividades de la vida diaria, pero todavía es una niña, con la inocencia, la admiración y la dependencia de los niños.

—¡Eso es, Peter! —la voz de Rienzi era ansiosa—. Valeria y su padre creen que estoy enamorado de Ana. Tal vez lo estoy; pero no como ellos lo imaginan. Valeria no me ha dado jamás un hijo, pero creo que lo que siento por Ana es lo que sentiría por una hija: solicitud, ternura y piedad hacia tanta simplicidad.

—¿Crecerá alguna vez?

Fue Ninette quien hizo la pregunta y Landon quien la contestó.

—Es posible; pero será un proceso muy lento. Carlo ha visto ya algunos signos. El acto del asesinato, fue un intento de desembarazarse de la carga de su pasado por medios violentos. El paso siguiente es el que estamos presenciando: está tentando, como tientan los niños, una afirmación de identidad.

—Como esta tarde. —Carlo tomó el hilo del raciocinio—. Por primera vez se enfadó conmigo porque le dije que debía sentir temor por su suerte, en lugar de dejarme cargar con el fardo de sus temores.

Hubo una pausa y entre las sombras, Landon habló con sagaz suavidad:

—¿Qué respondió a eso, Carlo?

—Que yo me mostraba impaciente, que pedía demasiado en muy corto tiempo, que deseaba ser una mujer, pero que no era capaz de crecer sola. ¡Pobre niña! ¡Pobre niña desorientada! —exclamó Ninette dulcemente.

—¿Pero no lo ven ustedes? —la voz de Rienzi se hizo vibrante mientras los apremiaba—. Se está buscando a sí misma; está buscando una nueva senda. Si perdemos el proceso y es enviada a prisión durante veinte años, recaerá en la calma absoluta de la desesperanza. Terminará como esas pobres criaturas que pasan la vida entera en un rincón, sin ver nada, sin escuchar nada, sin decir nada, sin tener siquiera el consuelo de la idea de la muerte. Pero si ganamos, si podemos darle la esperanza de verse libre dentro de un tiempo razonable, entonces puede continuar su búsqueda. Y con un poco de amor, es posible que encuentre lo que busca. Incluso mi preocupación por ella, que Ana percibe, ha hecho mucho en ese sentido. Si recibe más ¿quién puede predecir lo que sucederá?

Landon dio voz a la pregunta final casi a su pesar:

—¿Puedes tú darle tanto, Carlo, y tienes derecho de hacerlo?

Su respuesta fue firme e incisiva:

—Creo tenerlo. He dado ya tanto sin recibir nada. ¿Por qué no he de dar algo a este ser desorientado?

—Puede llegar el momento —dijo Peter deliberadamente— en que tu pequeña se trasforme en mujer y pida más de lo que tú puedes darle.

—No puedo pensar en eso —dijo Rienzi—. No puedo mirar más allá del futuro inmediato.

CAPÍTULO SEPTIMO

A la mañana siguiente, Landon y Ninette llegaron a la Corte cuarenta minutos antes de la hora de apertura de la audiencia; pero el vestíbulo y la acera se hallaban ya atestados de gente que clamaba por entrar. Debieron discutir durante veinte minutos con un acosado oficial de sala antes de ser admitidos al recinto de la Corte, donde otros privilegiados habían tomado ya colocación.

Ascolini se hallaba allí, acompañado de Valeria, quien vestía con más sobriedad que de costumbre. Tenía el rostro muy pálido, los párpados hinchados y actuaba en forma extraña y ausente. Landon y Ascolini tomaron asiento juntos entre las dos mujeres. El viejo abogado se mostraba también tenso y preocupado. Respondió distraídamente a las preguntas de Landon y resumió las posibilidades de esa mañana en frases cortas e irritables:

—Hasta ahora, todo ha sido cuestión de táctica. Carlo ha ganado terreno. Las líneas básicas de su posición han sido delineadas. La Corte parece hallarse levemente dispuesta en su favor, de ahora en adelante, todo depende de los testimonios que pueda presentar. Y del uso que haga de ellos en su síntesis final. Me hubiese gustado discutirla con él, pero también tiene la cabeza dura. Me siento muy viejo esta mañana. Es tiempo de que piense en retirarme.

Las puertas a ambos lados de la Corte se abrieron y los personajes se deslizaron en el escenario para el acto final de este drama legal. El Relator y sus oficiales se instalaron ante su mesa. El Fiscal habló en voz baja con sus ayudantes. Carlo Rienzi entró llevando tras él a sus dos desaliñados colegas. Se sentó ante su mesa y comenzó a hojear sus papeles y a tomar notas. Un estallido de excitados comentarios saludó la entrada de Ana Albertini, conducida por sus carceleros. Entonces, y como para impedir mayores discusiones, el Presidente y los jueces asesores entraron con paso vivo y se ubicaron en la tribuna. Hubo murmullos y roce de zapatos mientras los

espectadores se instalaban, y luego el golpe seco del mazo redujo a la multitud a un silencio absoluto.

Carlo Rienzi se puso de pie. Su voz era fría, nítida e impersonal:

—Señor Presidente, señores de la Corte, tenemos aún dos testigos que presentar para completar nuestro testimonio. Con el permiso de la Corte, deseo interrogar a Ignazio Carrese.

—Concedido.

El hombre que se aproximaba al estrado era un campesino cincuentón, bajo y macizo, con manos roídas, el andar arrastrado y un rostro oscurecido por el sol, agrietado y reseco como las antiguas rocas de su campiña. Cuando se le leyó el juramento, masculló su asentimiento y permaneció con los brazos lacios, los hombros encorvados y los ojos fijos en el piso.

Rienzi lo dejó traspirar unos momentos y luego se paró ante él, a un paso de distancia, hasta que el campesino alzó la vista y lo miró con ojos asustados.

—Dé su nombre a la Corte, por favor.

—Ignazio Carrese.

—¿Qué hace usted para ganarse la vida?

—Soy granjero en San Stefano.

—¿Es usted propietario de su granja?

—Sí.

—¿Siempre ha sido su propietario?

—No. La compré después de la guerra.

—¿Cómo obtuvo el dinero?

—Me lo prestó Belloni.

—¿Qué interés le impuso?

—Ninguno.

—¿Siempre se mostraba así de generoso?

Carrese bajó la vista, vaciló y luego murmuró:

—No lo sé. Lo era conmigo, en todo caso. Yo… yo fui su segundo en las guerrillas.

—¿Sabe usted que al responder a algunas de las preguntas que voy a hacerle, puede usted acarrearse serias molestias?

El testigo alzó la vista y luego se irguió para encarar un destino largo tiempo diferido. Su voz se hizo más firme.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué ha accedido a prestar declaración?

—Hablé con Fray Bonifacio. Me dijo que —le temblaron los labios y por un momento pareció que desfallecería. Rienzi lo controló rápidamente:

—¿Le dijo qué?

—Que no era suficiente arrepentirse. Que tenía que reparar lo hecho.

—Una decisión tardía —comentó Rienzi secamente— que espero obtenga indulgencia de la Corte.

Su silencio desafió a todos durante unos momentos; luego continuó más sosegadamente:

—Ignazio Carrese. Quiero que usted vuelva mentalmente a un día de 1944. Creo que era un sábado.

Como si estuviese ansioso de purgar su culpa lo antes posible, el testigo interrumpió, balbuceando y recayendo a veces en el crudo dialecto campesino:

—Eso es, era un sábado por la noche. Estábamos todos en el escondrijo de la montaña. Yo… los otros muchachos. Estábamos esperando a Belloni. Cuando llegó vimos que venía furioso. Tenía esa mirada de loco que se le ponía cuando alguien lo contradecía. Dijo: «¡Ya verán! ¡Nadie abofetea a Belloni sin pagar las consecuencias! Tenemos trabajo para mañana… ¡algo grande!».

—¿Y les dijo en qué consistía este trabajo?

—Sí, lo dijo.

—¿Qué dijo?

—Dijo… dijo… —De su frente surcada brotaron gotas de traspiración y las enjugó con un pañuelo sucio.

Rienzi lo apremió con firmezas.

—¿Qué dijo Belloni?

—Dijo. «Es esa perra de la Moschetti. Su marido era un maldito fascista y ella no es mejor. ¡Hay que liquidarla!».

Desde el banquillo surgió un lamento ahogado y todas las cabezas se volvieron para mirar a Ana Albertini que se balanceaba en su silla, con los ojos cerrados y el rostro blanco como la tiza.

Las próximas palabras de Rienzi restallaron como un pistoletazo:

—Domínese, Ana.

Un rumor de sorpresa recorrió la sala.

El Presidente alzó los ojos, sorprendido y disgustado, pero el efecto sobre Ana Albertini fue instantáneo. Abrió los ojos, se irguió muy recta en la silla y se apoyó en la barandilla.

—Lo siento. Ya estoy bien —dijo en voz baja.

Rienzi se dirigió otra vez al testigo:

—Belloni dijo: «Su marido era un maldito fascista y ella no es mejor». ¿Comprendió usted lo que esto quería decir?

El campesino pareció encogerse y susurró:

—Por supuesto, todos lo sabían. Hacía semanas que Belloni trataba de dormir con ella, pero ella lo rechazaba.

—¿Y estaba dispuesto a matarla por eso?

—Sí.

—¿Y ninguno de ustedes protestó?

—¡Sí! ¡Sí! —trató de justificarse con débil animación—. Yo traté… y un par de otros… pero Belloni hizo lo de siempre… sacó su pistola y dijo: «Ustedes conocen las reglas. Obedecen, o reciben un balazo. Elijan».

—Y al día siguiente —dijo Rienzi suavemente— ustedes mataron a la madre de Ana Albertini.

—¡Nosotros no la matamos! La mató Belloni. Nosotros, nosotros fuimos con él, como teníamos que hacerlo.

En la sala se produjo un silencio largo y rígido. Todos los ojos se hallaban fijos en el campesino raído y encorvado que ocupaba el estrado. Luego, como por un impulso común, se dirigieron a la muchacha, que parecía una mujer de piedra con la vista perdida en la distancia.

Con mucha calma, Carlo Rienzi reanudó su interrogatorio.

—¿Puede usted decirnos cómo se produjo esta muerte, por favor?

El viejo campesino respiró hondo y comenzó a luchar con la última revelación:

—Era el domingo por la noche nosotros fuimos todos hasta la casa Moschetti. Encontramos a Agnese Moschetti con la chica.

—¿Esa? —La mano tendida de Rienzi apuntaba a Ana Albertini.

—Sí. Era solo una niña entonces, por supuesto; ocho o nueve años, me imagino. Nosotros, nosotros la sujetamos, mientras Belloni llevaba: a la madre al dormitorio. La chica chillaba y pateaba como loca hasta que escucharnos los disparos. Entonces, entonces dejó de moverse. No dijo una palabra más. Solo miraba, miraba como si estuviese muerta —su voz se quebró y sus últimas palabras fueron barbotadas entre lágrimas de agonía—. ¡Oh, Dios, me arrepiento! ¡Pero no pude hacer nada, no pude hacer nada!

Escondió el rostro entre sus manos roídas y sollozó incontrolablemente, mientras Ana Albertini permanecía inmóvil en su asiento, atrapada por el horror cataléptico de entonces.

Lentamente, Carlo caminó hasta su escritorio y alzó el fragmento de albañilería que había enseñado a Fray Bonifacio. Lo puso ante los ojos del viejo campesino, que lo miró sin comprender.

—¿Ha visto usted esto antes?

Carrese asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Rienzi lo apremió sosegadamente:

—¿Usted sabe leer?

—Sí.

—¿Puede hacer el favor de leer las palabras escritas en esta piedra?

Carrese desvió el rostro contorsionado.

—No me lo pida, por favor… no me lo pida.

Rienzi se encogió de hombros y se dirigió al Presidente.

—Con el permiso de la Corte, las leeré yo. Son palabras muy simples; señores, grabadas profundamente con un trozo de hojalata. Han resistido dieciséis años de viento y lluvia, pero todavía son legibles. Dicen. «Belloni, algún día te mataré».

Hizo entrega de la piedra al Presidente, que la miró brevemente y la pasó a sus colegas.

Rienzi permaneció en el espacio vacío que enfrentaba al tribunal, exhausto y relajado. Esperó mientras la piedra pasaba de mano en mano; luego la cogió y atravesó la sala hasta la mesa del Fiscal. Dejó la piedra frente a él y anunció:

Desearía que el Fiscal también leyese estas palabras, palabras escritas por una pequeña de ocho años en el día que siguió a la muerte de su madre, tres días antes de que una pariente bondadosa la llevase a vivir a Florencia —su voz se alzó con incisiva cólera—: ¡Estas palabras, prueban su caso! ¡Premeditación! Premeditación de una niña de ocho años que vio a su madre violada y asesinada por un héroe de las guerrillas. He terminado con este testigo, señor Presidente.

El campesino volvió a su puesto, arrastrando los pies en medio del silencio de la sala. El Presidente garabateó una nota y la entregó al primero de sus asesores. Luego dijo con voz monótona y cansada:

—Llame a su próximo testigo, señor Rienzi, por favor.

—¡Llamo al señor Peter Landon!

Después del dramático testimonio de Carrese, Landon sintió que su aparición era un anticlímax; pero su presencia y el sonido inglés de su nombre causaron un zumbido de comentarios. Subió al estrado, prestó juramento y se identificó. Rienzi se detuvo unos momentos en sus títulos y cargos, y luego

pidió a la Corte que lo aceptara como testigo experto de categoría equivalente a la de Galuzzi.

Como si tratase de disminuir aún más el impacto dramático del testimonio anterior, Rienzi pidió al Oficial de la Corte que leyese la trascripción del testimonio del profesor Galuzzi. El Oficial revolvió entre sus papeles, tosió y luego leyó Como papagayo los pasajes largos y definitivos.

Mientras los leía, el público se agitaba inquieto. Landon lanzó una mirada admonitoria a Rienzi, pero no obtuvo respuesta de ese rostro tenso y pálido, ni de los helados ojos de inquisidor. Cuando el Oficial hubo terminado de leer la trascripción, Rienzi le agradeció formalmente y comenzó a interrogar a Landon:

—¿Está usted de acuerdo, señor Landon, con las definiciones del Profesor Galuzzi?

—Sí, lo estoy. ¿Acepta usted, en líneas generales, que los traumas síquicos se manifiestan en diversas formas de enfermedad mental, a menudo mucho tiempo después del hecho que los ha causado?

—En líneas generales, sí.

—Usted escuchó el testimonio del último testigo. Usted escuchó cómo la acusada fue testigo a los ocho años de la brutal violación y del asesinato de su madre. ¿Diría usted que esto basta para causar una herida síquica de la mayor gravedad?

—Sí.

—Señor Landon, ¿cómo definiría usted el término «obsesión»?

—En lenguaje siquiátrico, significa una idea persistente o recurrente, que generalmente se halla impregnada de alguna emoción. Y que frecuentemente incluye un impulso hacia algún tipo de acción; la totalidad de esta situación tiene carácter patológico.

—En este caso, patológico significa enfermo, ¿no es así?

—Así es.

—¿Podría usted aclarar esta definición a la Corte?

—Bien. Algunos pacientes tienen obsesiones de culpa, de manera que están dispuestos a acusarse de crímenes que no han cometido. Otros están obsesionados por temores irracionales, de manera que no cruzan la calzada por temor a ser atropellados. Hay personas que noche a noche dan veinte vueltas alrededor de su casa para asegurarse de que las puertas y ventanas se hallan con cerrojo.

Estos son también estados obsesivos.

—¿Son curables estos estados?

—A veces pueden ser aliviados por medio del sicoanálisis, que revela al paciente la causa de su mal. Pero otras veces, la idea obsesiva y el padrón emocional se hacen tan firmes, que resultan incurables, excepto tal vez mediante una intervención quirúrgica conocida con el nombre de lobotomía prefrontal.

—Basándose en su examen de la acusada y en los testimonios presentados a la Corte, ¿diría usted que es víctima de un estado obsesivo?

—Indudablemente.

—¿Que comenzó con el choque emocional infligido por la muerte de su madre?

—Sí. Su incapacidad para consumar su matrimonio, por ejemplo, es un síntoma obsesivo asociado directamente a la violencia que se le hizo a su madre.

—Ahora, señor Landon, quiero que usted capte claramente el significado de mi próxima pregunta. También deseo que la Corte haga lo mismo, pues no quiero aparecer arrastrando a este testigo hacia el dominio de la especulación. Me apresuro a asegurar al señor presidente que esa no es mi intención. El testimonio del Profesor Galuzzi suscitó el interrogante crucial del sentido moral y de la responsabilidad moral. Desearía ser más específico sobre este punto. —Se volvió a Landon y le preguntó con mucha deliberación:

—Esta obsesión que hemos estado discutiendo, esta idea fija, este padrón emocional fijo, ¿priva al paciente de responsabilidad moral? ¿Disminuye esta responsabilidad de manera que el paciente no puede evitar hacer lo que hace, viéndose impelido por fuerzas que escapan a su control?

Era una pregunta explosiva y Landon lo sabía. Se tomó tiempo para estudiar la pregunta y su respuesta fue cuidadosamente precisa:

—La sicología moderna señala muchos estados en los que el sujeto está o parece estar privado de responsabilidad por sus actos, o en los cuales el sentido moral y, por lo tanto, su responsabilidad moral está disminuida. Sin embargo, debe decirse que estos estados aún no han sido objeto de definición legal; y que el paciente que comete un acto criminal puede ser responsable ante la ley y en la forma en que esta se halla actualmente expresada.

—¿Diría usted que la enfermedad de la acusada disminuye su responsabilidad moral?

—Ciertamente.

—¿Retardaría esta enfermedad su desarrollo como persona?

—Eso me parece elemental. La siquis humana se desarrolla, como lo hace el cuerpo, por crecimiento orgánico, influencia ambiental y educación. Su

desarrollo puede verse inhibido por enfermedad física, por traumas o por una educación equivocada.

—Y tal como sucede en el cuerpo, ¿una función síquica puede estar inhibida, mientras las demás funcionan normalmente?

—Muy cierto. Un matemático brillante, por ejemplo, puede tener las reacciones emocionales de un niño.

—¿Podría decirse, señor Landon, que algunos choques emocionales no solo inhiben el desarrollo síquico, sino que también dejan al sujeto, digamos, anclado en el momento en que sufrió esa conmoción?

—Esa es una forma de obsesión relativamente frecuente.

—¿Un acto cometido bajo ese tipo de obsesión tendría, por consiguiente, el mismo carácter moral, seguiría el mismo padrón emocional, que si hubiese sido cometido en el momento del primer choque?

Landon frunció los labios:

—Podría. No puedo ir más lejos en mis afirmaciones. Este hecho solo podría establecerse por medio de análisis clínicos controlados durante largo tiempo.

—¿Pero admite usted al menos que existe esa posibilidad?

—Todo siquiatra tiene que admitirlo.

—Recordando lo, sucedido a Ana Albertini, recordando las pruebas de su incapacidad posterior, recordando sus propios exámenes clínicos, ¿admitiría usted esta posibilidad en su caso?

—Es imposible descontarla.

—Aclaremos este punto, señor Landon. ¿Usted admite, sin ningún género de dudas, la existencia de un choque emocional grave, de un grave daño síquico?

—Así es.

—¿Usted admite un estado obsesivo con una responsabilidad moral disminuida?

—Sí.

—¿Admite usted al menos la posibilidad de que el asesinato de Gianbattista Belloni haya tenido en la mente de la acusada el mismo carácter que si se hubiese realizado inmediatamente después de la muerte de su madre?

—Sobre este punto, no deseo pronunciarme más allá de lo que ya he dicho.

—Gracias, señor Landon. —Rienzi se volvió al tribunal—. La defensa ha terminado con sus testigos, señor Presidente.

—El testigo puede descender del estrado.

Aunque habían planeado el cuestionario juntos, Landon tuvo la inquietante sensación de que Rienzi lo había presentado a destiempo y sin darle relieve. Para los espectadores resultó también una conclusión mansa, casi patética. Las tormentas que Rienzi parecía prometer, se habían disuelto en un chubasco. Landon expresó esta sensación a Ascolini; pero el anciano sacudió su blanca melena y murmuró quisquillosamente.

—No son ustedes los que están juzgando el caso, sino los individuos del tribunal. El muchacho hizo bien. Les dio un momento de drama, y luego una ráfaga de frío raciocinio. Además faltan otras cosas. ¡Escuche!

El Fiscal alto y con rostro de halcón se había puesto de pie y se dirigía a los jueces con tono grave y mesurado:

—Señor Presidente, señores del tribunal, nadie se ha sentido más íntimamente conmovido que yo ante la evidencia presentada por la defensa. Nadie siente mayor piedad que yo por la carga que esa infortunada joven ha llevado tantos años sobre sus hombros, Pero —una pausa retórica, bien calculada y preñada de advertencias—. Pero debo tornar posiciones, como deben hacerlo ustedes, miembros del poder judicial, por la ley. La ley es el muro que separa al orden del caos. Hay un sentido en el cual la ley es más importante que la justicia. Suspended el imperio de la ley, que en este país estuvo suspendido demasiados años, y abrís las puertas a la violencia y al desorden. Tratad de doblegar la ley, aun en favor de los que lo merecen, tratad de modificarla según vuestras propias simpatías, y creáis un precedente para nuevos y mayores crímenes. Decís que la venganza violenta es legal; que el asesinato político es permitido. Traéis otra vez a este país la *vendetta*, en la cual la tradición del asesinato pasa de generación en generación. ¡No osaréis hacerlo! Sobre la evidencia que se os ha sometido, debéis condenar a esta mujer. El crimen mismo está probado sin sombra de dudas; la premeditación está probada, dieciséis años de premeditación, cuyo primer signo está escrito en la piedra de un cementerio y su continuación en la sangre de Gianbattista Belloni. Mucho se ha dicho en esta Corte del carácter dudoso de este hombre. No impugnamos esos testimonios.

Pero afirmamos nuestra posición en el primer principio de la ley: el asesinato, por cualquier motivo, es un acto inmoral e ilegal. Podéis, a vuestra discreción, considerar un castigo misericordioso para la infortunada muchacha en el banquillo. Pero debéis reconocer su crimen por lo que es: ¡Asesinato voluntario y premeditado! Señores, soy un servidor de la ley,

como lo sois vosotros. No necesito decir más que esto: afirmar que no podéis hacer menos…

Estaba hecho con tanta sencillez, que el talento que escondía pasaba casi inadvertido; el sutil raciocinio, la meticulosa regulación del tiempo, la verba de actor y la astucia del jugador que lo hacía evitar toda escaramuza, aun las que bordeaban apenas sus falanges. Era posible que las simpatías se volcasen en su contra, pero las corrientes de interés, precedentes y responsabilidad judicial hablaban fuertemente en su favor. Tenía entre manos un caso tan manifiesto, que una gratuita petición de clemencia no lo perjudicaría. Se sentó otra vez, sobrio pero satisfecho, mientras el Presidente llamaba a Carlo Rienzi para que presentara su alegato y su síntesis.

Rienzi se puso en pie, acomodando la toga sobre sus hombros y reuniendo sus fuerzas para los momentos finales de su primera aventura forense. Miró brevemente a Ana Albertini y luego se dirigió a los jueces con voz sosegada y persuasiva.

—Señor Presidente, señores del Tribunal… Mi docto amigo os ha hablado de la ley. Al escucharlo, podríais creer que la ley es algo fijo, inmutable, más allá de toda disputa o interpretación. Pero esto no es así. La ley es un cuerpo de tradiciones, precedentes y ordenanzas: algunos buenos, otros malos, pero dedicados todos en principio, ya que no de hecho, a la seguridad del individuo, la mantención del orden público y la administración de justicia moral. Hay ocasiones en que estos fines están acordes. Hay otras en que se contradicen; de manera que la justicia puede verse mal servida, mientras el orden se mantiene estrictamente. A veces una disposición resulta demasiado simple, o demasiado detallada; de manera que siempre se hace necesario recurrir a glosas y anotaciones y al conflicto de opiniones, para llegar a su sentido intrínseco. El Decálogo dice sin ambages: «No matarás». ¿Eso es todo? Sabéis que no lo es. Ponéis un uniforme sobre las espaldas de un hombre, un fusil en sus manos, y le decís: «Es noble y sagrado matar por la patria».

»Y le prendéis una medalla al pecho si lo hace. Que esto quede muy en claro, señores: la ley es un instrumento y no un fin. No es, ni podrá serlo nunca, un instrumento perfecto de justicia.

»Y no es solamente la ley la que es imperfecta. Hay imperfección también en sus ministros: en la policía, en el poder judicial. Si ellos no cumplen con su deber, si su poder se pervierte, como se pervirtió durante la guerra en San Stefano, de manera que los malvados medran y los inocentes quedan indefensos… ¿entonces? Si en el momento en que Belloni arrastraba a la

madre de esta muchacha fuera del cuarto para violarla, Ana Albertini lo hubiese muerto de un tiro, ¿la habríais acusado entonces de asesinato? ¡No! La hubieseis alabado como a una pequeña valerosa que defendía el honor de su madre. ¡Y tal vez hubieseis prendido en su pecho la medalla que el país agradecido entregó a Gianbattista Belloni!

»No digo esto, señor Presidente, para basar la defensa en un terreno que quede fuera de la ley. Lo digo en afirmación de un principio que ha sido suscrito por grandes juristas de este país y de otros: que es el deber de una Corte, no solo mantener la ley, sino asegurarse de que dentro de su marco imperfecto, se haga la mayor justicia posible.

»Yo sé y lo saben ustedes, que jamás podréis hacer justicia a mi clienta. No podéis traer a la vida a su madre muerta. No podéis correr un velo que oculte a sus ojos el horror de la violación y del asesinato. No podéis restituirle los años que ha vivido en el síncope de la obsesión. No podéis devolverle el marido que se ha alejado de ella, ni la capacidad para aceptar la más elemental de las relaciones, como es el matrimonio. Solo podéis poner más cargas sobre sus hombros, cargas de culpa, de castigo y de reparación.

»Estáis en un dilema, señores. Estamos todos en un dilema. Estamos obligados a algo que no podemos hacer. Creemos lo que no podemos afirmar en esta Corte, porque el código no tiene palabras para definirlo. Estamos condenados a aquello por lo cual condenamos a la acusada: la ley del Talión. ¡Ojo por ojo, diente por diente!

»Consideraréis a Ana Albertini culpable de facto de un acto de homicidio. Tendréis que hacerlo.

»Y sin embargo, sabéis como lo sé yo, que si este acto hubiese sido cometido en otro tiempo, aun bajo los efectos del mismo choque emocional y de la misma provocación, lo hubieseis alabado como un acto de virtud. Sabéis que este acto podría no haberse cometido si un guardián de la ley no hubiese conspirado muchos años atrás para negar a Ana Albertini una venganza legal. Pero cuando os retiréis para llegar a una decisión, no podréis considerar este hecho eficazmente. Consideraréis, y creo que decidiréis favorablemente, la petición de mitigación a causa de una enfermedad mental parcial. Rechazaréis la acusación de premeditación sostenida por el Fiscal, comprendiendo que las pruebas de la existencia de trauma y de obsesión la descartan totalmente.

»Pero la tragedia, señores, la amarga tragedia de vuestra situación está en que no podréis hacer justicia. No por falta de conocimientos ni de voluntad, sino porque nuestras leyes no han definido jamás adecuadamente la naturaleza de la responsabilidad moral, porque su evolución no ha seguido el

ritmo de los descubrimientos de la siquiatría moderna sobre los intrincados males de la mente humana.

»¿Qué podéis hacer, estando dedicados a la verdad y a la justicia, pero sabiéndola fuera de vuestros más nobles alcances? Propongo que defináis este acto en los términos más indulgentes que permite la ley. Deberéis imponer la sentencia mínima, no solo en cuanto a su duración, sino también en cuanto al lugar y a las condiciones en que deberá cumplirse. Si debéis confinar a esta muchacha, que es todavía una niña, que no sea en una casa de corrección, sino en un lugar donde pueda, encontrar afecto y cuidados y una esperanza de curación para esos males que le han sido impuestos.

Por primera vez su voz vaciló. Sus hombros se estremecieron y permaneció con la cabeza inclinada, luchando por dominarse. Luego se irguió y tendió bruscamente los brazos en una apasionada súplica final:

—¿Qué más puedo decir, señores? ¿Cómo puedo mostraros la forma de conciliar la fría irracionalidad de la ley con la verdad y la justicia hacia las cuales el instinto humano señala con dedo unívoco? Como vosotros, soy un servidor de la ley: y como vosotros, en este momento me avergüenzo de esta servidumbre. ¡Que Dios nos ayude a todos!

Sin otra palabra, se volvió, caminó hasta su mesa y se sentó, enterrando el rostro entre sus manos.

Fue un momento magnífico, un instante de visión semejante al que los grandes predicadores arrastran a veces a los que escuchan. La paradoja de la condición humana se desnudó de pronto ante ellos, con su patetismo y su piedad y el terror masivo que acompaña a sus más leves imperfecciones. En la sala, una mujer sollozó entrecortadamente. Ninette se enjugó los ojos y el viejo Ascolini se sonó estruendosamente. El anciano Presidente frotó sus lentes y sus asesores trataron en vano de ocultar las emociones que el joven abogado había despertado en ellos. Solo Ana Albertini permaneció retraída y fantasmal, apartada de la tensa culminación de la escena.

El Presidente se inclinó por encima de su mesa:

—Señor Rienzi.

Rienzi alzó los ojos con la mirada vaga, y todos vieron que tenía el rostro húmedo de lágrimas.

—Le pido disculpas, señor Presidente.

El Presidente asintió comprensivamente.

—La Corte comprende que el ahogado defensor se encuentra bajo los efectos de una gran tensión, pero es habitual que después de los alegatos de la

acusación y de la defensa, se dé al acusado la oportunidad de hacer una declaración personal.

Rienzi miró a Ana Albertini y luego sacudió la cabeza.

—Declinamos el privilegio, señor Presidente. No hay nada que agregar a la defensa.

—En ese caso, la audiencia se suspende mientras mis colegas y yo consideramos nuestra decisión.

Había alcanzado apenas a ponerse de pie; cuando desde el fondo de la sala surgió el grito histérico de una mujer:

—¡Déjenla en libertad! ¿No ha sufrido ya bastante? ¡Libérenla!

Un par de oficiales se abalanzaron hacia la mujer, pero antes de que llegaran a ella la sala entera había hecho suyo el grito, y pateaba y clamaba: «¡Déjenla en libertad! ¡Déjenla en libertad!», en un estallido de vergüenza, piedad y frustración.

En el desorden subsiguiente, los jueces abandonaron la sala con precipitación. Ana fue llevada a su celda y Ascolini apresuró el paso de Landon y de las dos mujeres hasta penetrar en el recinto del tribunal, donde los cuatro permanecieron junto a Rienzi y a sus colegas, contemplando con asombro indiferente a la multitud que abandonaba la sala empujada por la policía como si fuese un hato de ovejas, mientras los gritos se hacían cada vez más fuertes y furiosos: «¡Déjenla en libertad! ¡Déjenla en libertad!».

Las puertas se cerraron de golpe y los protagonistas quedaron aislados en su propio drama de confusión y perplejidad. Por un momento, nadie habló; luego el viejo Ascolini estrechó a Rienzi entre sus brazos y lo besó a la manera ardiente del sur.

—Maravilloso, muchacho. ¡Maravilloso! ¡Me siento orgulloso de ti! ¡Harás grandes cosas, pero tal vez no tengas otro momento como este en veinte años! ¡Míralo, Valeria! ¡Mira al hombre con quien te casaste! ¿No te sientes orgullosa de él?

—Muy orgullosa padre —con el encanto estudiado de una actriz, rodeó a Rienzi con sus brazos y apoyó sus labios helados contra su mejilla. Landon estaba muy cerca y alcanzó a captar sus palabras: «¡Tú ganas, Carlo! Ya no lucharé más contra ti. Te lo prometo».

Había un cansancio infinito en su respuesta susurrada:

—¿Era necesario tanto, Valeria? ¿Era necesario todo esto?

Entonces la besó levemente en la mejilla y avanzó con una sonrisa fatigada a recibir sus parabienes de los demás.

El Fiscal reunió sus papeles y se acercó a él con amabilidad profesional:

—¡Felicitaciones, Rienzi! ¡Hacía mucho tiempo que no veía sacar tan buen partido de un mal asunto!… —desvió su sonrisa a Ascolini—. Un alumno brillante, ¿no es así, dottore? ¡Los perros viejos tendremos que aprender nuevas mañas para hacerle frente!

Rienzi se sonrojó y murmuró vagamente:

—¡Muy amable el decirlo!

—¡En absoluto, mi querido muchacho! Usted lo merece. Y este caso le será muy beneficioso. La prensa hablará de él extensamente. El Presidente no es hombre aficionado a prodigar alabanzas. ¡En un par de semanas, usted tendrá más asuntos de los que puede alegar!

Rienzi sonrió tristemente:

—Aún no hemos escuchado la decisión.

—¡Tontería, mi amigo! —El Fiscal sonrió y le palmeó la espalda afectuosamente—. La decisión no tiene importancia. Lo que importa es su actuación, y su iniciación ha sido impresionante.

Mientras el Fiscal se alejaba, Ascolini bufó indignado:

—¡Ese hombre estúpido! No debes prestarle atención.

Rienzi se encogió de hombros abstraídamente:

—Estaba tratando de ser amable. Díganle, dottore, ¿cómo cree usted que nos irá?

Ascolini frunció sus delgados labios y luego dijo cuidadosamente:

—Creo que tienes posibilidades. La evidencia médica habla fuertemente en tu favor. Hiciste bien al recalcar en tu alegato el dilema judicial. Esto siempre despierta simpatías hacia el acusado. Por otra parte, los jueces nunca pierden de vista el precedente legal. No pueden prestarse, o parecer prestarse, a la condonación de la *vendetta*. No me gustaría hallarme en su lugar en estos momentos. Pero tú, muchacho. Has hecho más de lo que podía hacer hombre alguno.

Sonrió luego con cierta timidez y añadió:

—Si aún tienes ese reloj, me gustaría que me lo devolvieras.

—Sus palabras me hacen muy feliz dottore —dijo Carlo, gravemente—. Pero, en realidad, vendí el reloj. —Sonrió con picardía de niño—. Esta aventura me ha resultado muy costosa.

—Te lo pagará con creces —dijo Ascolini cordialmente— y entonces me comprarás otro reloj.

Rienzi se volvió a Ninette y Landon.

—Te debo mucho, Peter, y también a ti, Ninette. Han tenido ustedes una paciencia que yo… que ninguno de nosotros merece.

Landon enrojeció y dijo en voz baja:

—Dejemos eso para después, Carlo. Yo también tengo algo que decir.

Se produjo una pausa embarazosa, pero antes de que alguien hubiese encontrado palabras para romperla, el Profesor Galuzzi caminó hacia ellos desde la puerta que llevaba a las celdas de los procesados. Rienzi le preguntó ansiosamente:

—¿Cómo está Ana, Profesor?

—Mejor de lo que yo esperaba. Le he dado un sedativo suave y un tranquilizante. Creo que resistirá bien el día. Me gustaría que usted se reuniese conmigo en su celda dentro de algunos momentos. Su alegato fue notable, joven. Me conmovió profundamente.

—¿Y está usted de acuerdo con mis palabras, Profesor?

—En lo principal, sí. La definición de la responsabilidad criminal es uno de los grandes problemas de la medicina forense. Su interrogatorio del señor Landon lo expuso muy claramente. Si usted me lo permite, quisiera citar parte de él en una investigación que estoy preparando para el Anuario Médico.

—Ese es un gran cumplido, Profesor.

—En absoluto. Usted nos ha hecho un servicio a todos. Rienzi vaciló un momento y luego le formuló una brusca pregunta:

—Es usted quien deberá hacer un informe sobre este caso y recomendar el tratamiento para mi clienta. ¿Sería indiscreto preguntarle qué forma dará a ese informe?

—Por supuesto que no —dijo Galuzzi amablemente—. Recomendaré un confinamiento mínimo, de preferencia en alguna de nuestras modernas instituciones siquiátricas, en las cuales los pacientes gozan de bastante libertad, comodidad y actividades constructivas. Además, recomendaré una observación regular, sicoanálisis y terapia.

—¿Recomendará esto mismo aun en el caso en que perdamos el juicio?

—Por supuesto. Pero debo hacer presente que la decisión final depende de la Corte.

—Sí, lo comprendo. Y usted sabe que siento un interés personal por el futuro de esta muchacha.

—Tendré mucho gusto en mantenerlo informado de sus progresos.

Se inclinó formalmente y los dejó. Rienzi lo siguió ansiosamente con la vista. Valeria observaba a su marido con ojos perspicaces, pero no dijo nada. Ascolini habló dulcemente:

—Cada uno en su profesión, hijo mío. Tu clienta estará en buenas manos.

—Lo sé —dijo Rienzi, malhumorado—. Lo sé.

La voz de Valeria, con un leve tinte de irritación, interrumpió el diálogo.

—¿Cuánto tardarán los jueces en salir? No podernos esperar aquí, de pie, toda la mañana.

—Tardarán algo, me imagino —dijo Rienzi—. ¿Por qué no van ustedes a beber una taza de café?

Si me dicen dónde estarán, enviaré por ustedes cuando los jueces estén por aparecer.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Carlo?

—No, querida. Esperaré aquí. Quiero hablar con Ana. Puede haber poco tiempo después.

—Avísanos al café Angelo —dijo Ascolini vivamente—. Es el más cercano. Allí estaremos, y tranquilízate, muchacho. Pronto todo habrá terminado.

Al abandonar la sala, Valeria dijo con un curioso dejo de compasión:

—Se sentirá solo sin su virgencilla.

—Ha estado solo tanto tiempo —dijo Ascolini con dureza— que seguramente ya está acostumbrado. Eres una estúpida, Valeria. Carlo ha sobrevivido a su crisis. La tuya no ha llegado todavía.

Ninette dijo, con mucho tacto:

—Son días nerviosos, dottore. Todos necesitamos de la mutua paciencia. ¿Por qué no van ustedes a caminar un poco y Valeria y yo nos reuniremos con ustedes en el Angelo?

Era una insinuación a Landon y este la cogió inmediatamente:

—Hagámoslo, dottore. Creo que necesito algo fuerte.

Las dos mujeres los dejaron y ellos caminaron lentamente alrededor del Campo iluminado de sol.

Ascolini parecía cansado. Se apoyaba pesadamente en el brazo de Landon y hablaba con frases entrecortadas y pensativas, como si su aplomo mordaz lo hubiese abandonado.

—Valeria está comenzando a sentir celos, lo que es una buena señal. Pero eso no basta. También necesitará ser generosa. Cuando esto termine, Carlo quedará agotado y solitario. Necesitará dulzura y consideración.

—¿Será capaz Valeria de dárselas?

—Así lo espero. Pero esas virtudes necesitan práctica y. Y cierta humildad. Como yo, Valeria carece de ambas. Estoy preocupado, Landon. Tengo edad suficiente para ver la magnitud de mis errores, pero soy demasiado viejo para conjurar sus consecuencias. He vivido largos años sin creencias. Ahora comienzo a temer a la muerte y al juicio. ¡Extraño!

—Valeria también siente temores, ¿no es así?

—De otras cosas. De perderme. De verse forzada a aceptar cánones que no sean los míos. De perder la fácil absolución que recibe de mí.

—¿De perder a Carlo?

—De que él la rechace, que no es lo mismo.

—Que la rechace ¿por qué motivo? ¿Por una amante?

—No. Esto no la preocuparía demasiado, creo yo. Así justificaría sus propias locuras. Su culpa le daría cierto poder sobre él. Pero Carlo no es hombre para encontrar satisfacciones en una relación subrepticia. El peligro para ambos es más sutil: que Carlo encuentre dignidad y satisfacción en fines aparentemente nobles, mientras Valeria se vea desprovista de dignidad entre placeres ya rancios.

—¿Está pensando usted en Ana Albertini?

—Ese es el comienzo, aunque no necesariamente el fin. Es una empresa noble; ¿ve usted?: un ser perdido a quien rescatar y guiar hasta seguro; una inocencia que proteger; una criatura sin afectos a quien volver a la normalidad mediante la ternura. Luego habrá otros; serán más numerosos al pasar los años: timadores, asesinos, maridos violentos, esposas desdichadas, con todos los cuales se verá obligado en menor o mayor grado. Es fácil comprenderlo —rio agriamente—. He sido el alegre libertino para demasiadas mujeres, pero hay una o dos para quienes fui siempre el caballero sin tacha, que las llevaba a casa de sus madres en lugar de llevarlas al lecho.

—Es así como nos justificarnos, Landon. Usted lo sabe tan bien como yo.

Landon lo sabía demasiado bien, pero no sabía qué podía hacer para evitarlo. Aun en las circunstancias más favorables, el matrimonio es un contrato lleno de riesgos, y a menudo una virtud rígida puede destruirlo con más rapidez que el pecado benevolente. La dependencia mutua es un hábito; el mutuo afecto es un don preciado que debe cultivarse. Pero ambos deben tener su origen en un momento de necesidad común; y Rienzi y su esposa parecían desconocer ese momento.

Expresó sus reflexiones a Ascolini, quien asintió con gravedad:

—La necesidad existe, Landon, pero Carlo se ha cansado de decirlo y Valeria no ha aprendido jamás las palabras para expresarlas. Anoche traté de enseñárselas; pero no estoy seguro de que me haya comprendido. Tal vez Ninette lo haga mejor.

—Así lo espero.

—El problema está en que no disponemos de mucho tiempo. La carrera de Carlo ha comenzado hoy. Pronto estará rodando como un tren en marcha. Y

cuando eso suceda, no habrá tiempo para juegos de enamorados.

Después de esta melancólica conclusión, había poco que decir; de manera que entraron en un bar y bebieron una copa de coñac. Luego caminaron lentamente a reunirse con las mujeres en el café Angelo.

Landon se sintió aliviado cuando vio que ambas conversaban amigablemente sobre sus tazas de café. Valeria se veía pálida y disminuida y parecía haber llorado; pero sonrió descoloridamente y dijo:

—Ninette ha sido muy bondadosa conmigo, Peter. Me he comportado abominablemente con ustedes, pero espero que ahora podamos ser amigos.

—No volveremos a hablar de esto —dijo Ninette con firmeza—. ¡Es asunto concluido!, y esta noche tendremos una celebración.

—¿Una celebración? —Ascolini miró a su hija con ojos perspicaces—. ¿Dónde?

—En la villa —le comunicó Valeria sosegadamente—. Una fiesta de bienvenida al hogar, para Carlo. Vendrán Ninette y Peter, y tú, papá, invitarás al Profesor Galuzzi y a todos los que puedan agradar a Carlo. Ya he telefoneado y Sabina sabe lo que debe hacer. Necesitamos algo como esto, papá.

Ascolini rio alegremente.

—Hija mía, daremos una festa que hará época. Deja la lista de invitados por mi cuenta. ¿Estás segura de que en casa todo está preparado para recibirnos?

—Sí papá.

—Bien. Y ahora, escribamos los nombres. Luego pediré prestado el teléfono a Angelo y la festa quedará organizada.

Diez minutos más tarde, Ascolini parecía un alegre mono posado sobre el taburete del bar, mientras convocaba a los grandes de Siena a acompañarlo en la hora del triunfo familiar.

En una celda blanca y conventual, Ana Albertini dormía con el sueño tranquilo de las drogas, mientras Carlo Rienzi velaba junto a ella. Su rostro estaba cerúleo, pero relajado en una belleza extraña y vacía. Sus manos extendidas sobre el gris de la manta, yacían lacias como las de un bebé dormido. Su cabello desordenado sobre la almohada dibujaba un halo oscuro alrededor de su frente marfileña. Su pecho pequeño y virginal se alzaba y descendía con el ritmo lánguido del reposo. Su sueño era ajeno a la pasión, a la culpa, al terror. Y en este penúltimo momento de la batalla, Carlo Rienzi se sintió flotar como una pajuela en las aguas quietas del estrecho cuarto.

Había hecho todo lo que le era posible hacer. Había cumplido todas sus promesas. El resultado yacía en el regazo de la diosa ciega. En cuanto a sí mismo, se sentía exhausto, vacío y reseco como arroyo de verano; pero al contemplar ese rastro pálido e inocente, sintió en él una primera corriente de ternura que brotaba súbitamente, como manantial entre arenas secas. Resultaba refrescante después de la disciplina árida que se había impuesto; y movido por un súbito impulso, tendió una mano vacilante para apartar el cabello de la frente de la muchacha.

La retiró con un sobresalto de culpabilidad al escuchar el ruido de los cerrojos, y el chirriar de la puerta que se abría para permitir la entrada al Profesor Galuzzi, Galuzzi lo observó un momento con sus ajos perspicaces de hombre de ciencia, y preguntó:

—¿Cómo está la muchacha, señor Rienzi?

—Durmiendo apaciblemente.

Rienzi se puso de pie y se apartó del lecho.

Galuzzi alzó la mano lacia, midió su Pulso y la volvió a dejar sobre la manta.

—Bien. La dejaremos dormir un rato. Creo que los jueces tardarán en volver a la sala. Usted les dio mucho en qué pensar, Rienzi.

—¿Conferenció usted ya con ellos?

—Sí. Les di mi opinión en los mismos términos en que se la di a usted.

—Le estoy muy agradecido —dijo Carlo Rienzi. Galuzzi lo observó unos momentos, vacilando al descubrir las líneas de la fatiga y de la tensión nerviosa en ese rostro juvenil. Luego dijo en tono meditabundo:

—Algún día, señor Rienzi, creo que será usted un gran abogado. Tiene usted la mentalidad necesaria: la cualidad dramática, la unidad de propósitos que llega casi a la obsesión. Todos los grandes la tienen: cirujanos, filósofos, inventores, juristas. Pero como todas las grandezas, esta requiere disciplina.

—¿Qué está usted intentando decirme, Profesor? —preguntó Rienzi—. ¿Tiene algo que ver con mi clienta?

—Creo que mucho —dijo Galuzzi en el mismo tono pensativo—. Usted no se satisface con lo que ha hecho en la Corte, aunque dudo que otro abogado hubiese podido hacer tanto. Usted quiere hacer más. Quiere dar nueva forma a la vida de esta muchacha después del juicio.

Rienzi, irritado, habló con aspereza:

—Alguien tendrá que hacerlo.

—¿Por qué usted?

Rienzi se encogió levemente de hombros indicando su perplejidad.

—No sé bien qué responder a su pregunta tal como usted la formula. Pero comprenda usted que hasta este momento he tenido la vida de esta muchacha en mis manos. Ha dependido totalmente de mí. No puedo dejarla caer como un guijarro en la laguna, para olvidarla después. Usted tiene que comprenderlo, ¿no le parece?

Galuzzi hizo caso omiso de la pregunta y respondió con otra:

—Este es su primer caso importante, ¿no es así?

—Sí.

Galuzzi guardó silencio durante algunos instantes, caminó hasta el lecho y contempló a la muchacha dormida. Luego comenzó otra vez sosegadamente:

—Habrá tantos otros, señor Rienzi. ¿Podrá usted cargar con los problemas de todos, como se propone ahora?

—No, supongo que no.

—Piense usted, por ejemplo, en el cirujano; yo mismo practiqué la cirugía durante muchos años. ¿Cuántas veces tiene entre sus manos, literalmente, una vida humana? A veces se le escapa. A veces consigue retenerla, misericordiosamente. ¿Puede lamentar lo que ha perdido, o llevar sobre sus hombros, el resto de su vida, el peso de lo que ha salvado? —Se volvió hacia Rienzi, mirándolo a la cara con el desafío de una pregunta incisiva:

—¿Está usted enamorado de ella, señor Rienzi?

—No…, no lo creo.

—¿Pero no está seguro?

Hubo un largo silencio antes de que Rienzi admitiera de mala gana:

—No, no estoy seguro.

Galuzzi desvió el rostro y caminó hasta la ventana. Después de algunos minutos regresó frente a Rienzi. Sus ojos estaban empapados de compasión y su voz era suave:

—Debería haberlo adivinado. Nadie podría haber hecho lo que usted hizo sin un toque de pasión.

—Ya le dije que no estaba seguro —la voz de Rienzi denotaba su irritación.

—Lo sé. Pero ella está segura.

Rienzi lo miró sobresaltado.

—¿Quiere decir que está enamorada de mí?

—No es eso lo que dije. No creo que sepa lo que es el amor. Pero los únicos objetos de pasión de su vida, su madre, su marido, incluso Belloni, han desaparecido. Su obsesión se ha fijado ahora en usted.

Rienzi respiró profundamente.

—Me lo temía.

Galuzzi lo miró con una semisonrisa en sus labios delgados y melindrosos.

—Pero también se siente halagado, ¿verdad? —dejó escapar una risilla desprovista de humor—. Si algo he aprendido en veinte años de medicina siquiátrica, señor Rienzi, es que la mente humana jamás opera simplemente. Y que cuando parece hacerlo, es cuando está mostrándose más compleja.

Tiene cierta semejanza con esas bolas de marfil que tallan los chinos con tanta habilidad, una dentro de la otra. Por profundamente que se examinen, siempre habrá algo más al fondo que nos sorprenda.

Ante la sorpresa de Galuzzi, citó sonriendo:

—«Fui donde mi tío el mandarín para preguntarle sobre el amor. Él me dijo que le preguntase a mi corazón descarriado». No se preocupe demasiado, Profesor. Es posible que no suceda nunca.

—Si sucede —dijo Galuzzi con voz grave y académica—, si usted se deja llevar por estos sentimientos, las consecuencias para ambos pueden ser más terribles de lo que usted imagina.

Dio media vuelta y salió, y cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Carlo Rienzi se sentó junto al lecho y tomó entre las suyas la mano de la muchacha dormida.

La policía no quería arriesgar desórdenes al término del proceso de Ana Albertini. Las vías de acceso a la Corte se hallaban custodiadas por motocicletas policiales, y había guardias apostados en todas las puertas: individuos macizos y rudos con pequeños bastones y pistolas en sus fundas de piel negra. Iba a hacerse justicia y la gente tendría que darse por satisfecha o aguantarse; en ambos casos, deberían mantener la boca cerrada o recibir un golpe en la cabeza.

La Corte estaba llena de murmullos. Hasta el tono de la luz parecía haber cambiado, de manera que los rasgos de cada personaje estaban delineados firmemente, como montañas bajo un cielo tormentoso. Rienzi se hallaba junto al banquillo, hablando con Ana Albertini. Cuando los jueces aparecieron, le dirigió una sonrisa de aliento, palmoteó su mano y regresó junto a su Mesa. Un silencio tenso y explosivo se apoderó de la sala, mientras el Presidente tomaba asiento y ordenaba sus papeles con calma enloquecedora. Luego comenzó a hablar:

—He presidido esta Corte en muchas ocasiones; pero digo ahora que ninguna ha colocado sobre mis hombros y los de mis colegas una carga tan pesada como esta. No somos monstruos. Somos hombres con sentimientos

normales de comprensión, piedad y simpatía. Pero como el Fiscal ha dicho con toda justicia, somos los representantes de la ley: sus guardianes, sus intérpretes, sus árbitros. Sobre nuestras decisiones se basarán más tarde otras decisiones. Los precedentes que nosotros creemos influirán en el curso de la justicia largo tiempo después de nuestra muerte. Si juzgamos erróneamente, o atolondradamente, podemos pervertir la justicia para muchos otros seres.

Se detuvo y paseó la vista por la sala, imagen viva de la temperancia y del raciocinio, coronada por albos cabellos.

—Si quieren ustedes un ejemplo de la forma en que esto puede sobrevenir, lo tienen ustedes en los procedimientos que se han visto expuestos en este caso. Hubo un tiempo en que la ley y el orden cesaron de funcionar en este país. Hubo un tiempo en que los hombres estaban confundidos por lo que ellos llamaban «las necesidades de la guerra»: cuando la única Corte era el tribunal de campaña, y los que decían administrar una justicia sumaria usaban de su poder accidental para lograr venganza o lucro personal.

La Ley se vio pervertida por la política, el poder, por conspiraciones deliberadas. El crimen por el cual Ana Albertini ha sido juzgada comenzó en ese período de desorden; pero —esperó un momento y luego continuó con voz firme terminó en otro, en el cual el imperio de la ley se halla restablecido. Ahora, la acusada será juzgada según el Código. No se dijo una palabra, pero las ondas de interés parecían cruzar la sala como las olas cruzan el mar. El Presidente volvió una página de sus notas y continuó sobriamente:

—Sin embargo, como señaló el abogado defensor en su elocuentísimo alegato, la ley toma en consideración no solo el acto mismo, sino la intención, la provocación y la responsabilidad de la persona que lo comete. A todas estas cosas, mis colegas y yo hemos dedicado la más grave reflexión. La intención, en este caso, es muy clara: asesinato por venganza. La provocación fue muy grande, más grande de lo que cualquiera de nosotros desearía admitir. Pero decir que la provocación justifica el acto es abrir las puertas a todo género de violencia, y retrotraer al país a la práctica antiquísima y horrible de la venganza tradicional.

»El problema de la responsabilidad es mucho más complejo, y sobre él hemos debatido largamente, reflexivamente. La defensa no ha insinuado en momento alguno que Ana Albertini estuviese loca en el momento de cometer el crimen. Tampoco se intimó que no estuviese en condiciones de soportar un juicio ante esta Corte. La defensa ha argumentado con sólidas razones que el choque traumático de la muerte de su madre la hizo permanecer en un estado mental en el cual el tiempo y la variación de circunstancias eran inexistentes.

Su punto de vista está apoyado en parte por el testimonio médico especializado.

»Desde este punto, el abogado defensor desarrolló con considerable habilidad forense, una doble tesis. Su primera afirmación expresaba que el asesinato cometido por Ana Albertini tenía el mismo carácter ante la ley y ante la moral, que si hubiese sido cometido inmediatamente después de la muerte de su madre. Un siquiatra puede tal vez elaborar una hipótesis sobre este punto, pero —y lo dijo con singular deliberación— es mi opinión y la de mis colegas, que esta hipótesis no tiene valor ante la ley.

»Su segunda afirmación, que el estado de la acusada representa una enfermedad mental que disminuye su responsabilidad criminal, es más convincente y la hemos considerado en todo su valor para llegar a nuestra decisión. También hemos tornado nota de la terrible provocación que precedió al acto, bien que si por muchos años. También hemos considerado los largos años de tormento mental sufridos por esta joven, el fracaso de su matrimonio y el dudoso futuro que ahora encara.

Volvió las últimas páginas de sus notas, se concentró durante un momento y luego comenzó a expresar su decisión en forma desapasionada:

—El Fiscal ha pedido un veredicto de asesinato premeditado. Es nuestra opinión que este cargo es demasiado grave para ser mantenido. Por lo tanto, nos hemos basado en uno menor.

Se volvió hacia el banquillo e hizo el frío anuncio de rigor:

—Ana Albertini, es la decisión de la Corte que usted es culpable de homicidio en estado de enfermedad mental parcial, para el cual la ley prescribe una pena de prisión de tres a siete años. En vista de todas las circunstancias atenuantes, hemos decidido asignarle la sentencia mínima de tres años, que usted cumplirá en el lugar o los lugares que determinen cada cierto tiempo nuestros asesores médicos.

Apenas estas palabras habían salido de sus labios, Carlo Rienzi se derrumbó en su silla, escondiendo el rostro entre las manos. Ana Albertini permaneció en el banquillo, pálida, fría y virginal, mientras la sala estallaba en un tumulto de vítores que ni siquiera los arremolinados policías fueron capaces de silenciar.

CAPÍTULO OCTAVO

—Mañana —dijo Ninette decididamente—, mañana empacamos y partimos. Nos casaremos en Roma y buscaremos una villa cerca de Frascati, un lugar que tenga jardín y una bella vista, en el que tú puedas estudiar y yo pintar. ¡Nos hace falta, chéri! Hemos dado mucho de nuestro tiempo y de nosotros mismos a este lugar. ¡Es hora de partir!

Se hallaba paseando en el jardín de la villa de Ascolini, observando la luz que se esparcía sobre el valle en dirección al oeste, mientras las cigarras entonaban sus coros crepitantes y un lánguido pajarillo gorjeaba entre los arbustos. Rienzi dormía. Ascolini dormitaba en su biblioteca y Valeria representaba su papel de castellana diligente, arreglando flores y activando a los criados en la cocina mientras se preparaba lo necesario para la celebración de esa noche.

A pesar de las protestas de Landon y de Ninette, Ascolini había insistido en que vinieran directamente de la Corte a la villa. Valeria también había suplicado su presencia. Parecía que todos ellos querían encontrarse en su compañía, como si necesitasen de un catalizador para comenzar el lento proceso de restauración. Landon y Ninette estaban fatigados y se sintieron molestos, pero se consolaron pensando que en la mañana estarían lejos de esas cortesías y libres para dedicarse a sus propios asuntos.

Después del drama legal y de la confusión subsiguiente, la campiña derramó sobre ellos una calma benéfica. Valeria conducía. Rienzi iba sentado a su lado, agotado y taciturno, mientras Ascolini repasaba el triunfo de la mañana desde el asiento posterior. Pero luego quedó también silencioso, mientras viñedos y trigales pasaban velozmente y las hojas de los olivos colgaban polvorientas y desanimadas en las laderas de los cerros.

Comieron en la terraza, charlaron vagamente durante un rato, y luego se dispersaron. Rienzi era presa de una fuerte reacción nerviosa. Valeria se comportaba con discreción algo afectada y Ascolini observaba las posiciones

con los ojos cansados de un viejo luchador. La actitud de Landon fue resumida en el veredicto de Ninette:

—¡Finita la commedia! Es hora de alejarnos de todos, menos de nosotros mismos. Dejémoslos y que representen su propio epilogo. No necesitamos esperar que baje el telón.

De manera que en el largo declinar de la tarde, se pasearon por los senderos de la villa y conversaron en la forma intrascendente y feliz de los enamorados recientes. Hablaron de Frascati y de cómo vivirían allí: no enjaulados en la ciudad, ni entre las villas principescas de los Conti y los Borghese y los Lanceloti, sino en alguna pequeña propiedad en los faldeos de los cerros Albanos, que tendría tal vez una viña, y una huerta en que pudiesen caminar y ver ponerse el sol sobre el trazado de la Roma imperial. Hablaron de una exposición de Ninette, de los amigos que vendrían a compartir su vida bucólica, de cómo sus hijos nacerían ciudadanos del Viejo y del Nuevo Mundo.

Más tarde, cuando las sombras se prolongaron, Ascolini salió a reunírseles, parlanchín Como un grillo después de su siesta.

—¡Un gran día, amigos míos, un gran día!, y les debemos parte de él. Ya saben lo que necesitamos ahora —indicó hacia la casa con un pulgar enfático —. Un filtro de amor para esos dos.

No se rían. Las abuelas de estas regiones aún los preparan para los amantes campesinos. Por supuesto, que nosotros somos demasiado civilizados para esas cosas, pero tienen su utilidad.

Ninette rio y palmoteó el brazo del anciano.

—¡Paciencia, dottore! ¡Por mucho que usted lo acicatee, el borriquillo mantiene su paso!

Ascolini sonrió y lanzó un guijarro a una lagartija escurridiza.

—No soy yo el impaciente, sino Valeria. Ahora está ansiosa por una reconciliación. Pide pruebas de perdón. Pero yo le repito lo que acabas de decirme. «¡Piano, piano! Palabras dulces y manos suaves, para un hombre que está tan extenuado como este» —rio alegremente—. A mí me sucedía lo contrario. ¡Después de cada caso importante, clamaba como loco por una mujer! Tal vez Carlo también llegue a eso cuando se quite a esta Ana de la cabeza.

—¿Dónde la internarán? ¿Lo sabe usted?

—Aún no está decidido. La han llevado otra vez a San Gimignano, pero entiendo que Galuzzi tiene la esperanza de trasladarla a Castel Gandolfo, con las Hermanas Samaritanas. Allí hay un gran hospicio para casos mentales. Es

muy hermoso, creo, y muy eficiente, además —apartó el tema con un movimiento de hombros—. ¿Qué harán ustedes ahora?

—Iremos a Roma —dijo Landon—. En cuanto empaquemos y Ninette cierre su taller.

—Espero que nos veamos allí. Nosotros también partiremos en algunos días. Quiero que Carlo comience a hacerse cargo de mi clientela.

—¿Qué piensa Carlo de esa idea?

—Creo que le agrada, ahora que podemos tratar de igual a igual. Por mi parte, necesito tiempo para poner mi vida en orden. Si esos dos pueden sentirse satisfechos juntos, podré comenzar a ser feliz.

Arrancó una varilla del arbusto que colgaba sobre ellos, se sentó en un banco de piedra y comenzó a dibujar diseños cursivos sobre el ripio.

—La vida es una comedia retorcida, mis amigos. Si ustedes me hubiesen dicho hace seis semanas que yo llegaría a esto: a hacer de Cupido, a soñar con los nietos e incluso a pensar en confesarme, les hubiese escupido en los ojos. Pero es justamente lo que ha sucedido. A veces me pregunto si no estará resultando todo demasiado fácil, y si a la vuelta de la esquina no estará esperándome un tipo con la cuenta en la mano.

—¿Por qué había de estarlo, dottore? —preguntó Ninette cordialmente—. La vida no es solo debe y haber. A veces hay también dones cuyo único precio es la gratitud.

—¡A veces! —dijo Ascolini secamente—. Tal vez soy solo un individuo receloso que no merece su buena fortuna.

—Entonces déjeme hablarle de la nuestra —dijo Ninette sonriendo—. Vamos a casarnos.

Ascolini la miró fijamente un instante. Luego su rostro, viejo y astuto se iluminó de sincero placer. La rodeó con los brazos y la hizo danzar por el sendero.

—¡Maraviglioso! ¡Maravilloso! Y tendrán un enjambre de chicos, todos hermosos. ¡Y serás la mamá más hermosa del mundo! ¡Y talentosa, además! ¡Landon, usted es un hombre de suerte! ¡Fortunatissimo!, y nos lo debe a nosotros. Si no lo hubiésemos enviado de vuelta a Siena de tan mal humor, todavía estaría jugando a besarse con las modelos. ¡Pero qué buen presagio! Hay un doble motivo para la festa de esta noche.

Jadeante y excitado, los tomó del brazo y los condujo apresuradamente sendero arriba hacia la casa.

—Tienes que contárselo a Valeria, hijita. Y usted Landon, podrá endilgarle a Carlo un pequeño sermón sobre el matrimonio y las alegrías de la

paternidad y sobre lo grato que resulta llegar a ella.

Cuando llegue el primer bebé, tendremos un gran bautismo, y les garantizo un cardenal, con sombrero rojo para que oficie en la ceremonia. ¡Y tendrán que designarme padrino, para poder velar por su moral y su fe!

—¡Primero deberemos reformarlo a usted, dottore!

—¡En esa época, muchacha, seguramente llevaré una túnica de crin y me golpearé el pecho con un ladrillo, como San Geronimo!

El cuadro resultaba cómico y los hizo reír. Todavía reían cuando llegaron a la terraza, y Ascolini gritó a un criado que trajese vino y copas. Valeria se les reunió y cuando Ascolini le comunicó la noticia, sus ojos se llenaron de lágrimas y abrazó a Ninette fervorosamente.

Su afectuosidad sorprendió a Landon. La conversión de Ascolini era más fácil de aceptar. Se estaba haciendo viejo, encaraba el gran quizá, se aferraba a las simples certezas de la vida; el orgullo y la ironía resultaban dieta muy magra para los años invernales. Sus pasiones se disciplinaban por la sola atenuación de los años; su astucia nativa y su perversa experiencia maduraban en sabiduría. Pero Valeria era un caso diferente. Todavía está joven, todavía errabunda, iniciada prematuramente en el sabor de las trufas al desayuno; Landon no veía motivos valederos para tan rápida reforma.

Pero de pronto, la comprensión comenzó a alborear lentamente. Esta era la naturaleza de estos seres. Esta era la paradoja esencial de su carácter y de su historia. El viejo cardenal de Bellay los había llamado «peuple de grands enfants… C’est une terrible bête que cette ville-la, et sont étranges cerveaux». «Una ciudad que es una bestia terrible…, niños grandes…, extraños cerebros».

Su propio San Bernardino, un moderno sicólogo del siglo XV, los había caracterizado aún mejor:

«Comprendo la debilidad de vuestro carácter. Abandonáis una cosa y luego volvéis a ella; y viéndoos ahora tan divididos y con tantos odios, creo que, si no hubiese sido porque sois muy muy humanos, hubieseis terminado por haceros un grave daño. Sin embargo, digo que vuestra condición y que vosotros mismos sois muy variables. Y que muy variables sois también en el mal, puesto que pronto volvéis al bien».

Eran seres muy humanos: demasiado humanos para que los espíritus más fríos pudiesen vivir a su lado. Eran violentos por naturaleza, incapaces de transigir. El mismo molde producía al místico y al asesino, al criminal político y al asceta que conquistaba el Reino de los Cielos por asalto.

Allá abajo, el valle se llenaba de sombras, pero el lugar en que ellos se encontraban se hallaba aún bañado de luz, símbolo, pensó Landon, de los sentimientos más cálidos que parecían impregnar la casa de Ascolini. Y se preguntó si no había descubierto por fin la raíz del problema de Rienzi: que comprendía muy poco a Valeria y a su padre, y que pedía mucho de ellos: constancia romana y rectitud formal, cuando todo lo que podían ofrecer era valor, afluencia de pasiones y la insensatez elevada y visionaria de días de antaño.

Trajeron el vino y todos brindaron por una mutua felicidad. Luego Valeria se llevó a Ninette para buscarle un vestido, mientras Landon partía en busca de Rienzi para pedirle una camisa para la cena.

Lo encontró frotándose el sueño de los ojos en un cuarto pequeño que seguramente lo albergaba cuando el ambiente conyugal estaba demasiado frío para resultar agradable.

Rienzi lo saludó alegremente, encendió un cigarrillo y dijo riendo:

—¡Aquí ves la base para un comentario, Peter! Logro un gran triunfo. Mi nombre aparecerá en todos los periódicos, y terminó así: ¡durmiendo en un cuartito sobrante!

—Y haces bien, muchacho. Tienes por delante una velada de significación.

—Ya lo sé —frunció el ceño con desagrado—. No estoy muy seguro de querer encararla.

—¡Tonterías, hombre! Te hará bien, y además, es un gesto muy fino y debes aceptarlo con finura.

—Fue una idea del viejo, por supuesto.

—No, de Valeria.

Rienzi miró a Landon con ojos penetrantes.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Ella y Ninette lo planearon juntas. Ascolini solo telefoneó a los invitados. Lo sé porque me hallaba allí.

—Entonces Valeria está siendo sincera —murmuró malhumorado.

—¿Sincera respecto a qué?

—De un nuevo comienzo. Un intento de rehacer nuestro matrimonio.

—Sí, está siendo sincera. Sabes que no estoy predispuesto a su favor, pero estoy convencido de su sinceridad. ¿Cuáles son tus sentimientos al respecta?

Rienzi masticó la pregunta algunos momentos, y luego se tendió sobre la cama lanzando anillos de humo hacia lo alto. Dijo lentamente:

—Es una pregunta complicada, Peter, y no sé cómo responderla. Siento que algo me ha sucedido y no sé cómo explicarlo, ni siquiera a mí mismo.

—¡Es muy simple, por Dios! Estás agotado, rendido. Has luchado en un caso importantísimo en un momento crítico de tu vida. Ahora solo necesitas reposo y readaptación.

—No, Peter. Es más que eso. Mira —se incorporó sobre un codo y habló ansiosamente—. ¿Sabes cómo me imaginaba este día, el día de mi triunfo? Te lo diré. Exactamente lo que sucedió en la Corte: la decisión, las aclamaciones, las felicitaciones de mis colegas, la sumisión de Ascolini. ¿Y luego? Luego buscaría a Valeria y la tomaría en mis brazos y le diría: «¡Aquí están! He volcado las estrellas sobre tu regazo. ¡Y ahora deja de ser niña, ven al lecho, amémonos y tengamos un hijo!», y ella vendría dichosa y no habría más disputas, excepto las disputas de enamorados que también terminarían en el lecho.

—Eso es exactamente lo que ella desea en este momento. Y si no me crees, inténtalo.

—Lo sé —dijo Rienzi enfáticamente—. No necesito que me lo digas. Pero ¿no comprendes? ¡Soy yo quien ya no quiere! Ya no tengo ese sentimiento. Tú sabes lo que es.

Landon lo sabía, pero no encontró palabras para decírselo a Rienzi, que continuó apresuradamente, explicando sus sentimientos en un borbotón de palabras:

—Cuando yo era un estudiante del primer año de leyes, tuvimos una gran fiesta. Era la noche en que se daban los resultados de los exámenes y yo los había pasado. Nos emborrachamos y cantamos y nos sentimos superhombres. Luego decidimos terminar la velada en una casa de citas, la más grande y lujosa de Roma. ¡Maravilloso! Éramos jóvenes vigorosos, hinchados de éxito. Luego, cuando llegamos allí, ¿comprendes? No había sucedido nada. Yo no tenía miedo ni era inocente.

Pero era todo una transacción tan fría. Eran demasiados los pies que habían pisado ese mismo dintel. Demasiados los estúpidos que habían trepado por las mismas escaleras.

—¿Llegaste a la cama?

—No —rio despectivamente—. No. Caminé hasta mi casa y tomé la mano, de la hija de la casera, que era tan inocente que creía que un beso la haría quedar embarazada.

Su rostro se nubló otra vez.

—Hablando seriamente, es así cómo siento con respecto de Valeria. Ya no me interesa.

Sencillamente, no me interesa. ¿Qué puedo hacer?

—Mentir un poco. Darse tiempo. Si se sopla lo suficiente, las brasas vuelven a dar fuego.

—Pero ¿y si no hay brasas, Peter? ¿Solo carbón y cenizas?

—¡Entonces estás muy mal parado, hermano! Ni la iglesia ni tu país aceptan el divorcio, y tú no tienes talento para una doble vida. ¡De manera que inténtalo, hombre, por lo que más quieras! No eres un niño de pecho. Conoces las palabras precisas y las mujeres se sienten dichosas de creer lo que desean escuchar.

—Tienes razón, por supuesto —se alzó del lecho y frotó el cigarrillo para apagarlo—. Pero miento muy mal y Valeria conoce esas palabras al revés y al derecho. Pero en fin. ¡Vesti la giubba! ¡Vistámonos de colorines y veremos cómo resulta la comedia! Y ahora, veré si encuentro una camisa para ti.

Revolvió en un cajón y extrajo una hermosa prenda de seda color crema, que lanzó a Landon con una mueca.

—¡Lúcela en la boda, amico, y bebe un brindis en honor del desganado novio!

Era un chiste muy malo, pero Landon lo dejó pasar. No era el momento para pronunciar sermones sobre el matrimonio y las alegrías de la paternidad; de manera que también lo dejó pasar.

Agradeció la camisa a Rienzi y regresó al cuarto de huéspedes para prepararse para la cena. Se preguntó por qué Rienzi no había mencionado a Ana Albertini, y se dijo cínicamente que tal vez esa historia de juventud se estaba repitiendo: el hombre avergonzado y la virgencilla tomados de la mano en lo alto de la escalera, mientras el mundo inmenso y sensual seguía su camino.

El primer acto de la fiesta de Ascolini fue un éxito. En el inmenso comedor se sentaron más de veinte personas: magnates locales y sus esposas, un miembro de la Cámara de Diputados, varias eminencias legales, el decano de la prensa de Siena, el Profesor Galuzzi, y una marquesa sorprendente, frágil como figulina de Dresden, que amonestaba a Ascolini con la franqueza de una antigua amante.

Ascolini desempeñó su papel con maestría. Valeria sonreía y dirigía todas las actividades con mano diestra; Rienzi representó su parte con un encanto abstraído que desarmó a los hombres e hizo canturrear de satisfacción a las mujeres. Ninette estaba radiante y sitiada por caballeros ya maduros, que

habían desarrollado demasiado tarde su interés por el arte. Landon tenía pocas disposiciones para este tipo de charada social; y fue rescatado de un aburrimiento más completo por el Profesor Galuzzi que demostró ser un charlador ingenioso y cortés, y un satirista de formidables dimensiones.

Finalizada la cena, ambos portaron sus copas a la terraza y contemplaron la luna que ascendía lentamente sobre los distintos riscos de Amiata. Los ruiseñores de Valeria no cantaban aún, pero Galuzzi era un narrador ameno y Landon no los echó de menos. Inevitablemente, llevó la conversación al asunto Albertini; y después de una mirada cautelosa para asegurarse de que estaban solos, se libró de algunas de sus inquietantes reflexiones:

—Algún día, Landon, este joven Rienzi será un gran jurista. Pero creo que hay una falla en él y no puedo precisarla.

—¿Qué clase de falla?

—¿Cómo puedo definirla? Una confusión, un conflicto que no ha resuelto aún.

—Me parece que el conflicto es evidente. Su matrimonio no es feliz.

He escuchado algo de eso. Es un tema muy comentado. Es fácil observar la incompatibilidad, pero no me refiero a eso. Lo he observado muy atentamente cuando se encontraba hablando con su clienta; una relación curiosa, para decirlo así.

—¿Cómo curiosa?

—De parte de la muchacha —dijo Galuzzi cuidadosamente—, es, digamos, normalmente anormal. La mente desordenada busca un foco para sus facultades disociadas, un alivio a su carga de temores, frustraciones y debilidades. Elige una víctima propiciatoria para su culpa, un protector para su debilidad, un objeto para su amor enfermo. Es esto lo que Rienzi ha llegado a significar para la muchacha. Usted sabe tan bien como yo la forma en que opera este tipo de trasferencia.

Landon dijo con inquietud.

—Creo que Carlo sabe todo esto perfectamente.

—Por supuesto que lo sabe —dijo Galuzzi ácidamente—. Yo se lo advertí.

—¿Cómo recibió la advertencia?

—Muy bien. Y debo decir que su conducta ha sido profesionalmente impecable. Pero es justamente en este punto donde comienza a aparecer la falla: una arrogancia, una actitud de posesión, una sutil convicción de que ejerce una influencia benéfica sobre la muchacha, una excesiva disposición a asumir responsabilidades que no le corresponden.

Landon no podía menos que hacer eco a todo lo que decía Galuzzi. Pero su sensación de culpa le hizo intentar una defensa simbólica de Rienzi.

—¿No es esta una reacción relativamente normal: el primer cliente, el primer caso importante?

—Aparentemente, sí. Pero hay en esto un elemento que encuentro difícil de definir.

Galuzzi paladeó su coñac meditativamente y luego encendió un cigarrillo. Continuó lentamente:

—¿Sabe lo que creo, Landon? Que se trata de la historia de la inocencia y del paraíso perdido.

Ya veo que sonríe, como es natural. Usted y yo somos cínicos, tenemos que serlo en nuestra profesión. Perdimos la inocencia muy temprano y eso generalmente solo se lamenta cuando se llega a viejo. Es una manera de derrochar la vida, puesto que la vivimos retrocediendo al punto de partida. Pero es una manera muy humana, y para la mayoría de nosotros resulta la única forma de aprender a tolerar a los demás y a nosotros mismos. Finalmente, llegamos a perdonar, porque no podemos sobrevivir sin ser perdonados. Aprendemos a agradecer medio pan y a no enorgullecernos demasiado cuando llegamos a la media virtud —rio y extendió los brazos en un gesto amplio—. ¿Para qué darle un sermón sobre la inocencia, Landon? Usted tiene tanta experiencia como yo. Los hombres como usted y como yo podemos descubrir a una virgen a veinte pasos y a un hombre honesto con los ojos vendados. ¡No hay muchos de ellos! El mundo está lleno de vírgenes a medias y de cuasimentirosos.

Su rostro se nubló otra vez y continuó:

—Rienzi no es más inocente que la mayoría de nosotros, pero no ha podido perdonar jamás la carencia de inocencia en sí mismo ni en el mundo. Quiere la luna y también los seis peniques.

Quiere ser amado por una virgen y solazado por una ramera, porque cada una, a su manera, le brinda la ilusión de virtud. Su ambición se nutre y su carrera se basa en los pecados de los otros.

Pero esto no le basta. Tiene que ser, además, el pequeño sacerdote y predicar dulces sermones a su clienta en la cárcel. ¡Un hombre así es impermeable! ¡Y nada puede tocarlo porque todo sirve de alimento a sus espejismos!

—Por el mismo motivo —dijo Landon sombríamente—, nada puede hacerlo feliz.

—De acuerdo. Nada puede hacerlo feliz porque juzga todo a la luz del paraíso perdido.

Bruscamente, Landon encaró a Galuzzi con una nueva pregunta:

—¿Tiene usted la intención de permitir que Rienzi continúe en el futuro viendo a la muchacha?

Galuzzi fumó un momento en silencio y luego respondió lentamente:

—He pensado mucho en eso. No creo que pueda impedir un contacto razonable entre abogado y clienta. Tampoco sé si lo desearía. Hasta ahora Rienzi ha resultado benéfico para la muchacha.

Puede continuar ayudándola durante largo tiempo de manera que he llegado a una transacción.

—¿En qué forma?

—Estoy tratando de trasladar a Ana Albertini a una institución de Castel Gandolfo, vecina a Roma. Por el momento, quedará a cargo de las Hermanas del Buen Pastor, que regentean una institución similar, pero más pequeña, cerca de Siena. Le he dicho a Rienzi que puede visitarla allí en cuanto sea admitida. Luego quiero que se la deje sola por un tiempo, de manera que yo pueda mantenerla bajo mi control y delinear un régimen de análisis y tratamiento.

—¿Qué le pareció esta idea a Rienzi?

—Tuvo que aceptarla, pero no le agradó —Galuzzi se encogió de hombros, tiró el cigarrillo y se irguió, una figura oscura e imponente contra la luna que se elevaba—. ¿Cómo es posible dibujar cuadros para los ciegos? ¿Cómo puede lucharse contra la magia de las vanas ilusiones?

Landon le lanzó bruscamente la última pregunta:

—¿Cree usted que Rienzi está enamorado de la muchacha?

—Amor es una palabra que tiene mucho del camaleón —dijo Galuzzi abstraídamente—. Su color hace juego con una variada gama de experiencias. ¿Quién puede decir, aun cuando lo declaramos más noblemente, que no nos estamos amando a nosotros mismos?

Con ese inquietante pensamiento, abandonaron el tema y entraron a reunirse con los demás invitados.

La fiesta comenzaba a apagarse, fraccionándose en pequeños grupos que, habiendo, agotado su provisión de cortesías, se ocupaban de chismorreos locales y reminiscencias provincianas. Landon rescató a Ninette de un político parlanchín y propuso organizar la vuelta a Siena con el primer grupo que partiese. En ese momento apareció Rienzi con una copa en la mano y rechazó la idea.

—¡Tonterías! No pueden irse todavía. Librémonos de estos relamidos y terminaremos la velada juntos. Más tarde los llevaré yo mismo a Siena.

Sus ojos estaban vidriosos, su voz borrosa y Landon no tenía la menor intención de dejarlo acercarse a veinte metros de un automóvil, de manera que sonrió y dijo:

—¡Esta noche no, Carlo! Estás cansado y estás achispado y es hora de que te vayas a la cama.

—¿A la cama? —dejó escapar una risa de borracho y bebió otro sorbo—. ¡Todos quieren llevarme a la cama! Valeria, el viejo, ¡y ahora tú! ¡Nadie me pregunta lo que quiero yo! ¡Soy solo un potro, eso es todo! Un noble progenitor que debe prestar sus servicios. ¿Sabes lo que quieren que haga? —su voz se hizo estridente y el licor se derramó de la copa sobre el piso lustroso —. ¡Que pueble el lugar de abogados! ¡Grandes abogados, como Ascolini y yo!

Era tiempo de hacer algo. Landon tomó firmemente el brazo de Rienzi y lo condujo hacia la puerta, asintiendo todas sus palabras.

—¡Está bien, Carlo! Nadie desea que hagas lo que no quieras hacer. Ninette y yo estaremos cerca de ti. Pero ahora tienes que serenarte un paco.

—¿Quién quiere estar sobrio? Este es un gran día. ¡He triunfado! ¡Y voy a casarme otra vez!

Landon lo sacó del salón y lo llevaba escaleras arriba, donde nadie podría oírlo, cuando Valeria apareció en el rellano superior. Rienzi se detuvo vacilante y alzó la mano en un saludo grotesco:

—¡Allí está! La noviecilla que desea ser la madre de los Gracos. ¿Cuántos niños quieres, querida? ¿Los tendremos todos a la vez o en cómodas etapas?

—¡Llévalo a la cama, por amor de Dios! —dijo Valeria con amargura, y trató de escurrirse junto a ellos escalera abajo.

Rienzi tendió la mano para asirla, pero Landon lo apartó y lo apoyó contra la balaustrada. Rienzi se sometió con una risa ebria.

—¡Ya ves, amigo; me desprecia! ¿Tú no me desprecias, verdad, Peter? ¡Tú sabes que soy un gran hombre! La pequeña Ana tampoco me desprecia. ¡Yo la salvé, lo sabes! Nadie creyó que podría hacerlo, pero lo hice. ¡Pobre pequeña Ana! Nadie le ha ofrecido una fiesta esta noche.

Se inclinó sobre la balaustrada y comenzó a llorar.

Empujándolo y arrastrándolo, Landon logró hacerlo subir la escalera y entrar en el cuartito, donde lo tendió sobre la cama y le quitó la chaqueta, los zapatos y la corbata. Carlo todavía se lamentaba y murmuraba cuando Landon cerró la puerta y bajó. Ninette lo llamó con un gesto desde la puerta de la

biblioteca y se reunió con ella mientras Ascolini y su hija despedían a los últimos invitados. Ninette lo besó y le dijo:

—Gracias, chéri. Lo hiciste con mucha pericia. Creo que nadie alcanzó a ver gran cosa. Valeria nos irá a dejar en Siena. ¡Pobre! La compadezco sinceramente.

—Es un maldito embrollo, querida. Pero tendrán que aclararlo ellos mismos.

—¿Qué le sucede a Carlo?

—Está cansado. Bebió demasiado. Y está tan confundido como una tortilla de campo.

Le habló de su conversación con Carlo y del inquietante diagnóstico que había formulado Galuzzi. Ninette suspiró y se encogió de hombros con un gesto de desesperación muy francés:

—¿Qué más puede hacerse, Peter? ¿Qué más puede decirse? ¿Hay alguna esperanza para esta gente?

—¡Ninguna! —dijo Ascolini desde la puerta. Se apoyaba contra el umbral, con su cabeza blanca, el rostro grisáceo, y un *smoking* que de pronto parecía quedarle excesivamente grande—. No olvidamos ni perdonamos jamás. Sobre nosotros pesa una maldición. ¡Gusanos en las frutas y gorgojo en el trigo! ¡Regresen a su casa, amigos míos, olvídennos!

Atravesó la habitación con paso lento y vacilante y se derrumbó sobre una silla. Landon le sirvió una copa de coñac, lo bebió de un sorbo y luego permaneció decaído e indiferente, con los ojos fijos en el piso.

Valeria entró apresuradamente, con un abrigo sobre su traje de gala y una valija pequeña en la mano. Estaba blanca de ira:

—Nos vamos, papá. No me esperes levantado. Si Carlo quiere saber donde estoy, dile que he ido a pedirle a Lazzaro que me reciba a su lado otra vez. Dios sabe que no es un premio mayor, ¡pero por lo menos es un hombre!

—No lo hagas, hija, por favor —un último destello de cólera y de animación galvanizó al anciano—. Deja que nuestros amigos se lleven el automóvil. Quédate conmigo y espera un día más.

—¿Contigo, papá? —su voz era aguda, dura y amarga—. Anoche me dijiste que yo debía marchar sola; que tú tenías tu propia vida, y que yo debía vivir la mía y aceptar las consecuencias. ¡Eso es exactamente lo que estoy haciendo! Carlo no quiere tenerme a su lado. Tú estás hastiado de revivir los años muertos a través de mí. De manera que soy libre. ¡Buenas noches, papá!, y a ustedes dos los espero en el automóvil.

Salió sin echar una mirada atrás. Landon sacudió la mano mustia del anciano y murmuró una o dos frases; pero él no pareció oírlas. Solo se movió cuando Ninette lo besó, diciendo suavemente:

—¡Qué Dios te bendiga, hijita! Cuida de tu hombre. Y sean considerados el uno con el otro.

—¿Vendrá a vernos a Roma, dottore?

—¿A Roma? Ah, sí, sí, por supuesto.

Lo dejaron, solo y derrotado en su gran silla y caminaron bajo la luz fría de la luna hasta el lugar donde Valeria los esperaba sentada al volante. Su rostro estaba húmedo de lágrimas, pero no dijo palabra y lanzó el vehículo con peligrosa velocidad a lo largo del sendero y sobre la cinta iluminada por la luna que era el camino hacia Siena. Guardó silencio durante uno o dos kilómetros, guiando vertiginosamente por las curvas del cerro, mientras chillaban los neumáticos y las ruedas exteriores rodaban peligrosamente sobre la grava de la orilla. Luego comenzó a hablar: un monólogo apasionado, en voz baja, que no requería respuesta ni interrupciones.

—… ¡Querido Carlo! ¡El dulce y querido Carlo! ¡El noble muchacho con un gran talento y un gran futuro y la esposa que no lo quiere! No me creían, ¿verdad? ¡Ustedes creían que yo era una fría ramera que se calentaba con todos menos con su marido! ¡Es la música la que engaña a todos!

Música suave para los corazones sangrantes. Nocturnos para los amantes desdeñados. ¡Dios!! ¡Si ustedes supieran todo lo que yo esperaba de ese hombre! Yo era la niñita de papá. Me lo había dado todo y yo le estaba agradecida, pero lo único que no pudo darme fue mi propio yo. No pudo renunciar a él y yo no supe cómo quitárselo… Se trasformó en socio, hasta de mis locuras. Eso es lo que yo quería de Carlo, lo que ustedes dos tienen, lo que me hizo odiarlos: una sociedad. Yo quería que Carlo estuviese a mi lado, que estuviese a mi altura en la cólera y en el amor; ¡que me sometiera para hacerme libre! Pero no era eso lo que él deseaba. ¡No, no era eso! Quería posesión, rendición… triturarme y hervirme y tragarme después para que no quedase nada. ¡No tuvo fuerzas suficientes para hacerlo en una forma, de manera que intentó otra!… La sonrisa triste, la melancolía, los berrinches y la ternura. ¡Llévame de vuelta a las entrañas maternas y déjame roerte el alma como la larva roe la nuez!… —El automóvil se sacudió y patinó al tomar una brusca curva; pero Valeria continuó hablando, indiferente a las protestas de Landon y al grito de Ninette—. Pensé que hoy su vanidad, o lo que sea que lo empuja adelante, estaría satisfecha y que podría ir hasta él como mujer. ¡Pero no desea una mujer! Lo que quiere es una muñeca con quien pueda jugar,

mientras entona canciones de cuna o esparce su aserrín, si se siente fuerte y cruel. Es por eso que se ha prendado de Ana: una pobre joven vacía, hermosa, sin llevar dentro más que lo que él pone allí. ¡Qué se quede con ella! ¡Me siento libre de él… y libre de mi padre! Me pertenezco a mí misma y no me importa demasiado lo que…

Chilló y oprimió el freno ante una masa oscura que salió de una zanja y deambuló a través del camino frente a ellos. Ninette gritó también y se abalanzó sobre Landon. Las ruedas frenaron y patinaron en un círculo enloquecedor, mientras los guardafangos se rasgaban contra el tronco de un álamo de la orilla. Finalmente se detuvieron, lastimados y estremecidos, con el automóvil vuelto hacia la dirección de donde venían. Ninette estaba jadeante y temblorosa, y Valeria se había derrumbado sollozando sobre el volante. Landon fue el primero en recobrarse. Dijo con dureza:

—¡Basta por hoy! ¡Volveremos a la villa!

Valeria no protestó cuando la apartó violentamente del asiento del conductor y tomó el volante.

Todos guardaron silencio durante la ascensión ruidosa y agotadora; y al llegar a la casa, Landon ordenó brevemente a Ninette:

—Llévala a la cama. Quédate con ella hasta que vaya yo ¡Quiero hablar con el viejo!

Ninette abrió la boca para protestar, pero viendo su rostro pálido de furia y sus labios apretados lo pensó mejor y tomando el brazo de Valeria, la condujo sumisa como paciente de hospital escaleras arriba y hasta su dormitorio.

Ascolini estaba aún sentado en la biblioteca, derrumbado sobre su silla, mirando al vacío con una copa de coñac a medio beber a su lado. Landon no lo saludó, sino que se lanzó de lleno en un amargo reproche:

—Esto tiene que terminar, doctor, por completo e inmediatamente. De lo contrario habrá muerte en su hogar antes de que termine la semana. Hace diez minutos, casi nos matamos los tres en el camino. Valeria está desesperada. Carlo está borracho perdido. Y usted se sienta aquí compadeciéndose a sí mismo porque los recaudadores han aparecido por fin y usted no quiere pagar sus deudas. ¡Si lo que ustedes quieren es destruirse, este es el mejor camino para hacerlo!

El viejo alzó su blanca melena leonina y fijó en Landon sus ojos vagos pero hostiles.

—¿Qué puede importarle a usted, Landon, lo que nos suceda a nosotros? Muerte, deshonra, condenación. ¿Qué diablos le importa a usted?

La furia de Landon lo impulsó a continuar. Tendió su dedo acusador ante el rostro del anciano y lo fulminó:

—¡Porque tengo deudas que pagar! ¡Por eso! Deudas con Carlo, con Valeria, con usted. Esta es la única forma en que puedo pagarlas. Es mi última oportunidad. Y también es su última oportunidad. ¡Y usted lo sabe! Aquí es donde todo comenzó: con usted. Si queda alguna esperanza, es usted quien la tiene en las manos. ¡Han llegado los alguaciles, mi querido doctor, y si usted no paga derrumbarán la casa a su alrededor!

Se interrumpió, vertió descuidadamente el coñac en una copa y lo bebió de un sorbo, mientras el anciano lo contemplaba con ojos fríos y resentidos. Finalmente, preguntó con algo de su antiguo humor sardónico:

—¿Y cuál es el pago? ¿Cuál la penitencia de nuestro padre confesor? ¡Soy demasiado viejo para azotarme en el mercado y arrastrarme de rodillas a la misa!

—Usted es viejo, doctor —dijo Landon con suave crueldad—. Pronto estará muerto. Morirá odiado y solo dejará atrás un recuerdo desdichado. Su hija se convertirá en una ramera para vengarse de usted. Y el hombre que podría dar niños a su casa, morirá estéril porque solo el amor puede mostrarle el camino. —Tan rápido Como había aparecido, la cólera murió en él y desvió el rostro con un gesto de desesperanza—. ¡Maldito sea todo! ¿Qué más puede decirse? ¡No hay nada que le parezca a usted digno de su gratitud, nada que pueda darle humildad suficiente para mendigar lo que el resto de nosotros estaríamos dispuestos a pagar a cualquier precio!

Hubo un largo silencio mientras el reloj de la chimenea marcaba los segundos como destructivo escarabajo golpeando la madera. Luego Ascolini se alzó lentamente de su silla, dio un paso hacia Landon y dijo con voz temblorosa de anciano, que aún retenía algo de su dignidad:

—¡Está bien, Landon! Usted gana. El toro viejo se somete. ¿Qué debe hacer ahora?

Lentamente, Landon se volvió hacia él y en su rostro envejecido vio tanto orgullo pisoteado, tanto dolor largo tiempo escondido, que se sintió sofocado por una súbita oleada de compasión.

Dirigió al anciano una sonrisa pálida y torcida:

—El primer paso es el más duro. Después todo se hace más fácil. Un poco de amor, doctor. Un poco de ternura, de compasión, y el valor de decir que se está arrepentido.

—¿Cree usted que es tan sencillo? —En los labios del viejo cínico tembló la sombra de una sonrisa—. Usted exagera mis méritos. Y ahora, váyase a la

cama como un buen muchacho. ¡El hombre tiene derecho a estar solo antes de su última rendición!

Cuando dejó al anciano, Landon salió a la terraza y encendió un cigarrillo. La luna viajaba elevada y mágica sobre las montañas y, desde los escondrijos del jardín, escuchó surgir por primera vez el dulce lamento de los ruiseñores. Permaneció inmóvil, una mano apoyada sobre la balaustrada, mientras el canto plañidero se alzaba y caía en el aire quieto. Era una música fantasmal, que hacía eco a los lamentos de amantes ya desaparecidos y al ardor de pasiones largo tiempo heladas. Era un lamento por las esperanzas perdidas y las ilusiones desvanecidas y las palabras que no se dijeron y que ya no serían dichas jamás. Y sin embargo, había paz en ellos y en la fría absolución del tiempo. La luna palidecía y el ruiseñor se sumiría en el triste silencio de los cipreses, pero en la mañana se alzaría otra vez el sol y despertaría otra vez el perfume del jardín, y mientras se estuviese vivo existía siempre la esperanza de la mañana y de la madurez.

No hacía tanto que había llegado a este lugar obsesionado por la convicción de su futilidad, convencido de que la jerga de su oficio era una especie de encantamiento de hechicero: un pasaporte para la eminencia dentro de su tribu, pero remedio ineficaz para los variados males del alma.

Ahora, y por vez primera, comenzó a vislumbrar una virtud en su práctica, una virtud en la experiencia que había reunido, y tal vez una pequeña promesa de virtud en sí mismo.

Con Ascolini había ganado una batalla y pagado una deuda. Pero quedaban otras batallas por luchar y se sintió agradecido por la restauración que le brindaba esta hora de luna y ruiseñores.

Terminó su cigarrillo y luego subió lentamente hacia la habitación de Valeria.

La halló en cama, apoyada contra las almohadas, con el rostro pálido y los ojos absortos en la dolorosa contemplación íntima de los enfermos. A su lado, sentada en el borde de la cama, Ninette le estaba cepillando el cabello.

Landon se detuvo a los pies del lecho, mirándolas a ambas y buscando las palabras que necesitaba. A Ninette le dijo afectuosamente:

—Quiero que te vayas a la cama, mi amor. Valeria y yo tenemos mucho que hablar. Iré a verte antes de irme a dormir.

Ninette Lachaise asintió con la cabeza, pero Peter captó un rápido destello de resentimiento en sus ojos. Se inclinó para besar a Valeria y luego besó también a Landon.

—¡No tardes demasiado, chéri! —Un toque de cautela desmentía el tono alegre de su voz—. Te esperaré.

Los dejó y Landon se sentó en la orilla del lecho. Valeria Rienzi lo miraba con curiosidad y temor. Landon dijo con indiferencia profesional:

—Ha sido un día duro, ¿verdad?

Los ojos de Valeria se llenaron de lágrimas débiles y angustiosas, pero no respondió. Landon continuó hablando, tanteando alrededor del tema, cuidando de que sus palabras no destruyesen el contacto establecido:

—Sé lo que estás sintiendo, mujer, porque lo siento junto contigo. Conozco el peligro que te amenaza, porque hace muchos años que trato con mentes heridas. Esta noche miraste a la muerte, pero retrocediste en el último minuto. Si de pronto te sientes más temeraria y miras por segunda vez, tal vez hayas esperado un minuto de más. Después de eso. ¡Kaputt! Hay cura para la mayoría de los males, pero no la hay para el beso del ángel negro. Te estás preguntando por qué me preocupa lo que puedas hacer. Te lo diré. Tuvimos una noche, y en ella hubo algo de bueno, porque hubo algo de amor. No el suficiente para toda una vida, pero suficiente para esas horas. ¡De manera que me importa! Y hay algo más. Soy médico. La gente acude a mí con enfermedades del alma y del corazón. Pero la mayoría de ellos viene a mí demasiado tarde, cuando la enfermedad ha hecho presa de ellos y no quiere dejarlos en libertad. Tú no estás enferma aún. Estás lastimada y sola y fatigada en un país de oscuridad. Te estoy ofreciendo una mano para que salgas de él.

Pudo ver la batalla en ella: su necesidad y su orgullo luchando por expresarse. Cerró los ojos y se echó atrás sobre los almohadones sin decir nada. Landon puso una mano firme sobre su muñeca.

—Hay dos maneras de hacerlo, muchacha. Puedes llenarte de sedantes y despertar en la mañana para encontrar a los fantasmas sentados todavía junto a tu lecho. O puedes vaciar tus problemas sobre otra persona que pueda reducirlos a su verdadera dimensión ante tus ojos. Yo, por ejemplo.

Conozco todas las palabras, hasta las groseras —rio suavemente—. No te cobraré nada. Y si quieres llorar, puedo prestarte un pañuelo limpio.

Valeria abrió los ojos y lo miró con dolorido asombro.

—¿Lo dices sinceramente?

—Sí.

—¿Pero qué sucede después? ¿Me recoges y vuelves a armarme pieza por pieza? ¿Llenas todos los espacios vacíos en los que no hay yo?

—No.

—¿Me palmoteas la cabeza y me dices que estoy perdonada, siempre que sea buena en el futuro?

—¿Qué me darás entonces, Peter? ¿Qué me darás, por amor de Dios?

—¡Valor y hombros fuertes! Para lo demás necesitas de Dios Todopoderoso. Pero sin valor tampoco podrás encontrarlo a Él. Es la mejor oferta que puedo hacerte. ¿Quieres hablar o quieres un sedante?

Su resistencia se quebró y estalló en lágrimas y luego en un torrente de palabras, a veces deshilvanadas e incoherentes, a veces trágicamente lúcidas. Landon escuchaba, sugería, sondeaba y se maravillaba, como lo hacía siempre, ante la variedad de rostros que luce cada ser humano: ramera, enamorada, embustera, madre, amante y dama en el espejo, niña sentada sobre las rodillas de su padre para venderle el mundo a cambio de un beso. Una noche, o mil, no basta para leer en uno solo de ellos. Lo que intentaba ahora no era un análisis clínico, sino un acto de simple misericordia: alejar las penas por unas pocas horas, plantar una esperanza que tal vez no sobreviviría a las luces del alba.

Finalmente, el torrente de palabras se agotó y Valeria se tendió sobre las almohadas, exhausta, pero tranquila y deseosa de dormir. Landon se inclinó para besarla levemente en los labios, y ella respondió con un murmullo adormilado. Cansado hasta los huesos, Landon se dirigió a su dormitorio.

Ninette Lachaise dormía sobre su cama, totalmente vestida. Se quitó la chaqueta, los zapatos y la corbata y se tendió a su lado. Ninette se movió, murmuró algo y pasó un brazo sobre su pecho; entonces Landon se durmió también, con los labios de Ninette acariciando su mejilla. Al despertar, Ninette ya no estaba a su lado y era otra vez mediodía en Toscana.

Cuando Landon bajó, encontró que la villa estaba bañada en un resplandor de triunfo y de unidad familiar. La criada cantaba mientras limpiaba los muebles; el viejo portero silbaba al rastrillar la grava del sendero, Ninette y Valeria cortaban flores en el jardín, mientras Ascolini y Carlo Rienzi bebían café en la terraza, examinando un montón de periódicos y de telegramas de felicitación. Lo saludaron sonrientes. Ascolini pidió café para él y luego se lanzó a un recuento entusiasta del éxito de Carlo.

—Es magnífico, Landon, como una noche de gala en la ópera. Lea usted mismo lo que dicen.

«Victoria forense». «Reivindicación de los más nobles principios de la justicia». «Nueva estrella en el firmamento legal». No he visto, cosa semejante en estos últimos veinte años. Y estos —señaló hacia los telegramas —: Nuestros colegas romanos están encantados. Desde este momento, Carlo

puede elegir entre una docena de casos importantes. Estoy orgulloso de él. Me ha obligado a tragarme mis palabras, pero me siento orgulloso de él.

Rienzi enrojeció de placer. Su rostro había perdido su expresión contraída y ansiosa, y se lanzó también en volubles cumplidos:

—¡Este éxito también te pertenece, Peter! Sin tus consejos no podría haber logrado tanto. Tengo mucha suerte al tener tales maestros, y créeme que lo sé bien.

Luego se disculpó con torpeza juvenil:

—Siento mucho lo sucedido anoche. No había comido en todo el día y me embriagué totalmente.

Ascolini rio con indulgencia.

—¡Una bagatela, muchacho! Olvídalo. He visto a hombres mejores que tú que han debido ser llevados a la cama después de ocasiones menos importantes. Además, lo que debemos considerar es el futuro. Cuando usted llegó, Landon, Carlo y yo discutíamos la posibilidad de una sociedad.

Todavía no estoy dispuesto a retirarme del todo, pero lo estaré pronto. Y entonces, Carlo podrá quedarse con toda la clientela. Pero aún puedo darle algunas lecciones, ¿verdad, hijo?

Entre ellos reinaba una armonía tan manifiesta, que Landon se preguntó por un segundo si no habría exagerado el drama de la noche anterior. Luego Rienzi dijo con bastante indiferencia:

—Galuzzi me telefoneó esta mañana. Hoy trasladan a Ana donde las Hermanas del Buen Pastor.

Me dijo que podría visitarla hoy. ¿No querrías acompañarme, Peter? —sonrió excusándose y agregó—: Ya sé que te he pedido mucho, Peter, créeme. Valeria me contó que Ninette y tú piensan casarse, y sé que quieren partir lo antes posible. Pero te agradecería que hicieras a Ana una última visita profesional.

—Por supuesto, si lo deseas, aunque no creó que pueda agregar nada a los conocimientos de Galuzzi. Es un buen siquiatra. En tu caso, tendría una gran confianza en él.

—Lo sé, pero, después de todo, es un funcionario del Estado. Me gustaría contar con una opinión extraoficial.

—¿Qué pensará Galuzzi de mi visita?

—Ya la ha aprobado. Acompáñame, Peter, por favor. Podemos partir a las tres y estaremos de regreso a las cinco.

—Valeria y yo cuidaremos de Ninette —dijo Ascolini—, y esta noche cenaremos todos juntos y los despediremos con nuestra bendición.

Todo era tan sencillo, tan fácil, que Landon estuvo a punto de no ver su significado. Rienzi necesitaba estar a solas con la muchacha. Ascolini necesitaba a Ninette en calidad de aliada ante Valeria. Galuzzi había tenido la astucia de desear un monitor para esa primera entrevista crucial entre el abogado y la clienta a quien había iniciado en el incierto camino de la libertad. Todos lo utilizaban; y no quedaría libre hasta que abandonase con Ninette este hogar de almas atribuladas para refugiarse en los verdes cerros de Frascati.

En el aire flotaban los primeros toques otoñales, mientras Landon y Rienzi se dirigían al Hospicio del Buen Pastor por el camino de Arezzo. El buen humor de Rienzi lo había abandonado, dejándolo quisquilloso y preocupado. Al llegar a los primeros riscos, condujo el automóvil fuera del camino y lo detuvo en una hendidura que descendía abruptamente hacia un valle oscuro y silvestre.

Allí sacó cigarrillos, encendió uno para Landon y otro para él, y comenzó a hablar en el tono nervioso y entrecortado del hombre que se ha visto privado largo tiempo de toda intimidad:

—Tenemos tiempo para conversar, Peter. Hay varias cosas que quiero discutir contigo.

—Adelante.

—Primero, Valeria. Lamento mucho y me avergüenzo de lo que sucedió anoche. Pero en el fondo, lo que dije era la verdad. Ya no siento nada por ella. Ahora más que nunca necesito de un matrimonio satisfactorio. Sé muy bien lo que va a suceder. Mi carrera ascenderá Como un globo.

Tensión, exigencias, trabajo del cual no hay retroceso. Sin amor en mi vida, estaré gastando sin poder reponer lo que lleva a la bancarrota. Una querida comprensiva resultaría una ayuda, pero no la tengo. Me siento muy solo, Peter. Me siento viejo y cansado.

Su autocompasión irritó a Peter, pero recordando su deuda, trató de mostrarse comprensivo.

—Escucha, Carlo: este tipo de reacción es muy natural. Acabas de alegar un caso dificilísimo. Es lógico que el péndulo oscile del triunfo a la depresión. No te precipites. ¿Por qué no haces otro intento para entenderte con Valeria?

El rostro de Rienzi se endureció y negó con la cabeza.

—Hemos olvidado las palabras, Peter. Para mí ha habido demasiadas noches en un lecho helado.

Para ella, demasiados lechos. ¿Cómo podemos recomenzar después de eso?

Landon le dio primero la respuesta de Ninette:

—Alguien tiene que dar el primer paso y decir que lo siente. Sugiero que lo hagas tú.

—¿Y después? ¿Cómo puedo borrar lo que hemos desperdiciado, y nuestras heridas, y todos esos recuerdos?

Landon le dio entonces otra respuesta, tan ruda y grosera como su cólera le dictaba:

—¡Pues vives con ellos, hermano! Vives con ellos y aprendes a agradecer lo que has salvado. ¡Maldita sea, Carlo! ¡Ya no eres un chico! ¿Qué pretendes? ¿Un libro nuevo todas las noches, con las páginas sin cortar y sin nada escrito en ellas además? ¿Una virgen cada vez que te acuestes y que la gente vitoree cuando en la mañana exhibas las sábanas? ¿Qué es lo que te atrae tanto en esto, por el cielo? Es algo que no sobrevive a la mañana… ¡y tedioso, además!

—¡Al menos no has olvidado las palabras, Peter!

—Tampoco las has olvidado tú. Ni Valeria.

—Temo que no puedes comprender —fumó en silencio algunos segundos y luego continuó con más calma—: Me haces poco favor, Peter. No voy a lanzar mi gorra al viento. No voy a perseguir a las modelos en la Vía Veneto. No sirvo para eso, aunque lo desearía. Aunque no lo creas, casi me he resignado a mi situación. El matrimonio conveniente es una antiquísima institución nuestra.

Valeria puede hacer lo que quiera mientras lo haga con discreción. En cuanto a mí, empiezo a vislumbrar un propósito en mi vida. No totalmente satisfactorio, tal vez, pero por lo menos en parte.

—¿Ana Albertini?

—Sí. Dentro de tres años estará libre. Durante este tiempo debe ser preparada para ingresar en el mundo de todos los días. Y cuando lo haga, necesitará un ambiente de interés y de afecto que la reciba.

—¿Y tú crees poder brindárselo?

—Sí.

—¿A qué precio?

—Menor del que he pagado por lo poco que tengo ahora.

—¿Quieres saber mi opinión? —la voz de Peter era helada.

—Es justamente por eso que te estoy hablando, Peter.

Necesito, hoy más que nunca, contar con tu amistad.

—¡Entonces, por el amor de Dios, escucha lo que tengo que decirte como amigo!

Se interrumpió y concentró sus fuerzas por un momento, y luego comenzó a hablar lentamente, persuasivamente, sabiendo que su última deuda debería ser pagada ahora o nunca.

—Déjame explicarte primero, Carlo, que yo no estoy de acuerdo con aquellos de mis colegas que afirman que toda aberración humana es un símbolo de enfermedad mental. Creo, Como me parece que lo crees tú, que el hombre es un ser responsable dotado de libre albedrío. Pero no hay motivos para confundir esta afirmación. Hay enfermedades morales tanto como mentales. En el mundo existe la maldad. Existen también la depravación deliberada y la excesiva indulgencia. Y existe también una enfermedad especial que es consecuencia de todo esto: un estado de fuga, una huida del conocimiento de la propia culpabilidad, un esconder la cabeza bajo las mantas para escapar a los picotazos de las Furias.

Es por eso, que la siquiatría moderna se divide en dos escuelas. Los deterministas dicen que el hombre no es responsable de sus actos. Por lo tanto, al revelarle el origen de su mal, se recuperará al perdonarse a sí mismo. Tú eres abogado. Puedes imaginarte dónde nos lleva esta posición: a la noción absurda y destructiva de que el mal lleva en sí su propia absolución. La otra escuela afirma más razonablemente, que al revelarse la causa de su mal el hombre debe recibir una esperanza de absolución, pero que también debe ser impulsado hacia una autorreforma —se interrumpió y rio con cierto aire de disculpa—. ¿Te estás preguntando a qué viene esta conferencia, Carlo? Dios sabe que no soy un santo. Comprendo perfectamente cuando estoy actuando mal, y lo mismo te sucede a ti, y ahora estás actuando mal al negar el perdón a Valeria, mientras lo exiges para ti. Sabes que estás preparando el camino a una acción aún más dañina, de manera que estás creando la ficción de que puedes absolverte mediante el mismo acto que te condenará: tu relación con Ana Albertini.

—Me estás mintiendo, Peter —dijo Carlo Rienzi fríamente.

—No te estoy mintiendo, créeme —suplicaba ahora, y el conocimiento de su propia culpa le prestaba una apremiante humildad—. Escúchame, Carlo, y piensa por un momento en Ana. Ganaste su caso basándote en la tesis que tú y yo elaboramos: que en el momento del asesinato ella se hallaba mentalmente enferma, desprovista de sentido moral y de responsabilidad legal por el choque emocional de la muerte de su madre. Esto puede haber sido así. Pero podría ser igualmente cierto que era una persona responsable, que tuvo conciencia de su culpa, y que después del acto (después del acto, recuérdalo) se proyectó en un estado de fuga en el cual ha permanecido desde entonces.

Piensa en eso por un momento. Y habiendo una leve posibilidad de que esta sea la verdadera versión, considera dónde nos lleva. Ana se aferra a ti porque eres el único que continúa absolviéndola, como lo hiciste ante la Corte en sentido legal. Esta puede ser la razón por la cual no siente pesar por su marido: ¡porque él la rechazó y no la perdonó!

—¡Ese es un pensamiento monstruoso!

—Monstruoso, es verdad —dijo Landon sosegadamente— y las consecuencias son aún más monstruosas. Podrías ser tú el que le quite toda esperanza de una cura total.

—No comprendo.

—Permíteme que te lo explique entonces, Carlo.

Landon quiso poner una mano amistosa sobre el hombro de Carlo, pero este se apartó con resentimiento ante el contacto.

—Créeme, hombre. Quiero ser absolutamente sincero contigo. No estoy tratando de asustarte, con fantasmas. Esta es mi profesión, así como la ley es la tuya. Todo el éxito de la siquiatría depende del deseo del paciente de buscar su curación, porque comprende que está enfermo.

Opondrá cierta resistencia al tratamiento, por supuesto, pero si su angustia es lo bastante aguda, llegará a cooperar excepto, por ejemplo, en los casos paranoicos, en los cuales la mente se cierra totalmente a la razón. En el caso de Ana Albertini no hay angustia, no hay sensación de necesidad.

Mientras te tenga a ti, está curada, de manera que su mente se cierra a todo otro interrogante. Tú la has perdonado. Por lo tanto, está totalmente perdonada, de manera que la fuga continúa y tú, Carlo, ¡tú, mi amigo!, eres su compañero en la huida.

—Pero solo —dijo Carlo con ironía forense— solo en caso de que tu intuición esté en lo cierto, y en la Corte probaste a los jueces que no lo estaba. ¿En qué posición quedas entonces, Peter?

—En la misma —dijo Landon enfáticamente— pero por un motivo diferente. Tú te has convertido en un apoyo necesario para su enfermedad. Continuará aferrándose a ti. Aceptará cualquiera condición, cualquier tipo de relaciones que le impongas, pero jamás podrás librarte de ella. Y si le fallas.

Se interrumpió y dejó que su pensamiento flotara entre ellos como una nota discordante.

Rienzi insistió cáusticamente:

—¿Y si fallo, Peter?

—La muerte ya le es familiar —dijo Landon sombríamente—. No le inspira temores y resuelve todos los problemas. Se matará o te matará.

Ya estaba dicho: ese pensamiento intempestivo. Muerte en la baraja, muerte escrita sobre la mano de un hombre, demasiado ciego para verla. Landon lo dejó digerir sus palabras unos segundos y luego le preguntó:

—¿Me crees, Carlo?

—No —dijo Rienzi—. No te creo.

Echó a andar el motor, condujo el auto hacia el camino y enfiló otra vez entre los cerros hacia el Hospicio del Buen Pastor.

En las últimas horas de la tarde, Alberto Ascolini admitió su capitulación final ante su hija y ante Ninette Lachaise. Se sentó con ellas en un largo banco de piedra, que miraba a una fuente en la cual un fauno danzarín tocaba la gaita y jugueteaba entre los surtidores. Por primera vez en su vida, el abogado no pensó en el montaje de la escena ni en la retórica de su oficio. No trató de persuadir ni de dominar la ocasión sino que permaneció sentado, apoyado sobre un bastón, con un sombrero campesino posado sobre la cabeza blanca, pronunciando la primera y la última retractación de su carrera de charlatán.

—Es así como termina todo, hijas mías. Me imagino que así está dispuesto que todo deba terminar: un viejo insensato, sentado en el jardín junto a las mujeres. Antes temía llegar a esto. Hoy veo por primera vez que quizás haya un placer en hacerlo. Hace muchísimos años, cuando yo era joven, los signori de esta villa atravesaban San Stefano en sus carruajes al dirigirse a Siena. Tenían cocheros y postillones, y las mujeres, que a mí me parecían princesas, se llevaban el pañuelo a la nariz mientras cruzaban la aldea. Recuerdo que yo era un pilluelo con la nariz llena de mocos y el trasero salido de los pantalones, que chillaba pidiendo monedas, mientras el cochero me lanzaba latigazos. Hace mucho tiempo; pero lo recordaba mes tras mes, año tras año, mientras emergía del basural. Algún día tendría un coche y la mujer con el pañuelo de encajes sería mi mujer, y me sentaría con gran pompa en la ópera y cabalgaría en el Corso de Roma y besaría manos en los salones. Logré todo eso, ya lo saben ustedes. He comido con reyes y presidentes y he entrado a recepciones con una Princesa real prendida. ¿Y ahora qué? No puedo decir que todo eso sea polvo y cenizas. No puedo decirlo. ¿Una época dorada? Sí. Pero a menudo soñaba con el pilluelo con la nariz llena de mocos y tendía la mano para hacerlo subir a mi coche, pero nunca pude tocarlo.

Tampoco pude escapar de él. Volvía siempre y nunca supe si se burlaba de mí o si me estaba culpando, de manera que por él tomé venganza contra el mundo al cual había trepado, incluyéndote a ti, Valeria, hija mía. He tardado largo tiempo en comprender que era una venganza contra mí mismo también. Cuando me casé con tu madre, yo era pobre y ambicioso y la quería. Cuando

fui famoso y buscado, lamenté mi matrimonio. En ti traté de rehacerla tal cual yo la había deseado.

Cosa extraña. Ella sabía más que yo. Me dijo muchas veces que el precio era demasiado alto y que cuando lo hubiese pagado lo lamentaría. Eres tú, hija mía, lo que más lamento. Tenías razón al decir que te he hecho pagar todo lo que te he dado. ¡Nada a cambio de nada! Fue la lección más amarga que tuvo que aprender mi pilluelo. Nunca pudo creer en las cosas gratuitas: en el beso que no se paga, ni en la mano tendida al vecino caído en la zanja. La ha aprendido ahora de ti, Ninette, y aun de ese cabeza dura de Landon. Pero tú, Valeria, has tenido que pagar por la lección —su voz se hizo entrecortada y se sonó violentamente—. Perdóname si puedes, hija. Y si no puedes perdonarme, al menos cree que te quiero.

—Es suficiente, dottore —dijo Ninette Lachaise suavemente—. Basta con el amor. Y con que Valeria sepa que existe.

Alzó el viejo sombrero de paja y besó al anciano en la frente, rozándole la mejilla con su mano fresca. Luego los dejó, a Valeria con sus lágrimas, al abogado con sus pesares, bajo la luz restauradora del último sol de verano.

Y ahora —dijo el anciano en el estilo vivo y pragmático que le era habitual— ahora nos secamos los ojos y vemos si hemos aprendido algo. ¿Sabes que ahora te digo la verdad, Valeria?

—Sí.

—Entonces veamos qué se puede hacer con tu matrimonio. Dime sinceramente cuál es el problema.

—Valeria Rienzi alzó su rostro estragado y lo miró inexpresivamente:

—Es evidente, papá. He sido una estúpida y Carlo necesita algo que yo no puedo darle.

—Admitiremos tu estupidez —dijo Ascolini con su antigua sonrisa sardónica—. La guardaremos bajo llave y la haremos salir de vez en cuando para recordar que no debemos caer otra vez en ella. ¿Pero, qué te sucede con Carlo? ¿Qué quiere?

Valeria se encogió de hombros lastimosamente:

—Me gustaría saberlo: ¡Una madre, tal vez, o una noviecilla recién salida de las monjas!

—Ya tiene la noviecilla —dijo Ascolini cínicamente—. Pero no le servirá de nada porque estará encerrada durante tres años. En cuanto a la madre, no lo conseguirá a menos que encuentre una viuda clueca con un busto formidable.

—No bromees, papá. Esto es serio.

—¡Ya sé que es serio, hija! —el anciano se mostró otra vez irritable—. Pero no necesitamos alzar las manos al cielo y lamentarnos por toda la ciudad. Hay que hacer algo.

—¿Por ejemplo?

—Esa muchacha, Ana Albertini. No le des importancia. Si Carlo quiere pasearse por los jardines del convento con la chica de un brazo y en el otro una monja en calidad de perro guardián, déjalo.

—Ya se fastidiará. La compasión es una dieta demasiado pobre para un hombre de treinta y cinco años. Si desea probar con la viuda o con una pollita de café, no te des por aludida. Trágate el orgullo y tómalo tal como es, y mientras lo tengas, ve si puedes convertirlo en algo mejor. Se ha hecho otras veces, y tienes materia prima sobre la cual trabajar. Ya lo viste, en la Corte. Era otro hombre. Tú eres una mujer. Tal vez puedas hacerlo ser ese mismo hombre en la cama. Escucha, hija —se volvió hacia ella y aprisionó sus muñecas entre sus manos viejas y poderosas—: Siempre hay uno que besa y otro que vuelve la mejilla. A veces el que vuelve la mejilla aprende a gustar del sabor de los besos. Y vale la pena intentarlo, ¿no te parece? Ya te has divertido lo suficiente. Y después del verano viene el otoño. Y si no resulta, ¿qué habrás perdido?

—Nada supongo. Pero, tú comprendes, papá. Me siento sola: Tengo miedo.

—Espera a que tengas mi edad —dijo Alberto Ascoli— ni con una sonrisa. El último invierno, cuando sepas con certeza que no habrá otra primavera. ¡Valor, muchacha! ¡Ve a componer tu rostro y veremos qué zanahorias podemos desenterrar para el noble borriquillo con quien estás casada!

El Hospicio del Buen Pastor alzaba su mole gris sobre una extensión de huertas, labrantíos y cipreses oscuros. Su aspecto era imponente, una gran muralla de piedra coronada de clavos y vidrios quebrados, verjas de hierro forjado reforzadas con una tupida malla de alambre, y tras ellas el Hospicio mismo, sólido como una fortaleza con barrotes en las ventanas y una antena de televisión que se elevaba incongruente sobre sus antiguas tejas. Un portero anciano abrió las verjas y alzó una mano en un saludo desganado. Un par de asiladas que arrastraban los pies por el césped se volvieron a mirarlos con ojos vidriosos e indiferentes. Una monja joven, arremangadas las mangas del hábito, cortaba flores seguida de un grupo de mujeres que vagaban a la ventura, como gallinas en el corral. Landon se sintió invadido por una vaga opresión, al considerar toda la miseria apiñada en este lugar, último refugio de

los que, por acto de Dios o por sus propios errores, habían fracasado en sus relaciones con la vida.

Y sin embargo, no todos los equivocados se hallaban tras las barras. Había demasiados, que, como Carlo Rienzi, se creaban situaciones cargadas de posibilidades explosivas y destructoras. De la noche a la mañana, Rienzi se había visto trasformado en un personaje, y arrojado a la luz fangosa de la eminencia, pero el ojo perspicaz podía descubrir ya cómo los pilares y baluartes de su personalidad comenzaban a debilitarse. Las grietas se hacían evidentes: esa peligrosa inclinación hacia la complacencia y el engaño de sí mismo. Cuál sería la dirección en la cual caería, era un tema abierto a toda especulación, pero Landon estaba convencido de que declinaría inevitablemente en la dirección de Ana Albertini.

Aun para un hombre de sensualidad mediana, la asociación con una atrayente mujer de veinticuatro años estaba llena de peligros. Si a eso se añadía el carácter de la muchacha, su forzada dependencia, su falta de madurez, su capacidad para llegar a decisiones trágicas, ya estaban reunidos todos los elementos para el melodrama clásico. ¿Cuántas veces puede estallar el mundo? La respuesta aparecía muy clara ante los ojos de Landon, más clara de lo que lo había estado jamás: tantas veces como un hombre decida rechazar las sencillas reglas pragmáticas de la experiencia humana y arbitrar su propio destino sin respeto al deber, a la obligación ni a su naturaleza de animal dependiente.

Los griegos tenían una palabra pira esto: Némesis. Retribución. La catástrofe última e inevitable en la cual el hombre hace caer sobre su cabeza las cimas del mundo. El problema estriba en que también se rompen otras cabezas, y el provocador de la catástrofe no sobrevive para componerlas.

Landon masticaba aún este bocado insípido cuando la Hermana Portera, una mujer de rostro equino, ojos suaves y sonrisa incierta, les abrió la puerta. Los condujo a la sala de visitas, una estancia grande y desmantelada provista de sillas de respaldo alto y de estatuas gemelas del Sagrado Corazón y de Nuestra Señora de Lourdes, perfumado todo por un vago olor a incienso y a cera para pisos. La Hermana Portera salió luego en busca de la Madre Superiora.

Landon se sintió abrumado ante la posibilidad de pasar un par de horas en esta atmósfera ascética, pero Rienzi lo tranquilizó con una sonrisa inesperada:

—No te preocupes, Peter. Esto es solo para acondicionarnos a cierta piedad. La mantienen para los capellanes y los médicos y las visitas de los obispos. Cuando venga Ana, me imagino que nos permitirán pasar al jardín.

—Gracias a Dios —dijo Landon secamente Rienzi le dirigió una sonrisa pesarosa de muchacho.

—No te enfades demasiado conmigo, Peter. Después de todo, soy yo quien debo tomar esta decisión y cargar con las consecuencias, buenas o malas.

—¿Tú crees, Carlo? —Landon estaba aún irritado—. Si es así, entonces harás lo que quieras. Yo parto mañana. ¿Para qué diablos me preocupo?

—Quiero que sigamos siendo amigos, Peter —dijo Carlo Rienzi—. Te tengo gran afecto. Pero eso no quiere decir que deba estar siempre de acuerdo contigo, ¿verdad?

—El hombre que alega su propia causa tiene a un estúpido por abogado, Carlo. Un hombre que quiere ser su propio médico es aún más estúpido. Ya te he dado mi opinión. No puedo obligarte a actuar de acuerdo con ella. Ahora dejemos esta discusión como buenos chicos.

En ese momento apareció la Madre Superiora: una mujercilla gris, con un rostro de delicada estructura que hizo recordar a Landon la marchesa de Ascolini. Tenía aire de gran dama, nacida para ejercer autoridad, y Landon pensó que debía ser una Superiora realmente formidable.

Cuando Rienzi dijo su nombre, la monja lo saludó efusivamente:

—Seguí su caso con gran interés, señor Rienzi. Los hombres de mi familia han estado relacionados con las leyes durante largos años. De manera que tuve especial interés. Su alegato fue magnífico.

A Landon extendió una cortesía más formal.

—Nos alegramos de tenerlo aquí, señor Landon. El Profesor Galuzzi se refiere a usted con gran respeto. Si usted desea visitarnos alguna vez para conocer nuestros métodos o conversar con nuestro personal, será bienvenido.

Landon se inclinó agradeciendo y la Madre Superiora continuó con lo que era evidentemente un exordio muy bien preparado.

—Estamos todos muy interesados en el caso de Ana, señores. Ya saben ustedes que ingresó aquí hoy en la tarde, y no hemos tenido con ella ninguna de las dificultades habituales con las nuevas pacientes. El Profesor Galuzzi ha dado instrucciones en el sentido de que debe permitírsele la mayor libertad y responsabilidad posible. Tendrá todos los privilegios concedidos a nuestros pacientes avanzados: una habitación personal, tiempo para leer y coser, una hora diaria de televisión y algunos cosméticos. Ya saben ustedes que estos son privilegios especiales, pero si nuestras asiladas se muestran ordenadas en sus hábitos y obedientes en sus actividades, no hay razón para negárselos.

En cuanto a las visitas, hay un día normal de visitas al mes. Sin embargo, el Profesor Galuzzi sugiere que por el momento es mejor para Ana que se le fije un día de visita cada seis semanas. Si sus progresos son satisfactorios, volveremos a la regla habitual.

Muy bien tramado, pensó Landon. Galuzzi tenía la mente clara y los ojos penetrantes; y en esta mujercilla gris encontraba un poderoso lugarteniente. La Superiora continuó con su voz viva e impersonal:

—También tenemos otra regla que ha resultado muy útil. Los visitantes generalmente son acompañados, discretamente, por supuesto, por una de nuestras Hermanas. Sin embargo, como el señor Landon se encuentra aquí con usted, creo que prescindiremos de esta costumbre.

Rienzi pudo terciar por primera vez en la conversación y dijo ansiosamente:

—Usted sabe que tengo gran interés personal por Ana. Si puedo hacer algo para que se sienta más feliz, no tiene más que llamarme.

La Madre Superiora sonrió indulgente.

—Le aseguro, señor Rienzi, que recibirá la mejor atención. Nuestro personal médico es competente y dedicado. El Profesor Galuzzi nos visita constantemente. Nuestras Hermanas están entrenadas para mantener una disciplina razonable mientras brindan a las pacientes el mayor afecto posible. Puede ser que Ana le parezca hoy algo inquieta. Es natural. Es su primer día y se siente nueva y extraña pero se habituará rápidamente. También es una muchacha joven y saludable y seguramente su confinamiento la irritará de tiempo en tiempo, y echará de menos la compañía del sexo opuesto. Pero estamos acostumbrados a vigilar estas reacciones y a prevenirlas —se puso en pie y se alisó las faldas del hábito—. Si ha traído usted algún obsequio para Ana, me gustaría verlo ahora.

Confuso como un colegial, Rienzi exhibió sus paquetes: una caja de chocolates, una cinta para el pelo, un medallón religioso colgado de una cadenilla de oro, una caja de costura: La anciana monja los dejó pasar todos con una sonrisa, pero insistió en quitar las tijeras de la caja de costura.

—… no a causa de Ana, señor Rienzi, sino por el peligro de que caigan en otras manos.

Rienzi se sonrojó excusándose.

—Lo siento. No pensé en eso.

—Pero usted ha pensado en todo lo demás, señor Rienzi. Ana es muy afortunada al contar con su apoyo.

En ese momento, Ana Albertini entró vacilante en la habitación y Rienzi le tendió la mano ansiosamente, saludándola:

—¡Ana, querida! ¡Me alegro de verte!

—Y yo a usted, señor Rienzi.

Sus formales palabras y el apretón de manos desmentían el placer que se leía en sus ojos.

Rienzi la presentó a Landon.

—¿Recuerdas al señor Landon, Ana? Te ayudó mucho, antes y durante el juicio.

—Por supuesto —le dedicó una sonrisa cautelosa—. El señor Landon fue muy bondadoso conmigo. No lo olvidaré.

—Tienes buen aspecto, Ana. Sé que te sentirás feliz aquí.

La muchacha guardó silencio y la Madre Superiora terció vivamente:

—Tengo que irme. Tengo mil cosas que hacer. Lleva a los señores al jardín, Ana, hasta ese lugar donde viste decir sus plegarias a las Hermanas —se explicó con una sonrisa para Landon—. Es el jardín de las Hermanas. Allí estarán más cómodos. No serán interrumpidos por las asiladas que vagan por los jardines. Antes de partir, Ana los traerá aquí para que se sirvan una taza de café.

Cuando la monja salió de la estancia, Rienzi le enseñó sus obsequios y mientras los admiraba, Landon observó a Ana Albertini. Iba vestida como todas las asiladas, con un vestido de algodón gris de mangas largas y abotonadas y con un cinturón de paño cosido al vestido. Llevaba medias negras y zapatos negros. Su cabello estaba más corto y lo había atado en la nuca con una cinta azul. Sus manos se movían inquietas, pero su rostro lucía aún esa expresión de calma y de reposo clásico que le había llamado la atención en su primer encuentro. Ahora había en él más color y más animación en los ojos y en la voz. Sus gestos eran reprimidos, sus movimientos estudiadamente modestos, de manera que parecía más una novicia que una prisionera cumpliendo su sentencia por asesinato.

A pesar de sus anteriores juicios sobre Rienzi, Landon tuvo que admitir que en este primer momento de reunión no pudo ver más que inocencia. No había signos de sensualidad, ni siquiera el contacto de una mano o una mirada que sugiriera intimidad o complicidad. Ana tuteaba ahora a Rienzi, pero el observador más receloso no hubiese tenido qué reprochar a su tono o a su inflexión.

Pasado su primer entusiasmo. Ana apiló sus obsequios sobre una silla y condujo a los dos hombres al jardín. Caminó entre ellos, reservada como una

novicia, recordando con ingenuo placer los detalles de su primer día después del proceso.

—Todos fueron tan buenos conmigo. En San Gimignano me prepararon una comida especial y las enfermeras obtuvieron permiso para conversar conmigo. Una de ellas me peinó. Otra me trajo un libro de oraciones. En la mañana me permitieron pasear sola por el jardín y la esposa del alcaide me dio una taza de café. Todos decían que yo había sido muy afortunada y que lo que usted había hecho por mí era maravilloso. Me sentí muy orgullosa. Aquí me han dado un cuarto muy agradable.

Las ventanas tienen barrotes, pero hay cortinas con flores. Y todo es muy blanco y limpio. La Hermana Eulalia me llevó a caminar y me mostró unos gatitos nuevos en el cobertizo del jardinero.

Me contó historias muy cómicas sobre la gente que vimos. Y esta noche habrá un concierto con unos famosos cantantes de Roma.

La primera impresión de Landon fue la de su extrema simplicidad, su preocupación por asuntos triviales, de su contentamiento con el ambiente estrecho de una existencia enclaustrada. Pero cuando Rienzi comenzó a interrogarla sobre lo que leía, sobre lo que prefería hacer para pasar el tiempo, sobre los programas que había visto en la televisión, Landon captó un destello de una inteligencia viva aunque limitada, y de un raciocinio adecuado.

Por primera vez expresó interés en lo que haría después de salir en libertad. Una vez había presenciado una exhibición de modas y se preguntaba si podría llegar a ser modelo. Si esto no resultaba, creía que le gustaría estudiar taquigrafía. Quiso saber si podría aprenderla en el Hospital.

Hizo preguntas sobre el trabajo de Rienzi y de Landon, y sus preguntas, aun siendo elementales, eran totalmente razonables.

El método que Rienzi empleaba con ella era magnífico. Sondeaba su interés, lo estimulaba con preguntas y luego llenaba los espacios vacíos en sus conocimientos. Su charla era variada, pero eludía todos los temas que pudiesen traerle insatisfacción o revivir antiguos recuerdos de su vida infantil o matrimonial. Hacía chistes y reía de lo que Ana le contaba. Y todo el tiempo caminaba separado de ella, con las manos entrelazadas a su espalda, como un padre complaciente visitando a su hija en el colegio.

Pero Landon sentía que algo faltaba en este cuadro. Era demasiado plácido, demasiado sobrio.

Su patetismo estaba demasiado disminuido, su diseño era demasiado moderado. En él no había nada que justificase las alocadas esperanzas de Rienzi, ni sus propios temores ni su importancia para la misma Ana. Landon

no pudo creer que esta fuese una función en su beneficio. Rienzi era un mal actor y Ana no había sido advertida de su visita.

Pero de pronto, Landon comenzó a comprender. Esta no era toda la representación, sino solo un preludio, una entrada ritual hacia otra etapa de su comunión. Vio, o creyó ver, lo que hacía necesario algo como esto. En naturaleza, educación y experiencia, se hallaban tan alejados como los polos se verían con poca frecuencia y por ratos muy cortos, lo que les haría imposible llegar rápidamente a un alto grado de comprensión. La muchacha estaría amortiguada por las diarias disciplinas de la institución. Rienzi tendría que disciplinarse a sí mismo para que las exacerbaciones de su vida no lo llevasen a indiscreciones, de manera que cada uno de sus encuentros comenzaría así: palabras lentas para rozar la superficie de sus pensamientos dormidos, una lenta pavana por los senderos del jardín. ¿Hacia dónde?

Su caminata los llevó finalmente hasta un pequeño muro de piedra, interrumpido por una verja de mimbre que se abría sobre el recinto privado de las Hermanas: un campo de *croquet*, protegido por apretados arbustos, y en un extremo, más íntimo aún, un jardín sumido, una lagunilla con peces y un santuario a Nuestra Señora de Fátima.

Era aquí donde acudían las monjas a recrearse y a rezar el Rosario en el fresco de la tarde. Este era su refugio de las ingratas labores del Hospicio y de la instrucción de las enfermas que recorrían los parques.

—Aquí —dijo Ana súbitamente— aquí siento por primera vez que soy libre. No libre como lo era antes sino como lo seré algún día.

No miraba a sus acompañantes, sino alrededor del jardín y sobre las copas de los cipreses hacia el cielo pálido en el que rondaba un halcón, solitario en el aire quieto. Sus ojos brillaron y su rostro se trasfiguró con un rápido resplandor de vitalidad.

—¿Ven a ese allá en lo alto? Cuando yo era una chicuela en San Stefano, lo llamaban el ladrón de gallinas. ¿Saben cómo lo llamo yo ahora? Lo llamo Carlo. Da vueltas y vueltas allá arriba durante horas y parece que no fuese a bajar jamás. Entonces, de pronto, se deja caer como una piedra —se volvió a Landon, sonrojada y riendo—. ¡Igual que Carlo! Todo el tiempo que estuve en la cárcel, todo el tiempo que duró el juicio, parecía estar a millas de distancia, confundido entre los grandes. Y ahora, ¡mire!, está conmigo en el jardín.

Landon lanzó una rápida mirada a Rienzi, pero este se hallaba examinando una rosa, con la minuciosidad de un botánico.

La muchacha rio otra vez con burla infantil.

—Carlo no cree que es un halcón. Le gusta aparentar que es una cigüeña vieja y sabia, de largas patas y con una larga nariz de abogado adornada por un par de lentes. ¡Debería haber escuchado los sermones que me daba cuando venía a verme! Se parecía mucho a la Madre Superiora. «Ana debe ser una buena chica. Ana debe hacer lo que le ordenan. Debe estudiar sus lecciones y ser ordenada y paciente y cooperadora».

—Ana es una chica afortunada —dijo Rienzi fríamente— pero se ríe de lo que no debe.

—¡Tú mismo me dijiste una vez que necesitaba reír!

—Lo sé pequeña…

—¡No soy una niña! Soy una mujer. Es lo que quieres que sea, ¿verdad? Me lo repetiste constantemente durante el juicio. ¡Y ahora me llamas pequeña!

Lo dijo con petulancia, como si fuese una queja antigua, pero luego permaneció abatida y mordiéndose las uñas, esperando el reproche de Rienzi.

Esta vez se mostró más blando; le sonrió benévolamente y dijo:

—Lo que te repito, Ana, son las cosas que te harán libre. Has salido mejor librada de lo que creímos posible. Tres años no es un tiempo excesivo y pasarán rápidamente si vives cada día por lo que brinda en sí. Este es un buen lugar. Las Hermanas son bondadosas. Si te muestras obediente y no les das trabajo, tal vez podamos hacerte salir de aquí antes. Y eso no es cosa de broma.

—Pero he estado encerrada tanto tiempo. Ahora quiero volar como el ladrón de gallinas. Quiero volver a usar ropas hermosas y mirar los escaparates de las tiendas y.

—Ya lo sé. Ya lo sé —su voz se hizo suave y canturreante—. Pero yo vendré a verte todas las veces que sea posible. Te traeré obsequios. Verás como los días pasan más y más rápidamente.

Además, se necesita de todo un invierno para hacer las flores de primavera, pero al fin aparecen.

Ana estaba ahora pesarosa, como un niño calculador que pide miel solo para conseguir una caricia. Dijo humildemente.

—Lo siento, Carlo. Trataré de ser mejor. Quiero que estés contento de mí.

—Ya lo sé, Ana. Ahora olvídalo como una buena chica y hablemos de otra cosa.

Para Landon fue una experiencia incómoda, algo así como tropezar en las escaleras con una pareja apasionada. Ana estaba seduciendo a Rienzi mediante la compasión, mientras él luchaba por mantener la torpe ficción de

una solicitud paternal. No sabía cuanto tiempo podrían mantener este estado de cosas. Parecía que habían practicado estas actitudes durante cierto tiempo, y tal vez habían desarrollado una tolerancia poco común para este galanteo por mutuo engaño. Pero tarde o temprano, uno de los dos desfallecería, el cuento de hadas se abriría por todas las costuras y entonces, ¡gorras al viento y un infierno por pagar!

Landon ya estaba harto, pero lo soportó durante otra media hora, paseando con ellos por el campo de *croquet*, escuchando su charla, añadiendo de vez en cuando alguna banalidad, y observando con cuánta facilidad inconsciente se ceñían a las convenciones de esa relación tan poco convencional. Finalmente, sugirió a Rienzi que era hora de partir. Rienzi miró su reloj y dijo con resentimiento:

—Bien, si crees que es necesario. Pero pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a ver a Ana.

Ana se mostró aún más recalcitrante. Posó una mano apremiante sobre el brazo de Rienzi y suplicó:

—¡Por favor, Carlo! Antes de irte, ¿podemos hablar un minuto a solas?

—¿Me lo permites, Peter?

Par supuesto que se lo permitía. Se alegraba de librarse un rato de ellos. Fumaría un cigarrillo y caminaría otros diez minutos mientras ellos cambiaban los secretos que pudiesen tener con la Madonna del jardín sumido.

Rienzi condujo a Ana a los escalones de piedra que separaban los dos recintos y cuando la dejó al otro lado, volvió hasta Landon con algunas palabras apresuradas:

—Lo siento, Peter. Todo esto tiene que ser muy tedioso para ti. Pero ya ves lo que sucede. Es su primer día aquí; está muy inquieta, y me sentiría muy culpable si la dejase desasosegada. Trata de tener paciencia. No tardaré mucho.

Culpable o inocente, Landon tenía que decírselo. Una vez fuera de las verjas del Hospicio, su amor camaleónico cambiaría otra vez de color y se introduciría en el casillero marcado «grandes ilusiones», un lugar alto y secreto, fuera del alcance de la razón. Aprisionó con mano firme la muñeca de Rienzi y le advirtió:

—Carlo, eres mi amigo y tengo que decírtelo. Estás pisando sobre huevos. Diga lo que diga, haga lo que haga, esta muchacha está enamorada de ti, y tú estás comenzando a sentir algo por ella. ¡Retírate ahora como un hombre sensato! Dile adiós y vámonos. ¡Por favor, Carlo!

Trató de zafarse, pero Landon lo sujetó mientras Rienzi lo fulminaba con una amarga invectiva:

Si hoy no has comprendido la verdad, Peter, no lo harás jamás. Tienes una mente sucia. Ya me has dicho todo esto antes. Y esta última vez colmó la medida. ¡Suéltame, por favor!

—Una cosa más, Carlo.

Tuvo en la punta de la lengua su charla con Galuzzi y las sospechas que este alimentaba. Luego lo pensó mejor. ¿Para qué diablos hacer de verdugo de un hombre que estaba trenzando su propia cuerda? Landon se encogió de hombros y lo soltó. Rienzi caminó rápidamente y se perdió de vista en el jardín mientras Landon se instalaba bajo un árbol de otoño y fumaba un cigarrillo insípido.

Fumó otro y un tercero. Paseó por el prado durante diez, quince, veinte minutos. Entonces, totalmente exasperado, partió en busca de Rienzi y de Ana. En cuanto puso el pie en los escalones de piedra, escuchó sus voces, y por primera y última vez en su vida jugó a espiar por la cerradura.

Rienzi y Ana estaban sentados en un banco de piedra en un rincón frente al santuario. Estaban cara a cara, separados por el largo del banco, pero Ana tenía tomada la mano de Rienzi y suplicaba:

—Me has dicho muchas veces que nadie puede vivir sin amor, Carlo, cualquier tipo de amor. Ya sé que estás casado, así es que no debo pedirte ese amor. Pero no soy una niña, de manera que tampoco debes ofrecerme esa clase de amor. ¿Qué tenemos entonces, Carlo? ¿Qué puedes darme que me mantenga viva en este lugar?

Landon no veía el rostro de Rienzi. Pero pudo captar su desazón, y su esfuerzo por esquivar la respuesta, en su blanda voz de maestro.

—Significas mucho para mí, Ana, querida… por muchas razones. Por todas esas semanas que tuve tu vida en mis manos. Eras y eres aún mi recompensa. Por supuesto que tengo un gran afecto por ti.

—¿Eso es todo?

Era la voz que Landon había escuchado primero en la cinta magnética ética del Profesor Galuzzi: muerta, opaca, sin inflexiones.

Rienzi protestó débilmente:

—No, Ana. Sabes que no lo es. Pero del resto no estoy totalmente seguro. Creo que no podría expresarlo en palabras.

—Pero yo tengo palabras: te amo, Carlo.

Rienzi se estremeció, pero aún trató de no contrariarla, como se hace con un niño.

—Amor es una palabra muy grande, Ana. Quiere decir cosas diferentes en diferentes oportunidades. La forma en que me amas hoy puede ser muy diferente de la forma en que me ames mañana.

—¿Me quieres tú, Carlo?

Landon lo vio vacilar un momento y luego sostenerse:

—Te quiero, Ana.

Pero ella aún no estaba satisfecha. Lo apremió insistentemente, tomando sus manos recalcitrantes y llevándolas a su pecho.

—¿Cómo me quieres, Carlo? ¿Cómo?

Era el último foso y Rienzi lo sabía. Landon pudo sentir como se concentraba buscando las palabras que eran sus últimas defensas contra ella.

—Aún. Aún no lo sé, Ana. Es por eso que debes tener paciencia conmigo. Necesito tiempo.

Ambos necesitamos tiempo para conocernos; no en la crisis de un juicio, ni en este lugar, sino en el mundo exterior, el mundo normal. Lo que hay entre nosotros necesita crecer naturalmente, Ana, como una planta. Si la flor resulta diferente a lo que nosotros esperábamos, no será menos hermosa por eso, y siempre nos será beneficiosa. ¿Puedes comprenderlo?

Para sorpresa de Landon y evidente alivio de Rienzi, Ana lo aceptó. Vaciló un momento y luego dijo con su vocecilla infantil:

—Sí. Comprendo. Creo que podré sentirme feliz. ¿Quieres darme un beso de despedida?

Rienzi la miró durante un largo tiempo; luego acunó su barbilla entre las manos y la besó levemente en los labios, con ternura conmovedora, pero sin vestigios de pasión. Luego la soltó y se puso de pie.

Perpleja y desilusionada, Ana lo miró a la cara quitando una pelusa de su solapa con dedos nerviosos.

—Hiciste eso como si yo fuera una niña.

Rienzi sonrió gravemente y dijo:

—¡No, Ana! Eres una mujer. ¡Una mujer muy hermosa!

—¡Entonces bésame como si lo fuera! Hazme sentir como una mujer. ¡Una sola vez, una sola vez!

Landon quiso gritarle que no lo hiciera, pero lo retuvo la vergüenza. Al momento siguiente, la muchacha se hallaba en los brazos de Rienzi y se besaban como amantes apasionados, mientras la Madonna de mármol los contemplaba silenciosa y cualquiera de las monjas podía gritar su ruina sobre los tejados.

Entonces, sin nada que lo anunciara, sucedió. Con un solo gesto convulso, Ana apartó violentamente a Rienzi. Su rostro era una máscara contorsionada de terror y de odio. Mientras Rienzi la miraba, incrédulo, dejó escapar un alarido histérico y agudo:

—¡La están matando! ¡La están matando!

Y al minuto siguiente arañaba el rostro y los ojos de Rienzi con la furia de un tigre, mientras aullaba una acusación demencia:

—¡Tú fuiste! ¡Vi la mataste! ¡Tú, tú!

Necesitaron de todas sus fuerzas para conducirla de vuelta al Hospicio, donde Cuatro fornidas monjas la ataron en una camisa de fuerza y se la llevaron. La Madre Superiora los miró con ojos penetrantes y recelosos y llamó a una Hermana para que curara el rostro lastimado de Rienzi.

CAPÍTULO NOVENO

Diez minutos más tarde, en la helada estancia en que aún se apilaban los obsequios de Rienzi, la pequeña monja gris los encaró con la fría pregunta:

—Y bien señores, ¿cómo sucedió?

Carlo Rienzi era un gran abogado, pero ahora se hallaba en el banquillo y necesitaba de un defensor. Antes de que pudiese abrir la boca, Peter Landon se apresuró a explicar:

—Creo que probablemente yo vi más de lo sucedido que el señor Rienzi, Reverenda Madre. Los tres nos hallábamos juntos en el jardín. El señor Rienzi estaba despidiéndose de Ana y yo me hallaba a tres pasos de distancia, mirándolos. Ana parecía perfectamente normal, pero cuando el señor Rienzi le tendió la mano, ella le echó los brazos al cuello y trató de besarlo. El señor Rienzi la apartó suavemente y le dijo que no hiciese tonterías. Entonces ella comenzó a gritar que era él quien había dado muerte a su madre. Inmediatamente después lo atacó.

Landon rogó desesperadamente por que la narración sonase tan horrorizada e ingenua como había tratado de hacerla. En este momento, esa dama de cabellos grises tenía el poder de vida o muerte sobre el abogado Carlo Rienzi, y Landon estaba seguro de que lo condenaría sin misericordia si sospechaba la verdad. De manera que, por precaución, agregó una opinión profesional:

—Es un asunto trágico, Reverenda Madre, pero, hablando profesionalmente, no estoy excesivamente sorprendido. Tanto el Profesor Galuzzi como yo estábamos preocupados por ciertos elementos inestables en el caso de esta muchacha. Sé que el Profesor Galuzzi esperaba investigarlos a fondo mediante el sicoanálisis profundo. Si me permite usar el teléfono, creo que llamaré a Galuzzi desde aquí.

La Madre Superiora lo miró con ojos fríos y especulativos, y luego, aparentemente satisfecha, se volvió hacia Rienzi:

—Señor Rienzi, ¿está usted de acuerdo con la versión del señor Landon sobre lo ocurrido?

Convulso como estaba, Rienzi aún era un buen abogado. Sabía que una mentira a medias es peor aún que una completa. Su respuesta fue enfática y convincente:

—Es exactamente como sucedió.

La Madre Superiora asintió y luego dijo con voz enérgica y decisiva:

—Temo que esto no termine aquí. Ustedes saben que las pacientes que las Cortes nos confían son pupilas del Estado. Todo lo que les sucede debe ser objeto de un informe oficial. Necesitaré declaraciones juradas de los dos. Cuatro copias. Cada copia con certificado notarial.

Tiene que estar convencida, pensó Landon agriamente; de otro modo sabría que los estaba obligando a un perjurio y las conciencias de las dignas Hermanas eran demasiado tiernas para esa ironía voluntaria.

Carlo Rienzi murmuró algunas palabras de pesar, pero la Madre Superiora las acalló con un ademán. No tenía tiempo para lamentaciones. Su vocación era el cuidado de las mentes enfermas y Ana Albertini estaba enferma irrecuperablemente. Condujo a Landon por un pasillo desnudo y resonante, y telefoneó al Profesor Galuzzi desde su oficina.

Dio su informe con la voz clara y precisa de un oficial, y luego pasó el teléfono a Landon. Para él resultó un alivio escuchar la voz seca y académica de Galuzzi al otro lado de la línea.

—De manera que ha sucedido antes de lo que esperábamos, ¿verdad, amigos? Bien, tal vez sea mejor así… para todos: La Madre Superiora me dice que usted estaba allí y que lo vio todo.

—Así fue.

—¿Supongo que es su versión la que acabo de escuchar? —en la pregunta de Galuzzi había aguda ironía.

—La Madre Superiora le transmitió exactamente lo que le dije. Lo atestiguaré en un informe oficial. Sorpresivamente, Galuzzi se echó a reír.

—Nuestro joven abogado es afortunado en sus amistades. Es claro que su informe como testigo presencial cerrará el asunto, pues tiene todo el peso de su reputación profesional. Sin embargo, si usted tiene tiempo en los próximos días, me agradaría beber una copa de vino con usted… y tal vez hablar de nuestra paciente.

—Se lo agradezco mucho —dijo Landon—, más de lo que puedo decir. Pero parto de Siena dentro de un par de días. Voy a casarme.

—¡Felicitaciones! —dijo Galuzzi cordialmente—. Hace usted bien —continuó secamente—. La señorita Lachaise es una mujer encantadora y ya es hora de que usted se distraiga un poco. Buena suerte, amigo mío. Vaya con Dios.

—Buena suerte a usted también —dijo Landon suavemente—. Y gracias.

La anciana monja lo miró con ojos astutos y experimentados.

—De manera que su caso ha concluido, señor Landon. El mío recién está comenzando. Gracias y buenos días.

Landon condujo el automóvil fuera de las verjas y las escuchó cerrarse con estrépito. Mientras ascendían desde el valle hacia el camino real, Rienzi permaneció acurrucado en silencio junto a él, tocando con los dedos las lastimaduras de su rostro y mirando al camino con ojos inexpresivos.

Después de un lapso, se irguió levemente y dijo:

—Gracias por lo que hiciste, Peter.

—Olvídalo.

—No puedo decirte cuánto lo lamento.

—Olvídalo también.

Landon no pudo haber dicho menos, pero no tuvo ánimo para decir más. Sabía que si Rienzi pronunciaba una palabra de autocompasión, detendría el automóvil y le rompería la nariz y lo haría caminar de regreso hasta Siena. Comprendía lo que el hombre estaba sufriendo. Estaba dispuesto a cometer perjurio para salvarle el cuello. Pero el recuerdo de Ana Albertini, totalmente perdida, atada en un saco de lona y enviada al olvido, lo perseguiría largo tiempo.

Caía el crepúsculo cuando llegaron a la villa Ascolini. Todos estaban vistiéndose para la cena; de manera que Landon instaló a Rienzi en la biblioteca con una botella de *whisky* y un sifón, y subió apresuradamente en busca de Ninette. Ella lo escuchó en silencio y luego lo regañó firmemente:

—Sé que estás enfadado, chéri, pero no puedes dejarte llevar ahora. Sé lo que te perturba tener que cometer perjurio. Estoy de acuerdo en que has pagado todas tus deudas. Pero no podemos atenernos solo a créditos y débitos. Esta es una crisis para Carlo y tienes que ayudarlo a superarla.

—¿No crees que ya es hora de que se ayude a sí mismo?

—¿Te parece que es capaz de hacerlo en este momento? —Sus manos le acariciaron el rostro—. Peter, Peter, ¿no comprendes? Lo que ha hecho hoy debe parecerle un asesinato.

—¿No fue precisamente eso, querida?

—¿Quién sabe, chéri? ¿Quién sabe cuánto se necesitaba para desequilibrar la balanza de Ana? ¿Quién sabe si no habría sucedido antes si no hubiese sido por Carlo? No lo juzgues, Peter. No hoy.

No todavía.

No pudo resistirse más. La tomó en sus brazos y la besó y capituló con una sonrisa cansada.

—Está bien, mi amor. ¿Qué quieres que haga?

—Deja a Carlo a mi cargo por un rato. Ve a hablar con Ascolini y con Valeria.

—¿Te parece prudente contárselo?

—Imprescindible.

Landon no estaba tan seguro; pero en el fondo todo le era indiferente. Pocos minutos más tarde, Ninette bajó a la biblioteca en busca de Carlo y Landon caminó por la galería para hablar con el doctor Ascolini.

El anciano recibió las noticias con bastante calina. Hizo un rápido recuento de las posibilidades legales y, después de asegurarse de que Rienzi y Landon aparecían libres de todo cargo, se encogió de hombros y dijo tranquilamente:

—Para la muchacha, por supuesto, es algo terrible. Para nosotros, para todos nosotros, puede ser la merced que hemos estado esperando. Carlo está solo ahora. Tal vez vuelva a Valeria.

—Tal vez. No parece tener otro lugar donde ir.

El anciano miró a Landon inquisitivamente.

—Está ya harto, ¿verdad, mi amigo?

—Más que harto, créame. Nos despediremos esta noche, doctor.

Ascolini asintió con gravedad.

—Tiene usted razón, por supuesto. Si le digo que le estoy agradecido, diré muy poco. Permítame decirle que todas sus deudas con Carlo están pagadas y que ahora somos nosotros los deudores.

Nunca he cometido perjurio por hombre alguno, aunque a menudo he jurado en falso a las mujeres.

Pero eso es diferente. Le doy las gracias, Landon, y le deseo suerte. Creo que usted será un buen marido para Ninette y sé que Ninette será perfecta para usted. Y ahora, sea bueno y déjeme permanecer aquí. Bajaré a ver a Carlo dentro de algunos minutos. ¿Qué le dirá a Valeria?

—La verdad —dijo Landon enfáticamente—. ¿Qué otra cosa? Estamos al fin del camino.

Cuando hubo trasmitido las noticias a Valeria, esta hizo eco de su pensamiento:

—Dices bien, Peter. Es el fin del camino. Si esto no nos une quiere decir que no hay esperanzas.

Nos separamos y seguimos sendas diferentes. Hay límites para toda diferencia.

Era necesario hacer una pregunta y se la hizo sin rodeos:

—¿Cómo ves esta unión?

—Solo con amor, Peter —su voz era decidida—. No quiero fríos convencionalismos. No espero mucho. Ni siquiera pido un trato de igualdad. Pero sí pido que haya un poco de amor por ambas partes, un ocasional toque de pasión. ¿Sobre qué otra cosa podríamos construir?

—Sobre ninguna otra. ¿Amas a Carlo?

—Puedo empezar a quererlo, creo.

—¿Te ama él?

—No lo sé. Pero deberá decírmelo esta noche.

—¿Crees que lo sabrá esta noche?

—¡Ahora o nunca! —Se volvió hacia el espejo y continuó cepillándose el cabello—. Te veré abajo, Meter… Y cuando te vayas no me des un beso de despedida.

Peter regresó a su cuarto, se echó sobre la cama y cerró los ojos. Estaba agotado, pero no podía descansar aún. Según sus propias cuentas, había cancelado todas sus deudas y estaba en libertad de partir. Pero aún había una última exigencia y no tenía valor para hacerle frente inmediatamente.

Permaneció tendido, sintiéndose vacío y tratando de ordenar sus pensamientos.

No era Carlo Rienzi el que había llegado al fin del camino. También Peter Landon había llegado a una conclusión y a un nuevo punto de partida. Durante largo tiempo se había visto envuelto, sabiéndolo o no, en las anatomías diversas y delicadas del amor y de la justicia: en las lealtades del uno y las legalidades de la otra. Había descubierto que aunque ambos eran posibles, ninguno era perfecto.

A ambos se llega por conflicto y contradicción. El amor se afirma en el contrato matrimonial; pero el contrato no basta para preservarlo. Se presume que la justicia es defendida por las diversas disposiciones del código. Pero aunque se clame por ambos con mil voces, aunque se entregue a mil abogados mil expedientes, no es posible obtener amor ni justicia sin la búsqueda lenta y

meticulosa del bien y del mal, el sondeo tras la verdad, la poda implacable del error y el egoísmo.

Una vida de esfuerzos y aun así la labor no está terminada. El amor es una flor de delicada mantención; la justicia una fruta de meticuloso cultivo. La flor se marchita y la fruta se cae si se halla en manos de un jardinero negligente. Y los hombres (¡Dios se apiade de sus almas!), son descuidados con lo que se les ha confiado: el amor por el cual vivirían felices y la justicia por la cual vivirían seguros, a dos pasos del caos.

Con este pensamiento perturbador, se alzó de la cama, se mojó la cara, se pasó el peine y bajó.

Encontró a Ascolini y a Valeria conversando con Ninette frente a la puerta cerrada de la biblioteca. Ninette parecía ansiosa y tensa y sus ojos estaban hinchados de llorar. Cuando Landon le preguntó por Rienzi sacudió la cabeza:

—No puedo decirte nada, chéri, porque no lo sé yo misma. Durante un rato fue algo espantoso.

Nunca he visto a un hombre más angustiado. Me contó todo, las cosas más secretas de su vida.

Luego se sentó en el suelo con la cabeza sobre mis rodillas y no habló más. Ahora está tranquilo, pero no sé lo que está sintiendo o pensando. Ahora quiere vernos a todos.

—¿Dijo por qué?

—No. Solo que quería vernos a todos.

Permanecieron unos segundos irresolutos, examinándose los rostros. Finalmente, Valeria se encogió de hombros y empujó la puerta de la biblioteca.

La primera visión de Carlo Rienzi los hizo detenerse a todos. Parecía haber envejecido diez años en un par de horas. Su rostro estaba lívido y contraído, y sus ojos ardían como los de un hombre que sufriese altas temperaturas. Se hallaba apoyado contra la chimenea de mármol como si el menor movimiento pudiese hacerlo caer.

—Hola, Carlo —dijo Valeria dulcemente.

—Hola, Valeria.

Después hubo una pausa. Rienzi los miró vagamente, parpadeó y sacudió la cabeza como para espantar las últimas huellas de una pesadilla. Luego dijo con voz pareja e inexpresiva:

—Me alegro de que estés aquí, Valeria. Me alegro de que nuestros amigos estén aquí. Quiero decirles algo a todos.

Landon vio que Valeria luchaba contra un súbito impulso de piedad, pero permaneció en su lugar y esperó que Rienzi continuara. Rienzi comenzó entonces a hablar:

—Esta noche soy un hombre vacío… No soy nada ni tengo nada. He hecho una cosa horrible y ni siquiera puedo sentirme culpable. Ni siquiera puedo sentir lo que les estoy diciendo ahora. Solo sé que quiero sentirlo y que quiero que ustedes lo crean, porque nunca podré decirlo otra vez. No siento pesar por mí mismo; pero lamento lo que he hecho y lo que he sido… contigo, Valeria, con tu padre, con Peter, con Ninette. Esto les parecerá extraño viniendo de un hombre que no puede sentir nada, pero debe decirse. Los quiero a todos. Espero que me perdonen y que me dejen marchar en paz.

«Dios mío —pensó Landon—, no puede ser verdad».

Pero era verdad, y tan evidente, que Landon se preguntó por qué no rompían todos a reír. El abogado Rienzi alegaba su propia causa en un alarde de charlatanería mayor del que presentaría jamás ante una Corte. Estaba pidiendo precisamente lo que se estaba negando: el derecho de continuar compadeciéndose a sí mismo, el derecho de imponer sus propias condiciones a la vida, y a tener siempre un pecho sobre el cual llorar. Nunca pronunciaría un alegato más hábil… ni uno más indigno.

Landon creyó que además había vencido, cuando vio que Valeria avanzaba un paso hacia él, con las manos tendidas. Pero se detuvo abruptamente y le preguntó con voz nítida y fría:

—¿Dónde irás, Carlo?

Se volvió hacia ella con aire ausente y dijo casi excusándose:

—No debes pedirme que te hable de eso. Ya te he causado suficientes sufrimientos. Pero te prometo que no habrá más problemas —rio temblorosamente—. Hoy le dije a Peter que no sabía las palabras. ¡Extraño! Resulta que las he sabido siempre. Solo que las estoy diciendo demasiado tarde, Ese ha sido siempre mi problema. Un hombre demasiado pequeño que creció demasiado tarde.

Lo siento.

Landon casi esperó escucharle decir: «La defensa ha terminado». Pero Rienzi era demasiado hábil para hacerlo, y además estaba agotado, como los actores después de una gran representación.

Se apartó trabajosamente de la chimenea y comenzó a avanzar con paso lento y arrastrado hacia la puerta. Entonces la voz sonora de Ascolini, distinta como una trompeta, lo desafió:

—¡Estupideces, muchacho! ¡Todas esas malditas palabras son estupideces! De manera que has hecho el ridículo. ¡Todo hombre tiene ese derecho! Pero no tienes derecho de descargar sobre nosotros esa confesión sensiblera. ¡Domínate, hombre! Llora en las tabernas, si tienes que hacerlo, o en los burdeles. ¡Pero en esta casa te yergues como un hombre y cierras la boca!

Por un momento, Rienzi se puso lívido y se tambaleó bajo el impacto, luego, en un curioso momento de transformación, su rostro pareció endurecerse y lo que podría haber sido una sonrisa tembló en sus labios exangües. Alzó una mano parodiando un saludo y dijo:

—Usted es mejor abogado que yo, doctor. ¡Siempre lo será!

Se le doblaron las rodillas y Landon lo tomó mientras caía hacia adelante. Luego lo llevó sobre los hombros hasta el cuarto de huéspedes. Lo echó sobre la cama y lo dejó en manos de Valeria. Sin decir nada, esta comenzó a desatar los zapatos de Rienzi, mientras dirigía a Landon una sonrisilla amarga.

Landon agradeció su discreción. No era aficionado a los discursos y no soportaba los actores borrachos. Pero Carlo Rienzi era un gran actor, lo que en un abogado es un talento y, para algunas mujeres, un sustituto aceptable de la virilidad. Por lo menos Valeria lo estaba aceptando sin ilusiones. O quizás estaba creando una nueva: ya que el amor es una diosa ciega, hermana de la que lleva en las manos una espada desnuda y una balanza en equilibrio, atisbando bajo su venda hacia las comedias representadas en su nombre.

—Es hora de partir, Peter —dijo Ninette Lachaise—. Hora de ocuparnos de nosotros mismos.

Hemos permanecido demasiado tiempo en esta ciudad.

Se hallaban juntos en la terraza de la villa, contemplando el nacimiento de la luna y escuchando el primer canto solitario de los ruiseñores. El valle se extendía pálido bajo la luz lunar y sobre las almenas de los montes vieron las punzadas de las primeras estrellas. La tierra se había entregado a la noche, y también para Landon había llegado el momento de la entrega. Atrajo a Ninette hacia sí y habló con una dulzura que le era nueva:

—Te quiero, muchacha. Nunca creí que pudiese querer tanto a alguien. ¿Pero estás segura de que deseas arriesgarte junto a mí?

—Siempre es un riesgo —dijo Ascolini a sus espaldas—. Pero solo los más sabios lo comprenden. Váyanse a casa ahora, amigos. Háganse bendecir por la Iglesia si lo desean, pero háganlo rápidamente. El tiempo es un don precioso, y nadie lo sabe mejor que yo.

Les entregó las llaves del automóvil y luego extrajo de su bolsillo dos hermosos volúmenes antiguos, uno de los cuales puso en manos de Ninette, con esta sardónica dedicatoria:

—Para ti, querida. Todas las cosas que tu hombre siente por ti, pero que no será capaz de decirte porque es un hombre prosaico que solo conoce la jerga clínica. Son los sonetos de Petrarca a Laura, y el libro fue hecho por Elzevir; Es un regalo de bodas. Con él va mi corazón. Y todo mi amor.

Ninette echó los brazos al cuello del anciano y lo besó. Ascolini la estrechó largamente y luego la apartó con suavidad.

—Llévesela, Landon, antes de que me arrepienta y la arrastre hasta el altar. ¡Esto es para usted, amigo mío! —Entregó a Landon el otro volumen, hablando volublemente—: Es un Aretino. ¡Los Sonetos Lujuriosos! ¡Usted tiene edad suficiente para gozar de ellos, pero no para necesitarlos! —Los tomó del brazo y los condujo apresuradamente a través de la terraza y hacia el automóvil—. ¡No más palabras! ¡Nada de largas despedidas! ¡Me hacen recordar la muerte y ya tengo mucho que me la haga presente!

Mientras seguían el sendero que serpenteaba hacia las verjas, pudieron verlo, solitario y gallardo, en la terraza, con la melena de león plateada por la luna, escuchando el lamento de los ruiseñores.

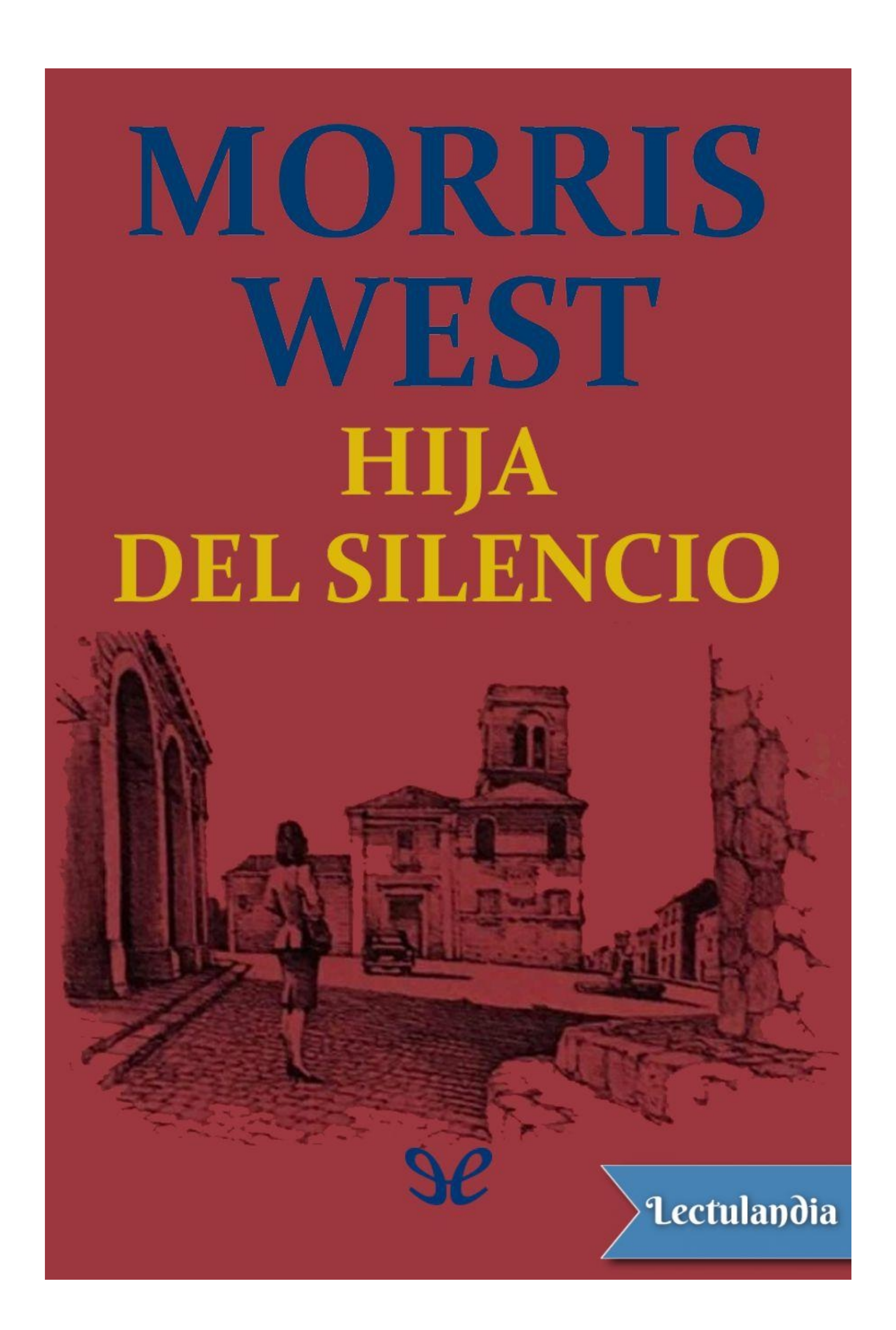


MORRIS LANGLO WEST (Melbourne, 1916 - Sídney, 1999) fue un escritor australiano. Se educó en una comunidad religiosa (cristiana) en la que iba a ingresar, pero que finalmente abandonó antes de jurar los votos solemnes. La educación eclesiástica y teológica de Morris West y el conocimiento profundo de esta comunidad en la que se crio le proporcionaron un enfoque amplio y verídico para la ambientación de varias de sus novelas.

Estudió Idiomas Modernos y Matemáticas en la Universidad de Melbourne. En 1943 tras concluir el servicio militar se convirtió en secretario de William Morris Hughes, en ese momento ex Primer Ministro. Dejó Australia en 1955 y vivió en Austria, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos. Volvió a Australia en 1980. Trabajó para la radio y durante diez años fue uno de los propietarios y directivos de The Australasian Radio Productions. Cuando el negocio hizo bancarrota, se trasladó a Sídney y se dedicó a escribir novelas.

Se hizo famoso con la tetralogía que tiene como escenario el Vaticano, y en sus páginas se encuentra un perspicaz análisis de la Iglesia Católica y de su posible acercamiento al hombre común, prescindiendo de su aparato institucional, realizado a través de interesantes estudios psicológicos y con un estilo exento de retórica. Muchas de sus historias han sido llevadas al cine. Es considerado el escritor más leído de la historia literaria de Australia, con 60 millones de ejemplares vendidos y más de treinta libros publicados.

Él mismo realizó adaptaciones al teatro de algunas de sus obras.


MORRIS
WEST
HIJA
DEL SILENCIO
Lectulandia